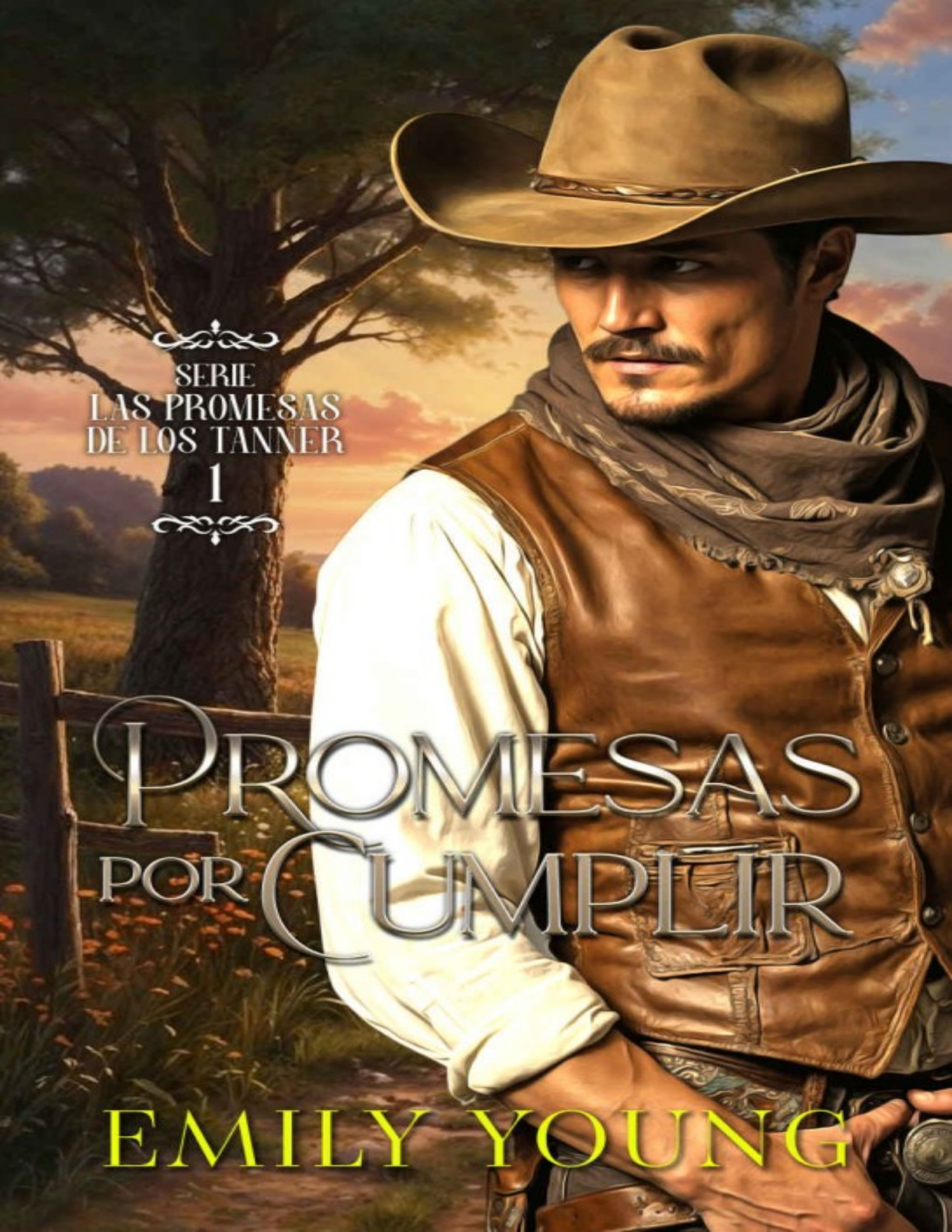

SERIE
LAS PROMESAS
DE LOS TANNER
1
PROMESAS
POR CUMPLIR
EMILY YOUNG

PROMESAS POR CUMPLIR

EMILY YOUNG



©EMILY YOUNG

Título original – Promesas por cumplir

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.

Gold Publications

Dos corazones rotos por la pérdida se unen para cumplir una promesa y, al hacerlo, descubren que la vida aún les depara una sorpresa.

Caroline Milton es una enfermera viuda y exconfederada que no tiene un hogar al que regresar, ni una familia a la que acudir. Conmocionada por lo vivido durante la guerra, decide entregar los últimos mensajes a las familias de veintiún hombres que murieron bajo su cuidado.

Reid Shepard es un texano viudo y ex asesino a sueldo que busca a la enfermera que cuidó a su hijo con la esperanza de encontrarlo, y termina salvando a Caroline de dos rufianes. Pero tras enterarse de la muerte de su hijo queda destrozado, y se resiste a regresar a una vida vacía, por lo que decide acompañar a Caroline, a pesar de la negación de ella.

Poco a poco Caroline comienza a descubrir que hay algo más en este hombre rudo. Algo que acerca a Caroline a él... y de lo que no puede resistirse...

Dos personas solas en el mundo, una que teme dejar que alguien se acerque de nuevo y la otra que anhela tener a alguien con quien compartir su vida.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Epilogo

Siguiente libro de la serie

Prólogo

Virginia, marzo de 1865

Caroline Taylor Milton salió de la tienda y se estiró, presionando las palmas de las manos contra su dolorida zona lumbar. El sucio y desgastado lienzo no podía acallar los gemidos y gritos de los soldados heridos en el hospital improvisado, pero ella había aprendido a ignorarlos. Tenía que hacerlo.

Se secó los ojos, llenos de vapores de queroseno y el hedor de la gangrena, la sangre y los cuerpos sin lavar. Sin embargo, estar al aire libre le daba poco respiro. A menos de un kilómetro de distancia, la batalla contra los yanquis era feroz, y el humo negro de los cañones y los rifles oscurecía el cielo y se extendía por el

campamento. La vista había inspirado miedo en el pasado, pero ahora solo sentía resignación.

El grito de un hombre desde la tienda de amputaciones se abrió paso entre los gemidos de miseria, pero Caroline no sintió... nada.

¿Cuándo fue la última vez que olió aire fresco, aire libre de muerte y agonía? ¿O escuchó el canto de los pájaros sin el acompañamiento de sonidos humanos de angustia y dolor? ¿O miró un campo sin obstáculos por la guerra?

Agotada de mente y cuerpo, Caroline no deseaba más que dormir en su habitación de la infancia y soñar con caballos veloces y ramos de flores. Pero esa vida se había ido para siempre.

Sacudió la cabeza, negándose a pensar en el pasado. Allí no quedaba nada para ella. Solo existía el presente.

Una ambulancia tirada por dos mulas huesudas se detuvo a menos de tres metros de Caroline. Media docena de soldados cubiertos de sangre fueron descargados de la parte trasera por camilleros y colocados en el suelo a su alrededor.

Interrumpida en sus lúgubres reflexiones por las víctimas de la batalla, examinó a los heridos con mirada experta, observando que

un joven ya estaba muerto.

Para determinar qué soldado estaba más gravemente herido, Caroline se arrodilló a su lado.

—Metralla, —murmuró uno de los camilleros mientras negaba con la cabeza y se alejaba arrastrando los pies.

Hace dos años, Caroline se habría estremecido ante el sombrío anuncio y la imagen aún más sombría. El joven soldado no estaba cubierto por una manta, por lo que las heridas de su vientre eran evidentes. También era evidente que solo le quedaban unos minutos de vida.

El polvo negro no podía ocultar la palidez de su rostro, blanco como un hueso. Un dolor y una angustia indescriptibles llenaban sus llamativos ojos azules. Tenía la mandíbula apretada, al igual que los puños a los lados. No tenía más de dieciséis o diecisiete años, como tantos otros chicos que habían muerto por los Estados Confederados de América.

Sorprendentemente, Caroline luchó contra las lágrimas. Pensó que había olvidado cómo llorar. Tragó el extraño nudo que tenía en la garganta y logró esbozar una sonrisa. No había nada que pudiera hacer, salvo facilitar la transición del muchacho a la muerte.

—Eres un hombre valiente —dijo ella, con voz temblorosa.

—Me estoy muriendo —dijo el chico. La sangre burbujeaba en sus labios y le cubría la barbilla.

Caroline consideró mentir, decirle que estaría como nuevo en una semana o dos, pero algo en la expresión del joven la detuvo. Acarició su frente arrugada y apartó un mechón de pelo grasiento de su frente.

—Sí, lo estás —dijo suavemente.

El miedo se reflejó en sus rasgos ennegrecidos por la suciedad y el humo, pero también había gratitud por su honestidad.

—Nunca pensé... que terminaría así.

Ignorando la sangrienta vista de su herida abierta en el vientre, Caroline tomó una de las manos del chico entre las suyas. Palabras vacías de consuelo se alojaron en su garganta.

—Mi padre tenía razón. —El chico cerró los ojos y su respiración se hizo fuerte.

—¿Sobre qué?

—Sobre matar... a la guerra.

Ella asintió, aunque no estaba segura de lo que quería decir.

El joven soldado la miró con ojos demasiado viejos para su edad.

—Dígale a mi p-pá... dígale que es el h-hombre más valiente que conozco.

Su expresión se relajó y, por un momento, Caroline pudo ver al niño despreocupado que había sido.

—Lo haré. —Se acercó más y le susurró—. Lo prometo.

El niño pareció suspirar, luego sus ojos se desenfocaron mientras miraba sin ver el cielo desolado.

Una sola lágrima rodó por la mejilla de Caroline y goteó sobre su cuerpo sin vida. Ella se apresuró a limpiar la humedad del uniforme andrajoso y encogió los hombros. No tenía tiempo para el dolor.

Metódicamente revisó sus bolsillos y encontró su cartilla de racionamiento con su nombre, Lyman Eaton, y su procedencia en la chaqueta, y un reloj de bolsillo en los pantalones. Escribiría sus últimas palabras en su diario y añadiría su nombre a los ciento treinta y tres soldados que habían muerto bajo su cuidado. Echó un vistazo al otro chico que ya estaba muerto y encontró su tarjeta,

también en el bolsillo de su chaqueta: Steven Tanner, que era del mismo pueblo de Texas.

Su mirada pasó de un chico muerto a otro y se preguntó si habían sido amigos, niños jugando juntos a la guerra, excepto que esta vez las armas eran reales y habían pagado el precio más alto. Juntos.

Ignorando su profundo cansancio, Caroline metió el reloj y las dos cartillas de racionamiento en el bolsillo de su bata. Había chicos heridos que necesitaban su ayuda.

1

Seis meses después

7 de febrero de 1865.

Soldado Andrew Mayer de Chapel Crest, Tennessee. Herido en la batalla de Hatcher's Run el 6 de febrero. Pelo castaño rizado, ojos color avellana, cicatriz en la barbilla, dieciocho años. Causa de la muerte: bala minie en la parte superior derecha del pecho. «Dile a mi Jenny que la quiero y dile a mamá y papá que están orgullosos de mí».

El fino sombrero de Caroline Milton le ofrecía poca protección contra el cálido sol de Tennessee y sintió la sensación de cosquilleo del sudor que le corría por la espalda. Ignoró la irritación. No era difícil. Había tenido más de dos años para aprender a pasar por alto las molestias.

El recuerdo de la tienda del hospital llena de gemidos miserables invadió sus pensamientos. Su nariz se arrugó ante los recuerdos de los olores de sangre, sudor, orina y tejido podrido. Caroline contuvo la respiración y, cuando por fin tragó aire, no percibió más que el olor a tierra húmeda. Con una mano temblorosa, se secó el sudor perlado de la frente. Era curioso cómo el hedor no

le había molestado durante la guerra, pero ahora el estómago se le revolvió con solo recordarlo.

Movió el trasero en el implacable asiento de roble del carro, contenta de que la incomodidad impidiera que sus pensamientos se desviaran de nuevo. Miró la bolsa de tela que contenía su preciado diario y las posesiones restantes para devolver a las familias. Pronto, transmitiría sus últimas palabras a sus seres queridos: a Jenny y a sus padres. En lugar de ser meros nombres garabateados en su libro, se convertirían en personas reales. Habría lágrimas e ira, como había habido en los últimos quince lugares donde había llevado mensajes de hijos, maridos o hermanos muertos.

Por un momento, la desolación se apoderó de ella, trayendo un vacío sombrío. A pesar del calor del día, temblaba. Se recordó a sí misma que la guerra había terminado hacía cuatro meses. Ya no morirían más soldados, y no habría más palabras que grabar y transmitir a sus seres queridos. Solo quedaban esos mensajes en su diario.

El camino lleno de hoyos atravesaba un espeso bosquecillo que se abría a medida que Caroline doblaba una curva. Una pequeña choza, hecha de madera deformada, gris por el sol y la lluvia, se

alzaba entre tres cerdos enraizados y una docena de pollos escuálidos y rascándose. Detuvo a su mula, Dickens, y permaneció sentada en el carromato. Aunque había un aire de pobreza alrededor de la casa, no parecía que hubiera sido tocada por los estragos de la guerra como tantas otras.

Un hombre delgado y encorvado, vestido con un mono descolorido y portando un antiguo rifle, salió de la casa. Un sombrero flexible manchado con más de un agujero cubría su cabeza y le daba sombra a su rostro. La forma en que sostenía el arma le dijo a Caroline que era del tipo desconfiado. No es que ella lo culpara. Era difícil distinguir entre amigos y enemigos hoy en día.

—¿Qué quiere? —le gritó con voz ronca, manteniendo su arma apuntando en su dirección.

—¿Es esta la casa de los Mayer?

Escupió un chorro de jugo de tabaco marrón en el suelo desnudo.

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Caroline Milton y si usted es el Sr. Mayer, tengo un mensaje de su hijo, Andrew.

Apretó el rifle con fuerza mientras un dolor atravesaba su demacrado rostro.

—Mi hijo está muerto. Me ha llegado una carta que lo dice.

Caroline miró sus manos enguantadas y parpadeó para quitarse la humedad de los ojos. Respiró hondo y levantó la cabeza.

—Lo sé y lamento su pérdida. Estaba con él cuando murió. Me pidió que le transmitiera un mensaje.

Mayer permaneció quieto como una estatua y Caroline pudo sentir su mirada inquisitiva. A pesar de las ganas de apartar la vista, mantuvo la suya fija. Uno de los cerdos se acercó al carro y sus resoplidos la distrajeron y le dieron algo en lo que concentrarse.

El cañón del rifle vaciló y finalmente bajó.

—Soy el padre de Andrew. —Su voz resonó con cansancio.

—Pase. La señora acaba de poner café.

Se volvió hacia la casa, dejando que Caroline bajara sola del carro. Puso el freno y ató las riendas, agarró su diario y siguió la figura encorvada de Mayer hasta la cabaña.

Caroline cruzó el umbral de la puerta y parpadeó en la repentina oscuridad. Un humo grasiento empañaba la habitación,

difuminando las esquinas y los sencillos muebles tallados a mano que la ocupaban. Un movimiento llamó su atención y vio a una mujer delgada moviéndose por la cocina. Otra mujer, más joven y con la barriga redondeada, amasaba masa de pan.

—Dice que Andrew le dio un mensaje —anunció Mayer a las dos mujeres.

La más joven dejó de golpear la masa y miró fijamente a Caroline. La mujer mayor, probablemente la madre de Andrew, se quedó inmóvil solo un momento y luego dijo:

—Siéntese. ¿Quiere un café?

Caroline asintió.

—Sí, por favor —Tres pequeños pasos la llevaron a la mesa y ella se sentó con cuidado en una silla tosca. Se quitó los guantes y los dejó a un lado.

La Sra. Mayer trajo dos tazas de café y puso una en la mesa frente a Caroline. La otra se la dio a su marido, luego dio un paso atrás y miró a Caroline.

Para darse un momento para recuperar la compostura, Caroline sorbió el café que sabía a agua de fregar caliente. Pero no podía

envidiar su hospitalidad. La comida escaseaba y el precio reflejaba su escasez.

Manteniendo su expresión inexpresiva, puso la mano sobre el diario que había dejado sobre la mesa.

—Fui enfermera durante la guerra —comenzó en el silencio asfixiante—. Andrew resultó herido durante la batalla de Hatcher's Run y lo llevaron al hospital de campaña donde yo trabajaba.

La joven, obviamente embarazada, se secó las manos con una toalla raída y se unió a ellos.

—Entonces, ¿lo vio antes de...? —dijo desviando la mirada—. ¿Antes de que falleciera?

Al verla de cerca, Caroline se sorprendió al descubrir que la joven era en realidad una niña, de unos trece o catorce años. Contuvo su sorpresa y asintió.

—Sí, lo vi. ¿Es usted Jenny?

—Sí, señora. —Levantó su delicada barbilla—. Andrew era mi marido.

Por un momento, Caroline se sintió mucho mayor de lo que era, con sus veintisiete años. Consiguió esbozar una sonrisa.

—No lo conocí bien, pero me di cuenta de que era un buen hombre. *Incluso si él mismo solo era un niño*.

El labio inferior de Jenny temblaba y sus ojos brillaban con lágrimas antes de parpadear para reprimirlas.

—Murió como un héroe.

A Caroline se le revolvió el estómago. No había nada heroico en luchar en una batalla perdida. Pero se obligó a asentir.

—Sus últimas palabras fueron para usted y sus padres.

La señora Mayer jadeó y se acercó a su marido.

—¿Qué dijo?

Caroline abrió el diario donde había dejado una cinta azul para marcar la entrada de Andrew Mayer. Se humedeció los labios y leyó sus palabras.

—Dile a mi Jenny que la quiero, y dile a mamá y a papá que estén orgullosos de mí.

Jenny se tapó la boca con la mano, su expresión palideció y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. La Sra. Mayer trató de reprimir un sollozo, pero Caroline lo oyó y lo sintió, como un cuchillo

retorciéndose en su corazón. El padre de Andrew miró hacia otro lado, sus labios se curvaron en una mueca de angustia.

Caroline miró las palabras de su diario, pero lo único que pudo ver fue una vívida imagen de los últimos momentos de Andrew. La inútil desesperación y la horrible constatación de que la muerte estaba cerca habían hecho que el chico llorara. Le susurró sus últimas palabras y murió con el pánico grabado en el rostro.

El Sr. Mayer carraspeó, devolviendo a Caroline al presente. Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada llorosa.

—Era un buen chico, —dijo el hombre con voz áspera por la emoción. Aunque Caroline no lo conocía, asintió.

—Estaba tan asustado de que la guerra terminara antes de que pudiera alistarse. —Mayer se pasó una mano arrugada por los ojos —. No quería quedarse fuera de la gloria.

Gloria. No había gloria en ahogarse en tu propia sangre.

—Él y yo nos casamos una semana antes de que se fuera, —dijo Jenny, con una mano protectora sobre su vientre redondo—. Dijo que volvería como un héroe.

La amargura se le subió a la garganta a Caroline, pero se contuvo.

—Murió haciendo lo que creía correcto, —dijo.

La Sra. Mayer extendió los brazos y el resentimiento se desbordó en su voz.

—Era un maldito tonto. Le dije que debía quedarse en casa con su esposa y no irse de juerga a la guerra.

Jenny estrechó la mano de su suegra.

—No, mamá Mayer. Ya no está y nada va a traerlo de vuelta. Y no sirve de nada culparlo.

La anciana cerró la boca de golpe y su furia se desvaneció, reemplazada por el dolor.

Caroline miró a la chica, sorprendida por sus maduras palabras. Tragó su propia ira e intentó aliviar algo de la pena que llenaba la pequeña cabaña.

—Jenny tiene razón. Los últimos pensamientos de Andrew fueron para su familia, así que sé que los quería mucho a todos.

—¿Sufrió? —preguntó Mayer de repente, clavándole una mirada penetrante.

Caroline bajó la mirada y pasó la mano por la suave superficie de su diario.

—No —mintió.

Mayer la miró fijamente durante un largo momento y luego asintió. Enderezó la espalda.

—¿Le gustaría quedarse a cenar?

El estómago de Caroline protestó ante la idea de la comida y ella negó con la cabeza.

—No, gracias, —Se puso de pie—. Debería volver a la ciudad. —Se volvió hacia la Sra. Mayer, que estaba en brazos de su pequeña nuera—. Siento mucho su pérdida.

Jenny esbozó una leve sonrisa.

—Gracias, Sra. Milton. Me consuela saber que mi Andrew tuvo a alguien a su lado cuando murió.

No debería haber muerto. Las palabras de ira saltaron a la lengua de Caroline, pero apretó los labios para evitar que brotaran. En su lugar, se limitó a asentir.

Mayer la acompañó a la salida, con su silencio condenatorio acechando la conciencia de Caroline. Él la ayudó torpemente a subir al carro y luego se metió las manos en los lados del mono.

—Le agradezco que mienta sobre cómo murió mi hijo. Su madre y su esposa no necesitan saber que sufrió al final.

Caroline se humedeció los labios secos, sorprendida por su astucia. Miró por encima de su hombro, hacia el tranquilo escenario de verdes árboles y el colorido parpadeo de aves revoloteando. Era una escena que había desesperado de volver a presenciar.

—Si le sirve de consuelo, Andrew afrontó su muerte como un hombre.

El pecho de Mayer se hinchó.

—No crié a un llorón. Le enseñé a ser duro, como un hombre.

Temiendo decir algo más, Caroline soltó el freno y dio una palmada con las riendas de cuero en la grupa de la mula. Mientras se alejaba, se preguntó si había hecho lo correcto. Pero, ¿qué importaban una o dos mentiras piadosas si eso daba consuelo a una familia afligida? Decir la verdad solo traería más dolor. No, no tenía motivos para empañar sus recuerdos con las duras realidades de la guerra.

Sus pensamientos vagaban mientras Dickens avanzaba penosamente por el camino de vuelta a la ciudad. Dieciséis familias contactadas, y solo quedaban cinco más. No es que solo hubiera

visto morir a veintiún soldados, pero esos fueron los que dejaron unas últimas palabras para transmitir a sus familias. La mayoría de los familiares vivían en Virginia, donde había estado al final de la guerra, así que no había sido difícil encontrarlos. Sin embargo, los que quedaban se extendían desde Tennessee hasta Texas.

Pero, ¿qué más le quedaba a Caroline además de entregar los mensajes de los moribundos? Sus propios padres la habían repudiado. Habían dejado perfectamente claro que los Taylor de Massachusetts no eran traidores a su país, a diferencia del Michael Milton nacido en Virginia que había muerto en Gettysburg. Caroline había elegido a su marido antes que a su familia y seguía pagando el precio de su lealtad.

El repentino cese de los trinos de los pájaros sacó a Caroline de sus oscuras reflexiones. Las grandes orejas de Dickens apuntaban hacia arriba y él seguía balanceando su cabeza nudosa hacia la derecha, hacia los densos bosques que bordeaban el camino.

Viscos tentáculos de alarma se extendieron por la columna vertebral de Caroline, pero aún así fue un shock cuando dos hombres a caballo cargaron abruptamente en medio del camino

frente a Dickens. Instintivamente, ella tiró de las riendas, deteniendo a la mula que se deslizaba.

Rígida por la tensión, miró a los hombres, vestidos con los familiares pantalones y camisas grises andrajosos. Obviamente habían sido soldados del ejército confederado, pero esa observación no la reconfortó. Tiempos desesperados engendran hombres desesperados.

—Buenas tardes, señora. —El mayor de los dos pronunció un saludo educado.

Caroline asintió con la cabeza, con el corazón palpitante en la garganta.

—Buenas tardes.

Continuaron mirándola fijamente, con sus hambrientas miradas posadas en sus pechos. El miedo se deslizó por su columna vertebral. Con sus caballos bloqueando el camino, no tenía posibilidad de escapar.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó, manteniendo la voz tranquila.

—Supongo que sí, —dijo el rufián más joven—. Después de que nos dé su dinero y sus joyas.

El significado de sus palabras era obvio y Caroline se estremeció con repulsión y más que un rastro de miedo.

—Por favor, no lo hagan—. Odiaba la súplica en su voz.

Cuando los hombres se desplazaron a lados opuestos y se acercaron a ella, golpeó las ancas de la mula con las riendas. Dickens saltó y rebuznó, y luego se lanzó hacia adelante. El forajido más joven se agachó para agarrar las riendas, deteniendo al animal. El metal tintineó y las pezuñas golpearon el suelo, pero no había forma de escapar de los bandidos.

El corazón de Caroline se desplomó.

El mayor se acercó a ella y la miró con lascivia, mostrando sus dientes marrones.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte. Ni siquiera nos conocemos todavía.

El hedor de su cuerpo sin lavar se extendió a su alrededor mientras su respiración se aceleraba aterrorizada. ¿Había sobrevivido a las condiciones de los campos de hospital solo para ser robada y agredida por dos hombres a los que podría haber cuidado durante la guerra? Si la situación no fuera tan terrible, se habría reído de la

ironía de la vida. Aun así, tal vez era una recompensa adecuada para alguien que había vivido cuando tantos otros habían muerto.



Reid Tanner tiró de las riendas de Red, deteniendo a la yegua alazana. Se quitó el sombrero de ala ancha y se pasó el antebrazo por la frente empapada de sudor. La ligera brisa le despeinó el pelo enmarañado, refrescándole el cuero cabelludo y la nuca.

Entrecerrando los ojos hacia la posición del sol, calculó que era a media tarde, en algún momento de principios de septiembre, aunque le costaría mucho recordar el día exacto. ¿Qué importaba si no sabía si era martes o sábado? El último día del que tenía un recuerdo más que escaso había sido el día en que recibió la carta. Era el ocho de marzo y nubes grises que prometían lluvia se habían deslizado por el cielo.

Incluso recordaba que una de esas nubes tenía forma de yunque de herrero. Era curioso que pudiera imaginárselo con más facilidad que recordar el rostro de su hijo.

Se volvió a poner el sombrero en la cabeza y volvió a poner en marcha su yegua. Se preguntó distraídamente si estaba haciendo una tarea inútil, pero ¿qué más daba? ¿Qué le importaba si su plantación de algodón languidecía bajo el abrasador sol de Texas? No tenía un hijo al que dejarla, ni una esposa que le diera otro hijo. A los treinta y ocho años, Reid había vuelto al punto de partida de hacía veinte años.

—¡Déjame en paz!

El grito de la mujer le puso la piel de gallina a Reid y, antes de tomar una decisión consciente, clavó los talones en los costados de Red. Al doblar una curva bordeada de árboles, vio inmediatamente una carreta tirada por una mula y flanqueada por dos hombres. Uno de ellos intentaba sacar a una mujer de la carreta.

Reid echó la mano hacia atrás y sacó el rifle de su funda. Antes incluso de que su caballo se detuviera, disparó dos tiros al aire. Por un segundo, la escena congelada fue casi cómica, con las bocas de los hombres abiertas y los ojos de la mujer muy abiertos. Luego el hombre empujó a la mujer hacia atrás y ella se agitó mientras luchaba por no caerse del carro. Recuperando el equilibrio, cayó pesadamente sobre el asiento de tablas.

Antes de que Reid pudiera apuntar a los forajidos, los hombres desaliñados huyeron en dirección contraria. Consideró la posibilidad de perseguirlos, pero sospechaba que la mujer podría necesitar algo de seguridad. Arreando su caballo hacia delante, se acercó a ella lentamente, teniendo cuidado de mantener los brazos abiertos y una expresión no amenazante.

La mujer lo miró con recelo mientras se reajustaba el sombrero, metiéndose debajo el largo cabello color trigo. Aunque su rostro era del color del algodón maduro, sus ojos marrones eran firmes y tenía la barbilla levantada.

—Gracias —dijo con una voz asombrosamente fuerte.

Reid volvió a guardar el rifle en su funda e inclinó la cabeza.

—De nada. ¿Le han hecho daño, señora?

Su mirada se desvió, pero volvió a él casi de inmediato.

—No. Su llegada ha sido muy oportuna.

Repasó en su mente las palabras de ella y la cadencia de su discurso, y le llamó la atención que no tuviera el acento sureño.

—Usted no es de por aquí.

Por primera vez, ella pareció insegura.

—Así es.

La forma en que esta mujer pronunciaba las palabras le recordó a un conocido de hace mucho tiempo llamado Boston Bill, que era tan hábil con las armas como con las palabras rebuscadas.

—¿Es usted de Massachusetts?

La sorpresa fue seguida de cerca por un nerviosismo que había visto en un cervatillo huérfano que había encontrado hacía más de diez años. Su hijo lo había convencido de llevarse al joven ciervo a casa, y alimentaron al cervatillo con biberón hasta que un día se levantó y se fue. Steven se había quedado desconsolado. Reid hizo a un lado el agridulce recuerdo.

—De dónde vengo no es asunto suyo, señor...

—Tanner, Reid Tanner. —Se quitó el sombrero con el pulgar y el índice.

Ella entrecerró los ojos.

—Si fuera una mujer a la que le gustara apostar, diría que es usted de Texas.

Reid casi sonrió.

—Sí, señora.

—Está muy lejos de casa, señor Tanner.

—Usted y yo, señora.

Sus labios se inclinaron hacia arriba, pero sus ojos permanecieron sombríos.

—Soy la señora Caroline Milton y sí, soy originaria de Massachusetts, como usted ha averiguado.

Reid se sintió mareado mientras miraba a la mujer a la que había estado buscando durante más de dos meses. La Sra. Milton era la enfermera que había estado trabajando en la tienda del hospital donde había muerto su hijo.

—¿Se encuentra bien, Sr. Tanner?

Parpadeó para enfocar su preocupado rostro y el mareo desapareció. Una parte de él quería respuestas a sus preguntas de inmediato, pero otra parte carecía de valor. Aferrándose a la tonta esperanza de que todo fuera un error y su hijo aún estuviera vivo, decidió guardar sus preguntas por el momento. Ni siquiera intentó sonreír para tranquilizarla.

—Solo es un poco de calor. Entonces, ¿qué la trae a Tennessee, señora Milton?

Ella miró por encima de su hombro derecho.

—Promesas, señor Tanner.

Su vaga respuesta suscitó más preguntas, pero Reid sospechaba que eran preguntas que ella no tenía intención de responder. Esperaba que fuera más comunicativa cuando encontrara el valor para preguntarle por su hijo.

—¿Adónde se dirige?

Ella se alisó el vestido sobre el regazo.

—De vuelta a la ciudad.

—¿La está esperando su marido?

La tristeza oscureció sus rasgos momentáneamente, luego sacudió la cabeza.

—No.

¿Era viuda de guerra? Si era así, ¿había estado su marido en el ejército confederado? Eso explicaría por qué una mujer de Massachusetts había sido enfermera del Sur. Reid cruzó las muñecas sobre el pomo de la silla de montar, sin hacer preguntas.

—Si no le importa, la acompañaré.

Ella se volvió para mirar en la dirección en la que los forajidos habían huido.

—¿Cree que volverán?

Él se encogió de hombros, ocultando el destello de protección que ella había generado. Se aseguró a sí mismo de que era solo porque quería mantenerla a salvo hasta que pudiera hablar con ella sobre su hijo.

—Se largaron bastante rápido, pero es difícil de decir. Además, voy en la misma dirección que usted, así que no me desvío del camino. —Hizo una pausa, y su mirada indagó más allá de su fría compostura—. Es decir, si no le importa.

La indecisión recorrió sus ruborizados rasgos, pero cuando se encontró con sus ojos, no hubo ningún atisbo de vacilación.

—Gracias, señor Tanner, acepto su oferta.

El alivio se extendió por su cuerpo, relajándolo.

—¿Quiere que lleve la mula?

—No hace falta. —Pasó la mano enguantada por una bolsa que había en el asiento de al lado, como si lo que hubiera dentro fuera algo valioso.

Sin decir nada más, la señora Milton puso en marcha la mula. Reid cabalgó junto a la carreta, lo bastante cerca como para entablar conversación con la mujer. Sin embargo, por la expresión de su mandíbula, no parecía dispuesta a hablar. Eso le venía bien, ya que no estaba seguro de cuánto tiempo podría retrasar sus preguntas.

Treinta minutos más tarde, el asentamiento, una colección desordenada de edificios de madera descoloridos por el sol, apareció a la vista. No era muy diferente de otros cien pueblos por los que había pasado Reid desde que salió de Texas.

—¿Dónde se hospeda? —preguntó.

—En el Hotel Brand. Es el único hotel de la ciudad.

No dijo nada más, sino que simplemente siguió cabalgando hasta que ella detuvo la mula frente a una caballeriza. Reid desmontó y se acercó a la carreta. Levantando una mano hacia ella, esperó mientras la Sra. Milton tomaba una decisión. Finalmente, ella puso su mano en la suya y él sostuvo sus delgados dedos en la palma de su mano, apretándolos con fuerza.

Una vez en el suelo, rápidamente retiró la mano a su lado. Reid no la culpaba por estar nerviosa. Por lo que había deducido, los dos forajidos querían algo más que su dinero.

Ella extendió la mano para agarrar la bolsa de tela que estaba en el asiento.

—Gracias por su ayuda, Sr. Tanner.

—¿Se quedará mucho tiempo en la ciudad?

—No mucho. ¿Por qué? —La sospecha coloreó su tono.

—¿Le interesaría cenar conmigo? —Reid prefería hablar con ella en un lugar más privado que la posada.

Caroline lo miró fijamente y abrió la boca como si fuera a rechazar su invitación. Pero pareció reconsiderarlo y sonrió levemente.

—Gracias, señor Tanner. Me encantaría.

Aunque esperaba que aceptara, le sorprendió su respuesta.

—¿Tiene el hotel restaurante?

—Sí. ¿Quizá podamos encontrarnos en el vestíbulo a las seis?

—Eso estaría bien, señora Milton.

La mujer dio un paso atrás.

—Gracias de nuevo, señor Tanner. Hasta las seis.

Reid la vio caminar hacia el hotel, pero sus oscuros pensamientos no le permitieron apreciar su figura femenina. En unas horas, obtendría las respuestas por las que había recorrido más de mil millas.

¿Pero serían las respuestas que esperaba encontrar?

2

Cuando Caroline cruzó la calle, pudo sentir la mirada del Sr. Tanner sobre ella. Sin embargo, no percibió ningún indicio de malicia en su escrutinio y sus tensos hombros se hundieron de cansancio.

Saludó al recepcionista del hotel con un gesto de la cabeza y subió las escaleras hasta el segundo piso. Una vez dentro de su habitación, al final del pasillo, colocó su diario en la tosca cómoda. Sin pensar en nada, se quitó el sombrero y los guantes y los dejó junto al libro.

Entonces empezó a temblar y se dejó caer sobre la estrecha cama. Reconocer que la reacción tardía era una secuela del peligro al que se había enfrentado no la ayudó a controlar la respuesta de su cuerpo más rápidamente. Lo único que podía hacer, como había

dicho a innumerables soldados durante la guerra, era aguantar los temblores.

Levantó las piernas sobre la cama y acurrucó las rodillas contra el pecho. El sudor le cubría la frente y le humedecía las palmas. Esperaba que su mente repitiera su encuentro con los forajidos, pero en su lugar vio carromatos manchados de sangre llenos de soldados heridos. Durante la guerra, era raro el día en que no llegaba una ambulancia a la tienda del hospital. Y esos días se dedicaban normalmente a cuidar a los soldados y limpiar las tiendas, incluidas las de las amputaciones.

Caroline abrió los ojos para evitar que los recuerdos se afianzaran. Ya había experimentado la realidad una vez; no deseaba revivir esos días. Pensar en los dos rufianes era infinitamente más seguro que dejar que su mente se fuera por libre.

Finalmente, sus temblores disminuyeron y enderezó sus piernas rígidas y se puso boca arriba para mirar el techo manchado de agua. Respiró hondo para ahuyentar las imágenes persistentes. Estaba viva y ilesa, y eso debería ser lo único que importaba.

Ahora, capaz de pensar con más claridad, pensó en el Sr. Reid Tanner. Él la había salvado de que la robaran y de algo peor, pero

sospechaba que su oportuna llegada no había sido una mera coincidencia. Sin embargo, si tenía sus propias razones nefastas para ahuyentar a los ladrones, ¿por qué la había acompañado a salvo a la ciudad?

Se secó el sudor de la frente. Quizá debería simplemente estar agradecida de que el Sr. Tanner se hubiera cruzado en su camino. Casi había rechazado su invitación a cenar, pero como le debía un favor, había ido en contra de su mejor juicio y había aceptado reunirse con él. Además, podría estar bien comer en compañía de otro ser humano. Desde que había comenzado su búsqueda para entregar los últimos mensajes de los soldados, había pasado gran parte de su tiempo sola... o en compañía de fantasmas.

El comienzo de un dolor de cabeza le latía en las sienes. No era inesperado. Cada vez que transmitía un mensaje a una familia, solía aparecerle un dolor de cabeza. Se puso de pie y humedeció un paño con un poco de agua de la jarra, luego se recostó y se puso el paño frío en la frente. Esperaba que el dolor de cabeza hubiera desaparecido o disminuido considerablemente a la hora de la cena, o tendría que cancelar su compromiso para cenar.

Lamentando su aceptación, Caroline esperaba que así fuera, pero una parte de ella, la joven que había sido, anhelaba pasar tiempo con su apuesto salvador.



Reid se pellizcó nerviosamente la corbata de cuerda que le rodeaba el cuello, no tanto preocupado por su aspecto como temeroso de las respuestas que solo la Sra. Milton podía darle. Se sentó en una de las desgastadas y mullidas sillas del vestíbulo del hotel. En su día, el Hotel Brand probablemente eclipsó a cualquier otro establecimiento de la pequeña ciudad, pero ahora sus galas estaban descoloridas y plagadas de polillas. Su mal estado era consecuencia de la guerra o del tiempo, o de ambos.

—¿Señor Tanner?

Reid se puso en pie de un salto, sorprendido de no haber notado la llegada de la señora Milton.

—Señora.

Se había quitado la sencilla falda y la blusa, y ahora llevaba un vestido de color óxido con diminutas flores verdes y amarillas esparcidas por él. No llevaba sombrero y su cabello castaño dorado estaba recogido en un moño suelto en la nuca de su esbelto cuello. Unos rizos sueltos enmarcaban su rostro, suavizando sus sencillos rasgos.

Él le ofreció el brazo y ella deslizó la mano por el hueco, permitiéndole que la condujera al comedor. Menos de la mitad de las mesas estaban ocupadas, y Reid acompañó a la señora Milton a una al fondo de la sala donde podía observar las idas y venidas de los clientes. Era un hábito que creía haber abandonado hacía años.

Después de que la camarera les trajera el café y tomara nota de sus pedidos, un incómodo silencio cayó entre Reid y su compañera de mesa.

—¿Y qué le trae por Tennessee? —preguntó la Sra. Milton, obviamente más preocupada por romper el incómodo punto muerto que por la respuesta a su pregunta.

Reid miró fijamente su mano apoyada en la mesa. Había llegado el momento de las respuestas. Levantó la cabeza y se encontró con la mirada firme de la Sra. Milton.

—A usted.

Sus labios formaron una O, pero no salieron palabras. Cerró la boca y lo intentó de nuevo.

—¿Le conozco?

Él negó con la cabeza e intentó encontrar algo de humedad para su boca seca como la arena.

—No, pero quizá haya conocido a mi hijo.

La confusión rivalizaba con la cautela en su expresión.

—¿Dónde se supone que lo conocí?

Las tripas de Reid se le anudaron tan fuerte que le costó respirar.

—Durante la guerra, en su hospital.

Su frente se frunció y Reid casi podía ver su mente dando vueltas. Sabía que en el momento en que reconoció el nombre por la forma en que la simpatía reemplazó su confusión.

—¿Se llamaba su hijo Steven? —preguntó suavemente.

Reid asintió mientras un escalofrío lo recorría. Luchó contra el impulso de correr, de aferrarse a la esperanza por otro minuto, otra hora.

—Lo siento. Estaba muerto cuando lo trajeron, —dijo ella, con los ojos llenos de compasión.

Reid se negó a aceptarlo, negro y desesperado.

—¿Está segura de que era él?

—La cartilla de racionamiento que llevaba en el bolsillo tenía su nombre. —Ella se inclinó hacia delante y puso la mano sobre la suya, cerrada en un puño—. Nadie pudo haber hecho nada por él.

La humedad ardía en los ojos de Reid y la habitación se nublaba. El último frágil hilo de esperanza se había cortado. Steven estaba muerto. Había ido con su madre, que había muerto hacía diez años. Ahora no quedaba nadie, ni esposa ni hijo y los últimos diecisiete años de la vida de Reid se borraron, como si nunca hubieran sucedido. Todo lo que había construido, un hogar, una próspera granja de algodón, una nueva vida, fue en vano.

—Sr. Tanner, nuestra comida está aquí —indicó la Sra. Milton.

Parpadeó y observó distraídamente a la camarera poner sus platos en la mesa. Aunque su estómago protestaba incluso por el olor de la comida, se obligó a coger el tenedor y meterse unas patatas en la boca. Sabían a madera.

—¿Está bien? —preguntó la Sra. Milton, sin tocar su propia comida.

No. Nada volverá a estar bien.

—Estoy bien, —respondió secamente—. Debería comer antes de que se enfríe. —Ella frunció el ceño, pero picó su comida—. ¿Tiene otros hijos?

—No

—¿Y su esposa?

Reid dejó el tenedor y bebió un sorbo de café para cubrir la angustia reciente, el conocimiento de que su familia ya no existía.

—Murió hace diez años.

—Mi marido también se ha ido, así que sé un poco lo que siente.

La ira se deslizó como un fuego al rojo vivo por sus venas.

—¿Su único hijo también está muerto?

Su rostro palideció, pero su mirada no vaciló mientras negaba con la cabeza.

—Entonces no me diga que sabe cómo me siento, —dijo con voz baja y áspera.

Ella se echó hacia atrás, como si le hubieran dado una bofetada.

—Lo siento. Tiene razón. Nunca sabré lo que se siente al perder un hijo.

Sus palabras, pronunciadas con rígida cortesía, disiparon su furia. Se frotó la frente y suspiró.

—No, lo siento, señora Milton. No tenía por qué decir lo que dije.

—Tenía todo el derecho. Perder un hijo... —Se aclaró la garganta—. He visto a otros padres, he sentido su dolor y su ira por su pérdida. Ojalá hubiera podido salvar a todos esos hijos que murieron, pero no pude.

Reid se sobrepuso a su propio dolor para reconocer el arrepentimiento y el autorreproche de la antigua enfermera.

—No sé cómo habrá sido para usted, señora Milton, pero yo he librado batallas, y en las batallas mueren hombres. —Se aclaró la garganta—. También niños. No es culpa suya. Usted no apretó el gatillo.

—No, pero tampoco hice nada para intentar detener el derramamiento de sangre. Una vez que las heridas de los soldados

fueron tratadas y pudieron caminar, los enviamos de nuevo a la carnicería.

¿Era eso lo que le había pasado a Steven? La carta que recibió Reid decía que su hijo había resultado herido. Pero cuando Reid llegó a Virginia, la guerra había terminado y Steven estaba muerto. ¿Los médicos lo habían declarado apto para el servicio y lo habían enviado de vuelta a la lucha, solo para que lo hirieran de muerte la siguiente vez?

La Sra. Milton se secó los labios con una servilleta.

—Ahora que tiene la información que buscaba, Sr. Tanner, me marcharé.

Reid miró el plato de comida que apenas había tocado.

—Pero no ha terminado de comer.

—He perdido el apetito.

—¿No se quedará unos minutos más?

—¿Por qué? Es obvio que quería más de lo que podía darle con respecto a la muerte de su hijo. —Un toque de amargura se entretejía en su tono.

Reid no tenía una respuesta para ella, solo el deseo de no estar solo por un rato más.

—Me gusta tener a alguien con quien comer.

Ella bajó la mirada mientras el rosa teñía sus mejillas. Cuando levantó la cabeza, asintió.

—Me quedaré y terminaré mi café.

Un inexplicable alivio recorrió a Reid. Aunque Steven había muerto cuando llegó al hospital, la Sra. Milton había sido una de las últimas personas en verlo. Esa razón por sí sola era suficiente para querer pasar más tiempo en compañía de la mujer.

Cogió el tenedor, pero lo dejó cuando se dio cuenta de que él también había dejado de tener hambre.

—¿Cómo murió su marido?

La Sra. Milton apoyó ambos codos sobre la mesa mientras sostenía su taza de café entre sus delgadas manos, manos que habían tocado el cuerpo sin vida de su hijo.

Reid forzó su mirada hacia su rostro.

—Gettysburg. Fue atravesado por un sable, —respondió ella.

—Lo siento.

—No fue culpa suya, —dijo ella, devolviéndole sus palabras. Su mirada se volvió desenfocada—. Era un oficial. Fue su decisión luchar —Se aclaró la garganta, pero su expresión permaneció serena —. Y morir.

—Nadie elige morir.

La atención de la Sra. Milton volvió a él y una tristeza infinita se reflejó en sus ojos.

—Se equivoca, Sr. Tanner. Conocí a hombres que eligieron la muerte antes que vivir sin un brazo o una pierna. Simplemente se rindieron y se impusieron morir.

—Me parece que un hombre no debe rendirse, que debe luchar hasta el final.

—Esas son palabras fáciles de decir cuando no ha estado en su posición, Sr. Tanner.

Reid apretó la mandíbula, sin saber si ella se estaba burlando de él o simplemente exponiendo un hecho.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó de repente la Sra. Milton.

Él se reclinó en su silla, ignorando su irritación.

—Hablé con un médico con el que usted trabajó, Roger West. El Dr. West me dijo que estaba visitando a las familias de algunos de los soldados. Me dio algunos de los nombres de las ciudades a las que viajaba.

—Tenía unos mensajes que comunicar. —Luego añadió en voz baja—: a las personas a las que les importaban.

El tono de la Sra. Milton carecía de autocompasión, lo que hizo que Reid se sintiera aún más compasivo. Se inclinó hacia delante.

—¿Y su familia? ¿No intentaron detenerla?

—No tengo familia, Sr. Tanner.

Se levantó y Reid se puso de pie a toda prisa.

—Gracias por su oportuna intervención esta tarde, Sr. Tanner, —dijo ella—. No quiero pensar en lo que podría haber pasado si no hubiera llegado en ese momento. —Su voz era tan firme como su mirada.

—¿Y la próxima vez?

Ella parpadeó, perdiendo la compostura por un momento.

—¿Qué quiere decir?

—Es una mujer que viaja sola. Está buscando problemas.

La ira hizo que sus ojos brillaran.

—La próxima vez estaré preparada. Buenas noches, Sr. Tanner. —Dio media vuelta, pero se detuvo y dijo por encima del hombro—: Gracias por la cena.

Reid frunció el ceño ante su retirada. Una extraña combinación de irritación, protección y admiración lo invadió. Sin embargo, subyacente a todo ello había un dolor profundo por su hijo y un vasto vacío en el que podía perderse fácilmente.

De repente, anhelando el olvido que solo el licor podía darle, dejó caer unas monedas sobre la mesa para pagar la comida. Cuando salió del vestíbulo del hotel, se arrancó la corbata y se la guardó en el bolsillo. Donde iba, no la necesitaría.



Las linternas se balanceaban con la brisa, proyectando sombras obscenas sobre las camillas que llevaban a los soldados heridos. Caroline ignoró la batalla de la oscuridad contra la luz y se concentró en su espantosa tarea. Se arrodilló *junto al primer hombre e*

inmediatamente reconoció el daño causado por un sable. Su brazo derecho permanecía unido al resto de su cuerpo por poco más que un trozo de piel.

Pidió a alguien que llevara al soldado herido a la tienda de amputación, que estaba lo suficientemente lejos como para que sus gritos no se oyeran en el resto del hospital.

—No, por favor, no me quiten el brazo. —Una lágrima rodó por la mejilla del hombre.

Caroline se inclinó sobre él y, bajo la sangre y la suciedad, reconoció a su marido. Retrocedió cuando un grito se le subió por la garganta...

De repente, Caroline se despertó y miró fijamente a la oscuridad con los ojos muy abiertos. La confusión nublaba su mente mientras trataba de averiguar por qué no estaba en el hospital de campaña. Su marido... No, Robert estaba muerto.

Miró a su alrededor. *¿Por qué estoy de pie en el pasillo del hotel?* Unos pasos pesados que subían las escaleras la sacaron de su desconcierto. Miró frenéticamente a su alrededor para encontrar la puerta de su habitación y corrió hacia ella mientras su delgado camisón ondeaba alrededor de sus piernas desnudas.

Afortunadamente, la puerta no estaba cerrada con llave y se metió dentro, cerrándola suavemente detrás de ella.

Apoyada contra la puerta, jadeaba en el aire espeso y húmedo. El sudor le corría por el rostro y el pecho, humedeciendo la parte delantera de su camisón.

A menudo se despertaba de las pesadillas con un grito en los labios, pero siempre antes de estar en su cama. Esa noche no recordaba haber salido de la cama. ¿Y si alguien la hubiera encontrado sonámbula en el pasillo? Pensarían que estaba loca.

Por supuesto, eso no estaba lejos de la verdad.

Se deslizó hasta el suelo y se abrazó las piernas flexionadas. ¿Por qué había soñado con la muerte de Robert? Ni siquiera había estado a su lado cuando murió. Estaba en el hospital de Richmond porque Robert no la quería cerca del frente. Así que mientras él yacía moribundo, ella llevaba su impecable bata de enfermera planchada, atendiendo a hombres que volverían a sus unidades para luchar «y tal vez morir» otro día.

Con la mejilla apoyada en las rodillas, perdió la fuerza para luchar contra los recuerdos. Los fantasmas familiares desfilaron por su mente. A algunos les faltaba un brazo o una pierna, a otros les

faltaban dos extremidades, a otros les faltaban los ojos y a otros les había quedado medio rostro quemado. Los conocía a todos. Había ayudado a salvar sus vidas, solo para que el don de la vida fuera rechazado.

Pasaron unos minutos hasta que Caroline se despertó. Levantó la cabeza, sorprendida al ver que su bata, donde había apoyado la cara, estaba húmeda de lágrimas. Se puso de pie y se echó un poco de agua en la cara caliente, luego se arrastró de nuevo a su cama arrugada. Si tenía suerte, volvería a dormirse unas horas más y no soñaría.

Caroline nunca tuvo tanta suerte.



De pie en la puerta abierta de la cochera, Reid entrecerró los ojos contra el sol de la mañana que colgaba bajo y trató de cerrar los oídos a los cantos estridentes de los pájaros. El problema con la mañana, además del hecho de que llegaba demasiado temprano, era que se sentía más vacío ahora que anoche.

Le daba náuseas y se llevó una mano a la barriga para evitar otro ataque de vómitos. No sabía cómo podía quedarle algo en el estómago. Menos mal que había decidido dormir en la posada en lugar de coger una habitación en el hotel, habría sido un desperdicio de dinero. No podía haber ido tan mal después de haberse bebido la botella de aguardiente anoche.

Frotándose las mejillas y la mandíbula canosas, decidió no afeitarse. Por mucho que temblara, seguramente se cortaría la garganta, lo que no molestaría a nadie excepto al dueño de la posada, que tendría que limpiar el desastre.

Un dolor fresco brotó en él. Aunque se repetía a sí mismo que Steven estaba muerto, su corazón se negaba a aceptarlo. Había aceptado la muerte de su esposa porque la había visto recibir un disparo y la había sostenido en sus brazos mientras moría. Pero la última vez que Reid había visto a su hijo fue la noche antes de que huyera para unirse al ejército confederado. Steven, de dieciséis años, estaba vivo y sano... y decidido a hacer su parte para preservar el Sur a pesar de las objeciones de su padre.

Reid sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos, pero luego se arrepintió. Le daba vueltas la cabeza y le retumbaba el

estómago. Consiguió evitar las náuseas jadeando por la boca.

—¿Señor Tanner?

La voz femenina lo sobresaltó y abrió los ojos. Frente a él estaba la señora Milton, vestida con una falda marrón y una blusa blanca holgada. Un sombrero de ala ancha cubría su cabeza y le daba sombra al rostro, y sus manos delgadas estaban enfundadas en guantes negros.

Reid se llevó la mano al ala del sombrero y se dio cuenta de que no lo llevaba puesto. Al mirarse, se sintió aliviado al ver que llevaba pantalones y camisa.

—Buenos días, señora Milton. Se ha levantado temprano.

Ella levantó la cabeza para estudiar la inclinación del sol.

—Son casi las nueve. Yo no diría que es temprano. —Volviendo a mirarlo, frunció el ceño—. ¿Está bien?

El calor le subió a las mejillas. Una cosa era emborracharse hasta reventar y sufrir una resaca a la mañana siguiente, pero otra era que alguien notara su estado poco respetable.

—Estoy bien. Fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba dos bolsas y el mismo saco de tela que había tenido ayer. —

¿Va a alguna parte?

La irritación se reflejó en su rostro.

—Sí. — Pasó junto a él hacia el granero, gritando—. Sr. Miller.

Reid la siguió, la curiosidad pudo más que él. Se detuvo en el centro del granero y el dueño de la caballeriza, Miller, se unió a ella.

—Me marcharé esta mañana, —le dijo la señora Milton al hombre de barriga grande que vestía un mono descolorido.

Miller se limpió la cara redonda con un pañuelo amarillento.

—Prepararé su caballo y su mula, señora. —Se alejó con dificultad para llevar a cabo su tarea.

—Pensé que tenía una carreta —dijo Reid, apoyándose en un poste para mantenerse en pie.

—Lo alquilé. Viajo a caballo.

Por alguna razón, eso enfadó más a Reid.

—Para ser una mujer tan inteligente, no tiene ningún sentido común cuando se trata de viajar sola.

Los ojos de la Sra. Milton brillaron con indignación.

—Y supongo que fue sensato por su parte ahogarse en whisky barato anoche.

El rostro de Reid se enrojeció ante su reprimenda, sabiendo que tenía razón, pero maldita sea si iba a admitirlo.

—Una mujer que viaja sola está buscando problemas.

—No tuve ningún problema para llegar sola de Virginia a Tennessee.

La cabeza de Reid le latía por la resaca, lo que aumentaba su impaciencia.

—Tuvo un poco de maldita suerte. ¿Cree que esos dos hombres solo planeaban robarle ayer?

Las mejillas de ella se enrojecieron, pero su obstinado mentón no se movió.

—No. También dijeron que iban a divertirse. —Las fosas nasales de ella se dilataron—. Lo que significa que también planeaban violarme.

Reid se quedó boquiabierto. No esperaba una respuesta tan contundente.

—¿Está dispuesta a arriesgarse a que eso vuelva a suceder?

Las sombras revolotearon en sus ojos.

—No tengo elección.

—Sí, la tiene. Puede volver a casa.

Enderezó la espalda y su mirada gélida casi lo congeló.

—Mis padres me repudiaron por casarme con un sureño. Los padres de mi marido me desprecian porque soy del norte. Dígame, por favor, ¿dónde está mi hogar, señor Tanner?

En el mejor de los casos, a Reid le habría costado mucho darle una respuesta. Tener resaca no le daba ninguna oportunidad.

—Vuelva con ese amigo médico de Virginia.

—El Dr. West no tiene sitio para una viuda en su casa con una esposa y cuatro hijos. ¿O está sugiriendo que me insinúe como su amante para que me dé un lugar donde vivir?

Reid se estremeció ante su tono cáustico. Maldita sea, necesitaba un trago.

Miller, el mozo de cuadra, condujo hacia ellos una yegua morena y una mula huesuda y sostuvo las riendas mientras la señora Milton ataba sus bolsas a la alforja de la mula. El saco de tela lo deslizó en un lado de su alforja.

La Sra. Milton tomó las riendas del caballo y la cuerda de la mula de Miller.

—Gracias.

—Que tenga un buen viaje, señora. —Miller se volvió hacia Reid—. ¿Quiere que ensille también su caballo?

—Puedo ensillar mi maldito caballo yo mismo, —refunfuñó Reid. Miller se encogió de hombros y se alejó.

—No hay nada que pueda hacer por su hijo, Sr. Tanner. Vuelva a su casa en Texas, —dijo la Sra. Milton. Luego se giró para montar a caballo.

Reid la agarró del brazo. Ella se dio la vuelta, con las fosas nasales dilatadas.

—Voy a cabalgar con usted, —afirmó él.

Ella le quitó el brazo de encima.

—En su estado, sería más un estorbo que una ayuda.

Él no podía discutir eso, pero los mismos instintos protectores que habían tratado de salvaguardar a su esposa e hijo ahora se unían para proteger a la Sra. Milton. No lo entendía, pero tampoco podía ignorarlo.

—El Dr. West me dijo que su última parada fue en algún lugar de Texas, así que ya que voy para allá, cabalgaremos juntos.

La Sra. Milton apretó los labios y se subió a la silla de su caballo antes de que Reid pudiera protestar. Ajustó las riendas con la mano derecha y sostuvo la cuerda de la mula con la otra.

—Cabalgo sola, Sr. Tanner. Adiós.

Ella golpeó los flancos de su yegua y salió del establo de la caballeriza antes de que Reid pudiera detenerla. Pero él había notado un destello de algo en sus ojos, algo que le recordaba a ese cervatillo huérfano.

Enojado por el recuerdo y aún más por sí mismo por preocuparse, Reid se dirigió al establo de Red y ensilló a su yegua. Quisiera su compañía o no, la señora Milton estaba atrapada con él.

3

Caroline estaba agradecida de que Dickens no se resistiera mientras dejaban atrás Chapel Crest y a Reid Tanner.

Después de seis semanas juntos, Caroline y sus dos compañeros de viaje habían caído en una rutina familiar. Caroline se acomodó en una postura cómoda en la silla de montar y aflojó las riendas, permitiendo que Jeanie, su mula Kentucky Saddler de color pardo, viajara a su propio ritmo. Dickens caminaba penosamente detrás, expresando de vez en cuando su descontento por una cosa u otra. La mula podía ser contraria cuando quería, lo cual ocurría la mayoría de las veces, pero esta vez se había comportado como un caballero.

A diferencia del Sr. Tanner, que parecía haber pasado la noche anterior sumido en una botella de whisky barato. También era obvio que había estado enfermo esa mañana, ya que su cuerpo intentaba

deshacerse del veneno que había ingerido. El marido de Caroline había bebido en alguna ocasión, pero ella nunca lo había visto borracho. Lo más cerca que había estado fue cuando lo ascendieron a capitán e incluso entonces había mantenido el control de sus facultades. Dormía en el dormitorio de invitados para no exponer a Caroline a su naturaleza más baja.

Una sonrisa sin gracia se dibujó en los labios de Caroline. A menudo le parecía gracioso que Robert se preocupara tanto por ofender su sensibilidad. Había estudiado enfermería y estaba acostumbrada a esas mismas funciones corporales a las que Robert era tan sensible.

Sin embargo, el Sr. Tanner parecía no tener ningún impulso por exponer su «naturaleza más baja» a las mujeres. O tal vez era solo a ella a la que no sentía ningún impulso por tratar como a una dama. Frunció el ceño. Aunque no le tenía cariño, esa suposición le molestaba.

Caroline se recordó a sí misma que era dudoso que volviera a ver al Sr. Tanner.

Probablemente habría encontrado un montón de paja para dormir y pasar el resto de la borrachera.

La decepción le hizo daño. Ayer por la noche, Caroline se había sentido de nuevo como una mujer. La última vez que había cenado en un restaurante con un hombre fue cuando Robert la llevó a comer por su primer aniversario, un mes antes de que se disparara contra Fort Sumter. La atención del Sr. Tanner la había hecho sentir joven y bonita de nuevo. Pero solo había sido una ilusión. La única razón por la que la había invitado a cenar era para enterarse de su hijo, otra víctima del conflicto.

Por eso había encontrado consuelo en una botella de whisky anoche.

Sacudiendo sus pensamientos melancólicos, Caroline dio unas palmaditas a la alforja que contenía su preciado diario, asegurándose de que todavía estaba allí, y luego dirigió firmemente su mente a su próximo destino. La ciudad estaba situada en el extremo suroeste de Tennessee. Allí Caroline entregaría otro mensaje.

Aunque solo era media mañana, el sol ya anunciaba otro día caluroso y pegajoso. Ahora que estaba a cierta distancia de la ciudad, Caroline desabrochó los dos botones superiores de su blusa y se subió las mangas largas por encima de los codos. Se planteó

deshacerse de los guantes, pero no le apetecía llenarse las palmas de ampollas por culpa de las riendas y la cuerda de plomo de Dickens. Después de echar un vistazo a su entorno desierto, se subió desafiante los dobladillos de la falda por encima de las rodillas.

Dickens rebuznó y Caroline sacó la lengua a la mula.

—Si la vista de mis piernas te molesta, no mires.

Dickens enseñó los dientes y sacudió la cabeza.

Caroline no se molestó en replicar. A Dickens siempre le tocaba la última palabra.

En el cálido y relajante sol, Caroline recordó sus años de inocencia, cuando la muerte era solo una palabra y la guerra una noble batalla del bien contra el mal. Había compartido secretos con su hermana mayor y espiado a su hermano menor. Constance había sido su dama de honor cuando Caroline se había casado con Robert. Lester estaba en su segundo año en Harvard, pero se había escapado para ser uno de los padrinos de boda.

Constance se había mantenido en contacto con ella hasta el comienzo de la guerra. Con el país dividido en dos, las líneas de comunicación entre el Norte y el Sur se eliminaron y pocos mensajes

llegaron a sus destinatarios. Así que, aunque Constance le hubiera enviado una carta, se habría perdido en algún lugar del camino.

Caroline había considerado enviar una misiva a su hermana cuando terminara la guerra, pero muchas cosas habían cambiado, incluida la propia Caroline. Además, su padre podría enfadarse con Constance por ignorar su edicto. No, era mejor cortar los lazos familiares por completo que ser rechazada de nuevo. El rechazo no dolería menos una segunda vez.

Dickens resopló, que fue la única advertencia de Caroline antes de que la mula la sacara casi de la silla de montar con una parada brusca. Jeanie se detuvo y resopló ruidosamente.

Caroline se dio la vuelta en la silla de montar para regañar a la mula y se quedó con la boca abierta. Reid Tanner, sin afeitar y con la barba desaliñada, estaba sentado a horcajadas sobre su caballo con las manos apoyadas en el cuerno de la silla. Durante una fracción de segundo, ella no lo reconoció y temió que se produjera otro incidente como el que él había interrumpido ayer.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Señora Milton.

Caroline cerró la boca de golpe y lo miró con furia.

—¿Me está siguiendo?

Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello oscuro aplastado por el sudor.

—Mi madre me enseñó a cuidar de las mujeres.

La ira la invadió.

—Como ya le he dicho, señor Tanner, no tiene que cuidar de mí.

Su mirada la recorrió, deteniéndose en su cuello y piernas, y luego volvió a su rostro. Al darse cuenta de repente de su estado de desnudez, Caroline se sonrojó, pero la indignación siguió de cerca a su vergüenza. No tenía intención de ser aún más miserable con el calor porque el Sr. Tanner se entrometía en sus asuntos. Lo trataría igual que a Dickens: si no le gustaba lo que veía, no tenía por qué mirar.

Se volvió a poner el sombrero, ocultando sus canas.

—Puede que sea así, señora Milton, pero como vamos en la misma dirección, tiene sentido viajar juntos.

—Pensaba que volvía a Texas.

—Y lo hago.

—Entonces su sentido de la orientación deja mucho que desear.

Levantó los hombros con indolencia.

—Llegaré tarde o temprano.

La frustración hizo que Caroline apretara las riendas con más fuerza.

—¿Por qué insiste en acompañarme?

—Y una mierda si lo sé, señora. —Sus labios se torcieron con una expresión sardónica—. Quizá no soy tan listo como parezco.

Caroline se mordió la lengua. En ese momento, no parecía muy brillante en absoluto. Primero emborracharse hasta quedar en estado de estupor, luego seguir a alguien que claramente no quería compañía indicaba un hombre de poca inteligencia. Sin embargo, la expresión de su mandíbula revelaba una terquedad que enorgullecería a Dickens.

—Bien. Como quiera, Sr. Tanner, pero no espere una conversación estimulante.

—Eso es lo último que quiero, señora Milton.

Ella frunció el ceño, preguntándose si la había insultado. Sin embargo, su tez pálida y sus ojos inyectados en sangre explicaban su falta de disposición para conversar. Por un momento, consideró charlar solo para irritarlo, pero se dio cuenta de que ella tampoco tenía ganas de hablar. No podía hablar del tiempo durante mucho tiempo, y cualquier otra cosa era más de lo que quería revelar a un desconocido. Así que no dijo nada en absoluto, y al cabo de unos días, él se aburriría de su compañía silenciosa y la dejaría viajar sola una vez más.

Con su plan establecido, Caroline le hizo un gesto seco con la cabeza y se volvió hacia delante. Golpeó con los tacones los costados de Jeanie y le habló por encima del hombro a la mula.

—Vamos, Dickens.

Escuchó una risa oxidada de su incómoda compañero y la ignoró. ¿Qué le importaba lo que Reid Tanner pensara del nombre de su mula?

¿Qué le importaba lo que Reid Tanner pudiera estar pensando?



Reid no podía evitar pensar que era un maldito tonto. Seguir a una mujer que no quería su protección, bajo un sol abrasador que hacía que su palpitante cabeza quisiera explotar, no era precisamente lo más inteligente que había hecho nunca.

Texas era caluroso, más caluroso que Tennessee, pero el aire parecía más denso aquí arriba, como si estuviera respirando a través de una espesa niebla. Su sudor no desaparecía, sino que empapaba su camisa y sus pantalones, haciendo que la tela se le pegara como una segunda piel pegajosa.

Su único consuelo era que la Sra. Milton parecía casi tan miserable como él. Esa era la única explicación que se le ocurría para el dobladillo de su falda levantado y su blusa desabrochada. Hacía mucho tiempo que no veía las pantorrillas de una dama o la hendidura sombría entre sus pechos. No es que él pensaba en la Sra. Milton de esa manera. No con su espalda rígida y su boca de maestra fruncida. Pero había algunas cosas que un hombre simplemente no podía controlar, cosas que una pierna finamente curvada o la pálida pendiente de un pecho le hacían. Especialmente

un hombre que no había estado en compañía de una mujer durante demasiado tiempo.

La puesta de sol solo trajo un pequeño margen de alivio del calor.

Las sombras se alargaban y los pájaros empezaban su coro vespertino.

La señora Milton desvió su caballo del camino y la mula la siguió sin armar jaleo. Reid se quedó detrás de ellos, lo suficientemente lejos como para que la mula malhumorada no pudiera darle una coz. Dickens ya había tenido sus cascos demasiado cerca para su comodidad más de una vez durante el día. En lo que a él respectaba, la mula debería llamarse Lucifer en lugar de llevar el nombre de un escritor.

Minutos después, la Sra. Milton se detuvo y se bajó de la silla. Reid observó el claro, impresionado por su elección de campamento. Tal vez actuaba y sonaba como una mujer de ciudad, pero parecía tener el sentido común necesario en la naturaleza. Pero claro, ella también había sido enfermera confederada, y sospechaba que esas condiciones de vida habían sido mucho peores que aquí.

Reid desmontó y se volvió hacia la mujer silenciosa.

—Puedo cuidar de su caballo y su mula, señora Milton. —Parecía no haberle oído y él repitió:

—Yo me ocuparé de los caballos y la mula, señora.

Ella se inclinó cerca de las orejas temblorosas de la mula.

—¿Has oído un zumbido irritante, Dickens?

Reid escuchó atentamente, pero no pudo oír ningún insecto, y luego maldijo para sus adentros. Obviamente se refería a él. Si su madre hubiera conocido a la señora Milton, dudaba que hubiera estado tan decidida a enseñar a sus hijos a proteger a una mujer. Pero su madre sí la había conocido, e incluso si no le gustaba la señora Milton, no podía ignorar un hábito de toda la vida.

—Está bien —dijo Reid—. No cambia nada.

Vislumbró sus labios curvados hacia abajo y sintió cierta satisfacción. Al menos había conseguido una reacción de ella.

La velada transcurrió sin incidentes en un espeso silencio. La señora Milton no le ofreció nada de su comida, así que Reid comió una galleta seca y un poco de carne seca. Era mejor que nada, pero no por mucho. Después de beber un poco de agua de su cantimplora, Reid extendió su saco de dormir entre el fuego y los animales y se preparó para pasar la noche. Cerró los ojos y escuchó

el suave susurro de la ropa de la Sra. Milton mientras ella también se retiraba para pasar la noche. No pasó mucho tiempo antes de que oyera su respiración constante desde el otro lado de la menguante hoguera.

Reid frunció el ceño mirando las estrellas. Si tuviera algo de cerebro, se iría ahora mismo. La señora Milton obviamente no quería su protección y su silencio le decía que tampoco quería su compañía.

Entonces le vino a la mente el recuerdo del cuerpo sin vida de su esposa y la cara risueña de su hijo. Su estómago se apretó de angustia y se secó salvajemente la única lágrima que rodaba por un lado de su rostro. Los había matado tan seguro como si él mismo hubiera apretado el gatillo. Dejar atrás su vida como pistolero a sueldo hacía dieciocho años no había cambiado nada.

La señora Milton se movía inquieta y Reid se giró de lado para contemplar su figura abultada bajo la manta. No tenía a nadie más que a su caballo, su mula y su maldito orgullo. Si tuviera el sentido común que Dios le dio a un burro, la dejaría con ellos.

De repente, le quitaron la manta de un tirón y se sentó, solo para ver a Dickens tirarla a un lado y sonreír con sus grandes y feos dientes. Demonios, hasta la mula quería que se fuera.

Pero los recuerdos de su madre, su esposa y su hijo le exigían que protegiera a la Sra. Milton mejor de lo que los había protegido a ellos. Y la única forma de hacerlo era volviendo a ser el hombre que había sido.

Maldiciendo entre dientes, se puso de pie y cogió su saco de dormir. Con la manta en una mano, se detuvo frente a la mula.

—No me voy. —Dickens echó las orejas hacia atrás y Reid lo miró con furia—- Puedo ser más terco que tú, así que ni lo intentes.

Reid se tumbó de nuevo, sintiendo una sensación de satisfacción.

—¿Se encuentra mejor ahora, señor Tanner?

La tranquila voz de la señora Milton lo sobresaltó y él la miró, captando el destello de los dientes blancos en el tenue óvalo de su rostro.

Su rostro se sonrojó.

—Solo le estaba contando cómo son las cosas.

—Ah, ya veo. Pero el humor en su voz decía lo contrario.

Con un gruñido, Reid se dio la vuelta y cerró los ojos. Una cosa era segura: viajar a Texas con la señora Milton demostraría que era

más testarudo que incluso una... una maldita mula.



Caroline se despertó sintiéndose más cansada que cuando se había acostado la noche anterior. Con los ojos enrojecidos y los músculos rígidos, se quitó la única manta y se levantó. Presionó las palmas de las manos contra la parte baja de la espalda y se estiró.

Bajó los brazos a los lados y miró a su indeseado compañero de viaje, que seguía dormido. El resentimiento llegó a su punto máximo y luego se desvaneció en cuestión de segundos. Aunque él era la razón de su falta de descanso, no podía culparlo por su comportamiento. El dolor hacía que un hombre hiciera cosas extrañas y el Sr. Tanner se había enfrentado al hecho de que su hijo estaba muerto. Una carga horrible para cualquiera, sobre todo cuando la llevaba en solitario. Quizá actuar como su tutora le daba algo a lo que aferrarse, una razón para volver a Texas.

Sin embargo, eso no hacía que su presencia fuera más fácil de tolerar. Había cosas sobre ella que no quería que él, ni nadie,

supiera. Y eran las noches las que más temía. Las pesadillas se estaban volviendo tan reales como la tierra bajo sus pies, lo que la obligaba a considerar que podría estar aquejada de la misma oscuridad que robó las mentes y los corazones de los soldados durante la guerra. Huyendo de ese pensamiento, se concentró en su tosco aseo matutino y luego preparó el desayuno. Mientras se preparaba el café, fue a ver cómo estaban Jeanie y Dickens. Recordando cómo la mula había robado la manta del Sr. Tanner, sonrió y dio una palmadita extra al pelaje áspero del animal.

—¿Pensaba despertarme o simplemente saldría a cabalgar?

Sorprendida, Caroline se volvió hacia el hombre. Abrió la boca para responder y luego la cerró, recordando su táctica del silencio. Una táctica que había olvidado anoche, pero ver al Sr. Tanner hablar con Dickens había sido demasiado difícil de resistir.

Él suspiró y se frotó el pelo despeinado con una mano.

—Me lo imaginaba.

Caroline volvió a la hoguera y se sirvió una taza de café. Las buenas maneras dictaban que preguntara al Sr. Tanner si quería un poco, pero apretó los labios. Al diablo con las buenas maneras. Quería deshacerse de él, no animarlo a quedarse.

Al levantar la vista, lo vio afeitándose con una cuchilla y usando un pequeño espejo rectangular colgado torcido de la rama de un árbol. Cuatro años desaparecieron y Caroline volvió a ser una recién casada con el apuesto Robert Milton. Afeitar a un hombre en el hospital era simplemente otra tarea, pero ver a Robert afeitarse era una intimidad de la que había disfrutado con culpa

Había anhelado quitarle la navaja de afeitar de la mano y realizar el acto íntimo ella misma. La única vez que lo había sugerido había sido la última.

Deprimida por el recuerdo, Caroline volvió al presente justo cuando el Sr. Tanner se limpiaba la cara con un paño de aspecto áspero. Tenía que admitir que parecía casi civilizado esta mañana. Incluso había usado un peine después de echarse agua por la cabeza.

Mientras guardaba sus artículos de afeitado, Caroline posó la mirada en el café humeante que tenía en la mano. Lo escuchó acercarse y se sorprendió cuando cogió la cafetera.

—Le pediría un poco, pero sospecho que no me respondería, así que me serviré yo mismo, —dijo, sirviéndose café en una taza de lata.

Caroline frunció el ceño ante su presunción, pero no le replicó. Tendría que hablar para hacerlo.

Después de comerse un puñado de galletas, preparó a Jeanie y a Dickens. Cuando estaba lista para partir, el Sr. Tanner estaba sentado sobre su propio caballo, con las muñecas cruzadas sobre el estribo de la silla como si tuviera todo el tiempo del mundo. Ni siquiera se había ofrecido a ayudarla. No es que ella hubiera aceptado su oferta, pero el hecho de que no lo hiciera la irritaba.

No seas tonta, Caroline. Tú eres la que no lo quiere cerca.

Enojada consigo misma tanto como con él, Caroline se ajustó el sombrero de ala ancha y montó en Jeanie. Después de tomar la cuerda de Dickens, volvió a la carretera para continuar su viaje, consciente en todo momento de que su supuesto protector la seguía.

Durante todo el día, el Sr. Tanner permaneció en silencio. Caroline debería haber estado contenta, pero su silencio continuo la irritaba. Si hablaba, podía ignorarlo. Pero mientras estuviera callado, no podía. Sin embargo, su presencia le distraía de los mensajes que llevaba en su diario —ambos diarios— y de las imágenes que llevaba

en su memoria. Era lo único positivo que le aportaba la compañía del Sr. Tanner.

Esa noche, después de elegir un campamento, Caroline sacó su diario y el mapa, en el que tenía todos los destinos marcados con un círculo. Los lugares donde ya había dejado sus mensajes tenían una —X— negra en el círculo. Sentada cerca del fuego para tener luz, contó cada marca del mapa. Dieciséis círculos con X y cinco sin X, solo quedaba un cuarto. Le dio una sensación desconcertante e inquietante.

—¿Cuál es la siguiente parada? —preguntó el Sr. Tanner.

—Fordingham —respondió sin pensar, y luego se dio cuenta de que le había respondido. Levantó la cabeza y lo miró con furia, sentado con las piernas cruzadas frente al fuego parpadeante— ¿Está contento ahora?

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Sí.

Ella sacudió la cabeza, pero se quedó paralizada cuando notó el revólver en sus manos.

—¿Qué es eso?

Él giró el arma reluciente en su mano.

—Supongo que lo sabe.

—¿De dónde ha salido?

—De mi alforja.

Irritada, ella dirigió la mirada a su equipo, incluido el rifle apoyado contra un árbol cercano.

—¿Y su rifle?

—Es bueno para la caza, pero malo para el combate cuerpo a cuerpo.

—Seguro que no espera disparar a nadie.

El Sr. Tanner siguió limpiando el arma con un trapo engrasado.

—No espero nada, señora. Pero sí creo en estar preparado. —Señaló su diario con la barbilla.

—¿Qué es eso?

Caroline presionó la portada con la palma de la mano.

—Nada que le concierna.

Él se encogió de hombros.

—Solo siento curiosidad, nada más.

De repente, se mordió la lengua. ¿Qué diablos le pasaba? ¿Por qué estaba conversando con él?

Como si leyera su mente, el Sr. Tanner sonrió.

—Sabía que no sería capaz de mantener esa boca suya cerrada para siempre, señora. No es natural que una mujer sea tan callada.

Caroline quería gritar su frustración, pero se contuvo.

—¿Por qué insiste en acompañarme cuando claramente no lo desea?

Se serenó y la estudió durante un largo momento.

—¿Qué clase de hombre sería si *no me* quedara con usted?

Caroline no supo cómo contrarrestar su respuesta tranquila y directa. Quería discutir, pero había una verdad simple en sus palabras que no podía rebatir.

El Sr. Tanner se puso de pie y deslizó su reluciente revólver en un cinturón de pistola que no había estado usando cuando se conocieron. La luz del fuego le daba un aspecto siniestro, especialmente con el cinturón bajo alrededor de sus estrechas caderas. Ella se estremeció. No sabía prácticamente nada de él,

salvo que era de Texas y que su hijo Steven había muerto en la guerra.

¿Qué clase de hombre sería si no me quedara con usted?

Pero tal vez eso era todo lo que necesitaba saber de él.

Un susurro en la maleza llamó su atención y el Sr. Tanner se convirtió en un borrón de movimiento. Sorprendida por la rapidez con la que había sacado su revólver, Caroline no sabía de qué tenía más miedo: de él o de quien se escondía en la maleza.

4

Un lastimoso maullido rompió el tenso cuadro y Reid soltó el aire de sus pulmones con una ráfaga. Volvió a deslizar el revólver en su funda. Dieciocho años de desuso habían disminuido su velocidad solo ligeramente, y la culata del arma todavía se sentía natural en su palma, como el regreso de un viejo amigo. De hecho, el arma se sentía demasiado bien en su mano.

—¿Para esto necesita su revólver? ¿Para protegerse de gatos indefensos? —preguntó la señora Milton, con voz entre burlona y mofadora.

Reid se tragó su vergüenza y mantuvo la boca cerrada. Su vista se adaptó a la oscuridad y pudo distinguir una mancha gris con ojos brillantes.

—Podría estar herido, —dijo ella con total naturalidad.

Los gatos tenían su función a la hora de mantener un hogar libre de ratones, pero aquí no eran más que otro animal salvaje. Reid puso la mano en su revólver.

—Lo dejaré en el suelo.

—Espere.

Frunció el ceño.

—Es tan probable que le arañe como que le deje acercarse.

Ella lo miró desde donde estaba arrodillada en el suelo.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos, ¿verdad?

Incluso con la tenue luz de la noche, podía ver la chispa en sus ojos. Maldijo para sus adentros, pero ella lo ignoró y extendió la mano hacia el animal.

—Ven aquí, gatito. No pasa nada. No te haré daño.

Reid contuvo un suspiro de impaciencia. Era la señora Milton quien debería preocuparse de que el gato la hiciera daño. Sin embargo, la mujer no parecía asustada, o tal vez no era consciente del daño que un gato salvaje podía causar con sus garras.

El gato retrocedió con un siseo bajo, pero la señora Milton siguió engatusándolo mientras se acercaba poco a poco.

—Ten cuidado. No te acerques demasiado, —advirtió.

El gato se precipitó de nuevo entre los matorrales y Reid suspiró aliviado al ver que el animal se había ido. Esperaba que la Sra. Milton volviera a acercarse al fuego, pero ella permaneció inmóvil y en silencio.

—Sra. Milton. —Ninguna reacción.

Reid se inclinó y le tocó el hombro. La Sra. Milton se puso en movimiento, retrocediendo a trompicones, alejándose de él. Sus ojos tenían una mirada salvaje, no muy diferente a la del gato.

—Sra. Milton. Caroline, —dijo Reid, levantando las manos. Ella jadeó y se puso rígida, y luego se desplomó.

Reid se agachó junto a ella.

—¿Está bien, Caroline?

Ella parpadeó y lo miró fijamente un momento como si tratara de recordar su nombre. Luego, la terquedad familiar volvió a aparecer en sus rasgos.

—Estoy bien.

Su mentira evidente hizo que la propia voz de Reid se volviera seca.

—No parecías estar bien.

Ella lo miró con furia y se puso de pie, obligando a Reid a levantarse y retirarse.

—Voy a dormir.

Con el ceño fruncido, Reid la vio preparar su saco de dormir y luego acostarse sin mirarlo ni una sola vez.

¿Qué había pasado? ¿Qué le había hecho perder el control habitual? ¿Había visto algo? Si era así, ¿por qué no se lo contaba?

Recordó la mirada en sus ojos y un escalofrío lo recorrió. Por un momento, ella no estaba allí. Le recordó la mirada vacía de los ojos de una persona muerta, algo que había visto más a menudo de lo que le gustaría confesar.

La miró, sabiendo que no estaba dormida por la rigidez con la que yacía en su saco de dormir. Podía protegerla de los forajidos en el camino, pero lo que la preocupaba ahora estaba fuera de su control. Pero, claro, él no se había ofrecido como amigo. Tenía sus propios problemas que afrontar y eso era más que suficiente.

Suspirando, se deslizó en su saco de dormir y le dio la espalda a la mujer.

Caroline oyó que el Sr. Tanner se retiraba y se relajó por completo. Cerró los ojos y vio la misma imagen que la había atormentado unos minutos antes.

—Aléjate de mí, maldito yanqui. ¡Si te acercas más, te rajo el cuello!

Caroline se llevó las manos a los oídos, pero la aparición se negaba a dejarla. Recordaba claramente al soldado confederado, blandiendo un gran cuchillo mientras sus entrañas se derramaban por un tajo de sable en el vientre. Había querido ayudarlo, pero su acento del norte había confundido al hombre febril. En su delirio estaba convencido de que estaba rodeado de yanquis, y había estado a las puertas de la muerte para cuando alguien pudo acercársele.

Otro fracaso. Quizá si hubiera mantenido la boca cerrada o hubiera permitido que alguien más lo ayudara, habría sobrevivido.

¿Y luego qué? ¿Se habría curado y lo habrían enviado de vuelta a luchar... para morir otro día?

Caroline ordenó al fantasma que se fuera y el recuerdo se desvaneció. Pero sabía que volvería a atormentarla y esperaba estar sola la próxima vez.

Las mejillas le ardían de humillación. El Sr. Tanner había visto su debilidad, pero al menos no vio su vergüenza. ¿Por qué no era lo suficientemente fuerte para luchar contra los fantasmas? ¿Por qué recordaba el pasado tan vívidamente? No había luchado en los sangrientos campos de batalla ni había matado a otros con sus propias manos. Solo había sido enfermera.

Caroline tenía dolor de cabeza, pero no le importaba. Significaba que dormiría poco esta noche, lo que mantendría a raya las pesadillas.

Se dio la vuelta y apoyó la cabeza en los brazos para contemplar el cielo nocturno. Al desviar sus pensamientos hacia el gato callejero, no pudo evitar preguntarse de dónde venía. ¿Era tan salvaje como pensaba el Sr. Tanner? ¿O solo estaba usando esa excusa para emplear su revólver?

Sacudió la cabeza, avergonzada de sí misma por pensar que era ese tipo de hombre. A pesar de su propio dolor y pena, parecía realmente preocupado por su bienestar. Si no fuera un hombre

decente, habría mostrado su verdadera cara antes. En cambio, había soportado su puchero infantil y la había mantenido a salvo a pesar de que no tenía nada que ganar. Juró comportarse de una manera más civilizada mañana.

Un maullido lastimero sonó entre los matorrales, indicándole a Caroline que el gato no había ido muy lejos. Ya tenía más que suficientes compañeros de viaje, pero tampoco estaba en sus planes ignorar la difícil situación del animal. Después de echarle un vistazo a Reid, que parecía estar profundamente dormido, se sentó. Buscó en silencio en sus alforjas y encontró un trozo de carne seca, que lanzó en dirección al maullido.

—Solo esta vez, gato, luego te las apañas solo, —susurró.

Mañana el gato se habría ido y ya no sería su preocupación. Lo último que Caroline quería era la responsabilidad de otra vida, aunque fuera la de un gato callejero y desaliñado.



La mañana amaneció con nubes de color coral que iluminaban el horizonte. Moscas y mosquitos pululaban alrededor de Reid como abejas alrededor de un trébol, haciéndolo miserable para hombres, mujeres y bestias. Aunque no le gustaban los insectos, estaba acostumbrado a ellos. La forma en que Caroline, la Sra. Milton los ignoraba le decía que ella también estaba familiarizada con las plagas zumbantes.

—¿Café, Sr. Tanner? —preguntó la Sra. Milton.

Reid se limpió la cara después de afeitarse y se dio la vuelta para ver si ella se estaba burlando de él. En cambio, la encontró sosteniendo una taza. Se colgó el paño húmedo alrededor del cuello y aceptó la ofrenda de paz.

—Gracias, señora.

—El desayuno estará listo en breve. Espero que le guste el beicon y los panqueques.

Demasiado sorprendido para hablar, Reid asintió. Miró a la señora Milton, notando el rubor en sus mejillas y se preguntó si era el calor del fuego o algo más lo que lo causaba. La grasa crepitaba en la sartén, seguida del agradable aroma del beicon. ¿Cómo había conseguido la carne? Los alimentos escaseaban debido a la pérdida

de hombres que trabajaban en los campos, lo que inflaba el costo de los suministros. Se imponían impuestos severos a las personas cuyo único delito era haberse unido al bando perdedor de una guerra, lo que hacía que el dinero necesario para comprar alimentos a precios excesivos fuera aún más escaso. Quizás su acento de Massachusetts la había ayudado a conseguir comida de los comerciantes del norte.

¿Qué importaba de dónde la sacara? La guerra había terminado. Al menos para la gente cuerda. Pero todavía había soldados confederados que se negaban a reconocer la derrota y formaban grupos guerrilleros que actuaban más como bandas de forajidos. Esa era una de las razones por las que él insistía en cabalgar con ella.

—Aquí tiene, Sr. Tanner.

Reid parpadeó, sorprendido al ver a la Sra. Milton sosteniendo un plato. Lo aceptó y dejó su taza de café ahora vacía.

—Gracias.

Con un plato de comida que contenía menos de la mitad de lo que tenía Reid, la señora Milton se sentó con las piernas cruzadas en el suelo. Le parecía extraño ver a esta mujer tan correcta sentada de una manera tan poco femenina. En momentos como este, podía

imaginársela trabajando en las condiciones primitivas de un hospital de campaña. La firmeza de carácter y la capacidad de arreglárselas le habrían sido de gran utilidad durante la guerra.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Reid de repente.

La Sra. Milton se quedó paralizada con un trozo de beicon a medio camino de la boca y volvió a dejar la carne en el plato. Se llevó la taza a los labios, pero él se dio cuenta de que era más para ganar tiempo que para beber café de verdad. Sorprendentemente, ella entendió su pregunta.

—Para ser sincera, no recuerdo mucho de su hijo, —respondió —. Tenía la cara delgada, pero la mayoría lo tenían. Hacia el final de la guerra, los suministros eran casi inexistentes, y a menudo veía a hombres discutiendo por un conejo o una ardilla muertos. —Sus mejillas perdieron el rubor rosado—. Lo siento. Su hijo fue uno de tantos.

Por un momento, pareció que iba a llorar, pero levantó la barbilla y siguió comiendo. Reid terminó su desayuno, pero el placer de la comida había desaparecido con el relato de Caroline.

Se oyó un ligero susurro de hierba a un lado y un gato desaliñado se asomó entre los largos tallos. Aunque no estaba

seguro, Reid supuso que era el mismo que había visitado la noche anterior.

El animal no tenía nada de bonito ni distintivo. Era de un gris sucio, negro y blanco, y le faltaba parte de una oreja, así como mechones de pelo, probablemente como resultado de una pelea con otro gato, o tal vez con algún otro animal salvaje.

Antes de que pudiera decir nada, Caroline se acercó a la criatura, arrullándola en voz baja. Reid no desperdició su aliento advirtiéndola, pero se aseguró de tener la mano en su revólver.

El gato dio un delicado paso hacia adelante y estiró la nariz para oler las yemas de los dedos de Caroline. Después de familiarizarse con ella, el gato presionó la cabeza contra la palma de Caroline y empezó a ronronear.

—Que me aspen —murmuró Reid.

Caroline enroscó los dedos alrededor del abdomen del animal y lo cogió para examinarlo más de cerca.

—No tiene heridas recientes, pero está flaco como un palo.

—Solo tiene hambre.

Ella asintió y volvió a dejar al animal en el suelo. Cogió la sartén que había usado para freír el beicon y raspó la grasa en su plato, luego puso el plato delante del gato. El callejero no perdió el tiempo, y lamió la grasa inmediatamente.

—Se da cuenta de que probablemente nos seguirá ahora —dijo Reid.

Caroline levantó la cabeza de repente, sus ojos brillaron con algo parecido al pánico, pero desapareció tan rápido que no pudo estar seguro. Ella negó con la cabeza.

—No podrá seguirnos el ritmo.

Reid se encogió de hombros.

—He visto cosas más extrañas.

Ella simplemente puso los ojos en blanco.

—De verdad, Sr. Tanner, podría intentarlo, pero no es tan tonto como para continuar.

Él no se molestó en discutir.

—Yo lavaré los platos, —se ofreció después de que el gato se sentara sobre sus patas traseras y empezara a limpiarse la cara con una pata delantera.

Ella le entregó la sartén junto con los demás utensilios. Mientras se alejaba del campamento, recordó su breve conversación sobre su hijo. Se detuvo y dijo por encima del hombro:

—Estoy seguro de que hizo lo mejor que pudo por Steven y todos los demás.

Ella levantó la cabeza, sorprendida, pero miró hacia otro lado sin decir palabra.

Reid llevó a cabo su tarea y, cuando regresó al campamento, la Sra. Milton tenía su caballo y su mula listos para partir. Su sombrero habitual le cubría la cabeza y la mayor parte de su cabello color trigo.

—¿Dónde está el gato?

—Desapareció. —Ella tomó las cosas de las manos de Reid y las metió en su mochila—. Le dije que no nos seguiría.

Reid esperaba una expresión de suficiencia en su rostro, pero en su lugar una sonrisa genuina, aunque pequeña, se dibujó en sus labios.

—Eso dijo, señora Milton.

Preparó a Red para viajar con rapidez y eficiencia y se montó en la silla. Echó un vistazo alrededor del campamento, buscando cualquier cosa que se les hubiera pasado por alto, pero no vio nada.

Caroline estaba sentada sobre su caballo, su postura relajada le indicaba lo cómoda que estaba sobre la yegua de color pardo. Mientras cabalgaban uno al lado del otro, con Dickens detrás de ellos, Reid preguntó:

—¿Qué clase de caballo es ese?

Ella acarició el cuello arqueado del animal con una mano enguantada.

—Un Kentucky Saddler. La familia de mi marido los criaba en su plantación de Virginia. Jeanie me la regalaron como regalo de bodas.

—¿Jeanie?

Su mirada se desvaneció, como avergonzada.

—Le puse el nombre de la canción del Sr. Foster, «Jeanie with the Light Brown Hair». Ahora parece una tontería, pero en aquel entonces... —Se encogió de hombros—. Era una joven romántica y tonta.

Reid carraspeó.

—Todos fuimos jóvenes románticos y tontos en algún momento.

—Me cuesta imaginarlo a usted.

Recordó que había prometido entregar su pistola y quedarse con Anna para siempre. Solo que el «para siempre» llegó antes de lo que esperaba y su revólver volvió a estar en su cadera. Incluso los asesinos a sueldo podían hacer tonterías en nombre del amor.

—Las apariencias engañan, señora Milton.

—Anoche me llamó Caroline. —Así que lo había oído.

—Lo siento.

—No lo sienta. Si vamos a viajar juntos, no tenemos que andarnos con ceremonias. Llámeme Caroline.

—Reid.

Otra sonrisa se dibujó en sus labios.

—Reid.

Aunque no volvieron a hablar, el silencio no era incómodo como en los dos días anteriores. En cambio, era una tranquilidad reconfortante que los acompañaba, excepto por los arrebatos de Dickens cada diez o quince minutos. Reid pensó que era la

naturaleza contraria de la mula e intentó ignorar el rebuzno desagradable.

A media mañana, hicieron un descanso junto a un pequeño arroyo cristalino. Mientras los animales bebían, Reid y Caroline llenaron sus cantimploras unos metros río arriba.

—¿Cuánto falta para llegar a Fordingham? —preguntó—. Deberíamos llegar esta tarde.

—¿Y qué tienes que hacer allí?

Caroline mojó un pañuelo en el arroyo y lo escurrió, luego se secó la nuca.

—Tengo que reunirme con alguien.

—¿Con quién?

—Con la madre de un joven soldado.

Reid se estremeció y apartó la mirada.

—¿Está muerto?

—Sí. Sus últimas palabras fueron para su madre.

La envidia le hundió en las entrañas. Al menos la madre del chico tendría algo. Pero Reid no tenía nada: ni un hijo ni unas últimas palabras. El estómago se le revolvió y la visión se le volvió

gris. La angustia lo atravesó como una guadaña sin filo. Aunque no era culpa de Caroline que no hubiera un mensaje final de su hijo, Reid no pudo detener la oleada de ira irracional.

—¿Estás lista? —preguntó con brusquedad.

Ella lo miró desconcertada, pero solo asintió y se ató la bufanda húmeda en el cuello.

Mientras se enderezaban, el gato callejero salió trotando de la hierba hacia ellos.

Los ojos de Caroline se abrieron como platos y Reid podría haberse reído de su cómica expresión si sus pulmones no estuvieran tan tensos.

—Deja de seguirnos, —le dijo al animal flaco. El gato simplemente la miró fijamente. Caroline agitó el dedo—. Lo digo en serio. Vuelve a casa. —Los ojos verdes permanecieron sin pestañear.

Caroline se acercó a él, lo cogió y lo arrojó a unos metros de distancia, en la dirección de donde venía. El gato se dio la vuelta y volvió hacia ella y luego se frotó contra sus tobillos.

Reid observó el suceso desde lo alto de su caballo, y su sombrío estado de ánimo se aligeró.

—Te has hecho una amiga, Caroline.

Ella lo miró con furia.

—No quiero una amiga. —Su atención volvió al gato callejero —. No te llevaré, así que vete por donde has venido.

Se dio la vuelta y se montó en la silla de montar. Sin volver a mirar al gato, dio un golpe de talón a su caballo y la yegua parda se dirigió de nuevo por el camino.

El gato la siguió.

Desconcertado por la repentina indiferencia de Caroline hacia la criatura callejera, Reid instó a Red a que la siguiera. No pasó mucho tiempo antes de que el gato se quedara atrás y Reid se obligó a sí mismo a ignorar los lastimosos maullidos que se hacían cada vez más débiles. Una o dos veces creyó ver a Caroline echando vistazos a sus espaldas, pero pensó que debía ser su imaginación.

Cuando el sol estaba alto en el cielo, Reid y Caroline se tomaron un descanso para que los animales descansaran y almorzaran. Mientras estaban sentados en las rocas y mordisqueaban carne seca, los dos caballos y la mula pastaban en la exuberante hierba verde.

Caroline terminó su comida y subió las piernas a la roca, envolviéndolas con los brazos. Miró a su alrededor el caleidoscopio de diferentes tonos de verde que los rodeaba.

—Cuando miro a mi alrededor, me cuesta creer que hubo una guerra.

—Texas es muy parecido. Los tejanos se fueron en masa para unirse a los confederados, pero nunca se libraron batallas en su territorio. —Reid cogió una piedra y la arrojó al bosque—. Los yanquis intentaron bloquearnos, pero no lo consiguieron.

—¿Alguna vez sintió que era su deber unirse al ejército?

—No —respondió sin dudar—. No me gustaba que los estados del norte nos dieran órdenes, pero tampoco creía que un hombre tuviera derecho a poseer a otro. —Se encogió de hombros—. Fue una guerra estúpida librada por razones estúpidas.

—Mucha gente no creía que las razones fueran estúpidas. —Reid la miró de cerca—. ¿Usted era una de ellas?

Caroline se quitó un poco de polvo de la falda.

—Mi marido sí. A Robert no le gustaba que los empresarios del Norte fijaran los precios del tabaco y el algodón. Pensaba que el Sur hacía todo el trabajo y el Norte se llevaba todas las recompensas.

Reid también había oído ese argumento entre sus compañeros tejanos. Pero ella no había respondido a su pregunta.

—Eso era su marido. ¿Y usted?

Ella se encogió de hombros.

—Creía en Robert.

—¿Y se hizo enfermera para seguirlo?

—Ya había recibido formación como enfermera, para mortificación eterna de mis padres. —Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios—. Entonces simplemente usé mis talentos, para disgusto de mi esposo.

Reid frunció el ceño.

—¿Por qué no le prohibió que trabajara como enfermera?

Ella se rió, asombrándolo, ya que nunca antes la había oído reír. Era un sonido agradable, musical y femenino con un toque de picardía. No pudo evitar sonreír a su vez.

—Siento reírme, señor... Reid. Si me conociera mejor, sabría que si me prohibieran algo, me esforzaría mucho más por hacerlo.

Reid podía ver fácilmente a esta mujer, la de los ojos brillantes y la expresión luminosa, desafiando a sus padres y a su marido. Y a

cualquiera que se atreviera a decirle que no podía hacer algo.

—Tiene razón. No le conozco tan bien, pero tengo la sensación de que nos conoceremos mucho mejor cuando lleguemos a Texas.

En cuestión de segundos, sus rasgos perdieron su animación y volvió la tristeza.

—Tenga cuidado, Reid. Puede que no le guste lo que encuentre. —Saltó de la roca—. Llevamos aquí demasiado tiempo.

Desconcertado por su comentario, Reid recogió las riendas de su caballo y se subió a la silla. Caroline hizo lo mismo, pero cuando agarró la cuerda de Dickens, la mula se negó a moverse. Tiró de la cuerda, pero el burro clavó las pezuñas en la tierra.

—Vamos, Dickens. No tenemos tiempo para tus travesuras obstinadas, —dijo Caroline con más de un atisbo de impaciencia.

Reid sacudió la cabeza con exasperación y dirigió a su yegua alrededor de los cuartos traseros de la mula. Le dio una palmada en la grupa y solo los reflejos de Red le salvaron de ser golpeado por las patas agitadas.

—Atrás, —dijo Caroline con retraso—. Normalmente consigo que se mueva.

Después de cinco minutos de persuasión y amenazas, Caroline consiguió que Dickens la siguiera. El sudor le brillaba en la cara roja y sus labios se fruncieron como si les hubiera pasado un limón agrio. Reid abrió la boca para hablar, pero después de otra mirada a sus rasgos serios, la cerró. Caroline obviamente no quería hablar de Dickens ni de nada más.

Reid se ajustó el ala del sombrero, suspiró exasperado y se concentró en lo que le rodeaba en lugar de en la desconcertante Caroline Milton.

5

14 de mayo de 1864.

Soldado Luther Donovan de Fordingham, Tennessee. Pelo rojo, ojos verdes, pecas en la nariz y las mejillas, diecisiete años. Herido en la batalla de Wilderness el 6 de mayo. Causa de la muerte: putrefacción de la herida de la espalda. «Dile a mamá que lo intenté con todas mis fuerzas. Dile que la quería aunque odiaba lo que era». (Foto del niño y la madre).

Caroline intentó no llamar la atención mientras miraba detrás de ellos, comprobando el camino. No quería que el gato los siguiera, pero no podía evitar preocuparse de que lo intentara. En su estado casi de inanición, no duraría mucho. Probablemente se debilitaría tanto que un zorro o un búho lo encontrarían presa fácil. *Estúpido gato*.

—Yo tampoco lo he visto.

Caroline se puso rígida y se encontró con la mirada de Reid.

—¿De qué está hablando?

—Del gato. Eso es lo que has estado buscando, ¿verdad?

Caroline enderezó la espalda y miró al frente.

—¿Por qué iba a preocuparme un gato callejero?

—No he dicho que estuvieras preocupada, solo que lo estabas buscando.

Ella pudo oír la sonrisa en su voz y, a la defensiva, respondió:

—Bueno, no lo estoy buscando y no estoy preocupada.

Él se rió entre dientes.

—Sí, señora.

Caroline contuvo una réplica, sabiendo que solo le estaría dando a Reid más munición contra ella. Tal vez estaba un poco preocupada por el gato, pero ella había sido quien le había dado algo de comida al animal, así que era culpa suya si los seguía.

Se sintió aliviada cuando coronaron una colina y vieron Fordingham a solo un par de millas de distancia. De repente

agotada, Caroline empujó a Jeanie por la suave pendiente de la carretera.

Cuando entraron en la pequeña pero bulliciosa ciudad, Caroline no se sorprendió cuando atrajeron la atención de los que estaban en la calle principal. Dudaba de que tuvieran muchos visitantes y, por las miradas hostiles de las caras, los que habían tenido desde el final de la guerra probablemente no eran bienvenidos.

—Parece una pensión —dijo Reid.

Caroline siguió su línea de visión y vio el letrero desconchado que simplemente decía HABITACIONES EN ALQUILER. Miró a su alrededor, esperando que hubiera un hotel o algo de aspecto más respetable, pero se llevó una decepción.

—Veamos si tienen alguna habitación disponible —dijo sin entusiasmo.

Bajaron del coche junto al poste de enganche que había frente a la gran casa de estructura de madera. El edificio, al igual que el letrero, necesitaba pintura fresca, pero por lo demás parecía ordenado y bien cuidado.

Reid llamó a la puerta, que se abrió casi de inmediato. Un hombre de mediana edad con un rostro suave y pastoso, que vestía

pantalones raídos pero limpios y una camisa bien planchada, los miró.

—¿Puedo ayudarlos?

—Buscamos un lugar donde pasar una o dos noches —dijo Caroline.

—Por favor, pasen. —Abrió la puerta de par en par y les indicó que entraran.

Caroline entró y se sorprendió por el interior impecable y acogedor.

Reid se quitó el sombrero y se puso detrás de ella.

Los ojos del propietario de la pensión mostraban su alegría ante la posibilidad de tener huéspedes y sus manos se movían rápidamente mientras hablaba.

—Tengo la habitación perfecta para ustedes. Es la más grande que tengo, con una cama cómoda y recientemente coloqué cortinas nuevas, muy luminosas y alegres.

Aunque el rostro de Caroline se sonrojó, no pudo evitar sonreír ante su agradable disposición.

—Suena encantador, pero nos gustaría tener cada uno nuestra habitación.

El hombre miró el anillo de su mano izquierda y Caroline tocó su anillo de boda por reflejo.

—Soy viuda.

Su expresión se ensombreció.

—Siento su pérdida. Demasiadas personas han perdido a sus seres queridos. Quizá le guste esa habitación de todos modos, y su, eh, amigo puede quedarse con la del otro lado del pasillo.

—¿Cuesta más?

—Para usted no —dijo galantemente.

Caroline contuvo una sonrisa.

—Gracias, señor...

—Floyd Preston, pero llámeme Floyd. Las habitaciones cuestan cincuenta centavos por noche. Si quiere comidas, serán cincuenta centavos más al día.

—¿Su esposa cocina? —preguntó Reid.

Floyd agitó una mano regordeta.

—No estoy casado, pero le aseguro que puedo cocinar una comida decente.

—Estoy segura de que puede —dijo Caroline antes de que Reid pudiera hacer un comentario grosero—. Soy Caroline Milton y este es Reid Tanner.

Le estrechó la mano, que era suave como la de una mujer. Luego Reid le estrechó la mano. Ocultando una sonrisa con una tos, trató de no darse cuenta de que Floyd sostuvo la mano de Reid unos momentos más de lo necesario.

—Nos quedaremos una noche, tal vez dos, —dijo Caroline, desviando la atención de Floyd de Reid—. Y también me gustaría comer aquí.

—Yo haré lo mismo, —dijo Reid con un toque de reticencia.

—Será un dólar cada uno, de moneda, no de papel. Si deciden quedarse otro día, pueden pagar entonces, —indicó Floyd.

Caroline y Reid le dieron cada uno un dólar de plata.

—Permítanme mostrarles sus habitaciones —dijo.

Caroline lo siguió por la empinada escalera y por un pasillo estrecho. Floyd abrió una puerta a la derecha.

—Esta será la suya, señora Milton.

Caroline echó un vistazo al interior y casi se quedó sin aliento. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas de colores vivos y la cama con dosel brillaba, al igual que la cómoda a juego. Una alfombra cubría la mayor parte del suelo de madera brillante.

—Es preciosa.

Floyd se encogió de hombros, pero ella notó que estaba complacido.

—Como le dije, acabo de terminarla de arreglar. Hice las cortinas yo mismo. —Levantó la vista hacia Reid—. Me temo que la suya no es tan bonita. Abrió la puerta al otro lado del pasillo.

—Estará bien —murmuró Reid.

Caroline miró por encima del hombro de Floyd la habitación sencilla pero ordenada que sería la de Reid. Aunque era más pequeña, también tenía un toque luminoso y acogedor. Era obvio que Floyd estaba orgulloso del interior de la casa.

—Iré a ver cómo están los caballos, —dijo Reid.

—Hay una caballeriza a la vuelta de la esquina, —le dijo Floyd —. Gracias—. Reid bajó las escaleras.

—Espero no haberlo ofendido con su habitación —dijo Floyd en voz baja. Caroline le dio una palmadita en el brazo.

—No lo ha hecho. Es maleducado por naturaleza.

Floyd suspiró.

—Supongo que eso es un alivio. —Sacudió la cabeza—. ¿Necesita ayuda para meter sus cosas?

—No, gracias. Puedo hacerlo yo.

—Entonces empezaré a preparar la cena. Estará lista sobre las seis. —Eso estará bien.

Caroline lo siguió y salió a buscar sus maletas, mientras Floyd se dirigía a la cocina.

—¿Seguro que quieres quedarte aquí? —preguntó Reid con brusquedad desde el otro lado de su caballo.

—¿Por qué no iba a querer? Es el lugar más limpio que he visto en mucho tiempo.

—Sí, y se le da bastante bien la aguja y el hilo.

Caroline se rió de su tono de disgusto.

—¿Y qué? Es un hombre muy agradable.

Reid se agachó bajo el cuello de su caballo para ponerse a su lado.

—Es un marica.

Ella había reconocido la naturaleza de Floyd casi de inmediato, pero no le guardaba ningún tipo de aversión. Se encogió de hombros.

—He conocido a otros hombres como él. El último era un soldado al que sus propios compañeros habían golpeado hasta casi matarlo. La ira la hizo sacudir la cabeza. —Luchó contra el enemigo junto a esos hombres durante semanas, luego descubrieron su secreto y casi lo matan a golpes. Una cosa es que el enemigo te hiera o te mate, pero cuando son tus compañeros de armas, hombres que creías que eran tus amigos... Su estómago se retorció —. Eso es una locura.

Reid suspiró.

—Cuando lo dices así, no tiene mucho sentido, ¿verdad?

La melancolía sorprendió a Caroline.

—Muchas cosas no tienen mucho sentido, Reid.

Él le dio una palmada en el hombro, asustándola.

—Tengo una mano libre para ayudarte a llevar tus cosas —ofreció.

Agradecida, ella le entregó su bolso que Dickens llevaba a la espalda.

—Gracias.

—Cuando vuelva, llevaré los caballos y tu mula a la caballeriza.

Ella lo vio caminar de regreso a la casa con paso largo. Quizás tener a Reid Tanner para el largo viaje no sería tan malo como se imaginaba. Por otro lado, tendría que asegurarse de no sentirse demasiado cómoda en su compañía. Eso podría llevar a una intimidad mucho mayor de la que podía permitirse.



Reid tuvo que admitir que Floyd definitivamente sabía cocinar. Aunque no era nada sofisticado (venado, patatas, quimbombó frito, pan y mantequilla de manzana), sabía muy bien y llenó su estómago.

Floyd se había unido a ellos, lo que hizo que Reid se sintiera incómodo durante unos momentos hasta que Caroline llenó el incómodo silencio. Pronto ella y Floyd conversaban como viejos amigos.

Mientras hablaban, Reid notó que su mirada se desviaba hacia Caroline con bastante frecuencia. Ella se había tomado su tiempo para lavarse y ponerse ropa limpia antes de la comida. Su cabello, que normalmente llevaba recogido y oculto bajo su sombrero flexible, estaba suelto y le caía por la espalda, como las ondas de trigo en un campo de verano. Suavizaba su rostro y hacía que Reid se diera cuenta, con incomodidad, de que era una mujer guapa.

Floyd se puso de pie y rellenó sus tazas de café y luego se reunió con ellos.

—¿Cómo ha afectado la guerra a Fordingham? —preguntó Reid con curiosidad.

La perpetua sonrisa de su anfitrión se desvaneció.

—¿Cómo no lo ha hecho? Hemos perdido a muchos hombres, dejando viudas y huérfanos sin un centavo. Luego vinieron los recaudadores de impuestos yanquis y exigieron su parte. Pero lo último que supe es que no se puede sacar nada de la nada. Aun así

insistieron. —Señaló lo que le rodeaba—. Me partió el corazón tener que vender algunas de las reliquias de mi madre, pero logré pagar sus impuestos. Solo me quedó lo justo para arreglar una habitación o dos.

—¿Cómo van los negocios? —preguntó Caroline.

—No muy bien. Por mucho que odie a los recaudadores, me aportan algunos ingresos, ya que soy el único lugar donde alojarse en la ciudad. —Se encogió de hombros—. Me las arreglo.

Reid recorrió el borde de su taza de café.

—¿Ha pensado alguna vez en irse?

—¿Adónde iría, Sr. Tanner? He oído que mucha gente está levantando el campamento y dirigiéndose a Texas, pero como puede ver, no soy de los pioneros. —Sacudió la cabeza—. No, este es mi hogar, para bien o para mal. Y a ustedes, ¿qué les trae por Fordingham?

Reid miró a Caroline, dejando que ella respondiera.

—En realidad, estoy aquí para hablar con la madre de Luther Donovan —dijo Caroline, y su voz volvió a ser de cortés frialdad.

El rostro de Floyd se sonrojó inmediatamente y tomó un largo trago de agua.

—¿Por qué quiere hablar con ella?

—Estaba con su hijo cuando murió en un hospital confederado.

—Pero su voz... ¿no es usted del norte?

—Mi marido era de Virginia.

—¿Murió en la guerra?

Caroline asintió con la cabeza, con expresión firme.

—Como muchos otros hombres. ¿Puede decirme dónde puedo encontrar a la señora Donovan?

El rostro redondo de Floyd se sonrojó mientras se retorcía incómodo.

—En realidad, es la señorita Donovan, la señorita Fancy Donovan.

Reid se enderezó en su silla. Tenía la sensación de que la madre del chico no era lo que Caroline esperaba.

—Tiene una casa a unas tres manzanas de aquí. Siga una manzana y luego dos hacia el este. No tiene pérdida, es la casa más grande de la zona, —indicó Floyd.

—Gracias, —respondió Caroline.

—No sabía que su hijo había muerto. Conocía a Luther. Era un poco matón, una vez rompió una de mis ventanas. Pero supongo que no debería hablar mal de los muertos.

Reid notó que la mirada de Floyd no se cruzaba con la de ellos. Pensó que Luther podría haber hecho algo más que romper la ventana de Floyd.

—A la muerte no le importa si una persona es un matón o un santo, —comentó Caroline en voz baja—. Y se recuerda lo que una persona hizo en vida, ya sea bueno o malo.

Floyd le dio una palmadita en el dorso de la mano a Caroline.

—Yo diría que ha visto su parte de ambos tipos, pero tengo la sensación de que no le importaba de una forma u otra mientras estaban bajo su cuidado.

Caroline le dedicó a Floyd una dulce sonrisa que le cortó la respiración a Reid.

—Gracias, pero solo hice lo que tenía que hacer.

—He oído a héroes decir lo mismo.

Por un momento, Reid pensó que Caroline podría llorar, pero ella lo sorprendió con una risa.

—No soy una heroína. —Se secó los labios con una servilleta y la dejó junto a su plato vacío—. Le ayudaré con los platos y luego visitaré a la señorita Donovan.

Floyd se puso de pie y dijo con severidad:

—Usted es una inquilina, señora Milton, y los inquilinos no ayudan con las tareas domésticas.

Caroline sonrió.

—Gracias.

Floyd hizo una pausa con las manos llenas de platos apilados. Las arrugas de preocupación marcaron su frente.

—Creo que debería hacer que el Sr. Tanner la acompañe a casa de la Srta. Donovan.

—Es una buena idea —dijo Reid antes de que Caroline pudiera protestar.

Ya había decidido hacerlo, ya que sospechaba que sabía por qué la señorita Fancy Donovan tenía la casa más impresionante de la ciudad. De hecho, habría preferido que Caroline se olvidara por

completo de entregar su mensaje, pero pensó que no tenía ninguna posibilidad de convencerla.

Caroline le frunció el ceño.

—Estoy segura de que puedo encontrar el lugar por mi cuenta.

—Estoy seguro de que puede, pero sigo pensando que es una buena idea que vaya un hombre con usted —dijo Floyd con firmeza.

—Está bien.

Pero Reid se dio cuenta de que no estaba bien. Caroline simplemente estaba siendo cortés al no discutir con Floyd, que había desaparecido en la cocina.

Miró a Reid.

—¿Vamos dentro de media hora?

—Claro.

—Entonces nos vemos en el vestíbulo.

Caroline se levantó y salió con elegancia, pero Reid no se dejó engañar por su fácil capitulación.

—Es una mujer admirable —señaló Floyd al regresar.

Reid no pudo ocultar su sorpresa.

Floyd se rió entre dientes.

—Que no me case con una mujer no significa que no pueda admirar a una.

A pesar de su persistente incomodidad, Reid sonrió.

—Supongo que nunca lo había pensado de esa manera. —Se puso de pie—. Gracias por la cena. Estaba buena.

—Eso no ha sido tan difícil, ¿verdad?

Sacudiendo la cabeza con una divertida mueca, Reid salió del comedor y se dirigió al porche para sentarse en una silla deformada. Sacó un cigarro del bolsillo del pecho, lo encendió con una cerilla y se sentó a esperar.

Caroline releyó la entrada del diario con las últimas palabras de Luther Donovan.

«Dile a mamá que lo intenté con todas mis fuerzas. Dile que la quería aunque odiaba lo que era».

Trató de conciliar las palabras del chico con la descripción que Floyd hacía de Luther como un matón, pero todo lo que pudo ver fue el rostro de un niño atormentado por el dolor a medida que la infección se extendía por todo su cuerpo.

Colocó el marcapáginas de cinta entre las páginas y cerró el diario con las manos húmedas de sudor. Aunque ya lo había hecho muchas veces, no le resultaba más fácil. Cada vez esperaba ver acusación en los ojos de la familia por dejar morir a su hijo o esposo, pero cada vez solo se encontraba con un dolor renovado. Quizás Reid tenía razón. Quizás no debería reabrir heridas apenas curadas. Quizás era mejor que la familia no escuchara el mensaje final de su ser querido.

No. A pesar de la objeción de Reid, sabía que él deseaba que su hijo le hubiera dejado unas últimas palabras. Pero se lo habían robado, al igual que a su hijo le habían robado la vida a una edad tan temprana.

Recogió su largo cabello en un moño en la nuca y se lo sujetó con una horquilla. El sombrero que había desempaquetado antes estaba sobre la cama y se lo puso, atándose la cinta debajo de la barbilla.

Miró fijamente a la mujer pálida en el espejo y una sensación de extrañeza la invadió. ¿Quién era esta desconocida en la que se había convertido? ¿Cuánto quedaba de Caroline Taylor Milton?

Últimamente parecía tan poca cosa que podría haber sido otra persona, una desconocida incluso para sí misma.

Parpadeó y respiró hondo. Solo habían pasado diez minutos desde que había salido del comedor, diciendo que se reuniría con Reid en treinta minutos. Sin embargo, no quería su compañía. Esta era su misión, no la suya.

Enderezando los hombros, cogió su diario y salió de su habitación de puntillas. Se movió lo más silenciosamente que pudo, esforzándose por oír a Reid en su habitación. Al pie de las escaleras, se detuvo y miró hacia arriba, pero su puerta permanecía cerrada. Suspirando aliviada, caminó hasta la puerta principal y la abrió.

—¿Vas a algún sitio, Caroline?

Saltó al oír la voz de Reid.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó.

—Disfrutando de un puro. —Se volvió para mirarla—. Y esperando a que te escabullas sin mí.

Caroline lo fulminó con la mirada. Aunque tenía razón, no quería darle ninguna satisfacción.

—Solo iba a esperarte en el porche.

Reid resopló.

—Nunca antes te había tomado por mentirosa.

Su rostro se puso rojo con la verdad de sus palabras, pero su orgullo no le permitió disculparse.

—No tienes que venir conmigo. Soy perfectamente capaz de encontrar a la señorita Donovan por mí misma.

—Estoy seguro de que sí. —Reid se puso de pie y apagó su cigarro en la barandilla combada del porche—. ¿Estás lista?

Caroline quería dar un pisotón con el pie, frustrada, pero la seriedad de su tarea la detuvo.

—Como quieras.

—Siempre lo hago.

Aplacó su irritación y levantó la cabeza para adelantarlo. Con sus largas piernas, Reid no tuvo problemas en alcanzarla. Al principio, ella lo ignoró, pero después de girar hacia el este, el carácter de la ciudad cambió. Donde antes había tiendas y oficinas con hombres y mujeres tranquilos, ahora había salones, salas de juego y risas estridentes.

Caroline podía oír maldiciones y risas de borrachos en bares llenos de humo y se acercó a Reid. Y se sintió extrañamente reconfortada cuando él puso su brazo alrededor de sus hombros para que ella se acurrucara a su lado. Su sólido calor y su limpio aroma masculino eran un santuario acogedor.

Encontraron la casa fácilmente. Era una casa de tres pisos con estructura blanca y dos faroles rojos encendidos a cada lado de la puerta. Caroline se quedó con la boca abierta al reconocer lo que significaban las luces rojas. Sus pasos vacilaron y luego se detuvieron por completo.

—No tienes que hacer esto. —El ala del sombrero de Reid rozó su cofia y su cálido y húmedo aliento cayó en cascada sobre su mejilla.

Mientras estudiaba la imponente casa con luces brillando en casi todas las ventanas, la puerta se abrió y un hombre salió tambaleándose al amplio porche. Estaba cantando una canción obscena sobre los atributos de una mujer. Los pies de Caroline la instaban a darse la vuelta y regresar a la pensión, pero su corazón insistía en completar su tarea.

—No, no tengo que hacer esto, pero lo haré. —Caroline se soltó del brazo protector de Reid—. No tienes que entrar conmigo.

—Y una mierda que no, —murmuró.

Ella suspiró aliviada, pero no admitió su gratitud. Con pasos reacios, Caroline subió los escalones hasta el porche.

El hombre que había salido tambaleándose momentos antes la miró con ojos de lince.

—Debes de ser la chica nueva —dijo con un balbuceo de borracho. Se acercó sigilosamente y le tocó el trasero.

Caroline se apartó bruscamente, pero antes de que pudiera contraatacar, el borracho se cayó del porche. La expresión furiosa de Reid y su mano cerrada le indicaron a Caroline que se había ocupado del grosero.

—Podría haberme ocupado de él, —aseguró ella, mirándolo con furia.

—Probablemente. Pero *quería hacerlo*.

A pesar de que a Caroline no le gustaba la violencia, no pudo evitar sentir una oleada de calidez por su actitud protectora. Nerviosa por su reacción, Caroline llamó a la puerta ancha.

Las risitas femeninas precedieron a la puerta abierta, revelando a una joven que solo llevaba ropa interior, y que dejaba poco a la imaginación. La mirada de la chica se desvió de Caroline e inmediatamente se posó en Reid. La aprobación en sus ojos provocó un ardor en el pecho de Caroline.

Se puso delante de Reid, impidiendo que la prostituta lo viera.

—Vengo a ver a la señorita Fancy Donovan.

La chica se rió, un sonido de rebuzno que no parecía encajar con su figura menuda pero de grandes pechos.

—Vaya, qué elegancia. ¿Qué querrá una dama como usted de la señorita Fancy?

—Tiene asuntos que discutir con ella —indicó Reid.

La chica ladeó la cabeza y miró a Reid como si fuera un filete jugoso y grueso.

—Le diré una cosa, mientras ella hace sus cosas con la señorita Fancy, usted y yo podemos hacer nuestros propios asuntos.

De repente, apareció otra mujer detrás de la chica apenas vestida. Era una pelirroja alta y con curvas que llevaba un vestido

rojo desteñido con un escote pronunciado que apenas ocultaba sus pezones.

—¿Qué está pasando aquí, Lacy?

—Esta señora quiere hablar con usted —respondió Lacy, enroscando un mechón de cabello rubio en su dedo mientras le lanzaba a Reid una mirada de provocación.

—Vuelve al trabajo. Yo me encargo de esto. —Con evidente reticencia, Lacy se marchó.

—¿Es usted la señorita Fancy Donovan? —preguntó Caroline.

Ella asintió con cautela.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Caroline Milton y me gustaría hablar con usted sobre su hijo Luther.

Las mejillas de la señorita Fancy perdieron todo el color excepto las dos manchas de colorete.

—Está muerto.

—Sí, lo sé. Yo estaba con él cuando murió. —A pesar de su palidez, la voz de la señorita Fancy era áspera—. Bien por usted. Entonces, ¿de qué quiere hablar?

Perpleja, Caroline miró a su alrededor.

—Prefiero hablar en privado.

La señorita Fancy entrecerró los ojos y luego abrió de par en par la puerta.

—Claro, cariño. Pase y traiga al guapo semental con usted.

Confundida por la actitud de la mujer, Caroline entró y su atención fue captada inmediatamente por la escena de libertinaje. Tres chicas que llevaban tanto, o tan poco como Lacy entretenían a los hombres. Una chica estaba sentada en un regazo, con la mano dentro de la camisa del hombre. A otra le acariciaban el pecho desnudo y la última bailaba, con el cuerpo moviéndose sensualmente bajo la escasa ropa interior, mientras tres hombres la miraban embelesados.

El sudor le perlaba la frente a Caroline mientras su estómago se tensaba y sus pezones se endurecían en respuesta a la escena erótica.

—¿Está segura de que quiere hablar? —le preguntó la señorita Fancy a Caroline, arqueando una ceja fina como un lápiz con aire de complicidad.

Sorprendida, Caroline apartó rápidamente la mirada.

—Sí.

La señorita Fancy se encogió de hombros como si no le importara. Le habló a Reid.

—¿Por qué no se pone cómodo? Estoy segura de que mis chicas le harán sentir como en casa.

Una mezcla de celos y humillación le quemaba por dentro a Caroline.

—Si no le importa, prefiero quedarme con la señora Milton, —dijo Reid.

Aunque Caroline no quería que él estuviera cerca de las chicas de la señorita Fancy, tampoco quería que estuviera con ella cuando entregara su mensaje.

—Está bien, Reid. Estaré bien.

Por un momento, Reid pareció un animal atrapado en una trampa, luego asintió con la cabeza secamente.

—Te esperaré.

La señorita Fancy hizo un gesto a Caroline para que la siguiera y pasaron junto a unas puertas cerradas. Detrás de una, Caroline creyó oír los sonidos de un encuentro sexual, pero se quitó la

imagen de la cabeza con firmeza. Además, no era la primera vez que estaba al tanto de las andanzas de las palomas sucias. Caroline había sentido lástima por las seguidoras del campamento, que a menudo eran viudas de soldados que no tenían otra opción que vender sus cuerpos. Ella era a quien las mujeres buscaban cuando estaban enfermas o tenían gonorrea.

La señorita Fancy la condujo a una habitación que era a la vez despacho y tocador y se acomodó en una silla desgastada. Hizo un gesto a Caroline para que se sentara en la silla a juego. Caroline se sentó en el borde, manteniendo la mirada alejada de la cama desordenada de la esquina.

—Estoy esperando, señora Milton.

Caroline volvió a centrar sus pensamientos caóticos en su tarea.

—Fui enfermera en la Confederación. Trabajaba en la tienda del hospital donde murió su hijo.

—¿Busca una medalla?

—No. Yo estaba con Luther cuando murió.

La señorita Fancy sacó un puro de una caja tallada y lo encendió. Sus dedos temblaban ligeramente.

—Ya me lo ha dicho. Si no tiene nada más que decir, me está haciendo perder el tiempo.

Perturbada por su indiferencia, Caroline dijo bruscamente:

—Era su hijo.

La señorita Fancy exhaló una corriente de humo.

—Era mi hijo bastardo, señora Milton.

—Pero seguro que lo amaba.

Ella se rió, pero fue un sonido hueco.

—¿Amor? Dígame, señora Milton, ¿qué diablos es el amor? Por lo que he visto, es una mercancía que se compra y se vende como la harina o la carne.

Caroline se reclinó en su silla, observando el maquillaje chillón y el vestido desgastado de la mujer.

—Usted amaba al padre de Luther, ¿no?

La angustia brilló en los ojos de la señorita Fancy.

—El padre de Luther me quitó la virginidad con la promesa de casarse conmigo. Un mes después se había ido y yo tenía a su bastardo creciendo en mi vientre. A mis padres no les sentó muy

bien que su hija de quince años se quedara embarazada, así que me echaron a la calle.

—Y desde entonces ha estado vendiendo «amor», —terminó Caroline en voz baja.

La señorita Fancy se encogió de hombros.

—Soy muy buena en esto. Tan buena que conseguí este lugar.

—Si esto es lo que le hace feliz, entonces me alegro.

—¿Lo dice en serio, verdad?

—Después de lo que vi durante la guerra, he aprendido que una persona tiene que encontrar la felicidad donde pueda. No me corresponde a mí juzgar.

La señorita Fancy apartó la mirada y siguió fumando su puro. Sin embargo, su expresión hastiada se desvaneció en una reticente curiosidad.

—¿Cómo murió Luther?

Caroline respiró hondo y abrió su diario, que estaba marcado con la cinta azul y una foto.

—Recibió una herida que se pudrió. —Levantó la vista hacia la señorita Fancy y se dio cuenta de que a la madame no le gustaría la

versión edulcorada—. Sufrió un dolor terrible los últimos días de su vida. Intenté sentarme con él siempre que pude. Lo único que quería era tomarme de la mano. Era poco. Me pidió que le diera esto. —Caroline le entregó la foto de Luther de niño con su madre.

La señorita Fancy estudió la foto, con expresión inexpresiva.

—Y me pidió que le diera un mensaje. —Caroline respiró hondo y leyó el diario—. Dígale a mamá que hice todo lo que pude. Dígale que la quería aunque odiaba lo que era.

Caroline mantuvo la mirada fija en su letra, dándole tiempo a la señorita Fancy para asimilar el mensaje de su hijo.

—No era un buen chico —dijo por fin la señorita Fancy, con una voz ruda sorprendentemente suave—. Solía pegar a otros chicos, a chicos más débiles, pero nunca hizo daño a una chica. Yo se lo enseñé.

Caroline permaneció en silencio.

—Sé que crecer en un burdel no era bueno para un niño, pero no tuve otra opción. Cuando me preguntó si podía alistarse en el ejército, le di mi bendición. La verdad es que me alegré de que se fuera. Se estaba haciendo demasiado mayor para estar con las chicas. —El cigarro habano olvidado de la señorita Fancy se apagó—.

Nunca olvidaré lo feo que era cuando nació. Y el llanto y el alboroto, como si no pudiera esperar a salir. —Se rió entre dientes, pero era un sonido lloroso y acuoso—. Si hubiera sabido que su madre era una puta, dudo que hubiera tenido tantas ganas de unirse al mundo. —Se animó visiblemente y la vulnerabilidad se desvaneció. Dejó la foto a un lado—. Gracias por traerme la foto y sus últimas palabras.

—De nada. —Caroline se levantó, sabiendo instintivamente que la señorita Fancy estaba avergonzada por su franqueza.

Sin decir palabra, la señorita Fancy llevó a Caroline de vuelta al salón. La mirada de Caroline se dirigió a Reid, que estaba sentado en una silla, con Lacy sentada en su regazo.

—Quizá su amigo quiera quedarse y probar las mercancías —dijo la señorita Fancy, volviendo a ser la ruda madama.

Caroline se obligó a encogerse de hombros.

—Puede hacer lo que le plazca.

Reid se dio cuenta de repente de que estaban allí y se puso de pie, casi tirando a Lacy al suelo. Estabilizó a la chica y luego se unió a Caroline.

—¿Has terminado tu asunto? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿Y tú el tuyo?

El rostro de Reid se sonrojó.

—No pedí su compañía.

—Dudo que alguien como usted necesite pedirle compañía a una chica —dijo la señorita Fancy, guiñándole un ojo a Caroline.

Incomodada, Caroline se dirigió a la puerta. Cuando oyó los pasos de Reid siguiéndola, no pudo evitar sentirse aliviada.

Miss Fancy llegó antes que ellos a la puerta y la abrió. Cuando Caroline salió, la madama la agarró del brazo y le dijo en voz baja:

—Quería a mi hijo, señora Milton. Era la única persona en este mundo que me importaba algo.

Caroline la miró fijamente y vio a la mujer, la madre, que Miss Fancy podría haber sido si las circunstancias hubieran sido diferentes.

—Ahora él lo sabe.

Cuando la madama cerró la puerta, Caroline vio una lágrima rodar por su mejilla pintada.

6

Reid esperaba con todas sus fuerzas que el viaje a la casa de citas hubiera merecido la pena para Caroline. Aunque Lacy era lo suficientemente joven como para ser su hija, sus encantos eran lo suficientemente maduros como para encender su sangre. Combinado con meses de abstinencia, Lacy era la tentación personificada. Solo la aparición de Caroline había enfriado su cuerpo lo suficiente como para permitir que la razón tomara el control una vez más.

Además, si pudiera elegir, preferiría llevar a alguien como Caroline a su cama. Por supuesto, era algo terrible de admitir para sí mismo cuando pasarían semanas solos en el camino a Texas.

—Podrías haberte quedado, —dijo Caroline, sacando a Reid de sus cavilaciones. Reid no sabía si ella quería que se quedara o que se fuera con ella.

Seguramente sabía lo que él acabaría haciendo si se quedaba.

—No hay razón para ello.

Los labios de Caroline se crisparon.

—Lacy parecía ser una razón bastante buena.

—Ella lo creía.

La sonrisa de Caroline se quebró esta vez, pero se desvaneció unos momentos después.

—La señorita Fancy era más joven que Lacy cuando empezó a vender su cuerpo.

Reid no estaba seguro de que hablar de mujeres de mala vida con una dama fuera apropiado, pero Caroline no era una dama típica.

—¿Dijo por qué lo hizo?

—No tuvo elección con un niño en camino y sin marido.

Reid sospechaba que ese era el caso. Había visto a más de un niño cerca de un burdel en su vida y, aunque sentía lástima por los niños, eso nunca le impedía disfrutar del cuerpo de una prostituta. Pero ahora la culpa le atormentaba por utilizar a mujeres cuyas circunstancias las habían colocado en esa posición.

De uno de los salones salió un disparo seguido de una risa áspera. Caroline se acercó a Reid e instintivamente él puso su brazo alrededor de sus delgados hombros como lo había hecho antes. Trató de ignorar la reacción de su cuerpo ante sus suaves curvas, pero después de que Lacy lo preparara, su cuerpo no se disuadió tan fácilmente.

Se concentró en lo que Caroline había dicho.

—Mala suerte.

—Para ella, pero no para el hombre que la abandonó. Quién sabe, tal vez si se hubiera casado con ella, su hijo no habría ido a la guerra a morir.

La impaciencia ahogó la lujuria persistente de Reid.

—Que un chico tenga padre no significa que pueda convencer a su hijo de que no se aliste en el ejército.

Los ojos de Caroline se abrieron como platos.

—No lo dije en ese sentido.

Él sabía que ella no había querido ser cruel, pero la herida aún estaba demasiado fresca. Trató de reprimir el creciente dolor, ocultándolo tras un velo de indiferencia.

—¿Se alegró la señorita Fancy al oír las últimas palabras de su hijo?

Caroline pareció sorprendida por la pregunta. Quizá esperaba que él hablara de su hijo, pero Reid no podía. Aún no.

—Creo que sí —respondió Caroline—. Es una mujer dura. Ha tenido que serlo para sobrevivir tanto tiempo en su negocio. —Hizo una pausa—. Pero creo que ahora por fin podrá llorar por él.

Reid sintió un nudo en la garganta y tragó la emoción. Había necesitado una botella de whisky para llorar por su hijo, pero ahora las lágrimas brotaban en su interior sin que él se lo pidiera.

Caminaron en silencio de vuelta a la seguridad de la calle principal y Reid quitó su brazo de los hombros de Caroline. Sin ella acurrucada a su lado, sentía la soledad más intensamente. Hacía años que no estaba solo. Incluso cuando él y Steven discutían, podía contar con que su hijo estuviera allí. Pero ahora él también se había ido.

En la pensión, Reid abrió la puerta a Caroline.

—Te veré por la mañana.

—¿No vas a entrar?

Él sacudió la cabeza.

—Necesito dar un paseo y aclarar mis ideas.

Sus músculos se tensaron y sus labios se apretaron en una delgada línea.

—Espero que ese paseo no te lleve a la botella de whisky más cercana.

Su actitud santurrona le enfureció y sonrió sin afecto.

—Mi madre lleva muerta más de veinte años y creo que es un poco tarde para que tú te hagas cargo.

Un rubor se apoderó de su rostro y bajó la mirada. Antes de que pudiera decir nada, él se dio la vuelta y se alejó a zancadas hacia las afueras de la ciudad. No quería whisky ni una mujer. Todo lo que quería era paz, pero sabía que habría muy poca.



Incapaz de volver a dormirse a pesar de tener una cama de verdad en lugar de una manta en el suelo duro, Caroline miró al techo.

Había oído que Reid había regresado de su paseo un par de horas antes y se sintió más aliviada de lo que quería admitir cuando no tropezó ni maldijo.

Se había reprendido a sí misma en numerosas ocasiones por haber sido tan desconsiderada con su comentario anterior sobre hijos y padres. Sospechaba que había vuelto a casa de la señorita Fancy para olvidarse de sus problemas durante un rato con el cuerpo complaciente de Lacy. Caroline sentía la misma oleada de calor y celos cuando se imaginaba a los dos juntos. Pero no era asunto suyo con quién se acostaba Reid Tanner. Seguro que no sería ella, así que no había absolutamente ninguna razón para sentir envidia.

Pero no era su cabeza la que tenía problemas para aceptar la explicación... Sabiendo que no se quedaría dormida pronto, Caroline se levantó y se puso la falda sobre el camisón y se echó un chal sobre los hombros. Decidió no ponerse los zapatos, ya que no tenía intención de salir del porche.

Bajó las escaleras de puntillas y salió por la puerta, cerrándola en silencio tras de sí. El aire aún estaba cálido y húmedo, pero hacía más fresco que durante el día y Caroline respiró profundamente el

frescor. La ciudad estaba en silencio; incluso el lado este, que albergaba los salones y el burdel de Miss Fancy.

Se apoyó un hombro en el poste de un porche y se quedó mirando a la oscuridad. En la paz y la tranquilidad de la noche, casi podía creer que los últimos años habían sido una pesadilla, y cuando volviera a su cama, Robert la estaría esperando.

Robert. Intentó imaginar su rostro y, aunque podía distinguir la forma, los detalles eran borrosos. Había tenido los ojos marrones. Eso lo recordaba. Pero su boca, nariz, barbilla y mandíbula eran todo un borrón.

Cerró los ojos y se concentró en el hombre que había sido su marido durante tres años, pero con el que había vivido poco más de uno. Tan poco tiempo para conocer a un hombre. Pensó que había tenido toda una vida, solo que la había sido más corta de lo que cualquiera de los dos había imaginado. Y su vida se extendía ante ella, sombría e indistinta. Tenía un objetivo por ahora, pero ¿y después? No veía nada más allá de entregar los mensajes. Sus pensamientos se desviaron hacia Reid, primero viudo y luego perdiendo a su único hijo. ¿Qué le dio una razón para continuar? ¿Era su hogar en Texas? ¿O simplemente poseía más valor que ella?

Un caballo relinchó estridente desde la caballeriza. El hedor nauseabundo de la carne podrida asaltó de repente las fosas nasales de Caroline y su estómago se revolvió. La oscuridad se evaporó, dejando la visión de caballos y mulas muertos y moribundos esparcidos por un campo de batalla empapado en sangre tanto de hombres como de bestias.

Parte de ella sabía que no era real e intentó alejarse del ataque, pero no pudo escapar. Miró hacia abajo y vio que tenía los pies cubiertos de barro, pero era barro hecho de sangre y suciedad. Abrió la boca para gritar, pero el grito se le quedó atascado en la garganta y la asfixió.

—¿Caroline?

La voz, baja y suave, la sacó de la horrible pesadilla. Los cadáveres en descomposición desaparecieron y el hedor se disipó, reemplazado por los fuertes aromas de tierra húmeda y árboles verdes.

Reid le tocó el hombro.

—Caroline, ¿estás bien?

Recobrando la compostura, Caroline se volvió y alzó la mirada hacia su rostro ensombrecido.

—Estoy bien.

Él le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y levantó los dedos húmedos.

—Estás llorando.

¿Lo estaba? No recordaba haber llorado.

—No es nada.

Ninguno de los dos se movió y un silencio expectante se alzó entre ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Reid, con voz preocupada—. ¿Por qué estabas llorando?

Ella no podía decírselo, no podía confesarle su miedo más profundo. Pero su tierna solicitud la hizo sentirse culpable por tener que engañarlo.

—Estaba pensando en mi marido, Robert.

Reid se echó hacia atrás.

—Lo siento. No quería entrometerme.

Incapaz de soportar su remordimiento, ella le cogió la mano para que no la dejara.

—No. No pasa nada. Me alegro de que lo hicieras. —Estaba más que alegre de que hubiera ahuyentado a los fantasmas.

Reid bajó la mirada.

—Después de perder a Anna, tenía problemas para dormir. Me despertaba en medio de la noche y la buscaba, pero no estaba allí. Entonces recordaba que estaba muerta, y era como tener que despedirme de ella otra vez.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Mucho tiempo.

Caroline se preguntó si él era consciente de que le acariciaba los nudillos con el pulgar. Hacía mucho tiempo que un hombre no le había tomado la mano, y el contacto íntimo le hacía un nudo en el corazón.

Se aclaró la garganta.

—Debería volver...

Un maullido la interrumpió y Caroline miró hacia la oscuridad.

—¿Crees que es el mismo gato? —preguntó Reid, también buscando.

—No creo que sea posible.

Se alejó de Reid y bajó los escalones del porche, sobresaltándose ligeramente cuando pisó una piedra con el pie descalzo.

El siguiente maullido estaba más cerca.

—Ven aquí, miau, miau.

Un movimiento en la sombra llamó su atención y se esforzó por distinguir la forma. Era un gato, pero no podía ser el mismo. Se agachó y extendió la mano.

—Ven aquí, gatito.

El delgado animal apoyó la cabeza contra su mano, y Caroline se acercó y jadeó. *Era el* callejero que había dejado quince millas atrás. ¿Cómo había caminado tan lejos? ¿No sabía el estúpido gato que no tenía un hogar que darle?

—Maldita sea. Es un bicho muy testarudo, —murmuró Reid.

A pesar de sí misma, Caroline cogió al gato escuálido y lo acurrucó contra su pecho. El animal ronroneaba contento a pesar de que sabía que debía estar cansado y hambriento.

—¿Y qué vas a hacer con él? —preguntó Reid.

—No puedo hacer como si nada. —Ella intentó levantarse sin soltar al gato.

Reid la agarró por el codo y la ayudó a levantarse.

—Estoy seguro de que a Floyd no le importaría que le dieras algunas sobras —señaló Reid.

Aunque Caroline sabía que alimentarlo era lo último que debía hacer, tampoco podía dejarlo morir de hambre. El estúpido gato confiaba en ella.

Caroline gruñó en señal de asentimiento y se dirigieron a la cocina. Reid encontró el farol y las cerillas y encendió la mecha de queroseno. Una luz tenue inundó la cocina.

A pesar de la aparente indiferencia de Reid hacia el gato callejero, encontró dos cuencos. Uno lo llenó de agua y lo puso en el suelo. Caroline puso al gato a su lado y luego cortó un trozo de carne de venado en pequeños trozos, que colocó en el otro cuenco. El gato se zampó la carne.

Reid se apoyó en la pared, con los brazos y los tobillos cruzados. Y Caroline se dio cuenta de repente de que tenía la camisa desabrochada y no llevaba nada en los pies. No llevaba cinturón de

pistola en las caderas, pero eso no le impidió fijarse en el ajuste perfecto de sus pantalones.

Tembló y se apretó el chal, demasiado consciente de que el fino vestido no podía ocultar sus duros pezones. Durante mucho tiempo, solo había visto a los hombres como pacientes. Pero Reid Tanner no era uno de esos hombres heridos. Era viril, fuerte pero tierno, y su reacción hacia él estaba lejos de ser profesional.

—¿Por qué no estás durmiendo? —preguntó, ansiosa por desviar la atención de su cuerpo.

Él se encogió de hombros.

—No he podido. ¿Y tú?

—Yo tampoco.

Reid sacudió la cabeza, riendo.

—Por fin tenemos una cama de verdad y ninguno de los dos puede descansar bien por la noche. —Se puso serio. —Claro que no creo que un colchón blando tenga nada que ver.

Caroline hizo una mueca ante la verdad de sus palabras.

—Las noches son siempre lo peor.

—Las cosas mejoran, Caroline. Un día podrás pensar en él y sonreír.

Aunque Caroline se refería a sus pesadillas, no lo corrigió. Dejemos que piense que solo es el dolor de una esposa por su marido muerto, no la locura que se acerca cada vez más.

El gato se frotó contra sus tobillos y luego contra los de Reid.

—Quizá Floyd lo quiera —dijo Reid.

Aunque Caroline no quería el gato, su primera reacción fue oponerse.

Afortunadamente, intervino el sentido común.

—Se lo preguntaré por la mañana.

—¿Y qué vas a hacer con él hasta entonces?

—Lo sacaré. Está acostumbrado a encontrar un lugar para dormir.

Cogió al gato ronroneante y lo llevó al porche. Reid la siguió, pero se mantuvo a distancia mientras ella lo dejaba en el suelo.

Sorprendentemente, el gato salió corriendo de inmediato en la noche.

Sintiéndose traicionada por la ansiosa huida del animal, Caroline permaneció de pie en el porche.

—¿Nos vamos mañana? —preguntó Reid.

—Sí. Es hora de pasar al siguiente.

—¿Por qué haces esto, Caroline? —preguntó él, con voz intensa pero baja.

Le vinieron a la mente cien razones, pero solo había una razón real.

—Tengo que hacerlo.

—No, no es necesario. Nadie notará la diferencia.

Ella giró lentamente, sintiendo la frescura de la madera contra sus plantas desnudas.

—Yo sí lo notaré.

Reid murmuró una maldición.

—Eres una mujer obstinada, Caroline Milton.

No era la obstinación lo que la impulsaba, sino la culpa. Y estaba el miedo persistente de que su mente se quebrara antes de que todos los mensajes fueran entregados. Sin embargo, esa era su carga.

De repente, le costaba mantener los ojos abiertos.

—Me voy a la cama.

Reid se pasó una mano por el cabello ya despeinado, lo que le daba un aspecto más joven.

—Buena idea. Solo quedan un par de horas para el amanecer.

Con una mano en la espalda, Reid guió a Caroline a través de la puerta y subió las escaleras. Solo cuando estuvieron junto a las puertas de sus habitaciones retiró la mano. El frío invadió el lugar donde su palma la había calentado.

—Nos vemos en unas horas —dijo.

Caroline asintió y, cuando él cerró la puerta tras de sí, ella entró por fin en su propia habitación. Sin quitarse la falda ni el chal, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Ninguna visión apareció para atormentarla y se quedó dormida con el único recuerdo de la mano cálida y firme de Reid en su cintura.



El gato callejero no regresó a la mañana siguiente y Caroline se obligó a no buscarlo. Obviamente, el gato había encontrado un hogar o se había mudado. De cualquier manera, debería estar aliviada.

Caroline esperó en el porche con sus maletas. Reid había ido a recoger los caballos y la mula de la caballeriza. Floyd estaba fuera con ella.

—Siento que se vaya tan pronto, señora Milton —dijo con sinceridad.

—He cumplido mi cometido.

—¿Adónde va ahora?

Caroline apretó con fuerza su diario.

—A Lefsburg, Misisipi.

—¿Por qué?

—Tengo otro mensaje que entregar.

Él frunció el ceño.

—No pretendo entenderlo, pero buena suerte con su misión.

Quizá no lo entendía, pero sabía que su viaje se había convertido en una misión. Era una tarea bastante pequeña,

comparada con los que habían dado su vida.

Ella agarró sus manos y las apretó.

—Gracias, Floyd. Le agradecemos su hospitalidad y sus habitaciones limpias.

Floyd se sonrojó y ella lo soltó. Miró más allá de él para ver a Reid montando su yegua alazana y guiando a Jeanie. Dickens no estaba a la vista. Frunciendo el ceño, cogió sus dos bolsas y salió a su encuentro.

—Tu maldita mula no se mueve —dijo Reid antes de que Caroline pudiera preguntar—. No sé por qué no le disparas y le sacas de *nuestra* miseria.

Caroline puso los ojos en blanco.

—En serio, Reid. Solo es un animal tonto. No lo hace a propósito.

—Puede que sea un animal tonto, pero sabe exactamente lo que está haciendo.

Caroline no se dignó a responder. Le entregó las maletas a Reid y luego se subió a la silla de montar de Jeanie. Él le devolvió la maleta más pequeña y se colgó de la más grande.

—Adiós, Floyd —dijo Reid, tocándose el ala del sombrero.

—Adiós, señor Tanner.

Caroline dudaba de que Reid hubiera oído la melancolía en la voz de Floyd y pensó que no sería prudente decírselo. Dejemos que Floyd tenga sus sueños. Con demasiada frecuencia eso era todo lo que una persona tenía en esta vida.

Reid se dirigió de vuelta a la caballeriza y desmontó fuera, junto al corral. Le quitó la bolsa a Caroline para que pudiera bajarse de la espalda de Jeanie. Una vez dentro de la caballeriza, Caroline supo con certeza que Dickens estaba teniendo uno de esos días. Estaba sentado en medio del establo, mirando a todos con maldad.

Ella contuvo un suspiro. Quizá debería vender a la insufrible mula, pero dudaba de que su próximo dueño fuera tan paciente y terminara como cena. No podía hacerle eso. Había tirado de las carretas que llevaban a los soldados heridos y muertos de vuelta a los hospitales de campaña. Nunca se había resistido cuando se le necesitaba, pero en los días en que no se le pedía que tirara de una ambulancia, se había ganado su nombre, con creces.

—¿Qué diablos estás haciendo? —regañó Caroline a la mula—. Es hora de irse.

Dickens simplemente rebuznó.

Sacudiendo la cabeza, Caroline ignoró su mal humor y colocó su montura en su sitio. Pellizcó la piel detrás de su pata delantera y la mula se puso de pie. Preparada, Caroline retrocedió para no ser derribada por su rápido levantamiento.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Reid.

—Ese es nuestro pequeño secreto.

Reid frunció el ceño, pero le entregó las dos bolsas, que ella ató al armazón con una eficiencia experimentada. Caroline tomó la cuerda de la brida de Dickens y la mula la siguió dócilmente fuera de la caballeriza.

Cuando Caroline se acercó a Jeanie, vio al gato callejero sentado pacientemente a unos metros de distancia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. El gato maulló.

Reid sacudió la cabeza.

—Algo me dice que quiere ir contigo.

Caroline sacudió la cabeza.

—No. Tiene un granero cálido y apuesto a que la gente de por aquí le dejará comida.

—Sí. El gato sería estúpido si se fuera.

Caroline miró a Reid, incapaz de saber si se estaba burlando de ella. Luego ignoró al gato callejero y montó en Jeanie. Sujetando firmemente la cuerda de Dickens, se dirigió fuera de la ciudad, negándose a mirar atrás para ver si el gato la seguía.

Oyó que Reid se acercaba a caballo, pero mantuvo la mirada fija en el frente.

A un kilómetro y medio de la ciudad, Reid miró hacia atrás.

—Tu amigo ha vuelto.

Caroline se dio la vuelta y vio al gato flaco trotando detrás de ellos.

—¿No tiene ningún sentido de la autoconservación? —preguntó con disgusto.

Reid se rió entre dientes.

—Claro que sí. Reconoce a un blandengue cuando lo ve.

Incapaz de desahogar su frustración con el gato, miró a Reid con furia.

—¿Y ahora qué?

—Es tu gato.

—No es mi... —Se interrumpió con un gruñido y detuvo su caballo. Desmontó, le entregó a Reid las riendas de Jeanie y esperó a que el gato los alcanzara. Cogió a la criatura y la puso sobre las bolsas que Dickens llevaba a la espalda—. Si supieras lo que es bueno para ti, te habrías quedado en la ciudad, donde tendrías para elegir entre graneros cálidos. De esta manera, tendrás que conformarte.

Él maulló y se acurrucó en una bola. Dickens rebuznó.

Jeanie relinchó. Reid se rió entre dientes.

Y Caroline se quedó con otro compañero de viaje no invitado.

7

Los mosquitos zumbaban alrededor de la cabeza de Reid y él se golpeaba la nuca cuando uno le picaba. Su mano quedó ensangrentada y maldijo a los molestos insectos por enésima vez ese día. Desde que salieron de Fordingham, él y Caroline habían viajado casi ciento sesenta kilómetros, y la mayor parte de la distancia había estado plagada de moscas y mosquitos que picaban. Esa mañana había contado quince ronchas en los brazos y el cuello. Caroline le había dado un poco de pomada de su bolso, que había ayudado a que se le deshinchara, pero las nuevas picaduras ahora le estaban irritando.

Miró a su silenciosa compañera y notó su mirada fija en el horizonte. En cierto modo, era la compañera de viaje perfecta: tranquila y sin pedirle nada. Sin embargo, Reid no pudo evitar

preguntarse por sus inusuales silencios y lo que pasaba por sus pensamientos.

—Deberíamos estar en Lefsburg mañana —dijo, con una voz inusualmente alta en medio del zumbido de los insectos y el susurro de la hierba.

Pareció despertarse y asintió después de un momento.

—Bien.

—¿Quién es esta vez?

Se volvió para mirarlo.

—William Gaddsen. Sus amigos lo llamaban Will.

Aunque su voz era plana, captó el destello de angustia en sus ojos.

—¿Lo conocías?

—En realidad no. Después de su muerte, uno de los hombres de su compañía me habló de él. Dijo que Will solía tocar el violín y contar chistes terribles. —Ella sonrió débilmente—. Pero tenía un ojo de lince y una mano firme en el campo de batalla.

Reid apretó las riendas. Tantos hombres y niños se habían ido, y Caroline había visto pasar a más de los que le correspondía a la

otra vida.

—Eso es importante cuando dependes de la persona que está a tu lado, —dijo débilmente.

Caroline asintió, pero él podía ver que sus pensamientos estaban atrapados en el pasado.

—Recuerdo a un soldado que trajeron cubierto de sangre y vísceras, —comenzó—. Gritaba como si el mismísimo diablo lo persiguiera y apenas se quedaba quieto el tiempo suficiente para que un médico lo examinara. Resultó que no estaba herido en absoluto y que la sangre era de su mejor amigo, que estaba justo a su lado cuando lo destrozó la metralla. —Bajó la mirada, y el ala flexible de su sombrero cubrió su expresión—. Nunca lo superó y lo enviaron a casa. Dudo que vuelva a estar en su sano juicio.

¿Cuántos amigos habían visto morir a Steven? ¿Y el chico vecino con el que se había escapado? ¿Habían estado luchando codo con codo cuando Steven recibió la herida mortal?

El ruido de la maleza a su derecha hizo que Reid llevara la mano a su revólver y, un momento después, un cerdo salió de la maleza frente a ellos. El caballo de Reid relinchó e intentó encabritarse, pero él se aferró a las riendas. La yegua de Caroline

hizo lo mismo y casi la desmontó, pero logró volver a controlar al bayo.

El cerdo corrió a su alrededor, poniendo nerviosos a los caballos, pero Dickens aplastó las orejas y pateó al cerdo fugitivo. Logró atrapar el hombro de la cerda, que chilló y rodó por la hierba, pero se puso de pie inmediatamente.

En medio del caos, dos hombres vestidos con monos andrajosos corrieron hacia la carretera siguiendo al cerdo. Uno de ellos persiguió a la cerda mientras el otro apuntaba con una vieja escopeta a Reid.

—Nosotros lo encontramos primero, así que es nuestro, —dijo el de la escopeta con acento.

Reid lo miró y notó su complexión delgada, sus pies descalzos y su cara sin afeitar y sucio rostro. También podía oler al hombre: una mezcla de sudor viejo, estiércol de cerdo y tabaco. Podría tener entre veinte y sesenta años.

—No queremos problemas —dijo Reid con voz tranquila.

—Y no los tendrán si no tocan a nuestro cerdo. —Su mirada furtiva se deslizó hacia Caroline y sus ojos se abrieron como platos —. Bueno, mira eso, Delbert.

El llamado Delbert se esforzó por sujetar al chillón cerdo por las patas traseras mientras miraba a Caroline como si fuera un ángel.

—Es una dama.

—Claro que es una dama. Sabía que no eras tan tonto como parecías.

—Es bonita, Rufus.

Rufus, el hombre de la escopeta, recorrió con la mirada a Caroline de arriba abajo.

—Podríamos conseguir un montón de dinero por ella.

Reid se puso rígido.

—No la tocarán.

Rufus se rió a carcajadas.

—No tienes nada que decir con esta escopeta apuntando a tú cabeza.

Caroline habló por primera vez.

—Ya tienen a su cerdo, ¿por qué no se van?

Rufus sonrió, dejando ver los espacios entre sus dientes manchados de tabaco.

—Incluso habla bonito, ¿verdad, Delbert?

El hombre que sostenía al cerdo movió la cabeza, con la mirada embelesada fija en Caroline.

Reid acercó la mano a su revólver. Dividido entre la diversión y la irritación, prefería estar preparado por si la situación se ponía fea.

—Quizá podríamos quedárnosla, ¿eh, Rufus? —preguntó Delbert tentativamente, todavía aferrado al cerdo, que había dejado de intentar escapar. —No he visto una mujer como ella antes.

Rufus escupió un chorro de jugo marrón, que por poco le da en el pie.

—A mamá no le gustaría que viviera con nosotros. Primero querría una boda en condiciones.

—Entonces quiero casarme con ella —aseguró Delbert, y su entusiasmo se convirtió en terquedad.

Reid sacudió la cabeza, preguntándose si Rufus y Delbert estaban tan locos como parecían. No podía creer que ningún hombre con un gramo de cerebro o de decencia considerara robar a una

mujer y llevarla a casa para presentársela a su madre o discutir sobre quién se casaría con ella.

—Ya está casada —intervino Reid, esperando estar haciendo lo correcto—. Me la llevo de vuelta a casa con su marido y, si no llegamos, enviará a un centenar de hombres de su regimiento a buscarla.

Las pobladas cejas de Delbert se fruncieron y parecía a punto de llorar.

—¿Ya se ha fugado?

Caroline extendió su mano izquierda.

—Con el comandante Robert Milton.

—¿Es soldado?

—Sí. Estaba en el ejército confederado, —dijo Caroline.

Rufus la miró fijamente un momento, luego bajó la escopeta y suspiró profundamente.

—Maldita sea, no parece correcto robarle la esposa a un confederado.

Delbert sacudió tristemente su gran cabeza.

—No. No estaría bien.

Reid intercambió una mirada desconcertada con Caroline. Esperaba que su estratagema los despistara un poco, pero no esperaba una capitulación tan fácil. Sin embargo, parecía que, aunque los dos hombres eran ladrones y no muy listos, tenían su propio sentido del bien y del mal.

—¿Por qué no vienen con nosotros a ver a mamá? Estará encantada de tener la compañía de otra mujer, aunque sea por poco tiempo —dijo Rufus.

Reid estaba pensando en una forma de responder que no insultara a su madre cuando Caroline respondió.

—Gracias, pero me temo que mi acompañante y yo tenemos que ponernos en camino, —dijo, imitando un acento—. Ya vamos con retraso y estoy segura de que Robert está cada vez más preocupado.

Con la boca abierta, Delbert la miró fijamente mientras Rufus finalmente se acordaba de su sombrero y se quitaba esa cosa grasienta y desmadejada.

—Siento mucho oír eso, pero no quiero que su hombre se preocupe, —dijo Rufus con gallardía.

—Gracias, —dijo Caroline con voz gentil—. Disfruten de su cerdo.

—Sí, señora, lo haremos.

Reid dejó que Caroline se adelantara y se mantuvo entre ella y los dos ladrones de cerdos. Aunque ahora parecían bastante inofensivos, no quería arriesgar el bienestar de Caroline.

—¿Crees que nos seguirán? —preguntó Caroline a Reid cuando ya estaban lo suficientemente lejos como para que no pudieran ser escuchados.

—Creo que estarán muy ocupados con el cerdo.

—Sobre todo si el verdadero dueño aparece para reclamarlo. —Ella se estremeció—. No puedo creer que realmente pensaran que me casaría con uno de ellos.

Reid se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo húmedo.

—No creo que realmente lo hubieran hecho. Además, tengo la sensación de que incluso ellos podrán encontrar esposas con tantos hombres muertos en la guerra.

Caroline asintió con tristeza. Echó un vistazo hacia donde el gato callejero seguía acurrucado en medio del bastidor de la mula, entre las dos bolsas.

El incidente ni siquiera había despertado al gato.

—Eso fue pensar rápido por tu parte —dijo ella.

Reid se encogió de hombros.

—Esperaba que fueran leales a la Confederación, lo que significaba que respetarían a uno de sus oficiales.

—Me alegro de que haya funcionado. No me gustaba la idea de que me presentaran a su madre.

—No tengo intención de dejar que te pase nada, Caroline.

Pareció sorprendida, pero rápidamente apartó la mirada.

—Los planes a menudo tienen una forma de cambiar, lo queramos o no. —Luego se volvió hacia él y cruzó su mirada, con ojos claros y decididos—- *Yo misma* tomé la decisión de entregar los mensajes. Si algo me sucede, no quiero que te culpes. Necesito que me prometas que no te sentirás culpable.

La irritación hizo que la voz de Reid se volviera aguda.

—No puedo hacer una promesa como esa, igual que tú no puedes dejar de entregar esos malditos mensajes.

Caroline lo fulminó con la mirada.

—Eres más terco que Dickens.

La irritación de Reid desapareció y sonrió.

—Gracias.

Ella puso los ojos en blanco.

Reid se rió de su expresión y ella se unió a él después de unos momentos. No podía apartar la mirada de su brillante expresión y su pecho se apretó inesperadamente. Su alegría se desvaneció y apartó la mirada, preocupado por su reacción. Que se sintiera atraído por ella como cualquier hombre se sentía atraído por una mujer guapa era de esperar, pero esto era más... algo que no tenía el valor de examinar demasiado de cerca.

Mientras cabalgaban por la tierra marcada por la batalla y se cruzaban con la gente sumida en la pobreza, agradecía la compañía de Caroline. Cuando había dejado Texas hacía tantos meses para buscar a su hijo, esperaba viajar a casa con Steven. Nunca esperó que, en cambio, estuviera escoltando a una antigua enfermera confederada a Texas.

Reid y Caroline continuaron su viaje en silencio. El viento arreció a medida que nubes cada vez más grises se movían por encima de sus cabezas. En el horizonte occidental, una pared de color negro azulado anunciaba una tormenta.

A pesar del calor del día, un escalofrío lo recorrió.

—Deberíamos acampar temprano.

—Estaba pensando lo mismo. —Espantó una mosca del cuello de Jeanie. —Las moscas pican más.

Reid asintió.

Mientras cabalgaban, las nubes cubrieron el sol y la luz del día se convirtió en atardecer. El aire se volvió pesado y fresco. La electricidad chispeaba, dando a la oscuridad un tono verdoso.

La yegua de Reid movió las orejas, que brillaban con una luz azul verdosa. Reid había visto el mismo fenómeno extraño unas cuantas veces antes, y cada vez había seguido una violenta tormenta. Tenían que encontrar refugio, y pronto.

Reid se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Caroline.

—Parece un lugar a unos 400 metros.

Caroline entrecerró los ojos en la penumbra.

—Podrían dejarnos usar su granero.

—Si es el de Rufus y Delbert, probablemente te dejen compartir la cabaña con su madre —bromeó Reid.

Ella arrugó la nariz.

—Prefiero compartir el granero con Jeanie y Dickens.

—¿Y yo? —La pregunta ronca salió antes de que Reid pudiera detenerse.

La expresión de Caroline no cambió, pero sus mejillas se sonrojaron.

—Si tengo que elegir entre tú, Delbert o Rufus, entonces sí, prefiero dormir contigo.

Reid se sintió aliviado de que ella se hubiera tomado a broma su pregunta y continuó del mismo modo.

—Creo que me has insultado.

Reid se rió entre dientes, encontrando el humor floreciente de Caroline una parte bienvenida y demasiado atractiva de su personalidad.

Un rayo cruzó las nubes y los caballos patearon el suelo, moviéndose inquietos. El aire en calma estaba cargado de expectación y a Reid se le erizaron los pelos de los brazos. Necesitaban refugiarse.

—Vamos.

Caroline también se puso seria y lo siguió. Podía oírla murmurar a su caballo y a la mula, tratando de mantenerlos tranquilos en medio del increíble espectáculo de luces detrás de las pesadas nubes grises. El fuego de San Telmo seguía bailando entre las orejas de los caballos y producía un tenue resplandor alrededor de sus crines y colas.

Al acercarse a la granja, Reid se dio cuenta de que estaba abandonada y que la casa había sufrido un incendio, dejando solo un cascarón negro. El granero, sin embargo, seguía en pie, aunque el techo estaba hundido y sin duda tenía agujeros. Pero sería mejor que nada una vez que la tormenta comenzara en serio.

Desmontó frente a la puerta del granero, que colgaba de una sola bisagra. Al mirar dentro a través de la penumbra, vio algunos establos y heno viejo. Era más de lo que esperaba.

—¿Es seguro ahí dentro? —preguntó Caroline, sobresaltándolo por su cercanía. No se había dado cuenta de que ella también se había bajado del caballo.

Se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, pero prefiero arriesgarme a quedarme aquí cuando llegue la tormenta.

—Yo también.

Ella empezó a avanzar, pero Reid le puso la mano en la muñeca. —Espera. Déjame entrar primero a ver si hay una linterna.

Caroline asintió y aceptó las riendas de su caballo, luego lo vio entrar en el granero. A lo lejos, los relámpagos zigzagueaban desde las nubes hasta el suelo, llamando su atención. Cinco segundos después, un trueno retumbó como una estampida de ganado. La tormenta se acercaba rápidamente.

Podía sentir la electricidad zumbando a su alrededor, como los incesantes bichos que los habían atormentado antes. Jeanie bailaba y sus ojos se ponían en blanco. La yegua de Reid, normalmente tranquila, también se encabritaba nerviosamente. El gato movía la cola. Solo Dickens parecía aburrido por todo el asunto.

Reid encendió una linterna dentro del granero, iluminando un círculo de dos metros a su alrededor. —Parece bastante seguro —exclamó.

Caroline llevó a los animales al granero a medias, a medias los empujó, sus nervios repentinamente zumbaban como gorriones. Reid le quitó las riendas a su yegua y se puso a desensillar al caballo.

Caroline siguió su ejemplo y despojó a Jeanie de su equipo y luego la llevó a un establo decente antes de quitarle la brida. Un rayo iluminó las esquinas del granero y dejó un resplandor inquietante a su paso.

Ignorando su temblor interno, dirigió su atención a Dickens, pero encontró a Reid allí.

—Yo me ocuparé de él... si me deja, —dijo.

Dickens giró la cabeza hacia Reid y mostró los dientes en una caricatura de sonrisa. Pero la mula se mantuvo plácidamente, como demostrándole a Reid que podía comportarse.

Antes de que Caroline pudiera levantar al gato callejero de la espalda de la mula, maulló y saltó, aterrizando sobre sus cuatro

patas con una gracia que desafiaba su aspecto desaliñado. El pelo de la espalda del gato se erizó.

Caroline se agachó para recogerlo, pero un rayo seguido de un estruendoso trueno puso al gato como una fiera. Salió corriendo del granero justo cuando empezaron a caer fuertes gotas de lluvia, que sonaban como rápidos golpes de martillo contra el techo.

Caroline no lo dudó y salió corriendo tras el estúpido gato.

—¡Caroline!

Apenas oyó el grito de Reid por encima de la intensidad de la tormenta. La lluvia azotaba su rostro y el viento, que había estado inactivo solo unos minutos antes, doblaba los árboles. Las hojas se arrancaban de las ramas y eran desviadas por la fuerza del viento.

Sosteniendo un brazo delante de la cara para protegerse de la lluvia torrencial, buscó al gato perdido. Su ropa se empapó en cuestión de segundos, pero apenas se dio cuenta. Se concentró en encontrar al gato, temiendo que si se quedaba fuera se ahogaría o se enfermaría por la lluvia fría.

Un movimiento llamó su atención y se volvió para entrecerrar los ojos a través de la cortina de lluvia. Distinguió la forma tenue de

algo del tamaño del gato y se inclinó hacia el viento para caminar penosamente hacia él.

Al acercarse, pudo distinguir al animal flaco, que parecía aún más delgado con el agua aplastando su pelaje. Cogió al gato y él se acurrucó en sus brazos, enterrando la cabeza debajo de su barbilla.

Calmó al gato tembloroso en tonos bajos, ignorando la rabieta de la naturaleza que se arremolinaba a su alrededor. Mientras se tambaleaba hacia el granero, un rayo brilló y un trueno retumbó tan cerca que tropezó hacia atrás y cayó de espaldas.

Y se encontró en otra tormenta.

El fuego del cañón estaba demasiado cerca. Casi podía sentir el susurro del calor en su rostro cuando envió otra bala de cañón al campamento. Los hombres y las bestias con la mala suerte de resultar heridos gritaban de dolor y horror.

Ayudó a otro paciente a subir a una de las carretas y volvió a la tienda para ayudar a otro hombre. El cañón volvió a explotar y la percusión de la explosión la arrojó hacia delante. Se quedó tendida allí, escuchando, pero reinaba un silencio profano, y se impulsó hasta ponerse de rodillas sobre las palmas ensangrentadas. Al girar la cabeza, vio un cráter donde había estado el vagón de la

ambulancia. Alrededor del cráter había partes de cuerpos medio enterrados por la tierra

La *bilis luchaba con el grito por salir de su garganta y el grito ganó, pero ella no podía oírlo. La única forma en que podía saber que estaba gritando era porque le dolía la garganta y le ardían los pulmones. Y no había nada más que pudiera hacer para mantener la cordura*.

Una mano en su brazo devolvió a Caroline al presente.

—Tienes que volver al granero, —dijo Reid, tirando de ella para que se pusiera de pie.

Aturdida, Caroline se dejó llevar. Miró hacia atrás, a través de la lluvia, y vio el tronco partido de un viejo roble. El humo se arremolinaba en el corte quemado que atravesaba la corteza y la madera.

Tropezó detrás de Reid, con las manos llenas del tembloroso gato callejero. Solo que ya no estaba segura de si era ella o el gato el que temblaba.

El cambio de lluvia torrencial a sequedad la hizo jadear de sorpresa. Incapaz de moverse por sí misma, Caroline se quedó donde Reid se había detenido. Le castañeteaban los dientes y el

gato le arañaba los brazos y el pecho para saltar. Abrió las manos, aunque no parecían las suyas, y el gato callejero saltó y desapareció cerca de Dickens.

—Eso ha sido una locura, —dijo Reid, con rabia en la voz—. El gato no habría sufrido ningún daño, pero a ti casi te cae un rayo. Cuando lo vi caer... —Se pasó una mano temblorosa por el pelo empapado—. Maldita sea, Caroline, creía que ni siquiera te importaba ese gato.

Ella lo miró fijamente, escuchando sus palabras pero apenas capaz de comprenderlas, y mucho menos de responder. Entonces se dio cuenta de su silencio y de la mirada furiosa que se volvió preocupada.

Él se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—Caroline, ¿estás bien?

Ella miró de reojo sus labios, viéndolos moverse y sintiendo un atisbo de comprensión. Estaba asustado... por ella.

Levantando una mano temblorosa, presionó dos dedos contra sus labios. Estaban cálidos y flexibles, encendiendo calor en sus yemas, como el fuego que bailaba entre las orejas de los caballos antes de la tormenta.

—E.. Estoy b… bien, —tartamudeó.

Él le agarró la muñeca suavemente y le quitó la mano de la boca.

—No, no lo estás. Estás casi azul y tiemblas como el algodón en la brisa.

Él apoyó la palma de la mano en su mejilla y ella se inclinó hacia él, cerrando los ojos.

—Tienes que quitarte esa ropa mojada —dijo él con suavidad.

Mojada. Por eso tengo tanto frío.

Sus dedos jugueteaban con los botones.

—¿Me dejas ayudarte? —preguntó Reid.

Frustrada por su torpe intento y desesperadamente helada, asintió.

Lo vio desabrocharle la blusa con dedos largos y afilados que la cautivaron. Tan suaves, pero había visto esas mismas manos desenfundar un revólver con la rapidez de una serpiente de cascabel. Por supuesto, también había amado a una esposa y a un hijo con esas manos. Fuertes, acariciadoras, tranquilizadoras, seguras, trabajadoras: sus manos eran todo eso y más.

—Ahora voy a quitarte la camisa.

Caroline parpadeó y levantó la mirada hacia su rostro, solo para encontrarlo a centímetros del suyo.

—B... bien.

Sintió sus manos moverse por sus brazos y espalda, su tacto cálido contra su piel fría.

—¿Crees que puedes quitarte la falda?

Caroline asintió y, aunque sus movimientos no estaban muy coordinados, pudo desabrochar el cierre de la cintura y quitarse la falda. De pie, con su camisón y sus bragas, pensó que debería sentirse avergonzada, pero lo único que pudo hacer fue temblar.

Reid levantó una manta y miró hacia otro lado.

—Quítate esas cosas mojadas y envuélvete con la manta.

Con la sensación volviendo a sus extremidades, Caroline se quitó la ropa interior empapada y tomó la manta de Reid y se la envolvió alrededor de los hombros. Se superponía y la envolvía desde el cuello hasta los pies, aunque estaba más agradecida por el calor que volvía a su cuerpo helado que por la manta.

—¿Crees que puedes quedarte ahí mientras enciendo el fuego? —preguntó Reid.

Los pensamientos dispersos de Caroline se volvían menos confusos.

—Sí. —Consiguió esbozar una sonrisa débil—. Ni siquiera perseguiré al gato si vuelve a salir corriendo.

Una sonrisa con más alivio que diversión se burló de sus labios.

—Me alegra oírlo

Caroline volvió a percatarse de la tormenta, de los relámpagos y los truenos.

Solo había intervalos entre uno y otro, pero dentro del granero, no sentía su furia tan intensamente como cuando había estado rodeada de ella en el exterior.

El recuerdo de la guerra se deslizó por su conciencia, pero ella lo rehuía. El trueno debía de haberla hecho recordarlo tan vívidamente. Otro recuerdo que hubiera sido mejor dejar como una pesadilla.

Se acurrucó más en la manta y hundió la barbilla en la áspera lana. Aunque no quería pensar en el recuerdo, no pudo evitar

recordar la sangrienta escena y la burbuja de silencio que la había rodeado. Afortunadamente, uno de los médicos había conseguido que dejara de gritar y su oído había vuelto poco después. Luego había vuelto a ayudar a trasladar a los que aún estaban vivos en las tiendas del hospital a otro vagón. No había vuelto a pensar en ello... hasta que el trueno le arrancó el recuerdo.

—Siéntate junto al fuego —dijo Reid.

Caroline levantó la vista para ver la alegre hoguera que había encendido cerca de la puerta del granero para que saliera la mayor parte del humo. La guió hasta el fuego y le hizo una señal para que se sentara en un cubo dado la vuelta.

Su mirada lo siguió y sus mejillas se calentaron cuando lo vio colgar su camisón y sus calzones cerca del fuego para que se secaran. Se recordó a sí misma que él había estado casado, así que la ropa interior de las mujeres no le era desconocida.

Él regresó y se agachó al otro lado del fuego.

—¿Calentándote?

Ella asintió, entrelazando sus dedos dentro de la manta, e intentó sonreír.

—Supongo que fue una tontería por mi parte ir tras el gato.

Reid se rascó la mandíbula.

—No fue la idea más brillante. ¿Por qué lo hiciste?

Caroline contempló las crepitantes llamas del fuego, estremecida ligeramente con cada trueno y relámpago.

—Quizá por la misma razón por la que seguí siendo enfermera después de que Robert muriera. —Levantó la cabeza, encontrando su mirada perpleja—. Simplemente me pareció lo correcto.

Un trueno sacudió el suelo y los caballos se removieron en sus establos.

Reid arrojó un poco de heno viejo al fuego.

—Steven usó el mismo argumento antes de huir para unirse al ejército. Yo no estaba de acuerdo con él.

Caroline notó el brillo de humedad en sus ojos y dijo en voz baja:

—Quizás él no quería tu acuerdo, solo tu comprensión.

—Y mi bendición —La voz de Reid tembló—. Nunca le di ninguna de las dos.

—Pero sí le diste tu amor. —Reid apretó la mandíbula y apartó la mirada—. No fue suficiente, ¿verdad?

8

Las paredes hundidas del granero se cerraron sobre Reid, pero la tormenta le impedía escapar. Incapaz de permanecer quieto, se acercó a Red y le dio unas palmaditas en el cuello, calmando el temblor nervioso de la yegua alazana.

—Háble me de ti —dijo Caroline de repente. La mano de Reid se congeló en medio del trazo.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No nos vamos a ningún sitio hasta mañana por la mañana y ninguno de los dos está lo suficientemente cansado como para dormir.

No podía imaginar que alguien quisiera oír hablar de su vida desafortunada. Apartando la mirada, le dio una versión abreviada.

—Estuve casado, tuvimos un hijo, mi mujer murió y ahora mi hijo también está muerto.

Su suspiro impaciente superó el ruido de la lluvia.

—¿Y tus padres? ¿Eres de Texas o te estableciste allí? ¿A qué te dedicabas antes de casarte? ¿Cómo eran tu mujer y tu hijo?

Sus preguntas desbloquearon recuerdos que había dejado atrás hacía años, pero se sorprendió al descubrir que quería hablar de los recuerdos agridulces. Sin embargo, había hecho cosas en su vida que no estaba seguro de que ella entendiera.

Le dio un último masaje a su yegua y volvió a acercarse al fuego para sentarse frente a Caroline.

—No estoy seguro de que te guste lo que tengo que decir.

—Hace mucho tiempo aprendí que todos tenemos cosas buenas y malas. Es la cantidad de cada una de ellas lo que determina en qué tipo de persona nos convertimos.

Reid la estudió un momento, tratando de determinar si hablaba en serio o simplemente trataba de tranquilizarlo. De cualquier

manera, él la había advertido.

—Mis padres tenían un pequeño rancho en el Territorio de Colorado y criaban unas pocas cabezas de ganado, algunos cerdos y pollos. Había suficiente para alimentarnos a mí y a mis dos hermanos menores.

Miró fijamente las llamas, viendo la pequeña pero ordenada cabaña donde había pasado su infancia.

—Mi padre murió cuando yo tenía catorce años. La noche antes de morir me dio su revólver y me hizo prometer que cuidaría de mi madre y de mis hermanos. Prometí que lo haría.

Los recuerdos de su familia eran tan claros que podía oír el suave canto de su madre y a sus hermanos menores discutiendo sobre sus tareas. Tragó saliva y se frotó la mandíbula, con la esperanza de borrar las imágenes demasiado reales.

—Un año después, dos hombres vinieron y robaron nuestro ganado y hirieron a mi madre. —Se estremeció al escuchar los gritos de su madre después de que el primer hombre se la llevara a la cabaña mientras el segundo les hacía a él y a sus hermanos quedarse fuera. Cuando el primer hombre salió y el segundo entró, su madre ya no gritaba.

—Murió aproximadamente una semana después. El médico dijo que fue la fiebre la que se la llevó. Siempre pensé que simplemente se había rendido. —Apretó los puños—. Pero había roto la promesa que le hice a mi padre.

—Solo tenías quince años —señaló Caroline, con ojos expresivos llenos de simpatía y compasión.

—Era un hombre —respondió bruscamente, y luego hizo un gesto de disculpa con la mano—. Poco después de que mamá muriera, perdimos la casa y se llevaron a mis hermanos, Carter y Dylan, al orfanato.

—Lo siento, Reid.

—Fue hace mucho tiempo.

—Para ti no.

Sorprendido, se dio cuenta de que tenía razón. *Como ayer...*

—¿Y qué hiciste? —preguntó Caroline.

Reid puso sus manos heladas sobre el fuego, pero ni siquiera el calor de las llamas pudo disipar el frío.

—Localicé a los hombres que asesinaron a mi madre y los maté.

El agudo jadeo de Caroline no le sorprendió. Era una mujer que salvaba vidas y no perdonaría a un hombre que se las hubiera quitado sin remordimientos. Su opinión le importaba más de lo que esperaba, y deseó no haber sido tan franco con sus palabras.

—Te dije que probablemente no te gustaría lo que oyeras.

—¿Los mataste a sangre fría? —preguntó ella, con la mirada fija en su cinturón de pistola.

Los dos arrogantes violadores estaban tan seguros de que podían con un niño, pero Reid les había demostrado lo contrario. Había empezado a practicar con el revólver Colt el día después de la muerte de su padre, y los dos hombres habían pagado con sus vidas su arrogancia, lo cual era un precio justo después de lo que habían hecho.

—Les di más oportunidades de las que le dieron a mi madre, —dijo sin disculparse.

—Entonces me alegro.

Su comentario inesperado dibujó una sonrisa quebradiza en los labios de Reid.

—Yo también.

No le pidió que continuara con su historia y por eso se sintió agradecido. Aquellos años entre disparar a los forajidos y conocer a Anna estuvieron llenos de arrepentimientos.

Los segundos entre el relámpago y el trueno aumentaron, hasta que el trueno fue solo un leve redoble de percusión. La lluvia también disminuyó y solo dejó una niebla húmeda a medida que las nubes oscuras se alejaban. El atardecer había llegado y se había ido durante la tormenta y solo quedaba un toque de naranja en el horizonte occidental.

Caroline estaba de pie, con la manta bien apretada contra ella. A la luz del fuego, su rostro se proyectaba en luces y sombras, y su cabello húmedo y suelto brillaba, dándole un aspecto etéreo.

Saber que no llevaba nada debajo de la manta provocó una agitación instintiva en su entrepierna. Pero su atracción iba más allá de la simple necesidad física: admiraba su comprensión y su capacidad para escuchar y no juzgar. Cuando conoció a Caroline, pensó que era simplemente una persona bondadosa, pero había capas en ella que no había previsto.

—¿Dónde están mis maletas? —preguntó ella.

Reid carraspeó.

—Delante del puesto de Dickens.

—Si no te importa, me gustaría ponerme algo de ropa seca.

Me importa.

En lugar de decir eso, Reid solo asintió.

—Adelante. No voy a espiar.

Una risa ronca brotó de sus labios.

—Si quisieras espiar, dudo que pudiera detenerte.

Su sangre se calentó rápidamente.

—¿Es eso una invitación?

Sus ojos se oscurecieron de pasión y se lamió los labios, dejando un rastro brillante. La expectación crepitó entre ellos.

Sin apartar la mirada de ella, Reid se levantó y se puso delante de ella. Enmarcó su rostro entre sus manos. Caroline cerró los párpados y suspiró con melancolía.

Era viuda. Ella sabía lo que estaba pidiendo y Reid sabía lo que quería. Ansiaba sumergirse en el calor de Caroline, perderse en su pasión compartida. Pero su cabeza y su corazón luchaban contra la respuesta de su cuerpo. Había una fragilidad en Caroline que

invocaba sus instintos protectores. Demonios, incluso quería protegerla de sí mismo.

Reid le dio un casto beso en la frente.

Ella abrió los ojos, que reflejaban una pasión sensual.

—Quiero más, Reid. Te quiero a ti.

—Ahora sí, pero mañana te arrepentirías —aseguró él, deslizando los pulgares por sus aterciopeladas mejillas.

Ella bajó la mirada, pero no antes de que Reid se diera cuenta de que ella reconocía la verdad. Pero también había hambre y decepción a la altura de las suyas.

Incapaz de permanecer cerca sin desear lo que ella ofrecía tan libremente, se obligó a dar un paso atrás y sus manos cayeron a los lados.

—Ponte ropa seca mientras preparo algo de comer.

Pudo ver el esfuerzo que le costaba sonreír.

—He comido tus comidas, así que siéntate y relájate —dijo ella con una ligereza forzada—. Prepararé algo después de cambiarme.

Se dio la vuelta, pero Reid la agarró del brazo y la manta se deslizó de un hombro suave y cremoso. Él contuvo un gemido y se

concentró en sus rasgos asustados.

—Incluso con solo una manta puesta, estás decente, Caroline, y no puedo hacer algo de lo que ambos nos arrepentiremos más tarde.

Caroline sacó una mano de la manta y presionó la palma contra la camisa que le cubría el pecho.

—Gracias. —Un toque de picardía apareció en sus ojos—. Tu ropa todavía está húmeda. Quizá deberías cambiarte. —Le guiñó un ojo—. No te preocupes, si echo un vistazo, no veré nada que no haya visto antes.

Se alejó con la desenvoltura de una joven y Reid se rió. Un momento solemne y pensativo, y al siguiente juguetón y burlón.

Mantuvo la mirada desviada, pero pudo oír cómo se tiraba de la ropa sobre la piel y su mente evocaba imágenes que disipaba con dificultad. El susurro del aire le avisó un momento antes de que la manta cayera sobre su hombro.

—Te toca a ti, —dijo Caroline.

Sonriendo, se dirigió a un cubículo vacío, se desnudó y se envolvió en la manta. Inhaló profundamente su dulce aroma, atrapado entre los pliegues, antes de sacar ropa seca de sus

alforjas. Se puso los pantalones y la camisa y colgó la ropa húmeda en la barra de un cubículo. Después de dar agua a los caballos y a la mula, se reunió con Caroline junto al fuego. El cerdo crujía en la sartén y apenas pudo reprimir un gemido.

—Mañana veré si puedo conseguir un conejo.

—¿No te gusta el cerdo? —preguntó ella bruscamente.

Desconcertado por su tono abrupto, levantó las manos.

—No he dicho eso. Pero estaría bien tener algo de carne fresca.

La impaciencia le apretó la boca.

—No quería enfadarte —intentó de nuevo Reid.

Sus ojos brillaron de fastidio.

—No estoy enfadada.

Reid frunció el ceño, reconociendo el enfado cuando lo vio. ¿Por qué estaba tan molesta por algo tan insignificante?

—¿He dicho algo malo?

Ella parpadeó y la irritación se desvaneció, sustituida por vergüenza.

—No has dicho ni hecho nada, Reid. Solo estoy cansada.

Él asintió, aceptando su excusa, pero había algo de mentira en ella.

¿Qué estaba ocultando? ¿O solo se lo estaba imaginando?

El gato callejero se unió a ellos y se sentó en cuclillas. El felino se había secado de su carrera hacia la tormenta. Se lamió la pata delantera para limpiarse la cara y los bigotes.

Reid estudió la maldita bola de pelo que casi mató a Caroline. Su corazón casi se detuvo cuando el rayo cayó a menos de seis metros de ella. Cuando pudo ver de nuevo después del destello brillante y ella seguía viva, su corazón comenzó a latir de nuevo.

No debería haberse sorprendido cuando Caroline siguió al gato callejero en la tormenta. Eso era simplemente parte de quién era ella, pero negaba que sintiera afecto por el gato.

Recordó el rostro inexpresivo de Caroline cuando la llamó. Era la misma mirada que había tenido cuando el gato apareció en su campamento. Ella también se había alejado de Reid en ese momento, como si ni siquiera lo hubiera reconocido. Había insistido en que estaba bien, pero incluso entonces sospechó que algo andaba mal.

¿Qué la había hecho cambiar así? ¿Le pasaba algo en la cabeza? Huyó de ese pensamiento, no queriendo imaginar a la inteligente mujer con ojos vacíos y expresión apática. Había visto a un hombre así una vez, hacía mucho tiempo. Una bala en la cabeza debería haberlo matado, pero en cambio lo había convertido en algo menos que un ser humano.

Reid juró vigilar más de cerca a Caroline. Si tenía otro de esos ataques, no dejaría que mintiera al respecto. Viajando con ella, tenía derecho a saber qué le pasaba.

—La comida está lista, si puedes soportar más guarnición de cerdo y galletas, —dijo Caroline con frialdad.

Reid no se molestó en discutir, sino que aceptó el plato con un murmullo de «gracias».

Al mirar a la mujer silenciosa, casi beligerante, Reid no pudo evitar preguntarse adónde había ido la otra Caroline, la Caroline que bromeaba y sonreía, la Caroline que le atraía como ninguna otra mujer, ni siquiera su difunta esposa Anna.

Se comió la comida sin saborearla y se dio cuenta de que a Caroline tampoco le gustaba mucho, pero se limpió el plato. Reid

llevó sus platos afuera, al barril que había notado cuando llegaron, y los lavó con el agua fresca de lluvia.

La niebla había cesado, pero el aire estaba húmedo y pesado. Era difícil llenar sus pulmones, peor incluso que el aire de su hogar.

La nostalgia lo tomó desprevenido mientras pensaba en su granja de algodón en Texas. Desde que se enteró de la muerte de Steven, Reid no estaba seguro de querer regresar a la granja que guardaba tantos recuerdos. Sin embargo, esos campos de algodón y los cálidos días de verano lo atraían.

Pero el revólver que llevaba en la cadera le recordaba al hombre que había sido. Gente poderosa lo había contratado para que se ocupara de sus problemas y le habían pagado bien por su habilidad con el revólver. Ese Reid Tanner había estado orgulloso de sus habilidades, pero cuatro años después Anna lo convenció de que no era algo de lo que enorgullecerse.

Ahora, el Colt de su padre estaba limpio y engrasado y de nuevo en la funda que había usado hacía casi dos décadas. Tal vez no era tan elegante como los revólveres nuevos, pero Reid no tenía dudas de que era igual de mortal, especialmente en su mano. La edad y el desuso no lo habían embotado a él ni al revólver.

Su habilidad con el revólver Colt podría mantener a Caroline con vida el tiempo suficiente para entregar sus mensajes. Luego seguiría adelante y descubriría quién necesitaba a alguien con sus habilidades específicas. Podría perderse en compañía de hombres como él, que no tenían a nadie que llorara su muerte.

¿Y qué pasaría con Caroline? ¿Adónde iría una vez cumplida la obligación que sentía con los soldados muertos? ¿Encontraría otro marido y se establecería en una vida que debería haber tenido cinco años antes? ¿O volvería a la enfermería y viviría sola el resto de su vida? Parecía extraño que nunca hablara del futuro, de lo que podría hacer después de cumplir sus promesas.

Sacudiéndose sus sombrías cavilaciones, Reid regresó al granero. El fuego se había apagado y Caroline estaba tendida en su saco de dormir. Reid volvió a colocar los platos limpios en su sitio y se acurrucó en su manta. A medida que el coro de las cigarras se intensificaba, se quedó mirando la oscuridad hasta que el sueño finalmente se apoderó de él.



Caroline jadeó y se puso de pie de un salto. Con los ojos muy abiertos, buscó en su entorno oscuro y escuchó el silencio inquietante. ¿Dónde estaban los sonidos de hombres gimiendo y murmurando en un delirio febril? ¿Por qué nadie la había despertado para su turno?

Sin embargo, no estaba en una camilla en una tienda de campaña de hospital. Un suave pelaje rozó su mejilla y todo encajó en su sitio. Cuidando del gato callejero, se dejó caer sobre su saco de dormir y se pasó una mano por la frente húmeda.

—¿Caroline?

Se sobresaltó ligeramente.

—¿Sí?

—Estás despierta —dijo Reid.

No era una pregunta, pero ella respondió:

—Ahora sí.

—¿Otra pesadilla?

—Sí. —Caroline se sentó, apoyándose en los brazos doblados —. ¿Cómo lo has sabido?

Él se movió.

—No lo sabía, hasta que me lo dijiste.

Sus músculos se tensaron. Él se había aprovechado de su estado de semisueño.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Reid.

—No. *Simplemente pensar en las pesadillas ya es bastante* difícil.

Permanecieron en silencio y Caroline sospechó que Reid estaba esperando a que ella hablara. Él esperaría hasta que el infierno se congelara.

—Debes de haber visto muchas cosas horribles durante la guerra, —dijo finalmente Reid, con un tono amable que invitaba a la confianza.

Caroline apretó los labios e intentó ignorar su voz.

—No puedo ni imaginar cómo debió de ser para ti, —continuó —. Verlos morir y saber que no podías hacer nada para ayudar.

El estómago se le revolvió y la acidez le subió a la garganta. Puso una mano sobre el cuerpo cálido y vibrante del gato y se concentró en el cosquilleo contra su palma.

La voz de Reid se abrió paso entre los ronroneos del gato.

—He visto morir a algunos hombres de heridas de bala y no es algo que pueda soportar. Pero tú debes haber visto cosas mucho peores, con balas, bayonetas y cañones.

Visiones rojas se agolpaban en la mente de Caroline. Vio sangre cubriendo sus manos y un verde repugnante rezumando de heridas putrefactas. Eran hombres y niños, pero todos gritaban cuando el dolor se volvía demasiado intenso. Antes de la guerra, Caroline nunca había oído gritar a un hombre. Ahora, todo lo que podía oír en sus pesadillas eran esos horribles gritos.

—Ya está hecho y es agua pasada. No hay razón para hablar de ello, —dijo Caroline, apenas capaz de hablar con su voz normal.

—A mi mujer Anna le gustaba hablar. Decía que le ayudaba a pensar mejor las cosas.

La irritación se apoderó de ella.

—Quizá le ayudara a ella. A mí no.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablar de algo no lo cambia. Me estás escoltando a Texas en contra de mis deseos. Lo he aceptado, pero eso no significa que

tenga que confiar en ti.

—Tú me preguntaste sobre mi pasado y yo te lo conté.

—Eso no te da derecho a exigirme lo mismo. —Caroline se giró hacia un lado, dándole la espalda a Reid.

Si volvía a hablar, no lo oiría por el furioso latido de su corazón. Quería acurrucarse en una bola y esconderse de Reid, de las familias supervivientes a las que llevaba mensajes y de todos los fantasmas de los soldados muertos y lisiados. Ojalá pudiera llevarse a Jeanie y a Dickens y simplemente desaparecer, pero esa opción ya había pasado. Reid la perseguiría hasta que llegara a Texas a salvo, aunque intentara escapar de él. Y el maldito gato probablemente la seguiría también. Por no hablar de los fantasmas que no necesitaban un rastro que seguir: simplemente esperarían a que ella durmiera para encontrarla.

Las lágrimas le quemaban los ojos, pero parpadeó para ahuyentarlas. No tenía motivos para compadecerse. Estaba viva y entera. Entonces, ¿por qué no podía estar agradecida de no yacer en una tumba fría?

—Lo siento. Tienes razón. No tienes que decirme nada. Supongo que solo quiero que sepas que no soy mal oyente, —dijo

Reid—. Al menos eso es lo que solía decir Anna.

La incómoda contrición en su voz apagó la ira de Caroline, pero su garganta apretada le impedía hablar. Robert había sido un buen marido, pero su educación formal lo había dejado rígido y cortés, incluso con su propia esposa. Ella había comenzado a hacer ligeras incursiones en su personalidad fuertemente controlada, pero la guerra se lo había llevado antes de que pudiera desenterrar su verdadero carácter. ¿Habría escuchado algún día la misma timidez entrañable en la voz de Robert?

Lo dudaba. Los dos hombres eran mundos aparte, pero se sentía atraída por Reid al igual que lo había estado por Robert. Sin embargo, se había casado con Robert antes de conocer las crueles realidades de la vida. Ahora estaba demasiado familiarizada con la muerte. Un posible futuro estaría siempre empañado por su espectro.

Caroline logró aclararse la garganta.

—Agradezco la oferta, Reid. De verdad que sí. Pero no vamos a estar juntos más de un mes o así. Una vez que lleguemos a Texas, tomaremos caminos separados.

—Eso no significa que no podamos ser amigos.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

El temperamento explosivo de Caroline se disparó de nuevo.

—Simplemente no lo es.

¿Cuándo se había irritado tan fácilmente? Se enorgullecía de su capacidad para mantener la calma incluso en las peores condiciones, así que ¿por qué no podía controlarse con Reid?

—Si así lo quieres. —Su tono seco denotaba su frustración.

Las emociones de Caroline volvieron a fluctuar y sus ojos se llenaron de humedad. No había tenido la intención de molestarle. En momentos como este, reconocía lo cerca que estaba de la locura.

No, no era como ella quería, pero era como tenían que ser las cosas.

9

23 de diciembre de 1864.

Soldado William Gaddsen de Lefsburg, Mississippi. Herido de muerte durante la batalla de Petersburg el 21 de diciembre. Cabello castaño claro, color de ojos desconocido, veintidós años. Causa de la muerte: herida en la cabeza. «No dejes que mi hijo me olvide. Y dile a Katy que siempre recordaré lo bonito que brillaba el sol en su cabello dorado el día que nos casamos».

Caroline se sintió aliviada cuando se alejaron del granero a la mañana siguiente. Había pasado demasiado tiempo en espacios reducidos con Reid y se había vuelto demasiado cómoda. Le ardían las mejillas al recordar cómo le había ofrecido su cuerpo con un abandono desvergonzado. Sin embargo, más peligroso era permitirse saber más sobre él, su vida y el tipo de hombre que era.

Eso tentaba a un tipo de intimidad diferente, más profunda, y ella no se atrevía a rendirse a ella. No podía permitirse volver a acercarse a nadie nunca más.

Reid permaneció pensativo mientras cabalgaban juntos, rozándose ocasionalmente los estribos. Quizás por fin se estaba arrepintiendo de su apresurada decisión de acompañarla a Texas. Eso debería haberla aliviado, pero Caroline sintió que se le oprimía la garganta al darse cuenta dolorosamente de que no quería que él se fuera.

Al ser enfermera, había aprendido a dejar de lado sus sentimientos y a permanecer distante de sus pacientes. Seguro que podía hacer lo mismo con Reid Tanner.

Se concentró en la tierra y vio a gente trabajando en un campo pobre, tal vez a unos 400 metros de distancia. Entrecerrando los ojos, se dio cuenta de que la mayoría de los trabajadores eran de piel oscura. Con el fin del conflicto, se abolió la esclavitud, pero Caroline se preguntaba cuántas granjas seguían utilizando a exesclavos.

Se tragó su repulsión, tal y como había hecho durante los últimos cuatro años. Aunque Robert no había luchado por la

Confederación por el tema de la esclavitud, a Caroline le había resultado difícil permanecer en el bando que la toleraba. Sin embargo, la mayoría de los soldados confederados que habían muerto nunca habían tenido un esclavo en sus cortas vidas, y así es como Caroline pudo vivir con su conciencia.

Era poco antes del mediodía cuando entraron en Lefsburg. Había poca actividad, pero la gente que estaba en la calle principal se paró a mirarlos. Sus expresiones iban de cansadas a sospechosas, y a veces beligerantes. La ropa estaba remendada y raída, y muy pocos llevaban zapatos. La guerra había golpeado obviamente cerca de esta ciudad y su gente había sufrido peor que otros.

—¿Sabes dónde vive la familia? —rompió Reid su largo silencio.

Ella negó con la cabeza.

—Tendré que preguntar por ahí.

Reid se ajustó el ala de su sombrero de ala ancha.

—Tendrás que hacerlo con cuidado. Tengo la sensación de que esta gente no se lleva muy bien con los extraños.

Reconociendo la verdad de sus palabras, no se molestó en responder, pero miró hacia atrás para ver a Dickens y al curioso gato que asomaba desde su percha en lo alto del paquete de la mula. Por

la codiciosa atención que recibían los caballos, la mula y el gato, sospechó que podría haber alguien que no viera nada malo en robarle a un extraño.

—Tendremos que pagar más por la caballeriza para vigilar nuestras existencias —dijo en voz baja.

—Sí. Ya lo he pensado.

Debería haberse dado cuenta de que él pensaría con antelación, sopesando y midiendo los posibles riesgos. Él y Robert se habrían llevado de maravilla con sus habilidades estratégicas similares.

El hotel estaba situado cerca del banco y de un restaurante decente, mientras que la pensión tenía salones a ambos lados. Frenaron sus caballos en el poste de enganche del hotel.

—Entra y coge una habitación —dijo Reid en voz baja—. Yo me quedaré aquí fuera con los caballos.

—¿Dónde dormirás tú?

Los labios de Reid se afilaron.

—Contigo. —Sus ojos encapuchados examinaron la ciudad y a la gente que se ocupaba de sus asuntos en un silencio inquietante—.

Tengo un mal presentimiento sobre este lugar.

Caroline miró a su alrededor y un escalofrío le recorrió la espalda. No quería que Reid durmiera en la misma habitación, pero ella también sentía la desesperada sombra que se cernía sobre la ciudad.

Estaba consciente de la mirada de Reid en su espalda hasta que la puerta del hotel se cerró entre ellos. Después del calor del sol, se tomó un momento para saborear el aire más fresco dentro del edificio. Luego, manteniendo la espalda recta, se dirigió a la recepción, donde el empleado la miró con lujuria.

—¿Puedo ayudarla, señora? —Su tono arrastrado era tan astuto como su cabello.

Caroline fingió un acento de Virginia, sospechando que una inflexión de Massachusetts crearía aún más desconfianza.

—Me gustaría una habitación—. Hizo una pausa—. Para mi marido y para mí.

La mirada del empleado perdió algo de su ardor.

—Eso será un dólar, y no aceptamos papel sin valor.

Afortunadamente, Caroline había cambiado su dinero confederado por monedas antes de salir de Virginia, pero no sin una pérdida significativa. Dejó caer un dólar de plata en el mostrador y, contenta por su alianza de boda, firmó el registro como Sr. y Sra. Reid Tanner.

—Su habitación está subiendo las escaleras y al final del pasillo a la izquierda. Número 112. —El empleado le entregó una llave, con los dedos posándose en su palma.

Ella cerró la mano alrededor de la llave y dio un paso atrás, reprimiendo un estremecimiento.

—Gracias.

Él no pareció notar su tono gélido.

—De nada, señora Tanner.

Caroline salió corriendo hacia Reid.

—¿Algún problema? —preguntó él.

—No. Me registré como el señor y la señora Reid Tanner.

Levantó las cejas.

—Pensé que usarías el nombre de tu marido.

Caroline ni siquiera lo había pensado y movía los pies inquietamente.

—Pensé que sería menos complicado usar el tuyo.

Inclinó la cabeza.

—Hay una caballeriza al final de la manzana.

Tomó las riendas de Jeanie y la cuerda de Dickens y siguió a Reid calle abajo. Las miradas los siguieron y la piel entre sus omóplatos se le puso de gallina.

Una vez en el establo, Caroline se quedó atrás mientras Reid se ocupaba del astuto propietario. Después de que el mozo de cuadra prometiera vigilar de cerca el ganado por un precio adicional, Caroline y Reid quitaron sus bolsas de los animales. El gato salió disparado, pero Caroline sospechaba que volvería cuando estuvieran listos para salir de la ciudad.

Dickens dejó claro su descontento por haber sido abandonado allí con sus orejas relajadas y fuertes rebuznos. Caroline dejó sus pertenencias y le agarró las orejas, una en cada mano.

—Compórtate, Dickens, o puede que no vuelva a por ti.

Como si lo hubiera entendido, la mula se calmó y siguió dócilmente al mozo de cuadra hasta un establo abierto.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Reid, alcanzando el bolso de Caroline.

Ella dejó que lo cogiera y dijo con una sonrisa:

—Tenemos un acuerdo.

Reid sonrió y salió del establo con Caroline a su lado. Regresaron al hotel, donde un hombre de barriga grande vestido con traje y chaleco estaba sentado en una silla junto a la puerta. Una cadena de oro atravesaba su chaleco, revelando una prosperidad que nadie más en Lefsburg poseía.

—¿Nuevo en la ciudad? —preguntó, rascándose su grueso cuello.

Reid se puso delante de Caroline.

—Solo estoy de paso.

—No tenemos mucha gente de paso. —Su mirada aceitosa se deslizó por Caroline—. La mayoría de los hombres de por aquí murieron luchando contra los yanquis. Dejaron atrás a muchas mujeres.

Caroline miró a su alrededor y solo vio hombres muy jóvenes y viejos, pero ninguno en la flor de la vida. Las mujeres mantenían la mirada baja mientras se apresuraban a hacer sus recados. Volvió a centrar su atención en el hombre trajeado, que parecía un poco mayor que Reid.

—Sí. Dejaron muchas viudas, la verdad —dijo el hombre. Se puso de pie y se subió los pantalones.

—¿Y por qué no se alistó usted? —preguntó Reid.

—Tengo mal la espalda. —Miró a Caroline una vez más, asintió y se alejó.

Caroline lo siguió con la mirada, con el corazón palpitante, aunque no estaba segura de por qué, ya que el hombre no había hecho ninguna amenaza.

—Entremos, —instó Reid, con la cabeza cerca de la de ella.

Él la acompañó al hotel con una mano firme en su cintura y ella se relajó con su tacto. Ni siquiera la mirada lasciva del recepcionista la molestó con Reid a su lado. Arriba, tomó la llave y abrió la puerta.

Una cama doble dominaba la pequeña habitación, con una silla de respaldo recto en una esquina y una jarra y un lavabo estropeado

en otra.

—Acogedor, —dijo Reid secamente.

Caroline levantó la colcha amarillenta y arrugó la nariz ante las sábanas arrugadas. Dudaba que las hubieran cambiado desde el último ocupante. Afortunadamente, tenían sus propios sacos de dormir para tumbarse en el colchón. Si Dios quería, no había liendres ni otras plagas acechando en las sábanas.

—Podríamos quedarnos con los caballos —sugirió Reid, leyendo sus pensamientos.

A pesar de estar tentada, Caroline negó con la cabeza.

—Ya he pagado la habitación y tenemos agua y privacidad para lavarnos.

Después de apilar sus escasas pertenencias en la habitación, Caroline tuvo que ir al retrete. Para su disgusto, Reid insistió en acompañarla. Él esperó fuera del maloliente retrete mientras ella hacía rápidamente sus necesidades. Con el rostro en llamas, regresó apresuradamente a su habitación sin mirar a los ojos a Reid. Sin embargo, no pudo negar la chispa de gratitud por su reconfortante presencia. Había un sentimiento ominoso en la ciudad.

Se turnaron para limpiar la habitación con agua tibia de la jarra. Caroline hizo que Reid esperara fuera mientras se ponía una falda y una blusa, ambas limpias pero arrugadas, para ir al restaurante. Reid la acompañó como si fueran marido y mujer, y Caroline se inclinó hacia él, disfrutando del engaño mucho más de lo que debería.

Mientras esperaban su almuerzo, ella estudió a los otros cinco comensales. Todos eran hombres y cuatro tenían el pelo canoso.

—Me pregunto cuántas ciudades serán como esta, —comentó Caroline.

—¿Cómo qué? —preguntó Reid.

—Habitadas por ancianos y viudas jóvenes con hijos.

Reid se pasó la mano por su espeso cabello oscuro.

—Supongo que hay muchas de ellas. Casi toda una generación de hombres perdidos sin ningún motivo.

Caroline lo fulminó con una mirada penetrante.

—Cada uno de esos hombres que murieron tenía una razón. Puede que no estuviéramos de acuerdo con ella, pero no nos

corresponde a nosotros decir que su razón no era lo suficientemente buena.

Él se reclinó en su silla, adoptando una pose indiferente, pero ella sabía que había tocado un punto sensible.

Caroline se inclinó hacia delante para estrechar su mano cerrada.

—No lo conocí, pero sí a su padre, y estoy segura de que Steven creía en su corazón que estaba haciendo lo correcto.

—Cuando yo tenía la edad de Steven, ya había matado a dos hombres. Yo también creía que era lo correcto.

—¿Y ahora?

Se encogió de hombros y se incorporó, obligando a Caroline a apartarse.

—Y ahora no sé una maldita cosa.

Ella no sabía qué decir, así que le dio la dignidad de apartar la mirada de su angustia desnuda.

La sencilla camarera, que parecía agobiada a pesar de los pocos clientes, les trajo los platos y los puso sobre la mesa. Volvió a aparecer segundos después con la cafetera para rellenar las tazas.

—¿Desean algo más?

Reid negó con la cabeza, pero Caroline habló.

—Estoy buscando a alguien. Katy Gaddsen. Su marido se llamaba William.

—¿Para qué quiere a Katy? —preguntó ella con recelo.

—Tengo un mensaje para ella. —Cuando la camarera empezó a negar con la cabeza, Caroline añadió—: De su marido.

El rostro inexpresivo de la mujer palideció hasta que solo dos manchas rojas tiñeron sus mejillas.

—Está muerto.

—Así es. Yo era enfermera. Estuve con él en el último momento.

La camarera se inclinó lo suficiente como para que Caroline pudiera ver el tic nervioso en la esquina de su ojo izquierdo.

—Katy amaba a William.

—Y William la amaba a ella, por eso sus últimas palabras fueron para ella.

—Puedo darle el mensaje a Katy.

Caroline negó con la cabeza.

—No. Le daré el mensaje en persona.

—No puede. —Echó un vistazo a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oírla—. No le gusta que vengan extraños a visitarla.

—¿Dónde vive? —preguntó Reid con voz de acero.

Una mirada a Reid y la camarera les dio indicaciones para llegar a un lugar a cinco kilómetros de la ciudad.

—Vayan durante el día, no por la noche.

—¿Por qué? —preguntó Caroline.

—Haced lo que os he dicho.

La mujer se alejó corriendo.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Reid.

—Está asustada, como la mayoría de las mujeres de por aquí.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero me gustaría averiguarlo. —Reid apretó la mandíbula.

—Deberíamos comer antes de que la comida se enfríe, —indicó Caroline.

Parecía poco apetecible, pero se obligó a comer las patatas aguadas y la carne dura. Se negó a pensar si era ternera o mula. Reid también comió con mucho menos entusiasmo, pero se terminó el plato.

La camarera se mantuvo alejada de su mesa, lo que aumentó la frustración de Caroline. Quería hacerle más preguntas sobre la ciudad, y especialmente sobre cuántas de las mujeres eran viudas y cómo se las arreglaban.

—¿Has terminado? —preguntó Reid, señalando su plato. Ella asintió.

—Vámonos entonces. —Dejó caer unas monedas sobre la mesa y acompañó a Caroline fuera del restaurante.

Ella miró hacia el interior del restaurante para tratar de descubrir el motivo de su abrupta partida, y su mirada se cruzó con la del hombre trajeado que había estado sentado fuera del hotel antes. ¿Era él la razón por la que Reid quería irse tan rápidamente?

—No te gusta. —dijo.

Por un momento, Reid pareció desconcertado y luego entrecerró los ojos.

—He visto hombres como él antes.

Sus pasos resonaron en la madera mientras caminaban de regreso al hotel bajo el sol de la tarde.

—Es un matón. Ladra, pero no muerde, —dijo Caroline, aunque no creía en sus propias palabras.

—Solo cuando está seguro de que puede ganar. —Su mirada se clavó en la de ella—. Mujeres, niños, ancianos.

La misma composición de Lefsburg. Pero, ¿podía un solo hombre controlar toda una ciudad? Recordando los astutos ojos del hombre, Caroline respondió a su propia pregunta de mala gana. Cuanto antes pudiera llevar a cabo su negocio, antes podrían seguir adelante.

—Quiero ver a la Sra. Gaddsen ahora, —señaló Caroline.

—Los caballos necesitan descansar un día, —indicó Reid—. Haré que Dickens se enganche a una carreta.

Reid gruñó.

—No le hará mucha gracia.

—Lo sé, pero no quiero pasar más tiempo del necesario en esta ciudad.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo de mala gana—. Te llevaré de vuelta a nuestra habitación, luego iré a por la carreta y la traeré al hotel.

Caroline abrió la boca para decirle que podía encontrar el camino sola, pero cambió de opinión de repente. La ciudad le daba escalofríos.

—Está bien.

—¿No vas a discutir? —La expresión de Reid estaba llena de sorprendida indignación. Ella puso los ojos en blanco y sonrió.

Como un buen marido, él le cogió la mano, que descansaba en su brazo. Ella curvó sus dedos alrededor de su antebrazo, disfrutando del juego de sus músculos contra su piel. Con deleite culpable, respiró el aroma que había llegado a asociar con él: jabón de afeitar, cuero y un toque de almizcle masculino. Le dio la sensación de estar cobijada, protegida y, en lo más profundo de su ser, querida. Sin embargo, sabía que era una ilusión. Incluso si hubiera sido una vieja bruja, Reid la protegería hasta Texas.

Se sobresaltó al salir de su ensueño y encontrarse en su habitación.

—Baja en quince minutos. Estaré en la puerta. —Reid cerró la puerta tras de sí.

Caroline cogió la bolsa con su diario, se echó un poco de agua fría en la cara y se la secó con la toalla fina. Después de hacerse un moño apretado en la nuca y ponerse su sombrero, salió de la habitación con el diario bajo el brazo.

Dickens rebuznó cuando salió del hotel. No, definitivamente no estaba contento de haber salido de su puesto forrado de paja y haber sido enganchado a una carreta. Caroline le acarició el cuello y las orejas aplastadas de la mula se animaron.

Reid saltó del asiento y cojeó hacia Caroline.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

Reid miró furioso a Dickens.

—Tu maldita mula me ha dado una patada.

—Lo siento. Al menos no te ha roto la pierna.

—Me ha dado en la espinilla. Tendré suerte si puedo quitarme la bota.

Reid la ayudó a subir al carro y ella se acomodó en el asiento, que ya casi no tenía muelles. Él se incorporó para sentarse a su lado, resoplando.

—Puedo examinarte la pierna —se ofreció ella.

—No hay mucho que puedas hacer por un moretón.

Consiguió que Dickens se moviera y la ciudad desapareció tras ellos. Caroline enroscó los dedos alrededor del diario y sus pensamientos se centraron a entregar el siguiente mensaje. Normalmente releía la nota antes de reunirse con la familia, pero esta vez no había tenido tiempo a solas para hacerlo.

Le revolvió el estómago y le subió la acidez a la garganta. Odiaba hacer esto, pero no tenía elección. Se lo había prometido a cada uno de los soldados que le habían confiado mensajes.

Después de entregar diecisiete de los veintiún mensajes, no fue nada fácil entregar el decimoctavo. De hecho, se había vuelto más difícil con cada entrega.

—Iré contigo, si quieres —dijo Reid de repente.

—No. Esto es algo que tengo que hacer sola.

—¿Por qué?

Ella frunció el ceño.

—Porque yo estaba con ellos cuando murieron.

—No fue culpa tuya que murieran.

Las lágrimas le quemaban los ojos y apartó la mirada para que él no viera la humedad.

—Los mataron las balas, los sables y la metralla. También la difteria y una docena de enfermedades más —dijo, con la garganta irritada y llena.

—Otros soldados, hombres, los mataron.

Reid podría intentar aliviar su culpa, pero ella sabía la verdad. Muchos de esos soldados heridos habrían vivido si ella hubiera podido ayudarlos. Como era la enfermera con más experiencia, a menudo su trabajo consistía en determinar a quién atendería primero el médico. Hombres que podrían haber vivido habían sido abandonados a su suerte porque otras vidas eran más fáciles de salvar y Caroline tenía que separarlos.

Había jugado a ser Dios... y había odiado cada momento.

La carreta redujo la velocidad y vio una cabaña bastante acomodada. Dos caballos retozaban en el corral y flores de colores

florecían a lo largo de la fachada de la casa. No era lo que Caroline esperaba después de presenciar la pobreza de la ciudad. ¿Acaso William Gaddsen procedía de una familia acomodada?

—¿Estás segura de que este es el lugar correcto? —preguntó ella.

Reid se encogió de hombros.

—Es lo que nos dijo la camarera.

La puerta de la cabaña se abrió y un niño de unos cuatro años salió corriendo.

—Willie, ven aquí ahora mismo —le gritó una mujer.

Reid saltó del carro y atrapó al niño, alzándolo en el aire antes de sujetarlo contra su costado.

—¿Qué prisa tienes, hijo?

Caroline sonrió ante la facilidad de Reid con el niño. Debía de ser un padre maravilloso.

—Gracias por atraparlo.

Caroline se dio la vuelta y vio que se les acercaba una hermosa mujer rubia con una tímida sonrisa. Sin embargo, fue su barrigón lo que llamó la atención de Caroline.

—No hay problema, señora. Debe de ser un poco pesado para usted, —dijo Reid con naturalidad.

—No sé qué haría sin él —aseguró ella en voz baja.

—Es el hijo de William, ¿verdad? —preguntó Caroline.

La alarma se apoderó del rostro de la señora Gaddsen, que se agarró a su hijo, que le rodeó el cuello con los brazos y la ajustó con sus delgadas piernas a su gruesa cintura.

—¿Quién es usted?

Reid ayudó a Caroline a bajar del carro y dio un paso atrás.

—Me llamo Caroline Milton y fui enfermera de la Confederación. Su marido murió en el hospital donde trabajaba.

El rostro de la mujer se puso blanco como la leche y Reid extendió la mano para sostenerla.

—Mamá, ¿qué te pasa? —preguntó el niño con miedo.

—Está bien, —aseguró Reid—. Solo necesita sentarse fuera del sol. —Le indicó a Caroline con un rápido movimiento de cabeza hacia la casa.

—¿Podemos entrar? —le preguntó Caroline—. Mi amigo, Reid Tanner, cuidará de Willie aquí fuera si le parece bien.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó ella, con la mirada recelosa moviéndose entre Caroline y Reid.

—Su marido me dio un mensaje para usted.

La alegría, junto con la aprensión, iluminó el rostro de Katy Gaddsen.

—¿Quieres jugar con el Sr. Tanner, Willie? —le preguntó a su hijo.

—Prometo que no muerdo —dijo Reid.

El niño se rió y su madre lo soltó. Reid tomó la mano del niño.

—¿Por qué no me hablas de tus caballos?

Reid se llevó al niño que no dejaba de parlotear.

—Es bueno con los niños, —indicó la Sra. Gaddsen.

—Tenía un hijo—. Ante la mirada inquisitiva de la mujer, Caroline añadió: —También murió luchando por la Confederación.

Los ojos de la Sra. Gaddsen se nublaron con una simpatía que no se expresó. Guió a Caroline a la casa, ya que su avanzado embarazo la hacía lenta y torpe.

—No puede quedarse mucho tiempo, —dijo la señora Gaddsen, colocando las manos en la curva de su vientre.

Caroline hizo una rápida resta en su mente. William debió de tener a su mujer embarazada poco antes de ser asesinado. Pero, ¿cómo había ido a Mississippi y vuelto a Virginia en cuestión de una o dos semanas?

—¿Sabía William que esperaba otro hijo?

Katy Gaddsen se estremeció como si la hubieran golpeado.

—No. Se fue hace un año y no volví a verlo. —Levantó la barbilla—. ¿Qué tenía que decirme?

Perpleja, pero dándose cuenta de que no era asunto suyo, Caroline sacó su diario de la bolsa y, por costumbre, acarició la portada con una mano reverente. Lo abrió por el lugar marcado con la cinta.

—Su marido murió el 23 de diciembre. Antes de morir, me dio estas palabras para que se las transmitiera. —Caroline respiró hondo y presionó un dedo sobre la página, siguiendo las líneas mientras leía.

—Dígale a Kate que no deje que mi hijo me olvide. Y dígale que siempre recordaré lo bonito que brillaba el sol en su cabello dorado el día que nos casamos.

El sollozo de Katy rompió el silencio y Caroline puso una mano en el brazo de la joven.

—En el último momento pensaba en usted.

La viuda rompió a llorar desconsoladamente mientras apoyaba la cabeza en sus brazos cruzados. Caroline se arrodilló a su lado, le dio unas palmaditas en el hombro y pronunció palabras tranquilizadoras.

Después de unos minutos, Katy se recompuso y levantó la cabeza. Se limpió el rostro manchado de lágrimas con un pañuelo.

—Lo siento —susurró Katy—. Pensé que ya había superado el duelo por su muerte.

—No tiene por qué disculparse. —Caroline volvió a su silla—. Las mujeres en su situación tienden a llorar.

—Debe pensar que soy terrible.

—¿Por qué pensaría eso?

—Porque conoce mi pecado. —Su tono estaba lleno de autocrítica.

Caroline se movió incómoda.

—No me corresponde juzgar.

Katy se secó los ojos y se sonó la nariz, y luego se puso de pie torpemente. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera, mostrando a Caroline su perfil.

—Will llevaba menos de un mes muerto cuando Jasper Thomas empezó a venir por aquí. Al principio fingió estar preocupado por mí y Willie, pero le aseguré que Ethan, nuestro empleado, podía ocuparse del lugar.

>>Entonces, un día, Ethan se levantó y desapareció. Willie y yo intentamos ocuparnos de todo lo que había que hacer, pero era una batalla perdida. Entre las facturas y el coste de los alimentos, nos endeudábamos cada vez más, hasta que nadie nos volvió a conceder crédito.

Katy se pasó una mano por la frente arrugada.

—El Sr. Thomas dijo que cuidaría de mí y de Willie si yo... —Tragó saliva—. Si le cedía esta casa. Le dije que no. Esta era la casa de los padres de Will. No podía simplemente entregársela. Pero entonces Willie enfermó. Fui a ver al Sr. Thomas y le rogué que me prestara algo de dinero para pagar al médico. La única forma en que dijo que me ayudaría era si hacía lo que me pedía, así que le cedí la casa de Will. Pero eso no fue suficiente. —Una lágrima rodó

inadvertida por su mejilla y goteó sobre la parte delantera de su blusa—. Era prostituirme o perder a mi hijo.

>>Cuando me enteré de que Will había muerto, ya estaba embarazada del bastardo de Jasper Thomas. —Se volvió y miró a Caroline—. Dios me perdone, pero una parte de mí se alegraba de que él nunca supiera en lo que me había convertido.

Caroline se levantó y se acercó a ella.

—Hizo lo que tenía que hacer para mantener vivo a su hijo.

—Jasper es dueño de este lugar y de mí, pero no quiere casarse conmigo. —Bajó la mirada—. Y no soy la única mujer.

Caroline tragó su repulsión y agradeció que Jasper Thomas no estuviera frente a ella.

De repente, Katy jadeó y se llevó las manos a la barriga.

—¿Qué pasa? —preguntó Caroline, alarmada.

—El bebé. Ya viene.

10

-¡Reid!

Levantó la cabeza de golpe para ver a Caroline en el marco de la puerta de la cabaña. Incluso desde el otro lado del patio, podía ver el pánico en sus rasgos. Manteniendo su propia aprensión a raya para no asustar al niño, dejó a Willie jugando con los gatitos cerca del granero y se apresuró a ir a la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Katy va a tener a su bebé. Tendrás que vigilar a Willie.

Miró más allá de ella, hacia la cabaña.

—¿Has asistido alguna vez en un parto?

—He ayudado en algunos.

Sus valientes palabras no podían ocultar el temblor que se escondía detrás de ellas.

—¿Debería ir a la ciudad a ver si tienen una comadrona o un médico?

Caroline negó con la cabeza.

—No creo que quiera a nadie más aquí. —Hizo una pausa como si estuviera intentando tomar una decisión—. El bebé no es de su marido y ella no se ha vuelto a casar.

Reid entrecerró los ojos. Había muchas cosas que ella no le estaba contando, pero el llanto de una mujer desde la cabaña le impidió presionarla para que contara más.

—Si necesitas ayuda, dímelo. Yo estaba con Anna cuando nació Steven.

Caroline parpadeó sorprendida y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Eres un hombre sorprendente, Reid.

Él se encogió de hombros, avergonzado.

—¿Quién es el padre?

Su expresión se tornó en ira.

—Un bastardo llamado Jasper Thomas.

Sorprendido por su blasfemia, Reid deseó tener tiempo para saber más sobre Thomas. La mujer volvió a gritar.

—Ve con ella. Yo vigilaré a Willie.

Caroline extendió la mano para agarrarle la muñeca.

—Gracias.

Reid cedió a la tentación de acariciar su cálida y sedosa mejilla con la palma de la mano.

—De nada.

Volvió corriendo hacia el niño, agradecido de que Willie no hubiera notado nada extraño. Mientras estaba de pie justo dentro del granero, a la sombra, Reid intentó pensar en algo para mantener al niño ocupado sin alejarse demasiado de la cabaña.

Los gatitos se alejaron corriendo y Willie se puso de pie.

—¿Quieres ir a jugar al arroyo?

—¿Dónde está? —preguntó Reid.

Willie señaló más allá de la parte trasera de la casa.

—Allá.

—¿Tu mamá te deja jugar allí?

Se golpeó el dedo del pie desnudo en la tierra.

—A ella no le importa.

De alguna manera, Reid lo dudaba.

—¿Por qué no me llevas allí y no se lo contamos?

La cara de Willie se iluminó con una sonrisa traviesa.

—Vale.

La sonrisa familiar, tan parecida a la que tenía otro niño doce años antes, le robó el siguiente aliento a Reid. Parpadeó, luchando contra el inesperado dolor desgarrador.

Una manita tiró de su mano más grande.

—Vamos, señor Reid.

Se dejó arrastrar por el niño, permitiendo que sus pensamientos quedaran atrapados en la corriente subterránea de la memoria. Se imaginó el tercer cumpleaños de Steven, cuando Anna había hecho un pastel de chocolate. Más glaseado había acabado en la cara de Steven que en su boca. La primera vez que Steven montó a caballo, Reid se había quedado cerca de él, pero el niño había impulsado a la yegua a trotar. Dejó atrás a Reid, pero Steven tenía una habilidad natural para montar y solo se rió de alegría. Luego

vinieron los recuerdos más oscuros, de la muerte de Anna y de lidiar con el dolor y la ira de Steven, así como con los suyos propios. La última discusión que tuvo con su hijo estuvo plagada de acusaciones y enfado: Steven lo llamó cobarde y lo culpó por no salvar la vida de su madre. Pero Reid había cumplido su promesa a Anna y no había usado su revólver. En su lugar, había usado los puños, pero había llegado demasiado tarde para salvarla.

Reid se limpió la sensación de cosquilleo en la mejilla y se sorprendió al encontrar humedad. Había intentado decirle a Steven que la violencia solo engendra violencia y que las armas nunca resuelven nada. Pero Steven se había alistado en el ejército y Reid volvió a llevar el revólver en la cadera.

El arroyo no estaba lejos de la casa y Reid se sacó de sus lúgubres cavilaciones para observar a Willie. El niño se puso en cuclillas junto al arroyo poco profundo. El agua se arremolinaba sobre las rocas, creando un relajante telón de fondo para cubrir al niño.

El arroyo no estaba lejos de la casa y Reid se despertó de sus sombrías reflexiones para vigilar a Willie. El niño se puso en cuclillas junto al arroyo poco profundo. El agua se arremolinaba sobre las

rocas, creando un relajante telón de fondo que cubría los débiles sonidos de la cabaña. Willie encontró un palo y lo sumergió en el arroyo para mover algunas rocas. Se rió encantado y Reid se agachó a su lado para ver qué era tan gracioso.

—Cangrejos de río, —dijo Willie, señalando uno de unos siete centímetros de largo—. A mamá y a mí nos gusta comerlos.

—Y apuesto a que te gusta pescarlos, —dijo Reid con una sonrisa forzada.

—Ajá, pero no tenemos un cubo.

—Volvamos a por uno.

De vuelta en el patio, Reid envió a Willie a buscar un cubo al granero mientras él se dirigía a la cabaña. Asomando la cabeza por la puerta, vio a Caroline con los brazos llenos de sábanas.

—Willie y yo estaremos en el arroyo que discurre a unos doscientos metros detrás de la casa.

Caroline asintió con la cabeza, con las mejillas sonrojadas.

—Creo que el bebé va a venir pronto.

—Eso es bueno. Mejor para el bebé y la madre. —Dio un paso atrás—. Ya sabes dónde estaré.

La señora Gaddsen gritó desde el dormitorio y Caroline corrió hacia ella. Reid deseaba poder hacer más para ayudar, pero sabía que el bebé vendría, estuviera él allí o no.

Cuando Willie corrió hacia él con un cubo casi tan grande como él y se chocó contra su pierna, Reid no estaba seguro de qué trabajo era más: el suyo o el de Caroline.



Caroline apenas había limpiado la sangre y la mucosidad del bebé cuando este dejó escapar un llanto. Caroline hizo una mueca ante el sonido ensordecedor, pero no detuvo la satisfacción que la invadía.

Rápidamente cortó el cordón umbilical entre madre e hija, atando los extremos con un hilo que apenas había tenido tiempo de hervir en agua. El parto había durado poco más de una hora y había sido relativamente fácil para la madre.

A medida que el aire circulaba por las venas de la niña, un color rojo saludable desplazó el tono azulado de su piel. Caroline se

tomó un momento para contar los dedos de manos y pies, y todo le pareció perfecto.

—Parece sana, —dijo Katie, mirando con amor y afecto al pequeño bulto que yacía sobre su pecho.

Caroline sonrió.

—Sana, y enfadada por verse obligada a salir al mundo.

La sonrisa de Katie vaciló.

—No puedo culparla. No lo tendrá fácil.

Caroline envolvió a la recién nacida en una manta limpia y la colocó en el hueco del brazo de Katie. No pudo evitar acariciar la mejilla del bebé con el dorso de los dedos.

—Sé que será difícil, pero tienes que recordar que no fue culpa tuya ni de tu hija que ella naciera.

Katie miró fijamente el rostro arrugado del bebé.

—Al asignar la culpa, estoy diciendo que siento que ella haya nacido. —Una lágrima resbaló por un lado de su rostro hasta su cabello empapado de sudor—. Y mirándola, nunca podré sentirlo.

—Me alegro. Un niño no debe ser castigado por los pecados de su padre.

—¿Y de su madre?

—No —dijo Caroline con firmeza—. No tienes nada de qué avergonzarte. No cometiste ningún pecado ni hiciste nada malo. Hiciste lo que tenías que hacer para salvarte a ti misma y a tu hijo.

—Vaya, ¿no es una escena conmovedora?

Caroline se dio la vuelta, sorprendida por la voz del hombre. Abrió mucho los ojos al ver al hombre trajeado que había estado sentado frente al hotel.

—¿Qué hace usted aquí? —exigió Caroline.

Katy le agarró la mano y le susurró con voz ronca:

—Es él. Jasper.

Caroline debería haberse dado cuenta por la arrogancia del hombre y los comentarios que había hecho sobre las viudas de guerra. Había utilizado la guerra y las dificultades de las familias para crear su propio imperio mientras hombres buenos morían en sangrientos campos de batalla.

—Eres un asqueroso bastardo, —dijo Caroline con voz temblorosa de rabia.

—Me parece que solo hay un bastardo en esta habitación. —La mirada de Jasper Thomas se posó en el inocente bebé.

Caroline se abalanzó sobre Thomas, solo para ser arrojada a un lado como una muñeca de trapo. Su hombro golpeó la pared, pero el dolor no logró atenuar su ira. Sosteniendo su brazo herido, miró con furia al repugnante hombre.

De repente, Thomas fue tirado y golpeado en la mandíbula. Tropezó hacia atrás y Reid se apresuró a entrar, con los puños en los costados.

—Caroline, ¿estás bien? —preguntó, con preocupación en su rostro rudo.

Ella asintió.

—Ese es Jasper Thomas. Él... él es el padre del hijo de Katy.

La mirada de Reid se dirigió a la mujer rubia en la cama, con los ojos azules muy abiertos y asustados.

—Él la usó —indicó Caroline con una voz que solo él podía oír —. Al igual que ha usado a muchas otras mujeres en la ciudad.

La expresión de Reid pasó de solícita a asesina cuando dirigió la mirada a Thomas, que estaba de pie, encorvado, con una mano

en la mejilla.

—No eres tan valiente cuando no se trata de una mujer, ¿verdad? —se burló Reid—. De hecho, apostaría a que no eres más que un cobarde de mierda cuando se trata de enfrentarse a un hombre.

Los ojos de Thomas brillaron con odio.

—¿Quién demonios te crees que eres para venir a mi ciudad e insultarme?

La risa de Reid heló a Caroline y se acercó a Katy y a su bebé. Este era un lado de Reid Tanner que nunca había visto antes, y no estaba segura de cómo se sentía al respecto.

—No tienes derecho a utilizar a las mujeres de esta ciudad —dijo Reid, y su humor frío dio paso a una furia abrasadora—. Eres un pobre hombre y creo que ya es hora de que todos lo sepan. —Se inclinó y sacó un cuchillo de dentro de la bota. Su mirada se posó en la entrepierna de Thomas, y su significado era obvio.

Caroline se tragó su aversión a la amenaza implícita de Reid, pero no pudo encontrar en sí misma argumentos para refutarla. Thomas había forzado a Katy Gaddsen mientras su marido luchaba

por su forma de vida, una forma de vida que no incluía robar y despojar a las mujeres.

—No puedes hacer eso —balbuceó Thomas.

La sonrisa de Reid hizo que un escalofrío helado recorriera la espalda de Caroline.

—Oh, creo que puedo. He castrado algunas terneras en mi vida. No puede ser muy diferente. Claro que no he afilado mi cuchillo últimamente.

El rostro de Thomas se puso blanco como la cal.

—Me matarás.

Reid se encogió de hombros.

—Quizás, pero tal vez no lo haga. ¿Qué prefieres?

De repente, Willie entró corriendo en el dormitorio y Reid lo cogió antes de que pudiera acercarse a Thomas.

El niño tenía los ojos muy abiertos y frenéticos mientras miraba a su madre.

—¡Mamá!

—Estoy bien, Willie —dijo Katy, con voz temblorosa apenas por encima de un susurro—. Estoy bien.

Entonces el bebé empezó a llorar, lo que demostraba que sus pulmones estaban más que sanos, y Willie luchó por escapar del agarre de Reid. Reid lo soltó, pero se mantuvo entre el niño y Thomas.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Thomas, recuperando su bravuconería—. ¿Vas a cortarme delante del niño?

Reid gruñó y Caroline supo que estaba tentado.

—Lárgate de aquí, —dijo Reid.

Thomas miró a Katy y al bebé.

—Volveré más tarde a ver a mi hija.

Katy inhaló bruscamente y Caroline puso una mano tranquilizadora en su brazo, aunque ella también estaba angustiada por la afirmación de Thomas.

Reid siguió a Thomas y, por un momento, Caroline se preguntó si no se conformaría con su amenaza de castrar al hombre cuando estuvieran fuera de su vista. La posibilidad le provocó náuseas, pero no despertó su conciencia. Jasper Thomas era peor que una serpiente de cascabel. Una serpiente solo muerde cuando se siente amenazada o perturbada, pero Thomas se aprovechaba de sus víctimas por codicia y lujuria.

Ella miró hacia abajo y vio a Katy tratando de que su bebé succionara. Willie observaba fascinado mientras murmuraba:

—Mi hermanita.

Por suerte, la niña fue tan rápida en descubrir cómo conseguir la leche de su madre como lo fue en llegar al mundo.

—Caroline, —llamó Reid desde la parte delantera de la cabaña.

Ella le sonrió tranquilamente a Katy y salió corriendo hacia Reid.

—¿Se ha ido?

Reid apretó los dientes.

—Sí, pero va a dar problemas.

—Ya ha dado problemas. Hay que detener a ese hombre. ¿No hay algún agente de la ley en la ciudad?

—Probablemente, pero ¿por qué iba a arrestar a Thomas? ¿Cree que las mujeres admitirán que él las ha utilizado? E incluso si alguna da un paso al frente, ¿a quién creerá el agente de la ley, a ellas o a un ciudadano honrado como Thomas?

—Tenemos que hacer algo. No podemos dejar que siga haciendo lo que ha estado haciendo.

—A menos que disparemos a Thomas como a un perro rabioso, no veo cómo podemos detenerlo.

Caroline temblaba de ira.

—Pero seguirá aterrorizando a Katy y a otras como ella. Es igual que los hombres que hicieron daño a tu madre.

—Entonces, ¿quieres que lo llame y le dispare? —preguntó con frialdad, clavando en ella su mirada fría.

Sorprendida por su ira, sacudió la cabeza.

—No lo sé. Quizá. ¿Sería tan malo?

Reid se dio la vuelta.

—Quieres que haga tu trabajo sucio.

No sabía si el sarcasmo cortante iba dirigido a ella o a él mismo.

—Sería justicia.

—¿Contigo como juez y jurado?

—Tú fuiste juez y jurado para los violadores de tu madre.

—Y el asesino de mi esposa, excepto que esa vez usé mis manos. —Se volvió y la miró. —Entonces, ¿qué quieres que use,

Caroline, una pistola o mis puños?

Las palabras prosaicas la golpearon, robándole el aire de los pulmones. Estaba jugando a ser Dios de nuevo, decidiendo quién vivía y quién moría. Solo que esta vez estaba usando a Reid como verdugo.

De repente, sintiéndose enferma, se llevó las manos a la barriga.

—Lo siento, Reid. No tenía derecho.

Los tensos hombros de Reid se hundieron, pero su expresión siguió siendo indescifrable.

—Tienes razón en una cosa. Si alguien no lo detiene, seguirá saliéndose con la suya.

Caroline se aferró a su muñeca, sintiendo el calor de su piel sobre los tendones y huesos firmes.

—Pero no es tu trabajo detenerlo. Ni siquiera estarías en esta ciudad si no fuera por mí.

Reid puso su gran mano sobre la de ella.

—¿Y si estuvieras en la situación de Katy? ¿Qué querrías?

Caroline no pudo soportar su mirada compasiva y apartó la mirada.

—Viviría con miedo, sabiendo que Thomas volvería y descargaría su ira conmigo. O con mis hijos. —Cerró los ojos mientras el malestar la invadía—. Lo mataría antes de que hiciera daño a mis hijos.

Reid levantó la barbilla y ella abrió los ojos para encontrar su rostro cerca del suyo.

—Entonces tendría que vivir con la culpa de matar a otro ser humano, aunque fuera un hijo de puta.

Su aliento flotaba en sus mejillas y sus ojos azules acariciaban su rostro, dificultando el pensamiento.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó ella, con la voz apenas por encima de un susurro.

Él la estudió y ella levantó la mano y la colocó en medio de su pecho, sintiendo el latido de su corazón contra su palma. Se dio cuenta de que una de sus piernas estaba entre las suyas, tocando su falda y provocándola con su cercanía. Su mirada se posó en sus labios y el deseo estalló, instándola a saborearlo.

De repente, como si adivinara sus pensamientos, él se apartó.

—Tengo una idea.

Aunque su cuerpo crepitaba de tensión, recuperó cierta apariencia de control.

—¿Qué es?

Mientras Reid explicaba, el deseo de Caroline se desvaneció, reemplazado por dosis iguales de anticipación y aprensión.



Cada hueso del cuerpo de Reid le pedía que regresara a la cabaña, pero esta había sido su idea, una idea que rápidamente empezaba a disgustarle. Dejar a Caroline, a la señora Gaddsen y a sus dos hijos solos ni siquiera una hora no le parecía bien. Tal vez Jasper Thomas los estaba observando desde cerca de la cabaña en lugar de haber regresado a la ciudad.

El sudor le resbalaba por el rostro y se lo limpiaba con impaciencia. No, por lo que sabía de Thomas, había vuelto a la ciudad para fortalecerse con una copa o dos mientras esperaba a

que ellos regresaran. Cuando supiera que solo tendría que enfrentarse a mujeres y niños, volvería a la cabaña de los Gaddsen. Pero, ¿qué haría cuando llegara allí?

Dickens condujo la carreta por la calle principal mientras Reid buscaba discretamente a Jasper Thomas. Había poca gente, así que habría sido bastante fácil verlo, si Thomas estuviera fuera. Pero Reid sospechaba que el cobarde estaba observando desde la ventana de un bar.

Reid detuvo a Dickens fuera de la caballeriza y acarició la cruz de la mula, dándole más tiempo para buscar a Thomas. Pero Reid no lo vio y tuvo que esperar a que Thomas lo viera.

El mozo se ocupó de Dickens y del carro mientras Reid regresaba al hotel. Quería darse prisa, pero se obligó a pasear por la calle. Hizo una pausa junto al restaurante, asomó la cabeza y le hizo una señal a la camarera. Era la misma que les había dicho cómo encontrar a Katy Gaddsen. Se acercó a Reid con cautela.

—Ya que es amiga de Katy, solo quería hacerle saber que ha dado a luz a una niña esta tarde, —dijo Reid con una voz lo suficientemente baja como para que solo ella pudiera oírla—. Tanto Katy como la bebé están bien.

La camarera sonrió, pero su sonrisa se vio empañada por la tristeza en sus ojos.

—Gracias por decírmelo.

—Usted es amiga suya, ¿verdad? —Ella asintió, de nuevo con recelo.

—¿Cuántas mujeres más hay como Katy, mujeres que Jasper Thomas ha utilizado?

El rostro inexpresivo de la camarera palideció, pero al cabo de un momento se irguió.

—Siete que yo sepa. Ha tomado posesión de sus tierras y ha convertido a tres de ellas en sus amantes. —Se mordió el labio inferior—. Las otras tuvieron que irse de la ciudad o ir a trabajar a uno de los salones.

No hizo falta que dijera lo que hacían en los salones; Reid lo vio en su expresión.

—¿Es usted una de ellas? —preguntó Reid con suavidad.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—No. No estoy casada, así que no tenía nada que él quisiera.

—Gracias por la información.

Se dio la vuelta para irse, pero ella le agarró del brazo.

—Dígale a Katy que iré a verla en cuanto pueda.

Reid asintió. Sabiendo que probablemente no debería haber pasado esos preciosos minutos hablando con la camarera, se dirigió al hotel y se detuvo un momento, girando discretamente en semicírculo. Si Thomas lo estaba esperando, Reid quería asegurarse de que lo viera entrar en el hotel.

Sin querer perder ni un segundo más, entró y asintió al recepcionista, luego subió las escaleras como si tuviera todo el tiempo del mundo. Por si el recepcionista estaba escuchando, Reid abrió la habitación y entró, pero salió de inmediato.

Afortunadamente, el hotel tenía escaleras traseras y las bajó en silencio, para no alertar a nadie de su partida. Abrió la puerta y se estremeció cuando crujió, y luego salió al callejón. Solo tuvo una fracción de segundo de advertencia antes de que el mundo se volviera negro.



Caroline escuchó a Willie parlotear sobre Rachel, su nueva hermana, mientras calentaba las sobras del estofado. Le latía el hombro por el golpe que se dio contra la pared cuando Thomas la empujó. No se había dado cuenta hasta después de que Reid se fuera. No tenía nada roto, pero estaba segura de que tenía un moratón.

Willie se dirigió de puntillas a la habitación de su madre y miró dentro.

—Mamá y Rachel están durmiendo —dijo en un susurro fuerte.

—Dejaremos que duerman la siesta hasta que la cena esté lista.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla con curiosidad.

—Ya cenamos. Esto es la cena.

No pudo evitar sonreír.

—Donde yo crecí, a esta comida se le llamaba cena.

—¿Y cómo se llamaba la cena?

—Almuerzo.

Willie frunció el ceño al pensar en ello.

Caroline le despeinó el fino cabello.

—¿Por qué no vas a acostarte con ellos? Te llamaré cuando sea la hora de comer.

El niño pareció indeciso por un momento y luego se metió en el dormitorio para acostarse junto a su madre. Extendió el brazo sobre ella y sus dedos se posaron protectores sobre su hermana.

Sintiendo el escozor de los sueños no realizados, Caroline se dio la vuelta.

Removió el guiso mientras miraba por la ventana. Cayó el anochecer y no había visto ni rastro de Reid o Thomas. No le sorprendió lo de Reid, ya que el plan era que permaneciera fuera de la vista hasta que Thomas mostrara su plan.

Sabía que era arriesgado. Cuando Reid había esbozado su plan, ella había estado de acuerdo con él, pero quería la aprobación de Katy, ya que ella estaría en medio de todo. Katy ni siquiera había dudado. Quería a Jasper Thomas fuera de sus vidas para siempre.

Caroline encendió una linterna y se dio la vuelta justo cuando se abrió la puerta de golpe. Se quedó paralizada, sorprendida al ver a Thomas de pie en la entrada, aunque lo estaba esperando.

—Me alegro de volver a verla, señora Tanner.

Caroline parpadeó ante el título desconocido. Thomas debió de consultar con el recepcionista del hotel para saber sus nombres.

—El sentimiento no es mutuo, señor Thomas. —La acidez se deslizó por su voz.

Thomas hizo como si mirara a su alrededor.

—¿Dónde está tu marido? —Luego fingió sorpresa—. Oh, es verdad, ahora está ocupado.

Caroline había contado con que Reid estuviera cerca, pero el tono de Thomas infería que él sabía algo que ella no sabía.

—¿Qué quiere decir?

Thomas se acercó a ella, con los ojos iluminados por una alegría impía.

—Pensó que era muy listo al salir a hurtadillas por la puerta trasera, pero yo lo estaba esperando.

Su corazón se comprimió de miedo.

—¿Qué ha hecho?

—Ya me he ocupado de él, así que ahora puedo ocuparme de... los cabos sueltos. —Se rió de su propio humor negro. Dio otro paso hacia ella—. Empezando por ti.

Caroline dio un paso atrás y se chocó con la estufa. Saltó, pero solo lo suficiente para no quemarse la falda.

—No tengo tierras y mi marido no está en el ejército, así que no veo por qué me interesa.

—Tienes otras cosas que me interesan. —Señaló el dormitorio donde dormían Katy y sus hijos—. Ahora que Katy no podrá cumplir con sus obligaciones durante un tiempo, te tendré a ti.

El miedo se apoderó de Caroline y tan rápido como llegó, desapareció. Una extraña calma se extendió a través de ella. Conocía bien la muerte y no le tenía miedo. Antes de que Thomas pudiera usarla, encontraría la manera de matarlo o suicidarse.

Con los ojos brillantes de lujuria, Thomas se acercó a ella. Caroline retrocedió automáticamente y se encontró con la estufa... y la olla de estofado caliente.

11

La conciencia pinchó a Reid y su cuerpo se resistió, queriendo permanecer en la comodidad de la oscuridad flotante. Sin embargo, la inquietud le atormentaba, instándole a despertar. Abrió los ojos y parpadeó para enfocar su entorno oscuro. Tratar de recordar dónde estaba y cómo había terminado allí resultó más difícil.

Los recuerdos volvieron de golpe y se puso en posición sentada, haciendo girar la cabeza y el estómago. Tragó las náuseas y levantó una mano hasta la base de su palpitante cráneo. Un dolor agudo lo atravesó y siseó con los dientes apretados mientras retiraba la mano. La sangre manchaba las yemas de sus dedos.

Sorprendentemente, todavía tenía su revólver. Obviamente, Thomas no sabía a quién se enfrentaba. Reid sonrió con ferocidad. La arrogancia de Thomas sería su perdición.

Al ver su sombrero cerca, lo recogió y se lo puso en la cabeza con cuidado. Se obligó a ponerse de pie, moviéndose con movimientos deliberados. Echando un buen vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que estaba junto a la puerta trasera del hotel. Quienquiera que lo hubiera golpeado lo había dejado donde había caído.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? La luz tenue le indicó que no había sido más de media hora, pero eso era tiempo suficiente para que Thomas cabalgara hasta la casa de Gaddsen. Y Reid no tenía dudas de que había sido Thomas quien lo había emboscado.

Ignorando el dolor de cabeza y el malestar estomacal, se tambaleó y corrió hasta la caballeriza. El mozo de cuadra no estaba a la vista y ensilló a Red con toda la prisa que pudo.

Reid se inclinó sobre el cuello de su yegua mientras la espoleaba para salir del establo y bajar por la calle oscura. El caballo se lanzó al galope. La cabeza de Reid retumbaba con los golpes de los cascos, pero no se atrevía a ir más despacio. Quizá ya fuera demasiado tarde.

Aunque estaba preocupado por Katy Gaddsen y sus hijos, estaba más preocupado por Caroline. Thomas no la tenía bajo su control y, conociendo a Caroline, si intentaba algo, ella lucharía como una gata salvaje. Sin nada que perder, Thomas podría hacerle daño o incluso matarla. La determinación hizo a un lado su dolor de cabeza y su intestino revuelto.

Reid vio el caballo de Thomas al mismo tiempo que vio las luces de las ventanas de la cabaña. El miedo por Caroline tensó sus músculos. Consideró entrar corriendo, pero Thomas no se lo pensaría dos veces antes de usar a una mujer o un niño como escudo.

Dio un amplio rodeo alrededor de la cabaña para que no lo vieran y se detuvo en el arroyo donde él y Willie habían jugado antes. Desmontó y soltó las riendas de su caballo, sabiendo que Red no se alejaría mucho con tanta hierba y agua. Sus dedos se enroscaron alrededor de la empuñadura del revólver, los suaves huecos tan familiares como su propia mano.

Se acercó sigilosamente a la casa. En el borde de la maleza, registró los quince metros de terreno abierto que había entre él y la puerta. Nada se movía, excepto la vaca lechera y las gallinas que

picoteaban. Pero, lo que era más inquietante, no oía nada: ni voces, ni llantos de bebés. Nada.

A pesar del sudor que le resbalaba por la espalda y empapaba su camisa, un escalofrío lo recorrió. ¿Los había matado Thomas?

Un bramido desgarró el aire, sorprendiendo a Reid. Un frío pavor lo atravesó y corrió a toda velocidad por el patio, sin preocuparse por agacharse. El rugido había provenido de un hombre y el único hombre que había dentro era Jasper Thomas. Dio la vuelta a la esquina de la cabaña y apartó a un lado la puerta cerrada, irrumpiendo en el interior. El olor a comida lo golpeó de inmediato. Y parecía que la comida estaba por todas partes en Thomas, desde la cabeza hasta los pies. Reid se habría reído, si no fuera porque Thomas tenía un brazo cubierto de estofado alrededor de Caroline.

—Si te acercas más, le rompo el cuello, —dijo Thomas, apretando el brazo para demostrar su amenaza.

Reid esperaba ver terror en el rostro de Caroline, pero en su lugar vio una tranquila aceptación, a pesar de sus mejillas enrojecidas por la falta de aire. No tuvo tiempo de reflexionar sobre su extraña reacción, sino que metió el revólver en la funda y levantó las manos.

—Suéltala.

La mirada de Thomas rebotó por la habitación antes de posarse en Reid. El odio ardía en lo más profundo de sus ojos.

—Vosotros dos lo estropeasteis todo. Teníamos un buen acuerdo: yo cuidaba de las viudas y ellas cuidaban de mí.

—¿Les preguntaste a las viudas qué pensaban de tu «acuerdo»? —preguntó Reid con una pizca de burla.

—Me necesitaban.

—Tú *hiciste que* te necesitaran para poder echarle la mano a sus tierras y a ellas. —Reid luchó por mantener la voz firme.

—Nadie se quejó.

—Porque jugó con sus emociones, —dijo Caroline con voz ronca—. Las convirtió en sus putas personales.

—Solo a las más guapas —admitió Thomas—. Las demás tuvieron que buscarse a su propio hombre. —Su risa cruel hizo que Reid se estremeciera—. O a hombres.

Su referencia a las que no habían tenido más remedio que trabajar en los salones de arriba encendió el temperamento de Reid.

Dio un paso adelante, pero Thomas empujó con fuerza a Caroline contra él.

—No te acerques más, Tanner —advirtió Thomas.

—Suéltela, Jasper Thomas.

Reid se dio la vuelta y vio a Katy Gaddsen de pie en la puerta del dormitorio, vestida con un camisón y sosteniendo una escopeta de dos cañones. Aunque su mirada estaba dirigida a Thomas, Reid sintió un escalofrío ante el odio en sus ojos.

—¡Katy, no! —gritó Caroline débilmente.

—No dejaré que mueras por mis errores, Caroline.

—No me dispararás, —dijo Thomas con bravuconería—. Ya has tenido cien oportunidades y nunca lo has hecho.

—Ahora las cosas son diferentes —declaró Katy.

Aunque nunca había tenido el control de la situación, Reid sintió que se estaba volviendo peligrosa.

—Baja la escopeta, Kate, —pidió suavemente—. No querrás que le haga daño a Caroline.

—O a Rachel o a Willie, —añadió Katy sin apartar la mirada de Thomas.

—Déjala, Reid, —pidió Caroline—. Aunque me maten, se habrá librado de Thomas.

Había resignación en su voz y expresión. A Reid le recordó a un caballo malherido que había dejado de luchar.

De repente, Caroline hundió los dientes en el antebrazo de Thomas. Con un rugido de rabia, Thomas la empujó. Una explosión llenó la habitación y Thomas cayó hacia atrás, con la sangre brotando de docenas de heridas de perdigones en el pecho y el cuello. El hombre jadeó una vez, dos veces, y luego se detuvo por completo.

Un humo espeso llenó la habitación en silencio y Reid tosió, rompiendo el frágil silencio. El bebé empezó a llorar, devolviendo una sensación de normalidad.

Caroline se acercó al lado de Katy y le quitó suavemente la escopeta de sus manos sin resistencia.

—Ve y cuida de Rachel y Willie. Reid y yo limpiaremos aquí.

Katy se tambaleó ligeramente y la comprensión volvió a su expresión en blanco. Asintió y se dirigió arrastrando los pies al dormitorio.

Caroline apoyó la escopeta contra la pared, sin pensar en lo cerca que había estado de morir. Se volvió hacia Reid. Cuando él había irrumpido en la cabaña, ella casi se había desmayado de alivio. No se había preocupado por su propia seguridad, solo por que él estuviera vivo y sano. ¿Cómo podría vivir con otra muerte en su conciencia, especialmente la suya?

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No me hizo daño. —Vio sangre seca en el cuello de su camisa—. ¿Qué te ha pasado?

Reid se llevó la mano a la nuca y hizo una mueca de dolor.

—Me atacó cuando salí por la puerta trasera del hotel. No contaba con que me estuviera esperando.

Caroline se colocó detrás de él. Su corazón latía con fuerza al ver su cabello cubierto de sangre y, por un momento, pensó que iba a vomitar. Se recordó a sí misma que esto no era nada comparado con las heridas que había sufrido durante la guerra. Examinó la herida con cuidado.

—No hay sangre fresca.

—Estuve inconsciente menos de una hora.

La ira irracional se apoderó de Caroline.

—Las lesiones en la cabeza no son cosa de broma.

—Me duele un poco la cabeza, pero estaré bien. —Hizo un gesto hacia el cuerpo de Thomas—. Yo lo sacaré de aquí.

—Te ayudaré.

—No. Puedo encargarme yo.

—He visto más hombres muertos de los que tú verás jamás.

La expresión obstinada de Reid se suavizó.

—Por eso no quiero que tengas que ocuparte de otro. —La giró hacia el dormitorio—. Ve a ver cómo están Katy y los niños.

Como si se apagara una lámpara, el enfado de Caroline se desvaneció, sustituido por un cansancio profundo y persistente. Sin fuerzas para discutir, hizo lo que él le dijo.

Katy estaba sentada en la cama, con los pies descalzos apoyados en el suelo. Mecía a Rachel en sus brazos mientras Willie se apretaba contra su costado, con su joven rostro pálido.

—¿Cómo están Rachel y Willie? —preguntó Caroline.

—Están bien —respondió Katy, sin mirarla a los ojos.

Caroline se sentó a su lado y estudió la perfecta nariz respingona del bebé y sus diminutos labios fruncidos. Levantó la mirada hacia Katy.

—Gracias por salvarme la vida.

—Fue tanto para mí como para Willie y Rachel.

—Lo sé, pero eso no disminuye mi gratitud. —Caroline ordenó sus pensamientos—. Will habría estado orgulloso de ti.

Katy negó con vehemencia.

—No. Se habría sentido avergonzado.

—Sobreviviste, y eso es lo que cuenta.

—Entonces, ¿por qué te rendiste? —Sus ojos brillaron desafiantes.

El corazón de Caroline se golpeó contra sus costillas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo vi en tu rostro. No te importaba si Jasper te mataba o no.

Caroline no pudo sostener su mirada. Cuando Thomas había empezado a apretarla y su cuerpo había iniciado su batalla involuntaria por respirar, había dado la bienvenida al

entumecimiento. Allí no había recuerdos. Ni fantasmas acusadores. Por unos momentos, había sido libre.

Katy puso al bebé, que ahora dormía, en la cama y Willie se acostó junto a su hermana. Ella se sentó de lado, con las rodillas tocando a Caroline, y tomó sus manos en las suyas.

—Me diste esperanza de nuevo, —dijo Katy en voz baja—. Me convenciste de que estaba bien hacer lo que tenía que hacer para sobrevivir. ¿Por qué está bien para mí y no para ti?

La boca de Caroline perdió toda la humedad.

—Tus hijos te necesitan.

—Tienes al Sr. Tanner. Él te necesita.

Caroline reprimió el loco impulso de reír.

—Él no me necesita.

—Le importas. Pude verlo en sus ojos. Te mira como mi Will solía mirarme. Me hizo sentir segura, pero también muy emocionada por dentro. —Se presionó el pecho con la mano.

Caroline conocía esa sensación. Había tenido la misma sensación de agitación cuando Robert la había mirado de cierta manera, pero él había sido su marido. Con Reid, era diferente: la

excitación nerviosa era más poderosa. O tal vez era simplemente porque habían pasado tres largos años desde que la habían tocado como un hombre toca a una mujer.

Se puso de pie para escapar de esa sensación. Tenía miedo de volver a sentir demasiado.

—Te equivocas, Katy. No dejé que Thomas me matara. Me escapé de él, ¿no? —Las paredes se cerraron sobre ella y no pudo recuperar el aliento—. Descansa. Te llamaré cuando la cena esté lista.

Katy parecía querer discutir, pero por fácil que hubiera sido el parto de Rachel, necesitaba dormir para recuperar fuerzas.

Tan pronto como Caroline salió del dormitorio, se apoyó en una pared e inclinó la cabeza hacia atrás. Se concentró en regular su respiración, escuchando sus propias palabras como había ayudado a un paciente a hacer lo mismo.

Eso es. Respire lenta y suavemente. Ahora está a salvo.

Por fin, su corazón no parecía que fuera a salir disparado de su pecho. Apartando la mirada del suelo manchado de sangre, llenó un cubo de agua y se puso a fregar a gatas. El espeso olor a cobre le

recordó a otros lugares que apestaban a sangre. Se concentró en sumergir el cepillo en el agua, fregar la madera y volver a enjuagar.

Sorprendentemente, imágenes claras del marido de Katy, William, pasaban por su mente. Cuando lo habían traído, su rostro estaba cubierto de sangre y donde habían estado sus ojos había una herida abierta. Caroline no esperaba que estuviera vivo, pero él gimió y ella se acercó a su lado. Estaba lúcido a pesar del dolor. Aunque los suministros de morfina eran escasos, ella le había dado un poco para aliviar su agonía. Había sobrevivido un día e incluso había conseguido darle a Caroline el mensaje para su esposa.

¿Y si hubiera vivido? Ciego, habría dependido de la caridad de extraños. Nunca vería crecer a su hijo hasta convertirse en un hombre. Nunca volvería a ver el cabello dorado de su esposa brillar al sol. Y nunca podría darle a Katy esa mirada, la que la llenaba de amor.

El agua de su cubo se tiñó de rojo y, cuando Caroline sacó el cepillo, su mano estaba cubierta de agua rojiza. Lo miró fijamente un momento, luego volvió a sumergir la mano y el cepillo en el agua y los sacó de nuevo. Un rojo pálido brillaba en su piel. Dejó caer el cepillo en el cubo y se levantó, dirigiéndose a la bomba de la cocina.

Después de lavarse las manos con jabón, las enjuagó con agua fresca, pero el rojo permanecía. ¿Por qué no se iba? Frenética, encontró un pequeño cepillo y trató de restregarse las manos con él usando más jabón. Los dedos y las palmas le hormigueaban dolorosamente por el frotado, pero la sangre se le quedaba pegada. El corazón le latía con fuerza en el pecho y la respiración se le hacía corta y entrecortada. Tenía que quitarse la mancha.

—¿Qué estás haciendo? —Unas manos grandes se cerraron alrededor de las suyas.

—Tengo que lavarla. —Caroline luchó por escapar de su agarre, pero él era demasiado fuerte—. Suéltame.

—Se está haciendo daño, —dijo Reid, alejándola del fregadero con los brazos alrededor de ella por detrás.

—Tengo que quitarme la sangre.

Reid se quedó inmóvil, pero no la soltó.

—¿Qué sangre?

—Tengo las manos llenas. —Ella abrió los dedos—, ¿No lo ves?

—Solo están rojas de frotarlas tan fuerte. No hay sangre en ellas, Caroline —señaló Reid con suavidad.

Ella parpadeó y, como por arte de magia, la sangre desapareció. Solo podía ver la piel irritada. Reid la estudió un momento y ella apartó la mirada, temerosa de que él viera la locura que se apoderaba de sus ojos.

—Estoy bien. Solo necesito una toalla —dijo ella, con voz temblorosa.

Después de otro momento, Reid la soltó y le pasó una toalla. Se secó las manos con ella, con cuidado de no irritar más la piel.

—¿Está bien ahora? —preguntó Reid.

A pesar del dolor de garganta por el tratamiento de Thomas y el temible zumbido a lo largo de sus nervios, logró asentir.

—Thomas está muerto. No volverá a hacer daño a nadie nunca más —la tranquilizó.

¿Era eso lo que le preocupaba? ¿O era el recordatorio de que la muerte y la sangre iban de la mano? Sin embargo, como le había dicho a Reid, había visto demasiada muerte como para tenerle miedo. ¿Por qué estaba tan segura de que sus manos estaban cubiertas de sangre?

Al darse cuenta de que él esperaba que ella dijera algo, simplemente dijo:

—Lo sé.

Él la miró con el ceño fruncido, como si sospechara que ella ocultaba algo.

Por favor, no me haga más preguntas.

—Yo me desharé del agua sucia —se ofreció él.

—No he terminado. Todavía hay sangre en el suelo.

Reid la guió hasta una silla y la sentó con firmeza.

—Quédate aquí. Ahora mismo vuelvo-

Quería discutir, pero era más fácil dejarle seguir su camino. Se reclinó y cerró los ojos. Se quedaría aquí cinco minutos y luego buscaría algo para cenar.



Reid llevó el agua sangrienta a cierta distancia de la casa y la tiró. Su nariz se arrugó ante el olor. ¿Cómo había logrado Caroline limpiar el desastre sin enfermarse?

He visto más hombres muertos de los que tú verás.

Porque había visto «y limpiado» desastres mucho peores cuando era enfermera. Aunque sabía a lo que se había enfrentado durante la guerra, en realidad no lo *había sabido*. ¿Cómo había sobrevivido al horror?

El malestar se le enroscó en el estómago. ¿Cuánto tiempo podría una mujer fuerte como Caroline seguir trabajando en condiciones de batalla sin que le afectara? Había logrado sobrevivir a la guerra, pero ahora le estaba pasando algo. Algo que Reid no entendía.

Le dolía la cabeza, pero no solo por el golpe que había recibido. Se había puesto en esta situación al ofrecerse como voluntario para llevarla a salvo a Texas. Podría haber hecho lo mismo y dejarla sola de nuevo. Sin embargo, se negó a hacerlo. Puede que no estuviera de acuerdo con su tarea, pero la admiraba por su determinación y por respetar los últimos deseos de los soldados. Y si no estaba condenado al infierno, seguramente lo estaría si permitía que Caroline continuara su viaje sola.

Se detuvo en el granero antes de regresar a la cabaña. Justo dentro del granero yacía un bulto oscuro que era el cuerpo de Thomas enrollado en una vieja manta. Aunque la luna estaba alta,

planeaba llevar el cuerpo a la ciudad esa noche. No quería que Caroline estuviera con él cuando lo hiciera, y traería a Dickens y la carreta de vuelta para llevarlos a la ciudad por la mañana.

Incapaz de demorarse más, entró en la cabaña y se detuvo en seco. Caroline se había quedado dormida en la silla con el cuello ligeramente doblado y la cabeza inclinada hacia atrás. Tan fuerte frente a la adversidad, ahora parecía vulnerable y frágil. Una oleada de protección le hizo contener la respiración.

Encontró una manta en el baúl para cubrirla. Con cuidado de no despertarla, le cubrió con la manta. Abrió los labios y suspiró en silencio.

Se permitió simplemente estudiarla, siguiendo con la mirada el arco de su ceja, la curva de su mejilla y el arco de sus labios. Al notar las manchas debajo de sus ojos, frunció el ceño. ¿Siempre habían estado ahí?

Preocupado, apartó la mirada y se concentró en otras tareas.



Caroline estaba sentada en el escalón más alto del porche. Aunque observaba a Willie jugar al pilla-pilla con amigos imaginarios, su mente estaba en otra parte. Esa mañana se había despertado tumbada en un montón de mantas en el suelo junto a la chimenea y solo tenía un vago recuerdo de cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba con claridad era estar sentada mientras Reid iba a ocuparse del cuerpo de Thomas.

A través de la niebla del sueño, apenas recordaba que Reid la había levantado con sus suaves manos y su voz aún más suave. Luego estaba tumbada en una cama de mantas que olían a cedro y jabón. Por alguna razón, pensó que Reid había estado tumbado a su lado, pero esa mañana había estado sola. Al levantarse, encontró una nota suya en la que decía que había llevado el cuerpo de Thomas a la ciudad y que volvería pronto.

Su mirada se desvió hacia la carretera vacía y se preguntó si Reid había aprovechado la oportunidad para continuar solo hacia Texas. No lo culparía. La posibilidad la llenó de una sensación de pérdida que apartó salvajemente. No necesitaba su ayuda para entregar los tres últimos mensajes. Además, para empezar, no lo había querido con ella. Ya le había permitido acercarse demasiado.

Un movimiento llamó su atención y se puso de pie, luego se protegió los ojos del brillante sol de la mañana. Había una carreta tirada por una mula.

El alivio la mareó. Él no la había abandonado.

Seguía una segunda carreta y un solo jinete. ¿Quién regresaba con Reid?

Willie interrumpió su juego y corrió de nuevo al lado de Caroline.

—¿Es ese el Sr. Reid?

Caroline le rodeó los delgados hombros con un brazo.

—Sí. ¿Conoces a las otras dos personas?

Willie entrecerró los ojos y luego empezó a saltar.

—Es la señorita Sally.

La mujer le resultaba familiar, pero Caroline no lograba ubicarla. El hombre mayor, sin embargo, era un desconocido, pero la placa de metal que llevaba prendida en el pecho le indicaba que era un agente de la ley.

Todos se detuvieron junto al corral y Caroline y Willie se unieron a ellos. El niño saltó y saludó a la mujer con un abrazo.

Caroline frotó la frente de Dickens mientras Reid saltaba. Se había tomado el tiempo de cambiarse de camisa y lavarse, lo que hizo que Caroline se sintiera cohibida por su aspecto con la ropa con la que había dormido.

—¿Qué está pasando? —le preguntó en voz baja.

Él inclinó la cabeza hacia el fornido agente de la ley.

—El sheriff Beller decidió venir para asegurarse de que no me inventaba la historia sobre Thomas.

—¿No sabía lo que Thomas le estaba haciendo a Katy y a los demás?

—Según él, Jasper Thomas era un ciudadano honrado —dijo Reid con sequedad.

—Iba a meterme en la cárcel, pero la señorita Franklin vino a rescatarme.

Caroline miró a la mujer que sostenía la mano de Willie mientras caminaban hacia la cabaña.

—La he visto antes.

—Sally Franklin. Es la camarera que nos dijo cómo encontrar este lugar. Es amiga de Katy y sabía todo sobre Thomas. Con el

bastardo fuera, no tuvo miedo de contarle al sheriff todo lo que sabía. Pero Beller quería escucharlo de Katy.

El sheriff Beller se acercó a ellos, resoplando levemente.

—¿Es esta la señora Milton?

—Caroline Taylor Milton —señaló ella antes de que Reid pudiera responder.

—No parece que haya sido herida.

Enfadada por su tono despreocupado, Caroline se desabrochó los dos botones superiores de la blusa y apartó el cuello. Tanto el sheriff como Reid abrieron los ojos ante el moratón que tenía en el cuello y que había visto en el espejo esa mañana.

—Su *honorable* ciudadano me hizo esto. Y si necesita más pruebas, tengo otra en el hombro.

La cara redonda de Beller se sonrojó, pero se dio cuenta de que su ira no estaba dirigida a ella.

—Iré a hablar con la señora Gaddsen.

Se dirigió tambaleándose a la casa.

—Debería haber sabido que dejaría marcas —dijo Reid entre dientes.

El rostro de Caroline se enrojeció bajo su intenso escrutinio y se abotonó la blusa.

—Parece peor de lo que es. —Sin embargo, le dolía el hombro amoratado, pero Reid no necesitaba saberlo—. Katy se encuentra mucho mejor.

—Bien. La señorita Franklin planea quedarse aquí con ella.

—Eso significa que podemos irnos hoy.

—Si el sheriff Beller no me arresta por asesinato.

—Tú no mataste a Thomas.

Reid se encogió de hombros.

—Beller no está convencido.

Caroline miró las estrechas caderas de Reid.

—¿Dónde está tu pistola?

—Beller se la llevó. Dijo que me la devolvería una vez que me exculparan. Me alegro de que no me haya metido en la cárcel.

—No estarías en este lío si no fuera por mí.

Reid se rió entre dientes.

—Créeme, yo solía meterme en líos mucho peores por mi cuenta. —Se puso serio—. Me alegro de haber estado aquí. ¿Quién sabe lo que Thomas te habría hecho a ti, a Katy y a los niños?

Caroline se estremeció, teniendo algunas ideas claras en las que no valía la pena pensar. Reid la tomó del brazo y caminaron hasta la cabaña, pero se quedaron fuera, en el porche. Oyeron al sheriff interrogar a Katy y a ella responder, aunque Caroline no pudo entender las palabras.

Diez minutos después, el sheriff Beller salió, con expresión sombría.

—¿Consiguió lo que necesitaba? —preguntó Reid.

Beller parecía que iba a vomitar. —El hijo de puta me hizo creer que estaba ayudando a las viudas por la bondad de su maldito corazón. —Se tocó el ala del sombrero—. Perdón, señora.

Caroline asintió, ya que había oído palabrotas mucho peores.

—Quiero que me devuelva mi arma, —dijo Reid.

—Venga a verme cuando vuelva a la ciudad. —Beller cruzó el patio a grandes zancadas hasta su caballo.

—Voy a despedirme de Katy y Willie.

Antes de que pudiera entrar en la cabaña, Reid le agarró el brazo dolorido y ella se estremeció ligeramente. Él la soltó bruscamente.

—¿Cómo de grave es? —preguntó suavemente, señalando su hombro.

Ella no le miró a los ojos.

—No es nada.

—Podemos quedarnos aquí otro día si quieres.

Pensó en el suelo manchado de sangre y, peor aún, en sus manos manchadas de sangre.

—Katy y Rachel están bien. Yo solo estorbaría con su amiga aquí.

—Está bien. Nos quedaremos en el hotel esta noche y nos iremos mañana.

—Podemos irnos hoy...

—No —dijo Reid con firmeza—. Montar a caballo la mayor parte del día no va a ayudarte con el hombro.

Aunque Caroline quería dejar atrás Lefsburg y los recuerdos de Jasper Thomas, no le importaría descansar un día más. Dormir en

un colchón en lugar del suelo duro también sería menos doloroso.

—Está bien —admitió.

Reid pareció sorprendido por su capitulación. Cuando entraron en la cabaña, Sally se disculpó. Reid se despidió de la señora Gaddsen y luego llevó a Willie afuera, dejando a Caroline y Katy solas.

Caroline se sentó en el borde de la cama y contempló el rostro inocente de Rachel. Después de ver tanto sufrimiento y muerte, la visión de la sana niña hizo que a Caroline se le cortara la respiración.

—Es preciosa.

Katy asintió con orgullo.

—Lo es. —Su sonrisa se desvaneció y tomó la mano de Caroline—. Gracias por todo. Ahora que Jasper se ha ido, tengo la oportunidad de empezar de nuevo.

—¿Te quedarsá aquí?

Katy se dio la vuelta y miró por la ventana.

—No lo sé. Este lugar está ligado a Jasper Thomas, pero Will y yo también tenemos muchos buenos recuerdos aquí.

—No tienes que decidirlo ahora mismo.

Katy asintió y una lágrima rodó por su mejilla, aunque sonreía.

—Creo que Will habría querido que su hijo creciera aquí, en el mismo lugar que él.

Caroline apretó suavemente la delgada mano de Katy.

—Creo que él también lo habría querido.

La mirada de Caroline se desvió hacia la mesita de noche, donde ahora había una fotografía que antes no estaba allí. Cogió la imagen en blanco y negro y contempló al joven serio que miraba a Katy.

—Somos Will y yo justo después de nuestra boda —dijo Katy. Le quitó la foto enmarcada a Caroline y trazó el rostro de Will—. Era el hombre más guapo que había visto en mi vida.

La garganta de Caroline se tensó al recordar el rostro devastado de Will.

—¿De qué color eran sus ojos?

Ante la mirada inquisitiva de Katy, añadió rápidamente:

—No lo recuerdo.

—Verde como la hierba en primavera. Siempre recordaré cómo solía mirarme con sus hermosos ojos verdes.

Katy resopló y volvió a colocar el marco sobre la mesa.

—Gracias, Caroline, por estar con mi Will al final y por ayudarme a liberarme.

—De nada. Adiós, Katy.

Caroline volvió a mirar la foto e imaginó a Will sano y salvo y con hermosos ojos verdes.

12

Caroline permaneció en la bañera hasta que el agua se enfrió, y luego salió a regañadientes, usando una de las toallas ásperas y gastadas del hotel para secarse. El baño costó casi tanto como la habitación, pero necesitaba el relajante abrazo del agua caliente después de las últimas veinticuatro horas.

Había anochecido y encendió una lámpara antes de ponerse la ropa arrugada. Mientras se vestía, gran parte de la paz mental que le había proporcionado el placentero baño se desvaneció. Reid había sido un caballero y se había ido, así que había tenido la habitación y la bañera para ella sola. Ahora, sin embargo, las paredes se le echaban encima, junto con los fantasmas.

Se hizo un moño en la nuca y salió de la habitación para buscar a alguien que se ocupara de la bañera. En lo alto de las escaleras, vio a Reid entrando en el destartalado vestíbulo del hotel. Él no la

vio, así que se tomó un momento para simplemente observarlo: la forma en que la camisa se le tensaba sobre los hombros, el deslizamiento de los músculos bajo los ajustados pantalones y la intensidad de sus rasgos de halcón. Su paso de piernas largas le recordó a Caroline el ritmo depredador de un león que había visto en el zoo cuando era niña.

Pensó que Reid era al menos diez años mayor que ella, pero desde la distancia parecía más cercano a su edad. Sin embargo, de cerca, había visto los pliegues en su frente y las líneas en las comisuras de sus ojos, insignias del dolor que había soportado.

Como si la sintiera, él levantó la vista bruscamente y la miró. Caroline debería haber mirado hacia otro lado, pero sus ojos la cautivaron mientras subía las escaleras. Lo primero que notó fue su aroma limpio y sus mejillas y mandíbula bien afeitadas

Debajo de su sombrero de ala ancha, su cabello estaba húmedo y notablemente más corto que cuando se había ido dos horas antes.

—Fui a la barbería y a la casa de baños —dijo Reid, adivinando sus pensamientos.

Caroline carraspeó.

—Tienes buen aspecto.

Con una sonrisa divertida, Reid recorrió con la mirada su figura de arriba abajo y sus labios se curvaron hacia arriba.

—Tú también.

Aunque estaban a la vista en lo alto de las escaleras, Caroline no se atrevía a moverse. El aire entre ellos crepitaba con pasión reprimida, tácita y no reconocida, pero tan tangible como las oscuras pestañas que enmarcaban los ojos azules de Reid. Su cuerpo se balanceó hacia el de él, sacando a Caroline de su aturdimiento.

Se apartó, sin darse cuenta de que estaba tan cerca del borde de los escalones. Luchó por mantener el equilibrio, incluso cuando una mano firme la cogió, alejándola del precipicio. Se aferró a los brazos de Reid, con el corazón golpeándole las costillas.

—Te tengo, Caroline, —le aseguró.

—G… gracias, —susurró.

Siguió aferrándose a él hasta que la timidez intervino y se apartó.

—¿Adónde ibas? —preguntó Reid.

—Bajaba a decirle al empleado que ya he terminado con la bañera.

—Se lo diré yo. Vuelve a la habitación.

Su columna se puso rígida ante su orden.

—No. Lo haré yo.

—¿Por qué te resistes todo el tiempo? —preguntó con tono impaciente.

Caroline apartó la mirada y vio al empleado de pie de espaldas a las escaleras, pero sabía que estaba escuchando.

—Hablaremos de esto más tarde —indicó en voz baja.

Los ojos de Reid brillaron peligrosamente, pero después de seguir su mirada, asintió secamente.

—Bien. —Caminó por el pasillo hasta su habitación.

Caroline apretó los labios y bajó las escaleras, con cuidado de no tropezar.

El empleado se volvió y su expresión se iluminó con una fingida sorpresa.

—Sra. Tanner. Me ha asustado.

Caroline no se molestó en llamarlo mentiroso.

—He terminado con el baño. ¿Podría hacer que alguien se llevara la bañera?

—Enviaré a Tommy ahora mismo para que se encargue. —Se acercó sigilosamente—. He oído que su marido mató a Jasper Thomas.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Ha oído mal.

La ira la invadió y subió los escalones de vuelta a la habitación. Se quedó paralizada en la puerta al ver a Reid recostado en la cama. Tenía los brazos detrás de la cabeza y los pies, cubiertos con sus calcetines, estaban cruzados en los tobillos. El sombrero colgaba de un poste de la cama, al igual que la funda, y las botas estaban en posición vertical en el suelo.

Su mirada recorrió su esbelta figura, detectando la ligera prominencia debajo de la hebilla de su cinturón. El calor invadió sus mejillas, recordándole sus propias necesidades, necesidades que había tenido que enterrar junto con todas sus otras emociones simplemente para sobrevivir. Había ignorado esas necesidades durante tres años; podía hacerlo de nuevo.

Dando la espalda a la tentadora vista, descubrió que el único lugar donde podía sentarse era la silla de respaldo recto. Dando vueltas alrededor de la bañera, se sentó en el duro asiento, con la espalda recta y las manos entrelazadas en el regazo.

—Puedes tumbarse a mi lado —sugirió Reid.

Casi se quedó sin aliento ante su desafiante tono, con un toque de provocación sensual.

¿Le había leído el pensamiento?

Se mantuvo quieta y se concentró en controlar su respiración y relajar sus músculos, que de repente estaban tensos; cualquier cosa para mantener la distancia.

—No, gracias. Estoy bien aquí.

—¿Quieres hablar de ello?

—Si te refieres a acostarme contigo, dormir en la misma cama por la noche es una cuestión de necesidad, pero tumbarme a tu lado ahora es otra cuestión. De hecho, puedes tener tu propia habitación ahora que Jasper Thomas se ha ido.

Él se encogió de hombros.

—Podría hacerlo. —Volvió la cabeza para mirarla—. Pero no hay razón para hacerlo, a menos que no confíes en ti misma mientras estés a mi lado.

Un hilo de alarma lamió sus nervios.

—No seas absurdo.

—¿Cuánto tiempo hace que no dejas que alguien se acerque a ti?

—¿Cuántas veces te he dicho que no necesito a nadie?

—¿Como si no necesitaras a nadie la primera vez que nos conocimos? ¿O cuando no necesitaste a nadie anoche con Jasper Thomas?

Él se acercó demasiado, alimentando sus miedos.

—Puedo cuidarme sola —respondió ella.

Reid saltó de la cama, casi abalanzándose sobre ella. Sorprendida, Caroline se apoyó en la silla, lejos de su expresión atronadora.

Él se inclinó, con el rostro a centímetros del suyo.

—Me estás poniendo muy difícil ayudarte cuando no me dices qué pasa en esa cabeza testaruda tuya.

La cálida humedad de su aliento en su mejilla y el olor del jabón de afeitar que había usado el barbero hicieron estragos en su tenue control. Su pulso se aceleró erráticamente y su visión se estrechó, fijándose en sus hipnóticos ojos azules. Atrapada por su mirada, no podía pensar, no podía moverse. El aire se volvió viscoso, demasiado espeso para respirar. Jadeó, buscando el aire que debería haber estado allí.

—Caroline —la voz de Reid cortó su pánico—. Caroline, respira. Escúchame. Solo respira.

Se dio cuenta de su fuerte agarre en sus hombros y del sonido de los golpes en la puerta. Sus pulmones se expandieron de repente, succionando aire e irritando su garganta magullada. Ella tosió.

—E… Estoy bien. —Ella lo hizo a un lado con un gesto—- Alguien está... en la puerta.

Reid la abrió, pero estaba claro que estaba frustrado y molesto por la interrupción.

—¿Sí?

—Vengo a ocuparme de la bañera —dijo un niño de pelo negro de unos diez años.

Por un momento, Caroline pensó que le daría un portazo al niño. Entonces, Reid asintió y abrió la puerta de par en par.

—Adelante.

Caroline consideró salir de la habitación, pero sabía que sus débiles piernas no la sostendrían. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¿Qué le pasaba? ¿Era simplemente agotamiento después de todo lo que había sucedido desde que había llegado a Lefsburg? ¿O tenía que ver con sus sueños, tanto de día como de noche? ¿Estaba aumentando su locura, apoderándose cada vez más de sus pensamientos?

Reid volvió a su posición en la cama mientras el niño hacía numerosos viajes llevando cubos para vaciar la bañera. Finalmente, la bañera estaba vacía y la sacó. Reid le lanzó una moneda al niño, lo que provocó una sonrisa con los dientes separados en el rostro moreno del niño.

La puerta se cerró tras él, dejando un silencio quebradizo a su paso. Reid se sentó y se puso las botas.

—Vamos a comer algo.

—No tengo hambre —dijo Caroline.

Apoyó los codos en los muslos.

—No has comido nada en todo el día.

—Desayuné en casa de Katy. —No dijo que solo había sido una rebanada de pan con un poco de melaza.

—Tú eres enfermera, Caroline. Pensé que era importante comer para mantener las fuerzas.

Una chispa de rebeldía atravesó su apatía.

—Soy muy consciente de que soy enfermera. También soy consciente de que saltarse una o dos comidas no hace daño a nadie.

Reid se puso de pie y la miró, pero esta vez no había ira. En realidad, había muy poco en su expresión.

Se puso el cinturón de pistola y cogió el sombrero de la cabecera de la cama.

—No me esperes levantada.

Cuando la puerta se cerró tras él, Caroline no pudo evitar preguntarse si su tono había sido burlón o arrepentido. O cuál prefería.



Reid abrió la puerta con cuidado de hacer el menor ruido posible. La luz turbia de las lámparas del pasillo se filtró e iluminó a Caroline, que dormía acurrucada en la cama frente a la puerta. Por un momento, Reid no reconoció sus rasgos suaves y vulnerables, tan diferentes a cuando se había ido esa misma tarde.

Cerró la puerta tras de sí y el gato se acurrucó contra su costado retorciéndose. Le acarició la cabeza y el animal se acomodó en el hueco de su brazo. Mientras estaba revisando los caballos, el gato lo había encontrado. Al principio había intentado ahuyentarlo, pero el estúpido gato no dejaba de seguirlo. Finalmente, Reid se rindió y lo metió a escondidas más allá del dormido recepcionista del hotel. Demonios, el gato probablemente estaba más limpio que la mayoría de la clientela del hotel.

Dentro de la habitación, se inclinó para poner al gato en la alfombra y le susurró:

—No uses el suelo para tus necesidades.

El gato simplemente maulló, levantó la nariz y se dio la vuelta. Al animal solo le tomó unos momentos encontrar el lugar más cómodo de la habitación: acurrucado en la cama junto a Caroline.

Envidioso de la posición del gato, Reid se limitó a suspirar. Había dormido con Caroline la noche anterior, abrazándola, pero se había levantado antes de que ella se despertara. Era la primera vez desde que Anna había muerto que dormía con una mujer toda la noche. Caroline estaba agotada, mental y física, pero no se atrevió a arriesgarse a acostarse junto a ella de nuevo. Sin duda, se enfadaría y se disgustaría si se despertaba en medio de la noche y lo encontraba a su lado.

Se quitó todo menos los pantalones y desenrolló su saco de dormir en el suelo, luego se acostó, usando su camisa como almohada. La noche de septiembre era cálida, así que no necesitaba una manta.

Mirando al techo, cruzó los brazos y escuchó el ronroneo del gato. Para ser un bicho tan pequeño, sí que hacía ruido. Sorprendido al descubrir que le estaba tomando cariño a la bola de pelo escuálida, sonrió irónicamente en la oscuridad.

Un gemido bajo salió de la cama y Caroline se movió inquieta. Hizo eco del sonido y gritó algo que Reid no entendió. ¿Debería despertarla? ¿O simplemente taparse los oídos para no escuchar su pesadilla?

—No, por favor, lo siento —murmuró.

Sus sacudidas asustaron al gato y, con un maullido de protesta, saltó y se metió debajo de la cama.

Incapaz de ignorar la angustia de Caroline, Reid se sentó y se arrodilló junto a la cama. Caroline tenía la boca abierta y su expresión era de horror. Incluso con la escasa luz, podía ver el sudor brillando en su frente.

Su estómago se apretó de empatía ante su evidente angustia. Le tocó el hombro.

—Caroline, despierta. Solo es un sueño.

—Déjame en paz. Lo siento —gritó ella.

Por un momento, Reid pensó que se había despertado, pero sus ojos cerrados lo disiparon.

—Caroline, soy Reid. Vamos, despierta.

La sacudió con más fuerza y ella jadeó y se enderezó de golpe, con los ojos muy abiertos. Él permaneció en silencio, dejando que ella descubriera dónde estaba. Ella se llevó las manos a la cara y las examinó con mirada frenética.

Reid no tuvo problemas para adivinar sus pensamientos. Le agarró las delgadas muñecas.

—No hay sangre en ellas, Caroline. Solo ha sido una pesadilla. —Siguió susurrando las palabras una y otra vez.

Finalmente, el terror en sus ojos disminuyó y ella curvó los dedos en las palmas de las manos. Reid soltó sus muñecas y ella presionó la frente contra sus manos apretadas.

—Lo siento, te he despertado.

Reid le frotó la espalda con movimientos circulares.

—No estaba dormido. ¿Te gustaría hablar de ello?

Los músculos de Caroline se tensaron, pero con el rostro oculto, no pudo ver su expresión.

—Hablar no te hará daño —señaló él.

Ella permaneció inmóvil durante un largo momento, luego levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Por qué estás en el suelo?

La pregunta inesperada lo hizo detenerse.

—No quería despertarte.

—No habría importado.

Su voz apagada lo alarmó.

—¿Qué quieres decir? —Su encogimiento de hombros fue su única respuesta.

Sus rodillas protestaron al arrodillarse en el duro suelo.

—¿Te importaría si me siento en la cama?

Con una mano todavía en su espalda, sintió que se tensaba ligeramente.

—Prometo comportarme —dijo con fingida ligereza.

Asintió levemente.

Se puso de pie y se alejó un metro de ella.

—¿Tu sueño era sobre la guerra?

La mirada aguda de Caroline le dijo que había acertado.

—Steven solía tener pesadillas después de que mataran a su madre. —Tragó saliva, y le resultó más difícil hablar de ello de lo que

esperaba—. Ella estaba de pie justo a su lado cuando le dispararon.

—Lo siento.

—Al principio no quería hablar de sus pesadillas, pero después de más de una semana de ellas, finalmente me dijo que soñaba con la sangre de su madre salpicándole. —Reid hizo una pausa, con la garganta de repente llena y apretada—. Después de eso, hubo cada vez menos pesadillas, hasta que finalmente durmió toda la noche.

Caroline miró sus manos fuertemente apretadas.

Un maullido lastimero desde el suelo atrajo su mirada desconcertada hacia él.

—¿Qué es eso?

El gato saltó a la cama, dándole a Caroline su respuesta. Frotó su espalda arqueada contra ella, con la cola erguida.

Su rostro apretado se iluminó. Cogiendo al gato, lo abrazó contra su pecho.

—¿De dónde has salido?

Reid carraspeó.

—Lo traje conmigo. Espero que no te importe, pero no quería quedarse fuera.

Caroline hundió la nariz en el pelaje del gato.

—No me importa.

—Quizá te ayude a dormir.

—Quizá. —No parecía esperanzada.

Reid tenía muchas ganas de abrazarla como ella abrazaba al gato, pero no quería arriesgar su frágil tregua.

—Túmbate. No estaré lejos.

Ella se tumbó con el gato, que se acurrucó contra ella y enseguida empezó a ronronear de nuevo.

Reid se arrastró de vuelta a su saco de dormir y se tumbó boca arriba. Se concentró en relajar su cuerpo, pero sus sentidos se centraron en Caroline, desde el sonido de su respiración tranquila hasta el olor de su piel limpia y la visión de su rostro pálido en la relativa oscuridad. Plenamente consciente de ella, el cuerpo de Reid respondió con una aguda excitación. Aunque los pantalones le apretaban, no podía aliviar la incomodidad con Caroline tan cerca.

Dos disparos seguidos de una risa tosca de hombres lo sobresaltaron. Como en cualquier otra ciudad, a veces los hombres bebían demasiado y se desahogaban.

—¿Te acostarás conmigo esta noche?

La pregunta inesperada de Caroline le envió un rayo de lujuria a la entrepierna. Carraspeó, esperando que su voz no le fallara.

—¿Estás segura?

—Quizá duerma mejor contigo a mi lado.

Dios, ahí estaba él pensando con eso entre las piernas cuando lo único que Caroline quería era que alguien la abrazara. Pero, ¿cómo podía hacerlo? Ella no era una virgen ingenua. Notaría que estaba excitado. Abrió la boca para poner alguna excusa, pero cuando volvió a posar la mirada en su rostro tenso, no pudo negarse. Quizá si mantenía la manta entre sus cuerpos...

—Si te corres un poco, extenderé mi saco de dormir junto al tuyo, —dijo.

Ella lo hizo, y mientras ella y el gato se acomodaban en su nueva posición, él alisó su manta sobre la funda amarillenta, tal como Caroline había hecho con la suya. Él se acostó con cuidado, cerca del borde de la cama.

—¿Está bien así?

—¿Me tienes miedo?

Se sorprendió al oír una sonrisa en su voz.

—¿Debería tenerlo? —En lugar de la nota burlona que pretendía, su voz sonó ronca.

Ella permaneció en silencio durante un minuto.

—Quizá deberíamos tener miedo los dos, —susurró.

—Quizá.

Reid se obligó a respirar con normalidad mientras observaba la silueta de Caroline, iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana. Tenía miedo de decir nada, tenía miedo de romper la frágil conexión entre ellos.

Después de lo que parecieron horas, pero que fueron más bien cinco minutos, Caroline se acercó. Su aliento flotó sobre su pecho desnudo y su vestido rozó su brazo, volviéndolo a endurecer por completo.

—Tengo miedo de dormir.

El aliento de Reid se atascó en su garganta ante su susurro infantil.

—Quizás estés bien ahora que no estás sola.

—Mi padre solía revisar los armarios y debajo de mi cama antes de que me fuera a dormir por la noche. Siempre se aseguraba de que no hubiera fantasmas escondidos allí.

—Si quieres, yo podría hacerlo —se ofreció Reid. También pondría cierta distancia entre ellos para que él volviera a controlar su cuerpo.

—No servirá de nada. Los fantasmas ya no se esconden en lugares fáciles como armarios y debajo de la cama.

Parecía que la oscuridad le facilitaba a Caroline hablar y Reid no estaba por encima de usar eso en su beneficio.

—¿Dónde se esconden ahora?

Ella movió el brazo y él se dio cuenta de que estaba acariciando al gato.

—En lugares donde mi padre, y tú, no podéis encontrarlos.

Reid de repente lo entendió.

—¿En lugares donde solo tú puedes encontrarlos y ahuyentarlos?

—A menos que no quieran que los ahuyenten.

—Siempre hay alguna forma de deshacerse de ellos.

Ella hizo un sonido como un hipo, y él se dio cuenta de que era una risa seca.

—No siempre. A veces fingen que se han ido, pero yo sé que no es así. Sé que siempre están ahí, esperando.

Un escalofrío recorrió la espalda de Reid.

—¿Esperando qué? ¿La noche?

—No siempre. A veces también visitan durante el día. Esperan y salen cuando menos te lo esperas.

¿Como cuando estabas limpiando la sangre del suelo ayer? No pudo formular la pregunta.

—Pensé que nunca dejaría de oír disparos de cañón y gritos de hombres y caballos, pero este silencio me recuerda que las guerras no son eternas, —dijo Caroline, con la voz apenas audible.

—Y la vida continúa —añadió Reid.

—Para la mayoría.

Un presentimiento se deslizó a través de él como un cuchillo afilado.

—¿Qué quieres decir?

—Algunos de esos hombres que lucharon nunca podrán olvidar lo que vieron o lo que hicieron. Para ellos, la guerra nunca terminará.

Reid se relajó un poco. Ella estaba hablando de los soldados.

—¿Hay algo que pueda ayudarlos?

—Rezar por ellos y esperar que la muerte les traiga paz.

Reid cerró los ojos. ¿Y si Steven hubiera regresado en cuerpo pero no en espíritu? ¿Era más misericordioso para él morir que perderse en una guerra sin fin?

¿Y qué pasaba con Caroline? Aunque no había luchado contra los yanquis, había librado otro tipo de guerra, una contra la muerte. Una en la que las probabilidades estaban en su contra.

Quizás al llevar los mensajes de los soldados moribundos a las personas vivas, Caroline seguía librando la batalla contra la muerte a su manera. ¿Dónde la dejaría eso cuando todos sus mensajes fueran entregados?

Reid se recordó a sí mismo que Caroline era fuerte, la mujer más fuerte que había conocido. Sobreviviría y utilizaría sus habilidades en otro hospital, ayudando a más personas.

—Buenas noches, Reid, —dijo Caroline en voz baja.

—Buenas noches.

El gato maulló, sumándose a las buenas noches.

13

Reid se alegró de dejar atrás Lefsburg a la mañana siguiente. Su próximo destino estaba a poco más de ciento sesenta kilómetros al suroeste y esperaba que a Rounder le hubiera ido mejor que en la ciudad que acababan de dejar. Sin embargo, mientras viajaban por la zona devastada por la guerra, sospechaba que podría estar peor que Lefsburg.

Vieron a antiguos esclavos con todas sus pertenencias a la espalda, caminando hacia el norte. La mayoría parecían perdidos y desconcertados. Después de vivir en un lugar toda su vida y de que todas las decisiones se tomaran por ellos, ahora se enfrentaban a la libertad. Reid podía imaginar que la perspectiva era a la vez aterradora y estimulante. También significaba más gente hambrienta sin trabajo ni hogar.

Era casi de noche cuando encontró un lugar decente para acampar. Como era tan tarde, le sugirió a Caroline que preparara la cena mientras él se ocupaba de los animales. Ella no protestó, lo que le indicó lo cansada que estaba.

El gato saltó de la espalda de Dickens y siguió a Caroline. Sonriendo ante la devoción del gato por la mujer, Reid quitó las riendas de Jeanie y la frotó con la manta de la silla de montar. Para cuando se ocupó de Red y quitó el bastidor de la mochila de Dickens, había caído la noche.

Un fuego brillante lo condujo hasta Caroline, que estaba mezclando una tanda de galletas. El cerdo asado ya chisporroteaba en la sartén.

Reid se agachó hasta el suelo, sentándose con la espalda apoyada en un árbol y un brazo sobre una rodilla doblada.

—He conseguido escapar sin un solo moratón de manos de Dickens.

Ella levantó la vista.

—Creo que estás empezando a gustarle.

Reid resopló.

—Creo que está empezando a aprender que soy más malo que él.

—Los dos os parecéis demasiado, —bromeó ella.

Él sonrió, disfrutando de su broma. Sin embargo, su diversión se desvaneció al pensar en todos los exesclavos que habían visto. Había crecido en el territorio de Colorado, donde no se practicaba la esclavitud, pero después de mudarse a Texas había llegado a ver de primera mano lo degradante que era que una persona poseyera a otra. Era la razón principal por la que no había apoyado a la Confederación, a pesar de la secesión de Texas de la Unión.

—¿Alguna vez te molestó saber que estabas ayudando al bando que compraba y vendía personas? —preguntó.

Los movimientos de Caroline flaquearon.

—Sí. Nunca creí que una persona tuviera derecho a poseer a otra, aunque la familia de mi marido tuviera esclavos.

—Entonces, ¿por qué ayudaste a la Confederación?

—Yo era enfermera y era mi deber.

—Pero tú no creías en su causa.

—Esos soldados no eran ricos terratenientes. La mayoría eran agricultores pobres que creían que serían subyugados por los ricos comerciantes del Norte si perdían la Guerra. —Su tono estaba lleno de cinismo.

—Tonterías confederadas.

Se encogió de hombros.

—El Norte también tenía su parte de tonterías. —Había conocido a pocas personas, hombres o mujeres, que tuvieran la inteligencia y la perspicacia de Caroline. También poseía generosidad y compasión, que escaseaban en aquellos días, y se preguntaba cómo Caroline, que había perdido tanto, podía seguir aferrándose a esos valores.

—Esta es la última carne —dijo Caroline—. Tendremos que reponer nuestras provisiones en Rounder.

—Si tienen para comprar. Quizá sea mejor echar un vistazo a ver si hay algún conejo u zarigüeya.

Arrugó la nariz.

—Si coges una zarigüeya, es toda tuya.

Reid se rió entre dientes, complacido de ver un destello de humor en sus ojos, que solían estar sombríos.

—Está bien, quizá no una zarigüeya. ¿Comes ardillas?

—Yo la he comido.

Su tono cauteloso lo hizo detenerse.

—Juro que comíamos ardilla todos los días cuando era niño, —dijo—. No teníamos mucho, así que nos las arreglábamos. ¿Y tú?

Se apartó un mechón de pelo de la frente, dejando una raya de harina en ella. Era una imagen que Reid disfrutaba, sabiendo que no solía permitirse parecer menos que dueña de sí misma.

—Teníamos un cocinero llamado Maurice que preparaba comidas que no sabía pronunciar, —respondió con una sonrisa irónica—. Dudo que alguna vez una ardilla haya pasado por su cocina. Aunque sí recuerdo haber comido conejo. Maurice dijo que era un manjar en Europa.

Reid soltó una carcajada.

—¿Quieres decir que comeremos como los poderosos de Europa?

—Lo hizo con una salsa especial que sabía a mermelada de frambuesa.

—¿Mermelada en el conejo? Eso es algo que nunca he probado.

La observó mientras formaba las galletas y las colocaba en la grasa chisporroteante.

—¿Cómo aprendiste a cocinar si nunca tuviste que hacerlo por ti misma?

—A la fuerza. —Sonrió con aire burlón—. Cuando estudiaba enfermería, alquilé una habitación en una casa cerca del hospital. Mi casera me enseñó a cocinar, empezando por hervir agua. Tenía una paciencia de santo. No puedo decirte cuántas veces estuve a punto de prenderle fuego a la cocina.

Reid se rió entre dientes mientras miraba el rostro de Caroline, que reflejaba las llamas anaranjadas.

—Si aprendiste a cuidar de los demás tan bien como a cocinar, debiste de ser una enfermera cojonuda.

Ella levantó la vista, pero no pareció sorprendida por su palabrota. En cambio, parecía avergonzada.

—Lo único que siempre quise era ayudar a la gente.

—Pensaba que una chica que crece con dinero estaría demasiado ocupada yendo a bailes y comprando vestidos nuevos.

—Oh, también hice mi parte en eso, —admitió—. Pero no fue suficiente para mí. —Dobló las galletas y el cerdo—. Tuve mi parte de tratar de ayudar a la gente durante la guerra, aunque a veces me pregunto si hice más daño que bien.

Sorprendido, Reid negó con la cabeza.

—No veo cómo pudiste hacerlo. Tú estabas allí para recomponer las piezas.

—No sé que bien hice, si simplemente los arrojaban de nuevo a la guerra para que regresaran más destrozados, si es que regresaban.

Reid se estremeció ante la autocrítica en su voz y agradeció la reaparición del gato callejero. Caroline acarició automáticamente al animal mientras vigilaba su chisporroteante comida.

—¿Tenías una mascota cuando eras niña? —preguntó él, cambiando de tema a algo menos sombrío.

Su táctica funcionó y su rostro se iluminó.

—Mis padres nos regalaron un spaniel cuando yo tenía cinco años. Le enseñamos a bailar.

—No me digas que también le pusiste un vestido.

—Rojo brillante.

Reid gimió, aunque estaba disfrutando de sus historias infantiles.

—Al menos no era un poni bailarín.

—También teníamos uno de esos.

—¿Con un vestido?

—No seas ridículo. Era una falda. —Sus ojos brillaban de risa. Se inclinó hacia delante y dijo en tono conspirador—. El resto de ese poni estaba completamente desnudo.

Reid se rió a carcajadas.

—Debías de ser un terror para tus padres.

Caroline usó un paño para envolver el mango de la sartén y retiró la comida del fuego. Después de llenar dos platos, le dio uno a Reid y le tiró un trozo de carne al gato.

—Teníamos una niñera. En realidad teníamos más de una. Solíamos asustarlas, —dijo.

Reid no tuvo ningún problema en imaginarse a esta Caroline como una niña traviesa.

—¿Quienes?

—Mi hermana y mi hermano. —Puso un trozo de cerdo entre una galleta partida y le dio un bocado. Cuando terminó de masticar, continuó—. Lo primero que probamos con una nueva niñera fue ponerle una rana en la cama. Esa noche esperábamos su grito. Si se quedaba después de eso, la noche siguiente probábamos con una serpiente. Si eso no funcionaba, escondíamos sus corsés.

—No lo hacían.

Los ojos de Caroline brillaban de diversión.

—Oh, sí. Normalmente uno de esos funcionaba, pero al final conseguimos una niñera que, lo juro, no le tenía miedo a nada. Cuando encontró la rana, la llevó a nuestra habitación lo más tranquila posible y nos preguntó si habíamos perdido algo. Lo mismo con la serpiente. Después de que escondiéramos sus corsés, no nos dejaba salir a jugar hasta que los devolviéramos. Duramos menos de un día. —Caroline negó con la cabeza, los recuerdos eran obviamente buenos—. Acabó siendo la mejor niñera. No podíamos

engañarla, pero era justa y nos cuidaba a su manera. Fue con ella con quien hablé de convertirme en enfermera.

—¿Y tus padres?

Su expresión cambió a la reticencia.

—Mi padre y mi madre creían que los niños debían ser vistos y no oídos. Creo que la primera vez que realmente me oyeron fue cuando les dije que iba a ser enfermera, lo aprobaran o no.

Reid limpió su plato con una galleta y se la metió en la boca. Era difícil imaginar ese tipo de infancia, con padres que no estaban presentes.

—Supongo que no estaban conformes con tu decisión.

—Eso es ser amable. Mi padre lo prohibió, pero no dejé que eso me detuviera. Me llevó un año conseguir que cambiara de opinión. A él todavía no le gustaba la idea, pero decidió que sería más fácil dejarme hacerlo y darme cuenta por mí misma de que había sido una idea tonta.

—Solo a ti te gustaba.

Ella le lanzó una mirada, con una ceja levantada.

—Sí. Luego conocí a Robert y empezó la guerra. Como yo era leal a mi marido, mi padre me repudió. —Sus ojos brillaron, y ella parpadeó y se dio la vuelta.

—¿Has intentado ponerte en contacto con él desde que terminó la guerra?

Ella negó con la cabeza, manteniendo la cara apartada.

—No serviría de nada. Jonathan Taylor es un hombre muy testarudo y su palabra es ley.

Sin embargo, Reid se preguntó si su padre podría haber cambiado de opinión. Después de perder a Steven, Reid no podía imaginar a un padre lavándose las manos de su hijo.

Una ramita se rompió en la oscuridad y Reid se quedó paralizado. El gato se estaba lavando la cara tranquilamente junto a Caroline y los caballos pastaban imperturbables.

—Probablemente era un conejo o una ardilla —comentó Caroline, pero su voz no parecía convencida.

Reid se levantó.

—Quédate aquí. Iré a ver.

Los ojos de Caroline se abrieron como platos y el pánico se apoderó de ella. Sus labios se apretaron en una delgada línea, pero asintió.

Reid se metió el revólver en la mano y se deslizó entre los matorrales.

Caroline cogió al gato en brazos e intentó calmar los latidos galopantes de su corazón. Hacía un mes no habría tenido miedo, pero eso fue antes de encontrarse con hombres como Jasper Thomas y la extraña pareja formada por Delbert y Rufus.

El gato se retorcía, queriendo ser liberado, y ella, a regañadientes, lo dejó saltar. Desapareció, dejándola sola. Negándose a permitir que el miedo la dominara, Caroline envolvió la comida sobrante en un paño, luego añadió dos centímetros de agua a la sartén y la puso sobre el fuego. El agua se calentó rápidamente y lavó los dos platos y la sartén.

Reid aún no había regresado y Caroline trató de controlar su imaginación desbocada. No había oído ningún disparo ni los sonidos de una pelea. Solo estaba siendo minucioso en su búsqueda. O eso esperaba.

—Soy yo —gritó Reid al entrar en el círculo de luz del fuego unos minutos después.

El alivio se apoderó de Caroline, haciéndola sentir mareada.

—¿Has encontrado algo?

Reid se quitó el sombrero de la frente y su cabello oscuro cayó sobre su ceja.

—No. Y yo tampoco he oído nada, pero no era un silencio normal. Ni grillos, ni pájaros, ni nada.

Su expresión preocupada no sirvió para calmar la aprensión de Caroline.

—Entonces, ¿qué crees que fue?

Él se encogió de hombros.

—Si fuera un animal más grande, los caballos se habrían asustado y creo que Dickens montaría un escándalo si algo se acercara a ellos. Podría haber sido una persona, pero si lo fue, hace tiempo que se marchó.

—Probablemente, pero no está de más acercar a los animales. Caroline terminó de ordenar su campamento y miró nerviosamente

la oscuridad. Necesitaba hacer sus abluciones nocturnas antes de acostarse.

—No te alejes mucho —dijo Reid, adivinando sus pensamientos.

Con el corazón en un puño, Caroline se alejó lo suficiente para mantener la decencia. Rápidamente se ocupó de sus asuntos y regresó al fuego.

—Vete a dormir. Yo me voy a sentar un rato más —dijo Reid.

Caroline mantuvo su mirada un momento y luego cedió y extendió su saco de dormir. Se quitó los zapatos y se acostó. Los familiares sonidos nocturnos, que habían regresado, deberían haberla calmado, pero un hormigueo a lo largo de su columna la puso nerviosa. Se giró de lado y apoyó la cabeza en sus antebrazos para observar a Reid. La luz del fuego brillaba en sus facciones ásperas mientras limpiaba su revólver con una facilidad experta.

—Parece que ya lo has hecho antes, —comentó ella.

Él levantó la vista y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Una o dos veces.

—¿Es esa la pistola que usaste...? —Ella se interrumpió, incapaz de articular el resto de su pregunta.

Sus movimientos se ralentizaron y asintió con renuencia. Ella escudriñó su rostro, tratando de interpretar su expresión.

—Le prometí a Anna, mi mujer, que nunca volvería a tocarla —dijo con voz apenas audible.

Caroline frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Ella no creía en la violencia y yo ya había tenido más que suficiente. —Cogió un trapo engrasado y limpió el cañón—. Esos dos hombres que hirieron a mi madre no fueron los únicos a los que maté con esta pistola.

El corazón de Caroline se detuvo y su boca se secó.

—Vendí mi mano armada al mejor postor. —La amargura retorció sus rasgos—. Anna me amaba lo suficiente como para perdonarme siempre y cuando prometiera colgar mi arma. Y yo la amaba lo suficiente como para dejar atrás esa parte de mi vida y convertirme en un agricultor de algodón.

—Pero no lo suficiente como para mantener tu promesa después de que ella muriera —dijo Caroline.

Él la apuñaló con una mirada aguda.

—Mantuve mi palabra hasta que vine al este en busca de mi hijo. Cuando descubrí que estaba muerto, pensé que ya no había razón.

—¿No hay razón para mantener tu promesa?

Apretó los labios y negó con la cabeza. Caroline no sabía si esa era su respuesta o si simplemente no estaba dispuesto a hablar de ello. Siguió estudiándolo, tratando de averiguar qué clase de hombre era Reid Tanner. Por mucho que lo intentara, no podía verlo como un asesino a sangre fría. Sin embargo, ¿no había insinuado eso?

—Anna tenía razón —dijo Reid unos minutos después—. Las armas y la violencia nunca resolvieron nada. Intenté enseñarle eso a Steven, pero nunca lo entendió. —Se limpió el arma una vez más y luego la deslizó en la funda. Su mirada era firme, pero su voz temblaba ligeramente—. La noche antes de que se fuera a alistarse en el ejército, me llamó cobarde.

Caroline cerró los ojos, incapaz de soportar la angustia en la expresión de Reid.



A la mañana siguiente, Caroline metió la mano en su alforja para sacar las galletas y el cerdo que le quedaban para desayunar. El paño que contenía la comida no estaba allí. Frunciendo el ceño, abrió el otro lado, pero tampoco lo encontró allí.

—Reid, ¿has visto la comida que sobró de anoche?

Él se volvió, limpiándose la cara recién afeitada.

—¿No nos la comimos toda?

Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—Sé que quedaba algo.

Él se encogió de hombros.

—Quizá se lo comió el gato.

El gato no podía haber entrado en su alforja y ella estaba segura de que había envuelto tres galletas y cuatro trozos de cerdo para guardarlos para la mañana.

—Aparecerá, —aseguró Reid—. Tomaremos un poco de café y carne seca y nos pondremos en camino.

Frustrada, Caroline quería deshacerlo todo para encontrar la comida, pero Reid tenía razón. Tenían que seguir hasta Rounder si querían llegar a la ciudad al día siguiente. Sirvió café recién hecho en dos tazas de hojalata y comieron su escaso desayuno en silencio.

Quince minutos después, se marcharon, en dirección sur. Mantuvieron un ritmo lento para no agotar a los caballos. Dickens avanzaba penosamente sin hacer ni una sola rabieta.

Caroline consideró hacerle más preguntas a Reid sobre su pasado, pero cada vez que abría la boca, la volvía a cerrar. Reid no la había presionado para que le contara los detalles de su vida. Lo menos que podía hacer era tratarlo con la misma cortesía.

A media tarde aparecieron nubes y empezó a llover, lo suficiente como para que la conducción fuera incómoda, pero no tanto como para buscar refugio. Continuaron viajando por el camino que no era más que dos surcos casi invisibles. Al final de la tarde, Caroline y Reid estaban empapados hasta los huesos. Afortunadamente, el calor del día se mantuvo.

Reid frenó y entrecerró los ojos a través de la niebla.

—Hay una granja más adelante. Quizá podamos dormir en su granero.

Caroline asintió. Un colchón de paja con techo sería sin duda más agradable que el suelo mojado.

Cabalgaron hasta la pequeña pero bien cuidada casa, dispersando a media docena de pollos. Un cerdo se revolcaba en un corral embarrado, luciendo gordo y contento.

—No se acerquen más. —Una escopeta de dos cañones asomaba por la puerta abierta de la casa.

—Buscamos un lugar seco para pasar la noche, —dijo Reid, manteniendo las manos a la vista.

—No tenemos sitio, —gritó el hombre.

—¿Podríamos quedarnos en su granero? —preguntó Caroline, recordando que debía entonar su voz.

Hubo una larga pausa, pero la escopeta no vaciló.

—¿Hacia dónde se dirigen?

—A Rounder, —respondió Reid.

—¿Qué tipo de negocios tienen allí?

—Negocios personales. Me llamo Reid Tanner y esta es mi esposa Caroline. Solo queremos un lugar seco para pasar la noche.

Oyó murmullos en la casa y luego la puerta se abrió por completo. Un hombre de la edad de Reid salió al porche con la escopeta en los brazos.

—Antes de la guerra, los hubiéramos invitado a comer, pero los tiempos no han sido buenos.

—Lo entendemos —dijo Reid con seriedad—. Solo podemos darles nuestra palabra de que no les haremos daño a ustedes ni a su familia.

El hombre desvió la mirada hacia Caroline, que asintió con la cabeza, con la nariz y la barbilla goteando por la lluvia.

—Está bien. Pueden quedarse en el granero —dijo.

Caroline se desplomó en la silla de montar.

—Gracias.

—Dormiré con mi escopeta cerca —advirtió el hombre.

Reid asintió.

Caroline y Reid desmontaron y llevaron sus animales al granero. Tan pronto como estuvieron dentro, el gato saltó de la

espalda de Dickens y comenzó a explorar. Al igual que la casa, el granero no era grande, pero estaba seco y no parecía tener goteras. Olía a polvo, a animal y a paja. Había cuatro establos, pero solo uno estaba ocupado, por una mula.

Reid le entregó a Caroline las riendas de su caballo.

—Voy a echar un vistazo al pajar.

Ella lo vio subir la escalera, tratando de no fijarse en su trasero mientras subía los escalones. Aunque estaba mojada e incómoda, no podía negar la respuesta de su cuerpo hacia él. En parte se debía a tres años de abstinencia, pero no era meramente físico. Aunque era guapo, Reid era alguien a quien no habría mirado dos veces hace cinco años, pero después de todo lo que había pasado, había aprendido a ver más allá de la apariencia de un hombre. Y había llegado a respetar y apreciar la amabilidad e integridad de Reid.

—Parece seco y cómodo, —informó.

Cuidaron de los animales y los pusieron en los establos vacíos. Reid subió una bolsa al desván y Caroline le entregó el resto de sus cosas, y luego subió la escalera. En la parte superior, Reid la tomó del brazo y la ayudó a entrar en la espaciosa zona.

Estaba oscureciendo, así que rápidamente amontonaron paja en dos montones separados y colocaron sus respectivos sacos de dormir sobre ellos.

—Señor Tanner —llamó su anfitrión.

Después de intercambiar una mirada con Caroline, Reid bajó para reunirse con él.

Caroline se tumbó boca abajo y miró por encima del borde.

—Mi señora me ha pedido que traiga esto —dijo, dándole a Reid un hervidor y algo envuelto en un paño—. Ha hecho un guiso y pensó que les gustaría algo de comida caliente.

—Dele las gracias —dijo Reid.

Echó un vistazo a su alrededor, claramente incómodo.

—Es difícil para ella. No le gusta no confiar en la gente.

—Es difícil para todos. Usted tiene más suerte que la mayoría de los que hemos visto.

—He oído hablar de gente que es capaz de cualquier cosa. No está bien. —Respiró hondo—. Me llamo Daniel Overby.

Reid le dio la mano.

—Encantado de conocerle.

Overby cambió el peso de un zapato desgastado al otro.

—Será mejor que vuelva adentro. No solemos ser tan poco amables, pero son malos tiempos. Una persona no sabe quién es amigo y quién te va a robar hasta dejarte sin nada.

—Lo entendemos —aseguró Reid—. Gracias de nuevo por dejarnos dormir aquí.

Claramente avergonzado, Overby salió del granero.

Reid subió la comida al desván y el olor del guiso hizo que a Caroline le rugiera el estómago.

—Aunque tengo bastante hambre, me gustaría ponerme algo de ropa seca primero —dijo.

—Adelante. No miraré —indicó Reid con un guiño.

Nerviosa, Caroline sacó algo de ropa de su bolso y miró a Reid. Fiel a su palabra, él le daba la espalda y parecía que él estaba haciendo lo mismo. Dando la espalda rápidamente, se quitó la ropa mojada.

Para cuando terminó, Reid se había puesto una camisa y unos pantalones secos. Caroline se sentó con las piernas cruzadas sobre

la paja, con una rodilla casi tocando a Reid. El gato se sentó en su regazo, moviendo la nariz mientras miraba la olla.

Reid desenrolló el paño de Overby y en él había dos cucharas y un poco de pan caliente. El vapor salió del guiso cuando quitó la tapa de la olla. El estómago de Reid se puso a gruñir aún más fuerte que el de Caroline. Se rieron y se zamparon la sabrosa comida, ambos comiendo de la olla y compartiendo con el gato.

Cuando Caroline terminó, se recostó contra la pared. Estaba agradablemente llena y cómodamente cansada. La lluvia caía con más fuerza y el golpeteo se había convertido en un ritmo constante que la calmaba. Si no tuviera tanto miedo a sus pesadillas, se tumbaría y se dormiría ahora.

Miró a Reid y lo sorprendió estudiándola.

—¿Qué?

—Tu esposo fue un hombre afortunado.

Incomodada, Caroline bajó la mirada y tomó un trozo de paja, que hizo girar entre dos dedos.

—Estoy segura de que él no lo pensaba.

—No quise decir eso. Fue un cumplido para ti.

—No lo hagas. —No podía permitirse dejar que nadie volviera a entrar.

Una mano cálida y callosa le cogió la barbilla y le inclinó la cara hacia arriba. Reid la miró y el resplandor de la linterna se reflejó en sus ojos oscuros.

—¿Por qué no? Eres una mujer hermosa.

—Porque he perdido a todos los que me importaban. No dejaré que eso me vuelva a suceder.

El malestar le subió a la garganta.

—No puedes dejar de sentir nunca más, Caroline.

—Sí, puedo.

Su mirada recorrió sus mejillas y bajó hasta sus labios. Se inclinó hacia ella, buscando los suyos. Caroline quería escapar, pero sus músculos no obedecían. Su aliento la acarició, luego sus labios rozaron los de ella. Olvidó cómo respirar, olvidó todo menos el dulce toque de su boca. Levantó una mano y la colocó detrás de su cuello. Su suave cabello le hacía cosquillas en los dedos y le enviaba espasmos de deseo directo al estómago. Acercó su rostro al suyo, esta vez iniciando ella misma el beso.

A veces suave, a veces fuerte, la presión de sus labios contra los de él despertó el calor de la pasión negada durante tanto tiempo. Se irradió a sus extremidades y a su vientre, haciendo que su cuerpo cantara con sensaciones casi olvidadas.

Reid se apartó. Tenía el rostro enrojecido y los ojos entrecerrados por el deseo.

—Tenemos que parar, Caroline —susurró con voz ronca.

Su voz hizo que la realidad se derrumbara a su alrededor. El dolor de perder a alguien que le importaba nunca podría compensarse con unos pocos momentos robados de placer.

Ella bajó los brazos a los lados.

—Tienes razón. Lo siento.

Él le acarició el labio inferior con el pulgar.

—No lo sientas. Yo era el que quería demostrar algo.

—¿Qué?

—Que por mucho que lo intentes, no puedes evitar sentir.

Él había demostrado su punto de vista. Y Caroline estaba más asustada que nunca.

14

Reid se despertó sobresaltado. Estaba tumbado, inmóvil, tratando de determinar qué lo había sacado de un sueño profundo. Caroline, que dormitaba a unos tres metros de distancia, se movía inquieta. Gemía y daba vueltas en su cama de paja.

Obviamente estaba teniendo una pesadilla y él se debatía entre despertarla o no. Tal vez si la despertaba, podría conseguir que le contara lo que le pasaba. Sin embargo, conociendo la naturaleza obstinada de Caroline, era más que probable que se negara.

Aunque no podía entender lo que murmuraba, su tono era de dolor y sufrimiento. Ella gritó y él cerró los puños mientras se obligaba a permanecer quieto. Finalmente, ella se quedó en silencio y su respiración se estabilizó.

Reid relajó sus músculos tensos y se puso de costado. Todavía faltaba una hora para el amanecer, tiempo suficiente para intentar dormir un poco más.

Desde abajo, uno de los caballos resopló y chocó contra su establo. Más cascos se movían inquietos en el suelo, alertando a Reid de la presencia de algo, o alguien. Se puso las botas y cogió su revólver, luego se deslizó silenciosamente por el desván cubierto de paja. Manteniéndose agachado, miró por encima del borde y buscó en la oscuridad, pero no vio nada más que sombras.

Los animales resoplaban y se movían inquietos, lo que le indicaba que lo que los había molestado seguía allí. Con el ceño fruncido, Reid bajó con cuidado por la escalera. Se quedó de pie en medio del granero, con la cabeza ladeada mientras escuchaba.

Una pelea a su derecha, lejos de los animales, le hizo darse la vuelta. Por el rabillo del ojo, vio un destello de movimiento: una sombra oscura contra sombras más claras.

Caminando de puntillas, se movió en esa dirección. Vio movimiento a su izquierda y oyó el inconfundible sonido de pies corriendo. Corrió tras la persona. Los caballos relincharon y una de las mulas rebuznó, pero no supo cuál.

La puerta del granero se abrió de golpe y Reid vio una figura delgada agacharse a través de la abertura. Corrió tras la persona, con su arma en la mano. En la luz del amanecer, pudo distinguir a una persona baja corriendo por el patio.

—Alto —gritó Reid.

El cerdo gruñó y las gallinas cacarearon y se dispersaron. El ladrón no se detuvo. Reid apuntó su arma al aire y disparó una vez.

La figura tropezó y cayó. Reid rápidamente lo alcanzó y apuntó su revólver al intruso, que resultó ser un niño. El blanco de sus ojos estaba en un rostro oscuro rodeado por una mata de pelo negro y rizado. Su camisa y pantalones color canela estaban manchados de tierra y sus pies estaban descalzos.

Con timidez, Reid bajó el revólver y miró al niño.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —gritó Overby desde el porche de la cabaña.

Llevaba el mono colgado de un hombro y en las manos tenía su fiel escopeta.

—Ven a echar un vistazo —le contestó Reid.

Overby se unió a él con cautela, inseguro de a quién debía apuntar con la escopeta.

—Es un negrito.

Reid contuvo la respuesta.

—Es un chico.

—Es un maldito ladrón.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué lleva en la mano?

Reid miró al chico, cuya mirada de ojos muy abiertos iba y venía entre él y Overby.

—¿Qué tienes, chico?

El chico entrecerró los ojos.

—Nada.

—Eso no parece nada, —dijo Reid, señalando la bolsa que tenía en la mano.

La apretó contra su pecho.

—Es mía.

Overby se inclinó y agarró la bolsa, pero el niño se aferró a ella y lo levantó de un tirón.

—Suéltala, —dijo Overby.

El niño negó con la cabeza. Overby levantó la mano para golpearlo y Reid lo detuvo.

—No hay necesidad de eso —gruñó Reid.

—Es un maldito ladrón.

Reid contuvo su temperamento.

—Déjeme hablar con él.

Overby maldijo para sus adentros, pero soltó al niño, que intentó huir.

Reid lo agarró del hombro.

—Dime qué hay en la bolsa, hijo —pidió Reid con suavidad. La mirada del niño se desvió—. No voy a hacerte daño. Solo quiero ver lo que tienes.

La tensión en el cuerpo del niño se disipó y abrió la bolsa, pero no lo soltó. Reid metió la mano dentro y sacó algo envuelto en tela. Lo desenrolló y una galleta y dos trozos de carne cayeron en su mano.

—¿Reid?

La voz de Caroline lo sobresaltó y levantó la vista para verla venir hacia ellos, con un chal alrededor de los hombros.

—Creo que he encontrado las sobras de la otra noche, —dijo secamente.

—¿Quién es él? —preguntó ella.

—Un ladrón bastardo, —dijo Overby.

—Él no te robó, —gruñó Reid.

—¿Cómo lo sabes?

Reid contuvo un suspiro de impaciencia.

—¿Dónde lo escondería? —refunfuñó Overby, pero se mordió la lengua.

Caroline se arrodilló frente al chico, poniendo sus cabezas a la misma altura.

—¿Cómo te llamas?

El chico arrastró los pies descalzos.

—Seb. —Levantó la barbilla—. No soy un fugitivo. Soy libre.

Caroline sonrió.

—Sí, lo eres. ¿Dónde está tu familia?

Él la miró como si ella le hubiera pedido que moviera una montaña.

—No tengo.

—¿Ni madre ni padre?

Seb negó con la cabeza.

—Nunca los conocí.

Reid sintió una punzada de simpatía.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Caroline.

—Ellos me dijeron que ocho.

—¿Ellos?

—El amo y los demás.

—¿Dónde vives ahora? —preguntó Caroline.

—En ningún sitio.

Caroline miró a Reid y él pudo ver claramente su compasión.

—No podemos dejarlo aquí solo.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —Preguntó Reid.

—Entregarlo a la ley —interrumpió Overby.

—¿Y qué harán con él? —preguntó Caroline.

—Se asegurarán de que no vuelva a robar a la gente que cumple la ley.

Seb abrió los ojos con miedo.

Reid sospechaba que Seb estaría mejor solo que entregado a un agente de la ley.

—Quizá podamos encontrar a alguien en Rounder que esté dispuesto a darle un trabajo —le dijo en voz baja a Caroline.

Ella asintió y le preguntó a Seb en voz baja:

—¿Te gustaría venir con nosotros?

—¿Por qué?

—Quizá podamos encontrarte un lugar donde vivir.

—Ya no soy un esclavo, —dijo con obstinación.

—No, no lo eres. Eres libre, libre de decidir si quieres venir con nosotros o no.

Seb la miró fijamente, como si intentara determinar si se trataba de una trampa.

—Si quiero irme, ¿puedo hacerlo?

—Sí —dijo Caroline solemnemente—. Lo prometo.

Finalmente, él asintió.

—Están locos como un perro sabueso —murmuró Overby. Se dio la vuelta y regresó a la casa.

El amanecer proyectaba un resplandor anaranjado en el cielo oriental.

Reid tomó a Caroline del brazo y la ayudó a ponerse de pie.

—Dudo que alguien duerma más. Será mejor que nos organicemos y salgamos.

No obtuvo ninguna objeción por parte de Caroline. Ni de Seb.



Caroline miró a Dickens, asombrada de nuevo por cómo la mula se había encariñado con Seb. El gato no estaba muy contento de compartir su percha con el niño, pero tampoco saltó. Seb parecía más relajado ahora que cuando habían comenzado a viajar. Caroline

solo podía imaginar cuán arraigada estaba la desconfianza en el niño.

—El pueblo debería estar justo más adelante —anunció Reid.

—Quizá podamos encontrar a alguien dispuesto a acoger a Seb. —Bajó la voz para que el niño no la oyera.

—No va a ser fácil. Dudo que ningún blanco lo quiera.

—No lo sabremos hasta que preguntemos —dijo ella, reacia a creer que la Guerra había amargado a todo el mundo.

Reid se limitó a gruñir en respuesta.

.



Al entrar en Rounder, vieron a un puñado de personas moviéndose por la ciudad. La mayoría miraba con curiosidad a los recién llegados, pero incluso con la presencia de Seb, no les dirigían las mismas miradas de profunda sospecha que les habían recibido en Lefsburg.

Se detuvieron junto a la caballeriza y desmontaron. Reid bajó a Seb de la espalda de Dickens. El gato saltó grácilmente al suelo y salió corriendo en busca de un escondite. Caroline no dudaba de que los encontraría cuando se fueran de la ciudad.

Vio a dos hombres jugando a las damas en un barril justo dentro de la puerta del granero. Uno era viejo y canoso, y el otro, que estaba medio oculto en las sombras, era más joven, de unos veinte años.

El hombre mayor se puso de pie y se ajustó los tirantes del mono mientras salía para unirse a ellos. Miró a Seb, pero no hizo ningún comentario.

—Buenas tardes. Parece que han cabalgado un buen trecho.

—Así es —respondió Reid—. ¿Tienen sitio para un par de caballos cansados y una mula?

La risa del hombre delgado como un látigo era sorprendentemente grave.

—Todo lo que tenemos es espacio, señor. Dos centavos al día por cada animal.

—¿Y avena?

—No puedo ayudarlo. No hemos tenido avena desde hace dos años. Todo lo que crecía por aquí se lo llevaban el general Lee y sus soldados. —Escupió a un lado—. Y ahora han decidido que no nos van a dar nada.

El hombre más joven, que seguía sentado, los miró con furia, pero Caroline no sabía si estaba mirando a ella o a Reid. O tal vez a Seb.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Caroline al hombre mayor.

Él la miró con ojos penetrantes.

—Bueno, señora, significa que esos políticos pensaron que, como perdimos la guerra, sería mejor ponernos del lado de los yanquis. Votaron para deshacerse de los esclavos. —Su mirada se deslizó de nuevo hacia Seb, pero no había ninguna hostilidad manifiesta en su expresión.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Reid.

El mozo de cuadra se frotó la barbilla con bigote.

—Hace más de un mes, a mediados de agosto.

Caroline se dio cuenta de que los antiguos esclavos que habían visto en la carretera probablemente llevaban viajando desde que el

Congreso de Mississippi votó a favor de su emancipación.

—Dales un buen masaje, —dijo Reid, dándole un dólar al hombre.

El hombre cogió la moneda y la examinó. Satisfecho, se la metió en el bolsillo.

—Robbie, ven a ocuparte de sus existencias.

El hombre más joven maldijo y se levantó torpemente mientras buscaba una muleta. Mientras cojeaba, Caroline vio una pernera de pantalón colgando flácida. Su vientre se apretó. Había visto a demasiados como él durante la guerra, con brazos o piernas destrozados por balas de rifle y sin más remedio que amputar la extremidad o dejar que el paciente muriera de una muerte lenta y dolorosa.

—¿Qué está mirando, señora? —gruñó el chico.

Caroline se estremeció como si la hubieran golpeado y sacudió la cabeza.

—Lo siento. —Confusa, agarró sus dos bolsas, pero luego se dio cuenta de que no sabía adónde ir.

—No quería decir nada, Caroline —dijo Reid en voz baja.

Ella se tragó una risa histérica.

—No, estoy segura de que no.

Imágenes recordadas pululaban por su mente, provocadas por la apariencia del chico lisiado. Su cabeza latía y su piel estaba a la vez caliente y fría, húmeda y seca.

—Busquemos una habitación.

Manteniendo su mirada preocupada sobre ella, Reid preguntó al hombre.

—¿Hay algún hotel en la ciudad?

Sacudió la cabeza.

—Solo una pensión. Aunque no creo que deje entrar al chico.

La ira estalló en Caroline, casi borrando las náuseas.

—¿Por qué?

Él la miró como si estuviera loca.

—Mírelo.

Seb se paró cerca de Caroline, con la mirada dirigida al suelo. Su actitud servil la enfureció aún más.

—Es un niño —dijo ella.

El mozo de cuadra encogió sus huesudos hombros.

—No me haga caso, pero no se sorprenda si no le da una habitación. —Señaló con la barbilla un edificio al otro lado de la calle —. Allí está la casa de huéspedes.

Reid agarró una de las bolsas de Caroline y, con la mano libre, ella agarró la mano de Seb. Cruzaron la calle hasta una casa grande con un letrero que decía HABITACIONES.

La propietaria, una mujer robusta con el pelo recogido en un moño severo, los recibió en el porche.

—¿Puedo ayudarlos? —Su tono era frío.

—Nos gustaría una habitación para pasar la noche —dijo Reid.

Ella cruzó los brazos sobre su gran pecho.

—Usted y su señora pueden tener una, pero el negro tiene que dormir en otro lugar.

Caroline no corrigió su suposición de que estaban casados, pero no pudo pasar por alto su insulto contra Seb.

—El chico se llama Seb y está con nosotros.

—¿Es su esclavo?

—No. Y aunque lo hubiera sido, ya no lo es. ¿No se ha enterado? La esclavitud ya es ilegal, —dijo Caroline.

El rostro redondo de la mujer se sonrojó.

—Este es mi local y yo decido quién puede quedarse aquí.

—¿Tan bien va su negocio que puede rechazar a gente con buen dinero? —preguntó Reid.

Nerviosa, ella lo miró fijamente, y Caroline pudo darse cuenta de que estaba sopesando su codicia con su aversión. Finalmente, la mujer asintió secamente.

—Mientras el...el niño duerma en el suelo, pueden quedarse en una habitación.

Reid le pagó y ella los llevó a una habitación en la planta principal. Caroline llevó a Seb, a sabiendas de que él estaba reacio, pero se negó a ceder ante los prejuicios de la casera.

Una vez que la mujer se fue, Caroline examinó su habitación. Había un sofá y una silla frente a la chimenea, y un armario contra la pared a la derecha. La cama era lo suficientemente grande para cuatro personas y la colcha parecía limpia.

Miró a Seb, que estaba en el mismo lugar donde lo había dejado. Tenía los ojos muy abiertos y pasó un dedo por el cojín del sofá, luego retiró la mano de un tirón como si lo estuvieran castigando por acariciarlo. Dudaba que alguna vez le hubieran permitido entrar en una habitación como esa, y mucho menos tocar los muebles.

—Es mejor que el hotel de Lefsburg —dijo Reid.

Ella se estremeció.

—No me lo recuerdes.

Se dejó caer en la cama y el encuentro con el joven lisiado en la caballeriza volvió a atormentarla.

—Deberías tumbarte —sugirió Reid—. Parece que vas a desmayarte.

—Nunca me he desmayado en mi vida —respondió ella, pero sin convicción.

Seb miró a su alrededor como si no supiera qué hacer.

—Puedes sentarte —dijo Caroline con suavidad.

Después de un momento, Seb se dejó caer en el suelo.

—No tienes por qué sentarte en el suelo.

Seb se encogió de hombros y se acurrucó en la alfombra, cerrando los ojos.

Antes de que Caroline pudiera decir algo más, Reid dijo:

—Déjalo en paz. Todo esto es nuevo para él.

Caroline estudió al chico durante un minuto y luego asintió.

—Supongo que es mejor que el suelo.

—¿Por qué no descansas tú también? —sugirió Reid en voz baja.

Pensó que debería discutir, ya que solo era por la tarde, pero estaba cansada. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Imágenes horribles de los campamentos del hospital y las tiendas de amputación la emboscaron y sus ojos se abrieron de golpe, su corazón latía con fuerza.

—¿Qué pasa?

Se concentró en Reid, que la estudiaba con preocupación.

—Nada.

Él frunció el ceño, reconociendo obviamente su mentira.

—El chico de la caballeriza me trajo recuerdos.

Ella lo miró, no sorprendida de que él lo hubiera adivinado.

—Demasiados.

Su irritación desapareció, apartó un mechón de pelo de su frente húmeda y sus dedos rozaron su ceño. La conciencia se extendió a través de ella.

—Pero está vivo —indicó Reid.

—Está amargado. —Los fantasmas se acercaron a toda prisa, presionándola.

—No tienes la culpa de eso. Cada uno toma sus propias decisiones.

—A la mayoría no se les dio la oportunidad de decidir si querían perder una extremidad.

Reid se inclinó más cerca.

—Basta, Caroline. Tú no les pusiste una pistola en la mano y les obligaste a luchar.

¿Cuántas veces le habían dicho eso otras enfermeras, médicos e incluso ella misma?

—Estoy cansada. Creo que voy a echarme una siesta. —Sabía que estaba tomando la salida de la cobardía, pero en ese momento

lo único que quería era estar sola.

Reid suspiró.

—Creo que echaré un vistazo por la ciudad. ¿Cómo se llaman las personas que estás buscando?

Caroline luchó por recordar, a pesar de que acababa de leer la entrada del diario la noche anterior.

—Smith. Su hijo era Nathan.

—Veré qué puedo averiguar. Tú descansa.

—Gracias. —Ella giró la cabeza, temerosa de lo que vería en sus ojos. Pero más temerosa de lo que él vería en los suyos.



Reid dio una patada a una piedra y la vio deslizarse hacia la calle. Echó un vistazo a la pensión, indeciso entre quedarse cerca de Caroline y darle el tiempo que necesitaba para recuperar la compostura. El impulso de abrazarla y consolarla seguía atormentándolo. Quería aliviar parte de su dolor, pero entendía que

algunas heridas eran demasiado profundas para desaparecer con un abrazo y unas palabras tranquilizadoras.

Sin saber adónde ir, simplemente empezó a caminar y se encontró de nuevo en la caballeriza. Robbie y el hombre mayor habían vuelto a su partida de damas.

—¿Ha venido a ver cómo están sus caballos? —preguntó el hombre mayor entre caladas de una pipa de maíz.

—Solo estoy estirando las piernas. Me llamo Reid Tanner.

—Bill Cutter, y este es mi sobrino Robbie, —presentó el anciano.

Reid estrechó la mano de Bill, pero Robbie no le ofreció la suya.

—¿Mary le ha alquilado una habitación? —preguntó Bill.

Reid sonrió con ironía.

—Después de que le señalara que perdería dinero si nos rechazaba.

—No sea demasiado duro con ella. Su hijo murió en la guerra.

Aunque Reid no podía excusar su intolerancia, empatizó con su pérdida.

—Tienen un pueblo muy tranquilo.

—No era tan tranquilo antes de la guerra. Perdimos unas dos docenas de hombres. —Bill señaló a su sobrino con la caña de la pipa—. Pero Robbie ha vuelto.

—Soy un maldito lisiado —dijo Robbie con amargura.

—Tú estás vivo —señaló Reid.

Robbie lo fulminó con la mirada.

—¿Qué diablos sabe usted, señor?

—Sé que si mi hijo hubiera vuelto con una sola pierna, estaría dando gracias a Dios

Los ojos de Bill estaban llenos de dolor.

—¿Perdió a su hijo?

Reid tragó saliva y miró hacia otro lado.

—Tenía dieciséis años.

—Bueno, tal vez *a él* no le habría gustado mucho volver siendo menos que un hombre, —gruñó Robbie.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero yo no le habría dejado sentado compadeciéndose de sí mismo.

Robbie se abalanzó sobre Reid, derribándolo y cayendo sobre él. El chico balanceó el puño, pero Reid levantó el brazo y bloqueó el golpe. No quería hacerle daño a Robbie, pero tampoco tenía miedo de defenderse.

—Tranquilo, chico, —ordenó Bill, levantando a Robbie por la parte de atrás de la camisa—. Tanner solo estaba hablando. No hay necesidad de que te pongas así de irritado.

Reid se puso de pie y levantó las manos.

—Tu tío tiene razón. No quise decir nada.

Los ojos de Robbie brillaron de ira.

—No me diga cómo debo sentirme. Tiene dos buenas piernas.

—Ve a buscar un sitio donde desahogarte, Robbie. —Bill le tendió a su sobrino su muleta.

El chico se la arrebató y se alejó cojeando.

—Lo siento, Tanner. Siempre fue un chico orgulloso. No le parece bien que ahora solo tenga una pierna.

—Caroline era enfermera, —dijo Reid—. Dijo que vio a muchos chicos como él.

Bill se metió las manos en los bolsillos.

—¿Quiere jugar a las damas?

—Claro.

Ocupó el antiguo lugar de Robbie y Bill volvió a encender su pipa.

—Usted tiene las negras. Le toca a usted —indicó Bill.

Reid estudió las piezas un minuto antes de hacer su movimiento.

—¿Dónde perdió Robbie la pierna?

—En Shiloh, en el 62. Solo tenía dieciocho años. Solo llevaba tres meses en el ejército. ¿Y su hijo?

—Petersburg, Virginia. En marzo de este año. No me enteré hasta junio. —Reid mantuvo la voz firme.

—¿Usted luchó? —Reid levantó la vista, esperando ver censura, pero solo había curiosidad.

—No. No creía en ello.

—Me sorprende que lo admita.

—¿Y usted?

—Demasiado viejo. No me aceptarían.

—Tuvo suerte.

—Entonces no lo creía, pero después de ver a Robbie me di cuenta de que quizá sí. —Bill dio una calada a su pipa y tomó la palabra—. Siento mucho que Robbie haya disgustado a su esposa.

Reid se movió, incómodo por mentir al hombre mayor, pero sin querer dañar la reputación de Caroline.

—Ella estará bien.

—¿De dónde ha salido el negrito?

—Encontramos a Seb esta mañana. —Reid no creía que Bill necesitara conocer las circunstancias—. Estaba solo. Sin familia, sin nadie que cuidara de él.

—¿Qué piensan hacer con él?

La irritación le picaba a Reid.

—Le dijimos que intentaríamos encontrar a alguien que lo acogiera, pero es libre de irse cuando quiera.

Bill se limitó a gruñir. Era obvio que no compartía la opinión de Caroline y Reid sobre los antiguos esclavos.

Saltó una de las fichas de Bill y la recogió.

—¿Y adónde se dirige? —preguntó Bill.

—A Texas.

—Me imaginaba que era de allí. ¿Y su señora también?

—No. Está transmitiendo las últimas palabras de los soldados con los que estuvo al final.

—No parece algo que mucha gente haría.

—Caroline no es como la mayoría de la gente. Oiga, ¿no conocerá por casualidad a una familia llamada Smith?

—Más de una.

—Tenían un hijo llamado Nathan.

Bill abrió mucho los ojos.

—Él y Robbie se alistaron juntos. ¿Dejó unas últimas palabras?

Reid asintió.

—Caroline quiere dárselas a sus padres.

Se frotó la barbilla canosa.

—El corazón del padre de Nathan se rindió cuando recibieron la noticia de que había muerto en la guerra. Su madre dirige la pensión en la que se está alojando.

Sorprendido, Reid frunció el ceño.

—Será mejor que se lo diga a Caroline. ¿Robbie estará bien?

Bill se encogió de hombros y la tristeza ensombreció su arrugado rostro.

—No sé si alguna vez lo estará.

Reid no supo qué responder, así que se limitó a asentir y regresó a la pensión. No quería que Caroline se enterara por la casera de que era la madre de Nathan Smith.

15

11 de mayo de 1864.

Soldado Nathan Smith de Rounder, Mississippi. Herido de muerte en Yellow Tavern. Veinte años. Causa de la muerte: sable atravesándole el pecho. «Dígale a mis padres que no quería ser desagradable, pero hice lo que tenía que hacer. Igual que cuando trepé a ese manzano y me rompí el brazo. Tenía que hacerlo».

Para desviar sus pensamientos en espiral descendente, Caroline se concentró en Seb, que roncaba tranquilamente. El niño tenía que haberlos seguido el día después de que robara las galletas y el cerdo, y habían viajado unas buenas treinta millas ese día, la

mitad bajo la lluvia. No era de extrañar que Seb estuviera cansado. Caroline esperaba que no se pusiera enfermo además de agotado.

Incapaz de dormir, se sentó, con cuidado de permanecer en silencio para no despertarlo. Las suelas de cuero de sus pies le indicaban que rara vez, o nunca, había usado zapatos. Una de sus manos estaba extendida y tenía callos en las yemas de los dedos y en parte de la palma. Aunque sabía que los niños también eran esclavos, la evidencia del trabajo de Seb le hizo comprender la realidad de ese hecho.

Una banda invisible le oprimía el pecho. Había amamantado a los soldados que habían luchado para mantener a niños como Seb atados como esclavos. Había justificado sus acciones diciéndose a sí misma que la mayoría de los soldados eran pobres y no poseían esclavos, y que habían luchado por otras razones. Sin embargo, eso no habría cambiado nada si el Sur hubiera ganado. Seb y todos los niños como él nunca habrían conocido la libertad.

La inquietud se apoderó de ella y se puso de pie, impaciente por hacer algo, cualquier cosa para que su mente dejara de dar vueltas. Pero no dejaría a Seb aquí solo, sobre todo con una casera que había dejado clara su repugnancia por los «negritos».

La puerta se abrió y la mirada de Caroline se posó en Reid. Su mirada se posó en ella y luego se dirigió a Seb. Con sigilo deliberado, entró en la habitación y se acercó a Caroline.

—He descubierto dónde vive la madre de Nathan Smith —dijo en voz baja. Antes de que Caroline pudiera preguntar, Reid continuó —. Es la dueña de esta pensión.

La ansiedad de Caroline se disimuló rápidamente con la decepción.

—Eso explica por qué no le gusta Seb —dijo Reid.

Ella frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, no lo explica. Tú perdiste a tu hijo y no te desquitas con inocentes.

—Ella creció en el sur. Yo no.

—No tienes por qué excusarla. —La irritación de Caroline por todos los que eran como la señora Smith avivó su temperamento.

Reid la estudió con una expresión insondable.

—¿Entonces no vas a entregar el mensaje de su hijo porque no estás de acuerdo con ella?

Se estremeció como si la hubieran golpeado. ¿Iba a ocultar las últimas palabras de Nathan Smith porque no le gustaba quién iba a recibir el mensaje? Había hecho una promesa a Nathan y a todos los demás, y ese voto no podía verse alterado por sus prejuicios personales. No le correspondía juzgar, solo ser testigo de las palabras dejadas atrás.

—Yo no he dicho eso. —Enderezó la espalda, de repente ansiosa por cumplir con su obligación—. Voy a decírselo ahora.

—Quizá deberías esperar hasta mañana, cuando estés más descansada.

Caroline negó con la cabeza, la terquedad apagando su cansancio anterior.

—No me sentiré bien si espero.

Reid la miró a los ojos y debió de ver su determinación.

—Está bien, pero voy contigo.

Ella abrió la boca para discutir, pero él levantó la mano.

—Por favor, Caroline.

Desconcertada, preguntó:

—¿Por qué?

—Tienes que ser fuerte por ellos. Déjame ser fuerte por ti. —Sus ojos solemnes transmitían empatía.

Un nudo del tamaño de una manzana se le hizo en la garganta y las lágrimas le quemaron los ojos. Una mezcla caótica de gratitud, alivio y alguna emoción innombrable la sacudió. Incapaz de hablar, asintió.

Reid le indicó el sofá de dos plazas.

—Esperaré hasta que estés lista.

Llevaba suficiente tiempo con ella como para saber que pasaba un tiempo organizando sus pensamientos y preparándose para sus visitas a las familias supervivientes. Mientras él esperaba, ella cogió su diario y se sentó en el borde de la cama para releer la entrada de Nathan Smith. Una mano se cerró en un puño mientras sus pensamientos viajaban de vuelta a la muerte de Nathan, al igual que recordaba a todos y cada uno de los soldados antes de transmitir su mensaje final. El sable le había atravesado el pecho de parte a parte. Había vivido menos de dos horas después de ser llevado al hospital. Fue un milagro que hubiera estado lo suficientemente coherente como para darle un mensaje para su familia.

Podía imaginar la escena con tanta claridad. El sol había sido implacable ese día, calentando el interior de la tienda y exacerbando el hedor a sangre y excrementos. Había un sonido interminable de hombres sufriendo: gemidos, llantos y, a veces, gritos. Nathan era uno de los que gritaba de vez en cuando.

Su frente se humedeció de sudor y su estómago se revolvió, como si volviera a oler esos mismos olores y sentir ese mismo calor. Sus oídos resonaban con los sonidos de la batalla y el desbordado hospital de campaña. Se puso de pie bruscamente, con la intención de escapar del asalto sensorial.

—Caroline —dijo Reid.

Parpadeó para enfocar los preocupados rasgos de su rostro y se dio cuenta de que había tenido otra pesadilla. Ocultando su pánico, dijo:

—¿Sí?

—¿Qué estabas diciendo?

¿Había estado hablando en voz alta? Un escalofrío la recorrió al ver otra señal de su mente debilitada.

—No era nada.

Dejó el diario en la cama y vertió un poco de agua de la jarra en el lavabo. Tomó agua en las manos y se la echó en la cara, quitándose el sudor y los recuerdos demasiado reales.

Después de secarse, cogió su diario y se lo abrazó al pecho para cubrir los restos de su temblor.

—Estoy lista. ¿Seb estará bien?

—Parece que podría dormir incluso escuchando el sonido del silbato de una locomotora. —Reid apartó un mechón de pelo de su frente—. Es por ti por quien estoy preocupado.

Luchó contra la tentación de apoyarse en él.

—No hay necesidad de preocuparse por mí. Probablemente encontraremos a la señora Smith en la cocina a esta hora del día.

Salieron de la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ellos. Caroline, con las rodillas temblorosas, abrió el camino a la cocina, donde la señora Smith estaba ocupada alrededor de la estufa caliente. Reid se quedó cerca de la puerta, apoyado en la jamba con el sombrero en la mano.

—La comida no estará lista hasta dentro de una hora, —dijo la mujer con brusquedad.

Caroline miró a Reid, que le hizo un gesto de ánimo con la cabeza. De repente, nerviosa, deseó no haber aceptado la presencia de Reid. Los mensajes representaban sus fracasos: su fracaso a la hora de salvar otra vida. Nadie más que las familias los había escuchado. Sin embargo, por mucho que quisiera que Reid se fuera, deseaba aún más su sólida presencia.

—No hemos venido a cenar, —empezó—. No nos hemos presentado antes. Este es Reid Tanner y yo soy Caroline. Yo fui enfermera en el ejército confederado.

La señora Smith se quedó paralizada en medio de la conversación y se dio la vuelta lentamente. Sus labios se comprimieron en una delgada línea y sus ojos se entrecerraron.

—Soy la señora Mary Smith.

—Sí, lo sé. —Caroline se humedeció los labios secos—. Tengo un mensaje de su hijo.

Las mejillas rosadas de la anciana palidecieron, pero la ira brilló en sus ojos.

—Mi hijo está muerto.

Caroline se acercó a ella.

—Yo estaba con él cuando murió. Quizá debería sentarse.

La señora Smith volvió a mirar las ollas en la estufa.

—Tengo trabajo que hacer. Dígame de una vez lo que tenga que decirme.

Caroline podía sentir la mirada compasiva de Reid en su espalda, pero se negó a mirarlo. Se ocuparía de esto como se había ocupado de todos los demás mensajes: sola.

Abrió el diario y notó que sus manos estaban increíblemente firmes. Apartó la cinta azul que marcaba su entrada y carraspeó.

—Del soldado Nathan Smith, que fue herido de muerte en Yellow Tavern el 11 de mayo de 1864. Dígale a mis padres que no quise ser desagradable, pero hice lo que tenía que hacer. Igual que cuando trepé a ese manzano y me rompí el brazo. Simplemente tenía que hacerlo.

La Sra. Smith no hizo una pausa en sus tareas de cocina.

—¿Ha venido hasta aquí para eso? —resonó la burla en su voz.

Sorprendida, Caroline asintió y luego se dio cuenta de que la Sra. Smith no podía verla.

—Sí, eso es todo.

—Ya ha hecho su buena acción, ahora déjeme en paz.

No le gustaba la señora Smith, pero creía que la mujer tendría algún sentimiento maternal hacia su hijo.

—¿Está usted bien?

La señora Smith se dio la vuelta. Tenía los ojos secos y un ceño fruncido tiró de sus delgados labios. La verdad estaba en su expresión: las palabras de su hijo ni siquiera la habían conmovido.

—Nathan nunca fue muy inteligente. Murió como un tonto y mató a su propio padre, tan seguro como que le disparó hasta matarlo. Ahora no tengo a nadie ni nada, excepto este lugar, así que no me juzguen por no caerme de rodillas y agradecerles que me trajeran las últimas palabras de Nathan. —El resentimiento ardía en sus ojos.

Enfadada por la insensibilidad de la mujer, Caroline levantó el mentón.

—En la última hora de la vida de su hijo, el dolor era tan intenso que gritó por usted. En ese momento, habría dado cualquier cosa por poder darle a su madre, pero ahora me alegro de que no estuviera allí.

Las fosas nasales de la Sra. Smith se dilataron y levantó la mano. Pero antes de que pudiera golpear, Reid le agarró el brazo. La mujer miró fijamente a Caroline, con odio en sus ojos entrecerrados. Finalmente, parpadeó y él la soltó. La Sra. Smith volvió a cocinar.

Caroline sintió una mano cálida en su espalda.

—Vamos, —dijo Reid.

Ella le permitió sacarla de la cocina y subir las escaleras. A mitad de camino de vuelta a la habitación, el dolor de cabeza la golpeó con fuerza. Un dolor agudo le atravesó las sienes y ella jadeó. Aunque se estaba acostumbrando a los dolores de cabeza, este era el peor. Su estómago se revolvió y tuvo que entrecerrar los ojos contra la luz que entraba por las ventanas.

Reid le rodeó la cintura con un brazo y la ayudó a entrar en su habitación y a la cama. Ella se acostó y cerró los ojos, pero los volvió a abrir inmediatamente cuando los colores giraron detrás de sus párpados.

Odiaba su enfermedad y vio con terror que su mente, que una vez había sido tan aguda, se estaba destruyendo lentamente. Y odiaba que Reid fuera testigo de su declive.

Reid le puso un paño frío y húmedo en la frente.

—No puedo entender cómo una madre puede sentir eso por su hijo.

—Ella lo culpa por quedarse sola. A nadie le gusta no tener a nadie que se preocupe por ellos. —La excusó Caroline.

—¿Quién se preocupa por ti, Caroline?

Su voz ronca la acarició, enviándole un escalofrío por la espalda. Ella lo miró a los ojos y se tambaleó en sus compasivas profundidades. Su dolor la hizo responder con menos cautela de lo habitual.

—Tú lo haces.

Una lenta sonrisa curvó sus labios.

—¿Hay alguien más?

Incapaz de mentir, ni siquiera por omisión, ella negó con la cabeza.

—No

Él apoyó la palma de la mano en un lado de su rostro y le rozó la mejilla con el pulgar. Había tristeza en su expresión.

—Te preocupaste por muchos durante la guerra.

Su suave toque le calmó el dolor de cabeza, reduciéndolo a un golpe tolerable.

—Pero de todos modos todos murieron.

Su pulgar se detuvo por un momento, luego continuó acariciando su rostro.

—No todos. ¿Qué pasó con los que salvaste?

—Demasiados pocos. Murieron más.

—Eso no fue culpa tuya.

Volvieron a lo mismo. No podía entender por qué ella asumía la responsabilidad de los que murieron, del mismo modo que él nunca sabría lo que es determinar quién vive y quién no.

—¿Seb sigue dormido? —preguntó ella, cambiando de tema.

Él miró al niño.

—Sí. Estaba agotado. Tú también deberías dormir. Te despertaré cuando sea la hora de comer.

Aunque la idea de la comida le daba náuseas, asintió y cerró los ojos. Un momento después, el colchón se movió y Reid se acomodó a su lado. La abrazó y ella no tuvo fuerzas para resistirse.

Además, estar en sus brazos era el único lugar en el que realmente se sentía como la mujer que había sido antes de la guerra.

Él le besó la coronilla y apoyó la barbilla en la parte superior de su cabeza.

—Estaré aquí mismo.

Caroline se acurrucó contra él, con la frente presionada contra su pecho. Saboreó su aroma masculino y la seguridad de sus brazos. Por primera vez en meses, podría dormir sin que los fantasmas la visitaran.



A la mañana siguiente, Reid y Seb bajaron a la caballeriza para recoger los caballos y a Dickens. Seb llevaba los nuevos pantalones y camisa que le habían comprado antes, pero se negaba a ponerse zapatos. Después de haber estado descalzo la mayor parte de su vida, obligarle a llevar zapatos le parecería un castigo.

Bill estaba sentado fuera de la caballeriza, con la silla reclinada sobre dos patas y apoyada contra el granero. Bebía café de una taza de lata mientras observaba la poca actividad del pueblo. Cuando vio a Reid, dejó que las patas de la silla golpearan el suelo y se puso de pie.

—Supongo que se va.

—Así es —dijo Reid—. ¿Está Robbie por aquí?

Bill se encogió de hombros.

—No lo he visto esta mañana.

Reid había querido disculparse con el joven, aunque seguía creyendo que Robbie debería estar agradecido de estar vivo. Pero si el joven estaba decidido a estar amargado, Reid no podía hacer nada para hacerle cambiar de opinión. Se encogió de hombros y siguió al hombre hasta el granero.

Seb lo siguió y, mientras Reid y Bill ensillaban los dos caballos, el chico cepilló el pelaje sarnoso de Dickens.

—¿Ha hecho lo que necesitaba? —le preguntó Bill a Reid.

—Caroline lo hizo. —Se apoyó en el ancho costado de su yegua —. La señora Smith es una mujer amargada.

—No es la única. Es duro para las mujeres que quedan atrás.

Reid pensó en Caroline y en cómo ella también era viuda a causa de la guerra. Sin embargo, no estaba resentida. En cambio, parecía impulsada, impulsada a entregar las palabras pronunciadas por los soldados moribundos. ¿Qué la impulsaría cuando todos los mensajes fueran entregados?

Preocupado, Reid colocó el bastidor de carga sobre Dickens. Era consciente de que Seb le hablaba suavemente a la mula y se sorprendió al ver que Dickens parecía estar escuchando. Parecía que al testarudo burro le gustaba alguien.

Reid ató la cuerda de la mula al cabestro y se la entregó a Seb.

—¿Te importaría llevar a Dickens a la pensión?

—No, señor —dijo Seb, sonriendo ampliamente.

Reid intercambió un firme apretón de manos con Bill.

—Cuando vea a Robbie, dígale que siento lo que pasó.

—Se lo diré, pero no le importará. El chico se hace la vida imposible.

—Supongo que nadie puede cambiar lo que siente, pero es una maldita pena.

Bill se encogió de hombros.

—Seguiré trabajando en él.

Reid esbozó una sonrisa.

Justo cuando él y Seb salían de la caballeriza con los animales a cuestas, el gato salió saltando tras ellos. Encantado, Seb se agachó para acariciar al callejero.

—¿Va a venir con nosotros? —preguntó Seb.

—No creo que podamos detenerlo, —respondió Reid con una sonrisa arrepentida. Levantó al gato hasta su lugar habitual en el lomo de Dickens y el callejero se acurrucó en una bola.

Dejaron a los animales en el poste de enganche de la casa de huéspedes y entraron a buscar a Caroline. El corazón de Reid se aceleró al recordar cómo había estado ella esa mañana. Con el pelo despeinado y la cara sonrojada, le había regalado una sonrisa que le había llegado directo al sur de la hebilla de su cinturón. Había dormido en el suelo durante toda la noche, aunque el sueño había sido escaso. Su suave respiración y el recuerdo de abrazarla ayer mientras dormía la siesta le habían mantenido duro y dolorido. La tentación de unirse a ella en la cama al amparo de la oscuridad casi

lo abrumó, pero tener a Seb en la habitación ayudó a frenar su pasión.

Sacudiéndose los tentadores pensamientos, Reid condujo a Seb por el pasillo hasta su habitación. Caroline abrió la puerta justo cuando se acercaban. Ella miró hacia arriba, asustada, y rápidamente apartó la mirada.

—Esto es todo, —dijo.

Reid tomó sus dos bolsas y Seb cargó con una de las alforjas, dejando a Caroline con la otra.

—¿Le dijiste a la señora Smith que nos íbamos? —preguntó Reid.

Caroline negó con la cabeza.

—Estoy segura de que lo sabe. —Sonrió a Seb—. Encontraremos un hogar para ti. No te preocupes.

—No estoy preocupado, señora Caroline —dijo con toda la valentía de un niño—. Sé cuidar de mí mismo.

Ella suspiró y le despeinó los rizos apretados.

—No llegará a eso, Seb. Te lo prometo.

El chico no parecía convencido. Harían falta mucho más que dos días y la palabra de Caroline para que él la creyera.

Dejaron Rounder y viajaron durante todo el día, hablando poco y dando un descanso a los animales cada pocas horas. Caroline le había dicho a Reid su próximo destino, una ciudad en Arkansas, y tenía una ubicación aproximada en el mapa que llevaba. A medida que se acercaran, obtendrían mejores indicaciones de la gente de la zona.

Esa noche, cuando acamparon, Caroline preparó la cena con los suministros que habían comprado en Rounder. Seb comió rápidamente, como si temiera que le robaran la comida antes de que pudiera terminársela. Caroline le ofreció más, y él aceptó con entusiasmo, devorándolo tan rápido como había hecho con la primera ración. Su corazón se compadeció del niño abandonado y no pudo evitar preguntarse cómo había sido su vida. Nunca había dado información voluntariamente y ella no había preguntado. Quizá fuera porque no quería enfrentarse a más verdades duras, una forma cobarde de ver el mundo.

—¿Qué hacías cuando eras esclavo? —le preguntó al chico.

Sobresaltado, dejó el plato vacío y se encogió de hombros.

—Lo que me mandaban.

—¿Cómo qué?

—Limpiar el granero, cavar la huerta, recoger nueces y manzanas. —Otro encogimiento de hombros—. Hacía lo que había que hacer.

—¿Tenías que hacer cosas que no te gustaban?

Seb se retorció.

—No importaba. Tenía que hacer lo que me decían.

Ella miró a Reid, que la frunció el ceño, obviamente disgustado por su interrogatorio al niño. La propia Caroline no estaba segura de por qué necesitaba saberlo.

—¿Por qué no duermes un poco, Seb? —sugirió Reid.

Seb se dirigió con entusiasmo a la manta que le habían comprado junto con la ropa.

—¿Crees que le encontraremos un hogar? —preguntó Caroline, preocupada por su creciente afecto por el niño.

—No lo sé —respondió él—. Dudo que encuentres una familia blanca que lo acoja, y los que fueron esclavos ya tienen bastantes problemas para encontrar comida sin añadir otra boca.

—Me temo que probablemente tengas razón. —Aunque su objetivo era encontrarle un hogar, una parte de ella quería cuidar de él ella misma. Pero si había aprendido algo durante la guerra, era que no podía permitirse preocuparse, o no sobreviviría.

—Podría quedarse contigo, —dijo Reid.

—¡No! —Su respuesta explosiva la sorprendió tanto como a Reid—. No —repitió con más calma—. No tengo un lugar donde vivir y no le haré eso a un niño. Necesita un lugar estable, un hogar con otros niños.

—Alguien que lo cuide, —intervino Reid.

Odiaba que él pudiera leerla tan fácilmente, pero no le daría la satisfacción de saber lo cerca que le habían llegado sus comentarios.

—Así es. —Prestó atención a la tarea de lavar los platos.

Afortunadamente, Reid dejó pasar el tema. ¿Cómo podía explicar lo que sentía cuando ella misma estaba tan confundida con todo?

16

Al día siguiente, con el sol alto, Reid los llevó fuera del camino hacia un arroyo cristalino. Estaba tan claro que podían ver las rocas de abajo. Caroline y Seb desmontaron y dejaron que Dickens y Jeanie bebieran hasta saciarse. Cuando parecieron satisfechos, hizo que Seb los atara al suelo junto al caballo de Reid para que los animales pudieran pastar en la hierba verde que les llegaba a la rodilla. Cogió sus cantimploras y las llenó de nuevo en el arroyo poco profundo. Le dio una al niño y le instó a beber, y se quedó con la otra, con la correa colgada del hombro.

Ella y Seb se unieron a Reid, quien les dio a cada uno un trozo de carne seca. Con solo arrugar levemente la nariz, ella lo aceptó y se apoyó contra un árbol cercano. Notó que Seb parecía más que

feliz por la comida, y la culpa la asaltó. Debería estar agradecida por lo que tenían en lugar de irritarse por lo que no tenían.

Agitó la mano libre frente a su cara, dispersando una nube de mosquitos. Se quedó inmóvil por un momento, recordando el episodio en la cabaña de los Gaddsen cuando estaba tan segura de que su mano estaba cubierta de sangre. Si Reid no la hubiera detenido, quién sabe cuánto daño se habría hecho al tratar de quitar una mancha que no estaba allí. Ese incidente fue otro recordatorio de que tenía poco tiempo para entregar los dos últimos mensajes.

Mordió un trozo de la dura y salada carne y masticó hasta que estuvo lo suficientemente blanda como para ahogarla con un largo sorbo de su cantimplora. El calor del sol y el constante zumbido de los insectos le hicieron sentir pesados los párpados. A veces se preguntaba cómo sería quedarse dormida y no despertar. No más pesadillas y recuerdos demasiado reales. Pero entonces pensó en Reid y en todo lo que había perdido. No podía imaginárselo rindiéndose sin luchar.

Reid se puso tenso de repente.

—Tenemos compañía.

Siguió su línea de visión y vio a un grupo de media docena de antiguos esclavos por el aspecto de sus harapientos vestidos y sus pies desnudos y polvorientos. Había un hombre y una mujer, y cuatro niños de edades comprendidas entre los seis y los doce años. Cada uno de ellos llevaba una cuerda atada al pecho que estaba atada a una manta enrollada.

Caroline miró a Seb, que los observaba con un brillo de sospecha en sus ojos negros como el carbón.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a Reid en voz baja.

—Con niños, dudo que busquen problemas. Probablemente solo quieran un poco de agua.

Caroline se alejó del árbol y se acercó a Seb, poniéndole una mano en el hombro.

—Hola —saludó Reid a la familia.

El hombre alto y negro asintió con recelo. Tenía el pecho amplio y las manos grandes y curtidas por el trabajo. Una barba negra le cubría la mitad inferior del rostro, excepto por una cicatriz fruncida que le recorría desde la comisura izquierda de la boca hasta la mandíbula. La mujer era más o menos de la altura de Caroline, pero más delgada, casi hasta el punto de la demacración, pero su

mirada era directa y tenía la barbilla levantada. Los niños estaban apiñados, pero sus miradas no dejaban de dirigirse a Seb.

—Solo hemos venido a por agua, —dijo el hombre con voz grave.

—Sírvanse, —indicó Reid, señalando el arroyo—. Nos estábamos preparando para irnos.

—Vamos. —La mujer agitó los brazos, instando a los niños a acercarse al agua—. Beber.

Caroline los observó hacer lo que se les había dicho. Una de las del medio, una niña, cojeaba y tenía los dientes apretados.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Caroline a la mujer mientras señalaba a la niña.

—Se cortó con una piedra hace un par de días —respondió secamente—. Estará bien.

—¿Le importa si le miro el pie?

Tanto el hombre como la mujer la miraron fijamente, sus miradas se desplazaron hacia Seb y se volvieron más cautelosas. Caroline no les culpó por ser desconfiados. Tenía la sensación de que la gente no veía con buenos ojos a los antiguos esclavos en esta

parte del país. Eran un recordatorio de todo lo que el Sur había perdido.

—Este es Seb —lo presentó—. Lleva unos días viajando con nosotros. Dijo que no tiene familia.

—¿Es eso cierto? —preguntó el hombre corpulento a Seb.

El chico asintió.

—Han sido buenos conmigo. Dijeron que no tenía que quedarme si no quería.

El hombre y la mujer lo estudiaron un momento, y luego se relajaron un poco.

—Si no le importa, me gustaría mirar el pie de su hija. Soy enfermera, —dijo Caroline.

—Ada —llamó la mujer. La niña se volvió hacia ellas, con el agua goteando de su rostro y sus manos ahuecadas—. Deja que la señora te mire el pie.

Los enormes ojos marrones de Ada transmitían desconfianza, pero se recostó en la orilla, bajando su sencillo vestido de harapos sobre sus rodillas nudosas. Numerosos rasguños cubrían sus

delgadas piernas, lo que le indicó a Caroline que habían viajado una buena cantidad de kilómetros.

—Me llamo Caroline y solo quiero examinar ese corte para asegurarme de que se está curando. ¿Te parece bien?

La niña, que probablemente tenía la misma edad que Seb, asintió lentamente.

—Sí, señora Caroline.

Caroline revisó su pie, limpiándolo primero en el agua corriente fría. El corte no era largo, pero sí profundo, y la piel que lo rodeaba estaba enrojecida y caliente.

—Seb, ¿puedes traerme la alforja? —preguntó.

El niño corrió hacia Jeanie y se puso de puntillas para ir a buscarla.

Se la llevó a Caroline.

—Gracias, Seb. —Sacó algunas cosas y levantó un frasco y un rollo de vendas para que Ada y sus padres los vieran—. Voy a limpiar el corte y luego te vendaré el pie para que no se ensucie. ¿De acuerdo?

Ada miró a su madre, que asintió, y le dijo a Caroline:

—Sí, señora.

Mientras Caroline trabajaba, escuchó a Reid hablar con el padre de la niña.

—Me llamo Reid Tanner —dijo.

—Yo soy Ezekial Wollings, y ella es Sarie Wollings. —Hizo un gesto hacia la mujer.

—¿De dónde son ustedes?

Ezekial señaló hacia el sureste.

—Por allí. Éramos esclavos del Sr. Wollings. —Hizo una mueca con los hombros—. Ahora somos libres.

Caroline se sorprendió al oír que habían adoptado el apellido de su antiguo dueño. Por supuesto, tenía sentido, ya que la mayoría de los esclavos no tenían uno propio.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó Reid.

La expresión del exesclavo se apagó.

—Busco trabajo. El Sr. Wollings no podía mantenernos a todos como ayudantes contratados.

—¿Habrían seguido trabajando para él?

Ezekial se encogió de hombros.

—Nunca nos pegaba y siempre teníamos suficiente para comer, hasta el último día, claro. Pero eso no fue culpa suya. No me arrepiento de ser libre, pero no tenemos adónde ir. Pensamos en ir al norte y esperar encontrar algo.

—No se preocupe por nosotros, Sr. Tanner. Nos las arreglamos, —dijo la mujer con orgullo.

Apenas, pensó Caroline con más que una punzada de compasión. Estos eran solo seis exesclavos, más Seb. ¿Cuántos más había que no tenían un techo sobre sus cabezas o comida que comer? Después de los golpes del Sur, a los exesclavos les iba a llevar mucho tiempo encontrar trabajos remunerados.

Terminó de vendar el pie de Ada.

—Ya he terminado.

La niña se levantó y, tras comprobar el pie herido, sonrió tímidamente.

—Gracias, señora Caroline.

—De nada, Ada. Ahora ten cuidado y asegúrate de lavarlo todos los días, ¿me oyes?

—Sí, señora. —Se unió a sus hermanos, que se habían reunido alrededor de Dickens.

Caroline abrió la boca para advertir a los niños que tuvieran cuidado, pero la cerró de golpe. Seb estaba en medio del grupo, observándolos de cerca mientras les hablaba de su mula. Ella sonrió, disfrutando del orgullo en la voz del chico.

Reid le tendió la mano y, tras un momento de vacilación sorprendida, Caroline la tomó y él la puso de pie. La calidez y la fuerza de su agarre despertaron el deseo reprimido de Caroline y ella lo soltó de mala gana.

Ezekial y Sarie se habían asejado un poco para saciar su sed en el arroyo.

—¿Cómo está su pie? —preguntó Reid.

—Había algo de hinchazón y calor alrededor del corte. Podría haberse infectado. —Se encogió de hombros—. Pero creo que estará bien. Tengo que decirle a su madre que se asegure de que se limpie todos los días.

—Ya lo sabe —dijo Reid—. Estaba escuchando cada palabra que decías.

Caroline no se sorprendió. Sarie Wollings la había estado observando como un halcón, lo que hizo que Caroline se preguntara si ya habían tenido algún mal encuentro con gente blanca.

Dickens rebuznó y Caroline se volvió para ver a la mula siendo acariciada por cinco pares de manos jóvenes. Tenía las orejas levantadas y se mantenía en pie con calma, con más tolerancia de la que Caroline había visto desde que tiraba de los vagones de la ambulancia. Sus cuartos traseros se balanceaban hacia adelante y hacia atrás bajo el roce de los niños, provocando la risa de los pequeños.

Ezekial volvió a ponerse junto a Reid y Caroline.

—Gracias por cuidar el pie de Ada. —Arrastró los pies.

—No tenemos nada con que pagarle...

Caroline levantó la mano.

—Lo único que quiero es que Ada pueda correr y jugar sin cojear. —Volvió a mirar a la niña, que sonreía y reía mientras los niños prodigaban atenciones a la mula.

—¿Qué va a hacer con él? —preguntó Ezekial, señalando a Seb.

—Espero encontrarle un hogar —respondió Caroline.

Ezekial y Sarie se miraron.

—Debería estar con los que son como él —señaló Sarie.

Caroline entendió el significado de sus palabras.

—Estoy de acuerdo, pero no hemos encontrado a nadie dispuesto.

—Uno más no se notará —aseguró Ezekial.

—Estarían teniendo otra boca que alimentar —interrumpió Reid.

—Sé cazar conejos y ardillas. No hemos pasado hambre todavía. —Caroline no se había imaginado que una familia tan grande quisiera otro hijo.

Aun así, era la solución perfecta para Seb. Entonces, ¿por qué se mostraba reacia a aceptarlo?

—No es nuestra decisión, —dijo—. Es de Seb.

Tras un momento de vacilación sorprendida, Ezekial y Sarie asintieron con la cabeza.

—Seb —llamó Caroline—. Ven aquí, por favor.

El chico renunció a su dominio sobre Dickens y se puso al lado de Caroline.

—Estos son Ezekial y Sarie Wollings —los presentó Caroline—. Eran esclavos como tú y les gustaría preguntarte algo.

Seb asintió tímidamente.

Sarie se arrodilló frente a él y tomó sus pequeñas manos entre las suyas.

—¿Tienes mamá o papá?

Seb negó con la cabeza.

—Ezekial y yo nos preguntábamos si querrías que fuéramos tus padres. Y los otros niños serían tus hermanos y hermanas.

Seb lanzó una mirada anhelante a los jóvenes, pero sus instintos de supervivencia, perfeccionados a lo largo de los años, lo hicieron cauteloso.

—¿Por qué me quieren a mí?

Ezekial se agachó junto a Sarie.

—Porque la familia se cuida unos a otros y nos gustaría cuidar de ti.

Aun así, el niño no estaba convencido.

—Pero ustedes no me necesitan. Ya los tienen a ellos.

—El amor no es algo que se pueda reducir o quitar. Solo se hace más y más grande.

Seb echó la cabeza hacia atrás para mirar a Caroline.

—¿Es eso cierto, Sra. Caroline?

Se le hizo un nudo en la garganta, pero se las arregló para hablar.

—Así es, Seb. Ezekial y Sarie quieren que formes parte de su familia.

Su mirada se desvió hacia los otros niños y esta vez no había duda del anhelo en sus ojos.

—Sería bueno tener hermanos y hermanas.

—A ellos también les gustaría —aseguró Sarie con una sonrisa. Se puso de pie—. ¿Qué dices, Seb?

Después de un momento, asintió.

—Niños, venid a conocer a vuestro nuevo hermano —llamó Sarie.

Caroline y Reid retrocedieron cuando los cuatro jóvenes se reunieron alrededor de Seb. Dickens rebuznó, desviando la atención

de Caroline. Una idea floreció.

—Ezekial, ¿te gustaría una mula? —preguntó.

El gran exesclavo parpadeó confundido.

—No podemos permitirnos una mula. Casi nadie las tiene ya. La mayoría de las del Sr. Wollings se usaban para comer.

—¿Le gustaría esa?

Caroline no sabía quién estaba más sorprendido por su oferta, Reid o Ezekial.

El exesclavo negó con la cabeza con firmeza.

—No vamos a aceptar caridad. —El color de la piel de un hombre no importaba cuando se trataba de orgullo.

—Me haría un favor. —dijo Caroline—. Realmente no lo necesito, pero no quiero vendérselo a alguien solo para que lo use como carne. Tendría que prometerme que lo tratará bien y que no lo matará. Ese es mi precio. ¿Tenemos un trato?

La mirada del hombre se desplazó entre ella y Dickens.

—No me parece bien.

—Es mi mula y puedo poner el precio que quiera. Además, sería bueno para Ada que cabalgue hasta que se le cure el pie. ¿Lo

quiere o no? —Caroline insistió, temiendo que cambiara de opinión si no conseguía que accediera rápidamente.

Ezekial miró a Sarie, que asintió levemente. Se volvió hacia Caroline y enderezó los hombros.

—Estaremos muy orgullosos de aceptarlo, señora Caroline, y también lo cuidaremos muy bien.

Caroline se tragó el nudo que tenía en la garganta. Ella y Dickens habían pasado por muchas cosas juntos, pero nunca había planeado quedárselo. Es solo que no esperaba sentirse tan miserable cuando se deshiciera de él. Forzó una sonrisa.

—Deje que coja mis cosas, luego es todo suyo.

Reid fue con ella a quitar las bolsas del bastidor de la mula. El gato no estaba a la vista. Caroline supuso que no le gustaban tanto los niños como a la mula.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Reid con una voz que no debía ser oída.

—¿Tú *también* quieres a Dickens? —preguntó ella, arqueando una ceja.

—Claro que no. —Su respuesta inmediata y vehemente hizo reír a Caroline, aliviando parte de su miseria—. Pero pensé que tú *lo* querías.

Si las cosas fueran diferentes, Caroline probablemente se lo habría quedado. Pero una vez que entregara el resto de los mensajes, no tendría ninguna razón para quedárselo, y no tenía hogar para la mula testaruda. Para desviar su melancolía, le preguntó a Reid:

—¿Alguna vez te conté cómo se ganó Dickens su nombre?

Él negó con la cabeza.

—Cuando Dickens iba enganchado a la ambulancia, era un ángel. Pero el resto del tiempo, se comportaba como el diablo. Los hombres solían preguntarse qué le había pasado. Un día, alguien empezó a llamarlo Dickens y se quedó con ese nombre. —Ella se encogió de hombros—. Si no lo hubiera recogido después de la guerra, lo habrían matado para comer. Después de haber servido tan bien, no podía permitir que le pasara eso a su piel tan áspera.

Sacudiendo la cabeza, Reid dejó las dos bolsas de la espalda de Dickens en el suelo.

—¿Estás segura de esto?

No, no lo estaba. Pero se sintió aliviada de dárselo a alguien que lo cuidaría. Y Seb estaría feliz de quedarse con su nuevo amigo. En definitiva, era la mejor solución, sobre todo porque no tenía intención de volver a encariñarse con nadie ni con nada.

—Quería encontrarle un hogar adecuado y lo hice. —Sacó su diario y arrancó una página en blanco del final del libro. Con un lápiz sin punta, escribió en el papel.

Reid apoyó los brazos en el lomo de la mula y le dijo en voz baja a Caroline:

—Si tienen suficiente hambre, se comerán al animal

Caroline mantuvo su atención en el papel.

—No. Ezekial mantendrá su palabra.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Caroline hizo una pausa y miró al antiguo esclavo, tratando de imaginar cómo había sido su vida. Pero al igual que con Seb, no podía entender el hecho de pertenecer a alguien o que le dictaran todo lo que hacía.

—Ahora es un hombre libre y eso significa más para él de lo que tú y yo podamos entender. Y como hombre libre, nos dio su

palabra. La mantendrá.

Aunque Reid no parecía convencido, Caroline estaba segura de haber tomado la decisión correcta. Terminó de escribir y se puso delante de la mula fea y temperamental. Le agarró suavemente las grandes orejas y se acercó.

—Salvaste a muchos soldados durante la guerra y ahora es el momento de que te tomes las cosas con calma. —Apoyó la frente contra la de la mula—. Esta gente te tratará bien, así que compórtate con ellos, ¿me oyes? Y cuida a Seb.

Con un silencioso resoplido, se enderezó y condujo a Dickens hacia Seb, que estaba de pie en medio de Ezekial y su familia. Le tendió la cuerda y luego le entregó el papel al hombre mayor.

—Es suyo. Y aquí está la factura de venta que prueba que es suyo.

Ezekial se quedó allí, mirando atónito durante un largo momento.

—Gracias. —dijo finalmente—. Nunca podremos pagárselo.

—Solo cuiden de Seb y del resto de su familia.

—Sí, señora. —Ajustó su improvisada mochila sobre su ancho pecho—. Ninguno de nosotros es pariente de sangre, al menos que sepamos. Pero cuando el Sr. Wollings nos liberó a todos, formamos nuestra propia familia. —Miró a Seb—. Y Seb es tan pariente como el resto de nosotros.

Caroline quedó impresionada por su declaración, sencilla pero sincera. La derrota del Sur los había liberado, pero su victoria era un arma de doble filo. No había trabajo ni comida, pero ahora tenían la libertad de elegir a quién amar.

—Que Dios los acompañe, —dijo el antiguo esclavo.

—Que Dios los acompañe, —repitió Reid.

Caroline abrazó a Seb, pero no le sorprendió que él no correspondiera. Esperaba que se sintiera más cómodo con su nueva familia.

—Cuídate y cuida de Dickens —susurró al niño, con lágrimas en los ojos.

—Lo haré, señora Caroline —le aseguró con voz adulta.

Caroline soltó al niño y dio un paso atrás para ponerse junto a Reid, que le puso un brazo alrededor de los hombros. Agradecida por su apoyo, se apoyó en su costado.

Ezekial levantó a Ada con su pie dolorido sobre el lomo de Dickens y dejó que Seb guiara a la mula por el camino.

—No lo tendrán fácil —dijo Reid.

—No, pero al menos se tienen el uno al otro.

Reid sonrió.

—Y a Dickens.

Como si oyera su nombre, la mula se volvió para mirarlos por última vez. Rebuznó una vez, y luego él, Seb y su nueva familia desaparecieron tras la curva.

17

Cuatro días después, Caroline, Reid y el gato cruzaron el río Misisipi y viajaron por Arkansas. Al acampar la noche antes de llegar a Pine Hill, Caroline volvió a su rutina habitual. Reid se ocupó de los caballos mientras ella recogía leña para encender el fuego y preparaba la comida.

Vivir tan cerca de Reid seguía causando estragos en sus emociones. Por un lado, encontraba reconfortante su compañía y conmovedora su preocupación por ella. Sin embargo, esos mismos rasgos, combinados con su atractivo masculino, hacían que su cuerpo anhelara su tacto.

Pensó en los pocos besos que habían compartido y su rostro se encendió más que el fuego de la cocina. Las noches, que ya habían sido difíciles debido a sus pesadillas, lo eran aún más con la atracción que chisporroteaba entre ellos. Había visto sus miradas

hambrientas y las había reconocido por lo que eran: él la deseaba como ella a él.

—Huele bien —comentó Reid.

Ella levantó la vista, siguiendo sus largas y delgadas piernas hasta sus esbeltas caderas y cintura, y más arriba hasta un pecho bien proporcionado oculto por una camisa color canela. Aunque sabía que tenía al menos treinta y cinco años, parecía más joven y en mejor forma que los hombres diez años más jóvenes que ella. La única evidencia de las tragedias que había soportado residía en sus ojos y en los pliegues de su frente. Sin embargo, en lugar de restarle valor a su apariencia, las líneas marcadas solo aumentaban su atracción hacia él.

Perturbada, volvió a centrar su atención en servir la cena, que era un conejo que Reid había cazado esa misma tarde. Le dio al gato un pequeño trozo de carne.

—Me sorprende que no le hayas puesto nombre, —dijo Reid, señalando al gato.

Caroline había estado a punto de ponerle un nombre más de una vez, pero cada vez había reprimido la tentación. Si le ponía un

nombre al gato, implicaba que planeaba quedárselo como mascota y no tenía intención de hacerlo.

No dejes que nadie se acerque o no sobrevivirás.

No pasó mucho tiempo después de la muerte de Robert para que aprendiera esa importante lección. Cuidar significaba dolor, y cuidar demasiado significaba demasiado dolor, así que había enterrado sus sentimientos tan profundamente que la mayor parte del tiempo todo lo que sentía era entumecimiento. Ahora, con la guerra terminada, ese entumecimiento se estaba desvaneciendo, dejando un dolor punzante en su alma.

—¿Por qué debería ponerle nombre? Desaparecerá un día, tal como apareció, y nunca volveremos a verlo.

Reid la miró un minuto y luego se encogió de hombros.

—Es tu gato.

Abrió la boca para negarlo, pero se dio cuenta de que estaba acariciando al animal y su ronroneo la estaba calmando de una manera que ni siquiera había reconocido conscientemente. Retiró la mano, se concentró en la comida e intentó ignorar al gato mientras este golpeaba su cabeza contra su brazo.

Sin embargo, cuando se acostó en su saco de dormir un rato después, rodeó al animal con un brazo y lo abrazó. Sus ronroneos la arrullaron hasta que se durmió y, aunque dormía inquieta, su pequeña y reconfortante presencia le impedía gritar durante sus pesadillas.



Reid miró a Caroline, que cabalgaba estribo con estribo con él, como se había convertido en su costumbre en las últimas semanas. Tenía la espalda recta y sostenía las riendas en sus manos enguantadas con una facilidad familiar. Su mirada distante lo mantenía a distancia tan eficazmente como un muro de piedra entre ellos.

¿Qué pasaba detrás de su fría fachada? A pesar de llevar tanto tiempo viajando juntos, aún no había descifrado sus silencios. Ella le había permitido vislumbrar su alma, pero nunca más que breves destellos. Aunque respetaba su intimidad, le frustraba intentar determinar qué motivaba a Caroline Taylor Milton. ¿Compasión? ¿Honor? ¿Culpa? ¿Todo lo anterior...?

Frunció el ceño para sus adentros, sabiendo que nunca sabría qué impulsaba a Caroline a menos que ella se lo dijera. Y la posibilidad de que eso sucediera era bastante remota.

Centrándose en el tranquilo entorno, Reid escuchó el repiqueteo de los cascos de sus caballos y el ocasional movimiento de una cola. El zumbido de los insectos creaba un constante murmullo de fondo y, de vez en cuando, se oía el canto de los pájaros entre los árboles. Su cabeza se inclinó bajo el calor del sol.

Un disparo de rifle rompió la tranquilidad. La somnolencia de Reid se quebró bajo el duro martilleo de su corazón. Tiró de las riendas, haciendo que Red se detuviera abruptamente.

Caroline también se detuvo. Tenía los ojos muy abiertos mientras buscaba en el área que los rodeaba.

—Eso estuvo cerca. ¿Crees que fue un cazador?

Reid consideró su suposición.

—Probablemente, ya que sonó un solo disparo. —Echó otra mirada de sondeo a su alrededor, pero no vio nada—. Sigamos adelante.

Con los sentidos en sintonía con cada pequeño matiz del bosque, Reid abrió camino por el estrecho sendero. Aunque fuera un

cazador, eso no significaba que estuvieran fuera de peligro. El caballo leonado de Caroline podía confundirse fácilmente con un ciervo. Se le heló la sangre al pensar que Caroline pudiera resultar herida.

Un cuarto de milla más tarde, el sonido de algo rompiendo la maleza hizo que Reid se detuviera de nuevo. El instinto le hizo sacar su revólver.

Una persona salió al camino. Reid tardó un momento en darse cuenta de que era un chico de unos catorce años. Su ropa y sus manos estaban cubiertas de sangre.

—Ayúdame, —dijo el chico frenéticamente—. Por favor, tienes que ayudarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Caroline.

—Mi abuelo. Le disparé. —Las lágrimas corrían por sus mejillas —. No quería hacerlo.

Reid enfundó su pistola y desmontó. Agarró los hombros temblorosos del chico.

—Cuéntanos qué pasó.

Tragó saliva visiblemente y se pasó una mano ensangrentada por la cara, dejando una marca roja.

—Estábamos cazando. No nos queda casi nada de carne. Vi algo y levanté el rifle. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se disparó. Maté a mi abuelo.

—¿Estás seguro de que está muerto? —preguntó Reid, manteniendo la voz firme para contrarrestar la histeria del niño.

Parpadeó y negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Llévanos hasta él —ordenó Caroline.

El niño asintió y se adentró de nuevo en el bosque, y Caroline lo siguió. Maldiciendo en voz baja su impulsividad, Reid se apresuró a seguirlos. Las ramas lo atraparon y le arañaron los brazos y la cara, pero apenas se dio cuenta. Alcanzó a Caroline y se mantuvo cerca, tan cerca que casi chocó con su yegua cuando Jeanie se detuvo abruptamente.

Caroline se había bajado de su caballo antes de que Reid pudiera calmar a su yegua. Una mirada al cuerpo tendido en el suelo le dijo que el chico no se había inventado la historia. Reid saltó y se unió a Caroline, que ya había abierto su alforja. Presionó un paño

contra la herida supurante del hombro del hombre mayor y luego tomó la mano de Reid y la colocó sobre el vendaje improvisado.

—Mantenla presionada para detener la hemorragia, —ordenó.

Él lo hizo sin dudarlo. Caroline hizo rodar con cuidado al anciano sobre su costado para poder examinarle el frente. Maldijo en voz baja, usando palabras que Reid se sorprendió de que ella conociera.

—La bala sigue dentro, —dijo.

—¿Va a morir? —preguntó el chico con miedo.

La expresión decidida de Caroline se suavizó.

—No si puedo evitarlo. ¿A qué distancia vives?

Señaló hacia el oeste.

—A unas dos millas en esa dirección.

—¿Tienes una carreta?

Asintió.

—Pero tuvimos que vender nuestra mula.

Caroline temía que el herido perdiera demasiada sangre en el tiempo que tardarían en llevarlo de vuelta a su casa.

—Está bien. —Forzó una sonrisa—. ¿Cómo te llamas?

—Todd.

—Bien, Todd, voy a tener que sacarle la bala, así que necesito que enciendas una hoguera. ¿Puedes hacerlo?

—Sí, señora.

—Pues adelante —le instó.

Con una mirada más a su abuelo, Todd empezó a recoger ramitas y ramas.

—Puedes ir conmigo en tu caballo hasta su casa y yo puedo enganchar el mío a la carreta, —sugirió Reid—. Podemos conseguir un médico para que le saque la bala.

—No tenemos tiempo suficiente.

El rostro del herido estaba pálido, casi como de cera.

—¿Puedes extraer la bala? —preguntó Reid.

Ella mantuvo la mirada desviada.

—No tengo elección. Si no la saco, morirá. Incluso si lo hago, no estoy segura de que sobreviva.

Perturbado por alguna razón que no podía precisar, Reid observó a Caroline trabajar. Se dio cuenta de que se estaba haciendo una idea de cómo sería ella trabajando como enfermera. Su única concentración estaba en el hombre herido mientras le cortaba la camisa, mientras Reid seguía presionando el vendaje para detener la hemorragia. Ella extendió dos mantas en el suelo y él ayudó a maniobrar al herido sobre ellas.

Una vez que Todd encendió el fuego, Caroline le pidió que calentara agua hasta que humease. Ella se lavó las manos y sumergió un cuchillo afilado y algunos paños en el agua caliente.

—Todd, voy a necesitar que hables con tu abuelo. Aunque esté inconsciente, creo que todavía puede oírte. Tienes que mantenerlo tranquilo y decirle que le estamos ayudando, —dijo Caroline.

Con el rostro serio, Todd asintió. Empezó a hablar en voz baja con su abuelo, primero disculpándose por lo que había hecho y luego asegurándole que estaban cuidando de él.

—Reid, necesitaré tu ayuda mientras busco la bala. Haz lo que te diga. —Su voz rezumaba confianza y eso se reflejaba en sus acciones.

—Está bien. —Se quitó el sombrero y rechinó los dientes. No era ajeno a las heridas de bala, pero nunca había ayudado a nadie a extraer una bala.

El primer corte que Caroline hizo con el cuchillo hizo que el estómago de Reid diera un vuelco y tragó saliva para no vomitar. Se obligó a observar sus manos firmes y sus movimientos seguros, y a ignorar la sangre que rezumaba y el tejido fibroso bajo la piel.

—Quita la sangre, —indicó ella.

Sorprendido, Reid buscó un paño grande, pero Caroline le indicó que usara los cuadrados más pequeños.

—Usa esos.

Conteniendo las náuseas, limpió la sangre alrededor de la herida. No tardó mucho en concentrarse en la cirugía y pronto reconoció cuándo era necesario limpiar la sangre de la herida para que Caroline pudiera ver lo que estaba haciendo.

El sudor le resbalaba por el rostro. También notó que Caroline estaba transpirando y, sin que ella se lo pidiera, le dio palmaditas en la frente y la barbilla con un paño limpio y seco. Con una mirada asustada y un rápido asentimiento se lo agradeció, pero no le prestó

más atención. Estaba completamente absorta en su paciente, como si pudiera salvarlo con solo quererlo.

Al cabo de lo que parecieron días, Caroline finalmente sacó un trozo de metal deforme. Lo sostuvo con sus fórceps y lo colocó en la bandeja improvisada.

Reid sacó la aguja y el hilo del recipiente con agua caliente y se lo pasó a Caroline. Quince minutos después, hizo un nudo en el hilo, cerrando la herida de forma efectiva. Reid la ayudó a colocar una venda limpia y luego la ató con otro paño alrededor del pecho y la espalda del anciano.

—Tendremos que revisar el vendaje cada hora más o menos, —señaló Caroline.

—¿Se va a poner bien? —preguntó Todd con voz ronca.

—He hecho todo lo que he podido. Ahora depende de tu abuelo.

Reid se puso en pie, conteniendo a duras penas un gemido. Se estaba haciendo demasiado viejo para estar arrodillado en el suelo durante dos horas. Al notar los movimientos poco elegantes de Caroline, le puso una mano debajo del codo y la ayudó a levantarse.

Ella se apoyó las manos en la parte baja de la espalda y se estiró, produciendo más de un chasquido.

—Me estoy haciendo vieja —dijo con ironía.

—Desde mi punto de vista, no —aseguró Reid con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas sobre lo que quería decir.

Ella se sonrojó, lo que le pareció entrañable después de su seguridad en sí misma durante la cirugía.

—Si quieres llevarte a Todd a casa y traer de vuelta la carreta, creo que es seguro trasladar a su abuelo, siempre y cuando usemos muchas mantas para amortiguarlo, —indicó ella.

—No me gusta la idea de que te quedes aquí sola. ¿Por qué no vas con el chico? Yo vigilaré al viejo.

Ella apoyó las manos en la cintura.

—¿Sabrás qué hacer si empieza a sangrar de nuevo? ¿O si tiene problemas para respirar?

Reid negó con la cabeza a regañadientes.

—Pero tú no sabes si algo va a pasar.

—Y tú no sabes si algo no va a pasar. No, me quedaré aquí y tú llevarás a Todd de vuelta a por su carreta. Llévate también a Jeanie.

Ella puede ayudar a tirar de la carreta.

—Si te quedas, tu caballo se queda, —afirmó sin dejar lugar a discusión.

La terquedad brilló en los ojos de Caroline, pero Reid sabía que su propia expresión coincidía con la de ella. No le gustaba dejarla sola ahí fuera con un hombre herido, pero estaba seguro de que no iba a dejarla sin medios para escapar si alguien se topaba con ellos.

Ella apartó la mirada primero y se rindió sin gracia.

—Está bien, pero no lo dejaré.

Reid solo pudo contener el impulso de hacerla entrar en razón.

—Maldita sea, Caroline. No arriesgues tu vida por alguien que podría no sobrevivir.

—Es mi vida la que arriesgo.

La frustración hizo que Reid se diera la vuelta y regresara a su caballo. Se apoyó en el lomo de Red, descansando la frente en el asiento de la silla. ¿Por qué se molestaba? ¿Qué era Caroline para él, aparte de alguien a quien acompañar a Texas? Sí, había sido la última persona en ver a su hijo con vida, pero no tenía nada que darle, ninguna de esas preciosas palabras que regalaba a otras

familias. Si tuviera un gramo de cerebro, se iría y la dejaría a su suerte.

Entonces, ¿por qué no lo hizo? Porque ella atraería a todos los rufianes en un radio de cincuenta millas. Porque Caroline Milton era demasiado compasiva para su propio bien. Porque, en contra de todo sentido común, se estaba enamorando de la frustrante, exasperante y hermosa mujer.

Suspirando con resignación, se enderezó y caminó de regreso hacia el niño, que permanecía al lado de su abuelo. Caroline estaba limpiando las cosas que había usado para recuperar la bala, pero él mantuvo la mirada alejada de ella.

—Vamos a buscar tu carreta, Todd —dijo Reid.

—Pero...

—Montarás conmigo, luego engancharemos mi caballo a la carreta y la traeremos de vuelta.

La cara de Todd se iluminó y le dijo unas palabras más en voz baja a su abuelo, y luego se unió a Reid.

—Volveremos en una hora, dos como mucho. —le dijo Reid a Caroline

—Recuerda traer mantas para que podamos hacerlo lo más cómodo posible, —señaló ella, sin mirarlo.

Reid asintió y se encaminó hacia a Red con Todd pisándole los talones.



Caroline se estiró y se frotó los ojos, que parecían como si alguien hubiera vertido un cubo de arena en ellos. Dios mío, estaba cansada. Demasiadas noches de sueño perturbado y demasiados días llenos de largas horas de viaje.

Inquieta, revisó la herida del anciano por tercera vez en menos de dos horas. Solo había una pequeña mancha de sangre que ya se había secado en el vendaje. Había permanecido inconsciente todo el tiempo y ella empezaba a preocuparse de que tal vez tuviera una lesión en la cabeza que no podía detectar. Sin embargo, era mayor y probablemente su cuerpo estaba teniendo dificultades para soportar el esfuerzo.

Molesta por el tiempo que tardaba Reid en regresar con la carreta, paseó por la pequeña zona, pero sin alejarse demasiado para no perder de vista a su paciente. Sin nada que hacer más que esperar, Caroline se encontró con que sus pensamientos giraban en torno a recuerdos que se había esforzado por enterrar. El débil toque de una corneta de retirada flotó a su alrededor y se encontró mirando a su alrededor para asegurarse de que solo estaba en su mente.

Pero unos momentos después, el bosque desapareció, para ser reemplazado por una tienda rodeada de camillas, cada una con un soldado herido. Sacudió la cabeza para deshacerse de las imágenes demasiado reales y luchó contra el pánico que acompañaba a su pérdida de control.

—¡Caroline!

La llamada de Reid fue una distracción bienvenida y se volvió hacia él. Caminaba entre la maleza, guiando a Todd, a una mujer que parecía ser su madre y a una niña más joven que Todd en uno o dos años.

—¿Dónde está la carreta? —preguntó Caroline, incapaz de contener su irritación—. En el camino. El sendero es demasiado

estrecho para acercarla.

Caroline debería haberse dado cuenta de eso. Jeanie apenas había logrado atravesar la maleza y los árboles cuando siguió a Todd.

—Tendremos que llevar al viejo hasta allí —dijo Reid en voz baja. Señaló a los extraños que habían regresado con él—. Esa es Elizabeth, la madre de Todd, y su hermana Jane. El viejo es Henry, el padre del marido de Elizabeth. Su marido murió en la guerra.

Ella asintió distraídamente, observando a la familia reunida alrededor del patriarca. Después de ver cómo estaba su suegro, Elizabeth se unió a ellos. Aunque probablemente era más joven que Reid, las arrugas de su rostro le añadían diez años.

—Gracias por salvarle la vida —dijo con una voz sorprendentemente educada—. No sé qué habríamos hecho si también le perdiéramos a él.

—Todavía no está fuera de peligro —advirtió Caroline—. Habrá que vigilar de cerca la herida hasta que cicatrice correctamente.

—Si puede ayudarnos a llevarlo a casa y enseñarme lo que tengo que hacer, me aseguraré de que reciba la atención que necesita.

Caroline quedó impresionada por el temple de la mujer.

—Estaré encantada de enseñárselo.

Entre los cinco, llevaron a Henry los treinta metros hasta la carreta y lo acomodaron en el suelo cubierto con una manta. Reid conducía la carreta mientras todos los demás caminaban a su lado, incluida Caroline, que guiaba a Jeanie. Elizabeth se echó hacia atrás junto a ella para hablar.

—Usted no es del sur —dijo Elizabeth, pero no había condena en su tono.

—Así es, —admitió Caroline. Se había olvidado de usar un acento—. Soy de Massachusetts. Mi marido era de Virginia.

La mirada de Elizabeth se dirigió a Reid.

—No parece de Virginia.

—Oh, no, mi primer marido, —corrigió Caroline, y luego se dio cuenta de que estaba insinuando que ella y Reid estaban casados. Se encogió de hombros mentalmente.

—Era un oficial del ejército confederado.

—¿Está muerto?

—Así es. Hace tres años.

—Yo perdí a mi marido hace dos años en Chancellorsville. No estaba segura de poder seguir adelante sin él, pero su padre y los niños me dieron fuerzas. —Elizabeth miró a su suegro en el carruaje —. Henry quedó devastado por la muerte de su único hijo, pero está criando a Todd como si fuera suyo. —Su expresión se arrugó—. Y entonces pasa esto. Sé que fue un accidente, pero a veces parece que Dios nos ha maldecido.

Caroline tomó la mano de Elizabeth con la suya.

—Dios no maldice a la gente. Creo que las cosas suceden por una razón, aunque no sepamos cuál es en ese momento.

—Parece usted una buena mujer temerosa de Dios.

Caroline intentó recordar la última vez que había rezado, y no lo consiguió. Logró esbozar una sonrisa.

—Cada uno hace lo que tiene que hacer.

Caminaron detrás de la carreta en un silencio amistoso, aunque tenso por el estado incierto de Henry. Por todos aquellos a los que no había podido salvar durante la guerra, esperaba poder devolverle la vida a esta familia, que ya había perdido a un marido y a un padre.

Treinta minutos de caminata los llevaron a una granja respetable, con una vaca lechera y algunas gallinas. Después de que Caroline revisó a Henry para asegurarse de que su herida no se hubiera abierto durante el viaje a casa, llevaron al anciano a la casa. Elizabeth los dirigió a una cama en una esquina de la habitación principal y lo acostaron allí.

Tan pronto como se acomodó, Henry gimió y sus párpados se abrieron.

Elizabeth se inclinó sobre él y le habló con voz tranquila y reconfortante.

De repente, el interior le pareció demasiado estrecho, demasiado oscuro y demasiado parecido al interior de una tienda de campaña de hospital. El corazón de Caroline se le atragantó en la garganta y luchó por evitar que el pánico se apoderara de ella. Salió apresuradamente de la casa. El sol de última hora de la tarde se inclinaba y ella respiraba profundamente el aire fresco.

Oyó pasos detrás de ella y supo que Reid la había seguido afuera.

—La señora Hudson nos ha invitado a cenar. —dijo Reid.

Caroline se quedó paralizada.

—¿Cómo se llama?

—Elizabeth Hudson.

Bethie.

—¿La conoces? —preguntó Reid.

Ella negó con la cabeza.

—No. Pero conocí a su marido.

18

7 de mayo de 1863.

Cabo Hank Hudson de Pine Hill, Arkansas. Herido por una bala de rifle en Chancellorsville el 3 de mayo. Treinta y cuatro años, cabello castaño, ojos color avellana, falta el dedo medio de la mano izquierda. Causa de la muerte: hemorragia después de la amputación de la pierna derecha. «Le rogué a Dios que no me hubiera alistado y lamento muchísimo no poder volver a casa. No te creas nada, Bethie, pero nunca lo hiciste, ni siquiera del viejo McConnell. El lugar es tuyo libre de cargas para que nuestro hijo pueda tenerlo cuando sea lo suficientemente mayor. Cuídate y cuida de los pequeños. (Collar con medallón)».

Reid se apoyó en un poste del porche, frente a Caroline. ¿Cómo pudo conocerlo? La respuesta llegó en un instante.

—El suyo es el siguiente mensaje.

—No debemos estar lejos de Pine Hill —dijo ella a modo de respuesta y todo su cuerpo se hundió—. Debería haber sospechado que era ella cuando dijo que su marido había muerto en Chancellorsville.

—¿Cómo podías haberlo sabido? Además, ¿eso importa?

Ella se enderezó, pero él pudo ver el esfuerzo que le costó hacerlo, y la admiró aún más por ello.

—¿Recuerdas lo que dijiste sobre que tal vez era mejor no reabrir viejas heridas? —preguntó ella—. ¿Que lo que estoy haciendo podría estar haciendo daño en lugar de ayudar a las familias?

Reid se removió inquieto.

—Lo recuerdo. Me equivoqué.

Perpleja, ella ladeó la cabeza.

—¿Cómo puedes decir eso? Viste la reacción de la señora Smith.

—¿Y qué hay de los demás?

Recordó cada visita, sobre todo las lágrimas.

—Algunos estaban agradecidos, otros no. Pero les causé dolor a todos.

—¿Entonces crees que les habría ido mejor si no hubieran sabido que sus maridos e hijos pensaban en ellos en el último momento?

Ella se estremeció.

—No lo sé.

Reid respiró hondo y puso sus manos sobre los tensos hombros de Caroline.

—Sé que si Steven me hubiera dejado un mensaje, querría escucharlo. —Su pecho se sentía maltratado y desgarrado—. Sí, dolería, pero valdría la pena saber los últimos pensamientos de Steven antes de que falleciera.

Ella lo estudió con ojos angustiados.

—Ojalá pudiera darte eso.

Se le hizo un nudo en la garganta y apartó la mirada, no queriendo que ella fuera testigo de su desesperación. Ya cargaba con suficientes pesos sobre sus delgados hombros.

—No puedes parar, Caroline. —Volvió a mirarla—. En cierto modo, eres como mi esposa, Anna. Ella tenía más fe que diez hombres.

Caroline miró más allá de él.

—No me parezco en nada a ella. Perdí la fe hace mucho tiempo.

—No. Si lo hubieras hecho, no estarías arriesgando tu vida para entregar esos mensajes que llevas en ese libro tuyo.

Ella se rió, pero fue un sonido amargo y doloroso.

—Eso no es fe. Eso es no tener nada por lo que vivir.

El corazón de Reid dio un vuelco.

—Aún eres joven, Caroline. Puedes volver a casarte y tener hijos. —Aunque le dolía pensar en ella con otro hombre, su inesperado comentario desencadenó en él un instinto protector más profundo que los celos.

Ella se llevó la palma de la mano al centro del pecho y susurró:

—Aquí ya no queda nada. —Luego regresó a la casa.

Atónito, Reid permaneció clavado en el porche. ¿Cómo podía pensar que no tenía nada que ofrecer a un hombre? ¿Cuántas veces

había estado a punto de abrazarla? Solo el hecho de que ella merecía a alguien que tuviera más que ofrecer le impedía amarla.

Todd salió de la pequeña casa y se pasó el brazo por la cara.

De repente, se fijó en Reid y se sonrojó.

—¿Cómo está tu abuelo? —preguntó Reid.

—Bastante bien, teniendo en cuenta que le disparé.

—Fue un accidente.

—Fue una estupidez —aseguró, con voz llena de reproche—. No hice caso a mi abuelo.

Reid esbozó una sonrisa.

—A mí también me parece que hice muchas estupideces cuando tenía tu edad. Aprendes y sigues adelante.

—Apuesto a que nunca disparaste a tu abuelo.

No lo había hecho, pero había matado a dos hombres intencionadamente. También había disparado a otros hombres, simplemente porque le habían pagado para hacerlo. Eso fue antes de que se diera cuenta de que la vida no era barata y de que nadie tenía derecho a quitarle la suya a otra persona.

—No, pero hice otras cosas de las que no estoy orgulloso. —Hizo una pausa—. ¿Qué diría tu padre si estuviera aquí?

Todd metió los puños en los bolsillos del mono.

—No importa, ya que no está. —La ira vibraba en la voz y el cuerpo del chico.

—Vamos a frotar los caballos —dijo Reid, desviando la atención de Todd.

El chico no respondió, sino que siguió a Reid, que conducía a Red, todavía enganchada al carro, hasta la destartalada cabaña.

—¿Por qué no cuidas tú el caballo de la señorita Caroline? —sugirió Reid. Trabajaron en sus respectivos animales en un silencio amistoso.

Reid quitó las riendas a Red, que sacudió la cabeza con indignación cuando la llevó al corral. Se unió a Todd, que había desensillado a Jeanie y ahora la estaba cepillando. El chico señaló otro cepillo en un poste y Reid asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y luego empezó a cepillar a su propia yegua alazana.

—Sabes de caballos —comentó Reid, manteniendo un tono ligero.

Todd gruñó y Reid esperó. Su paciencia fue recompensada unos minutos después.

—Papá solía entrenar caballos para la gente. Me estaba enseñando a hacerlo antes de... —La voz de Todd se quebró—. Antes de irse a luchar.

—¿Cultivaba algo?

—Algo de maíz y algodón. El abuelo ayuda en el campo, pero se está haciendo viejo. Y ahora va a estar postrado—. Todd resopló, pero Reid no pudo verle la cara. —Supongo que eso me deja a mí para ocuparme de ello.

Reid recordó el momento en que era uno o dos años mayor que Todd y había asumido la responsabilidad de un hombre. No había sido fácil y, como le había dicho al chico, había cometido errores.

—Haz lo que tu padre habría hecho y todo irá bien.

Se preguntó qué mensaje había dejado el padre de Todd a su familia. Si a Reid le hubieran dado la oportunidad de dejar un mensaje a su hijo, ¿qué habría dicho? ¿Cómo se resume toda una vida en una nota final?

—Solía enfadarme con papá, siempre hablando de tratar bien a los demás, incluso cuando nos trataban como si no valiéramos nada, —dijo Todd—. No creo que quisiera irse a luchar, pero pensó que era su deber. Solo vi llorar a mamá dos veces, la primera fue cuando papá se fue.

—¿Cuándo fue la segunda vez?

Todd acarició el cuello de Jeanie.

—Cuando se enteró de que papá había muerto. —Los ojos del chico se llenaron de bravuconería vulnerable—. Yo no lloré.

A Reid se le hizo un nudo en la garganta y se lo tragó.

—No hay que avergonzarse de llorar. De hecho, cuando me enteré de que habían matado a mi hijo, lloré. —No le dijo que necesitaba emborracharse para hacerlo.

Todd miró a Reid con incredulidad.

—Los hombres no lloran.

—¿Quién te ha dicho eso?

Se encogió de hombros.

—Otros chicos.

Reid rodeó a su caballo para mirar al chico.

—Se equivocan, Todd. Llorar no te hace menos hombre. Te hace más humano.

Todd se pasó el brazo por los ojos demasiado brillantes.

—Le echo de menos, Sr. Tanner.

—Lo sé —dijo en voz baja.

Los hombros de Todd temblaron y se apoyó en él. Reid cerró los ojos para no sentir su renovado dolor y rodeó al chico con los brazos, dejándolo llorar.

Cuando el chico dejó de llorar, se apartó de Reid. Mantuvo la mirada baja mientras se limpiaba la cara con las manos.

Sabiendo que Todd estaba avergonzado, Reid recogió los dos cepillos de curry.

—¿Por qué no los guardas? Creo que los caballos ya han sido mimados suficiente por hoy.

Todd los cogió y se apresuró a entrar en el establo. Reid salió del corral, cerrando la puerta tras de sí.

Todd se reunió con él cuando se dirigía a la casa.

—¿Te quedarás por un tiempo?

—Probablemente nos vayamos mañana, a menos que Caroline crea que debemos quedarnos más tiempo.

—Nunca había conocido a una mujer médico.

—No es médico. Cuidó a los soldados durante la guerra.

—Me pregunto si conoció a mi padre.

Reid bajó la mirada, reacio a mentir, pero sabiendo que no le correspondía a él contarle al niño el mensaje que llevaba Caroline.

—Tendrás que preguntárselo a ella.

En la puerta, Todd arrastraba los pies.

—¿Y si el abuelo se ha ido?

—Alguien habría salido a decírnoslo. —Reid le dio un codazo—. Vete. Quizá se haya despertado.

—Se va a enfadar.

—Creo que estará más preocupado que enfadado. —Si Steven le hubiera disparado accidentalmente, Reid se habría preocupado más por los sentimientos de su hijo que por su propia herida. Esperaba que Henry sintiera lo mismo.

Caroline salió de la cabaña, limpiándose las manos con una toalla. Su expresión brillante le dijo a Reid que el anciano estaba

mejor.

—Venía a buscarte —dijo, mirando a Todd—. Tu abuelo quiere verte.

—¿Está...? —Empezó Todd.

Ella sonrió tranquilizadora.

—Se pondrá bien, pero que no hable mucho. Necesita descansar.

—Sí, señora.

El niño, aliviado, entró apresuradamente.

—Me alegra saber que el viejo se pondrá bien, —dijo Reid.

—No estaba segura, pero es un viejo duro. —Una sonrisa atenuó sus palabras, pero se desvaneció—. Su hijo Hank también fue un luchador.

—¿Lo recuerdas?

Sus ojos atormentados se cruzaron con los suyos.

—Los recuerdo a todos. —Ella negó con la cabeza, como si pudiera borrar físicamente los recuerdos—. Le dije a Elizabeth que pasaríamos la noche.

—¿Cuándo le vas a dar el mensaje?

—Esta noche, después de cenar.

Después de su conversación anterior, se sintió aliviado de que ella hubiera decidido hacerlo.

—¿Cuántos quedan después de esto?

—Uno.

Sorprendido, Reid no se había dado cuenta de lo cerca que estaban del final.

—¿El último está en Texas?

Ella asintió.

Las palmas de Reid se humedecieron. Se dirigía a casa, pero ¿era eso lo que quería? ¿O el revólver en su cadera sostenía su futuro? ¿Y qué pasaba con Caroline? Su promesa de llevarla a salvo a Texas se cumpliría, pero ¿qué haría ella entonces?

—¿Reid?

Su tono le dijo que había estado tratando de llamar su atención.

—¿Qué?

—Te pregunté si eso estaría bien para ti.

—Es tu decisión, Caroline.

Ella frunció el ceño.

—Pensé que estarías emocionado de volver a casa.

Era curioso cómo podía adivinar sus pensamientos, aunque no podía sentir los sentimientos encontrados que los acompañaban.

—Tengo veinte hectáreas de algodón listas para la cosecha, pero ya no parece que merezca la pena.

—Pero es tu hogar.

No tenía una explicación para ella, así que se quedó en silencio.

—¿Has visto al gato? —preguntó ella después de unos minutos de silencio.

—No desde que nos encontramos con Todd y su abuelo.

Ella cruzó los brazos, manteniéndolos ajustados contra su cintura.

—¿Crees que nos encontrará?

Reid notó la preocupación en su tono.

—Aún no nos ha perdido.

La aprensión de Caroline no disminuyó y hubo una indiferencia forzada en su encogimiento de hombros.

—O se ha ido. No importa.

Sus palabras decían que no le importaba, pero sus acciones le decían lo contrario. ¿Cuántas otras veces habían estado sus palabras y acciones en desacuerdo?

—Será mejor que le muestre a Elizabeth lo que tiene que hacer por Henry.

Caroline regresó a la cabaña, dejando a Reid solo con sus pensamientos.



Durante la cena, Elizabeth sugirió que Caroline y Reid durmieran en su habitación. Sin embargo, a Caroline le daba escalofríos pensar en dormir en la misma cama donde había estado un soldado que había

visto morir. Quizás estaba siendo tonta, pero su estómago no le permitía aceptar la oferta de Elizabeth.

El granero estaba descartado con su techo combado y sus paredes inclinadas. Así que, como la noche era tan agradable, Caroline y Reid decidieron dormir fuera.

Mientras Elizabeth daba de comer a su suegro, Caroline ayudó a Jane a lavar los platos y Reid sacó a Todd a ver cómo estaban los caballos y a montar un campamento.

Jane era una niña de doce años terriblemente tímida que miraba a Caroline como si fuera una especie de heroína. A Caroline le incomodaba, pero no sabía cómo disuadir a la niña de su asombro.

Finalmente, el largo silencio terminó cuando se guardó el último plato. Jane desapareció inmediatamente en el desván, donde Caroline supuso que estaba su cama.

Elizabeth se alejó de la cama de la esquina y puso el cuenco vacío de Henry en el lavabo.

—Juro que el disparo no le quitó el apetito.

Caroline sonrió.

—Es una buena señal. Si come, descansa y bebe lo que debe, se recuperará en poco tiempo.

El sencillo rostro redondo de Elizabeth se iluminó de gratitud.

—Tuvimos la suerte de que usted y su marido estuvieran cerca cuando sucedió.

—Fue una casualidad —dijo ella con torpeza. La razón por la que Caroline había estado en ese lugar pesaba mucho en su mente.

—Henry ha sido un regalo del cielo desde que Hank se fue. Sin él, no sé qué habríamos hecho.

—Ayuda que el lugar sea suyo, libre de deudas.

Elizabeth se quedó paralizada en medio de un asentimiento y su gratitud fue reemplazada por cautela.

—¿Cómo lo sabe?

Caroline maldijo su lengua suelta. Apartó un mechón ondulado de su frente y lo colocó detrás de su oreja.

—Le dije que fui enfermera confederada.

—Sí. —La sospecha de Elizabeth no disminuyó.

—Vi morir a muchos soldados. —Caroline respiró hondo—. Incluido su marido.

Elizabeth se llevó una mano a la boca.

—¿Conoció a Hank?

—No muy bien. —Se mordió el labio inferior—. Me pidió que le diera un mensaje antes de morir. Lo escribí en mi diario.

—¿Lo ha sabido todo este tiempo?

—Desde que trajimos a Henry en el carromato —admitió Caroline—. No pensé que fuera el momento de decírselo.

—¿Así que vino a buscarnos?

—Sí. Su marido fue uno de los veintiún soldados que me pidieron que diera a sus familias los mensajes finales. —A Caroline le dio un retortijón y se alegró de no haber cenado mucho—. No quería preocuparla.

Elizabeth apretó las manos, pero Caroline se dio cuenta de que temblaban... casi tanto como las suyas.

—¿Sabe qué fue lo más difícil para mí cuando me enteré de que había muerto?

Caroline negó con la cabeza.

—No saber cómo fueron sus últimos minutos. —Miró por la ventana hacia el crepúsculo creciente—. Recé para que se fuera

rápido, pero no pude evitar las pesadillas. Me despertaba en medio de la noche después de soñar que lo veía morir lenta y dolorosamente.

Caroline mantuvo la expresión en blanco. Lo último que quería era que Elizabeth supiera lo cerca que estaban sus pesadillas de la verdad.

—Iré a buscar mi diario.

Se obligó a caminar, no a correr, hacia la puerta mientras los terribles recuerdos la asaltaban una vez más. Su temblor aumentó y buscó frenéticamente un lugar donde nadie pudiera verla.

Cruzó el patio a un ritmo más rápido, dobló la esquina del viejo granero y se dejó caer al suelo. Se subió las rodillas y se las envolvió con los brazos, enterrando la cara.

Como con los demás, podía ver claramente al soldado Hank Hudson. Había sido uno de los soldados más mayores y había sido más pragmático que aquellos que apenas habían salido de la infancia. Sabía que se estaba muriendo, pero no se obsesionaba con ello. En cambio, había hablado de su familia y de lo orgulloso que estaba de su Bethie y sus dos hijos. Incluso le había contado una o dos historias sobre su padre.

Caroline frunció las aletas de la nariz ante el hedor de carne y sangre putrefactas. ¿Por qué lo olía ahora? Era del pasado, el pasado que tanto había intentado olvidar pero no había podido. Sin embargo, era tan real que su estómago se revolvió y luchó contra las arcadas.

No, no podía dejar que la locura se apoderara de ella todavía. Solo dos mensajes más

... Se puso de pie y se obligó a respirar profundamente. Después de las primeras respiraciones, el olor nauseabundo desapareció, reemplazado por los aromas terrosos de la tierra húmeda y las plantas verdes.

Enderezando la espalda, fue en busca de su diario y lo encontró unos minutos más tarde con sus cosas en el campamento. En la bolsa también había un collar, que Hank le había pedido a Caroline que le diera a su esposa. Reid y Todd estaban creando un área para dormir quitando rocas y palos. Reid mantuvo la atención del niño lejos de ella, lo cual agradeció.

Con el diario y el collar en la mano, regresó a la casa con dificultad. Aunque quería terminar con esto, sentía ira y arrepentimiento por igual. ¿Y si hubiera hecho algo diferente?

¿Estaría Hank Hudson vivo hoy? ¿O habría sido como el joven amargado de Rounder que perdió la pierna?

Entró en la casa y olió a café recién hecho.

Elizabeth sirvió dos tazas y las puso sobre la mesa. Se sentó con rigidez y le indicó a Caroline que tomara la silla de enfrente.

—Pensé que le gustaría un poco de achicoria. Dios sabe que yo la necesito. —Intentó sonreír, pero no lo logró.

Caroline se sentó en el borde de su silla y puso el diario sobre la mesa. Le tendió la mano con el collar en el centro de la palma. —Me pidió que se lo devolviera.

—Ese es el medallón que le di —susurró Elizabeth. Extendió la mano, temblando, y cogió el collar. Abrió el medallón en forma de corazón—. Mis padres me lo regalaron cuando tenía dieciséis años. Tiene mi foto y un mechón de mi pelo. Pensé que... reconfortaría a Hank.

—Lo hizo. Lo tenía en la mano todo el tiempo. No me lo dio... —Caroline carraspeó— ... hasta justo antes de morir.

Elizabeth cerró la mano alrededor del medallón y se lo apretó contra el pecho.

Su mirada se desplazó hacia el diario.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Caroline apoyó la mano en la tapa, cobrando fuerzas con la encuadernación de cuero familiar.

—¿Qué dijo?

Caroline respiró hondo y abrió su diario por la cinta azul. El latido de su corazón resonaba en sus oídos y se preguntó si Elizabeth podía oírlo. Mantuvo la voz baja para no despertar a Henry ni permitir que Jane, que estaba en el desván, lo oyera.

—Le pedí a Dios que no me hubiera alistado y lamento muchísimo no poder volver a casa. No te tragues ninguna tontería, Bethie, pero nunca lo hiciste, ni siquiera del viejo McConnell. El lugar es tuyo gratis y libre para que nuestro hijo pueda tenerlo una vez que tenga la edad suficiente. Cuídate y cuida a los pequeños.

Elizabeth se volvió para mirar por la ventana, dándole a Caroline su perfil. Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Dígame, ¿por qué murió?

Su pregunta inesperada hizo que Caroline se detuviera. Había intentado muchas veces responder a la misma pregunta, lo había discutido con Reid, pero aún no tenía la respuesta.

—¿Por el Sur? ¿Por sus creencias? ¿Por usted y los niños?

La atención de Elizabeth se volvió hacia Caroline y la ira ardía en sus ojos.

—No me diga que murió por mí y por los niños.

Caroline se echó hacia atrás, sorprendida por su arrebato y aún más conmocionada por la vehemencia que había detrás.

—No quise dar a entender...

—Entonces, ¿qué quiso decir? Usted estaba allí. Vio a hombres heridos y moribundos. ¿Por qué siguió cuidándolos? ¿Qué le impidió irse? —El acento sureño de la mujer se exageró en su ira.

Las imágenes volvieron a bombardear a Caroline, imágenes de las condiciones del hospital de campaña: los hombres cubiertos de mugre y sangre, la pila de miembros amputados, los lamentos de los heridos. Todos los días rezaba para que todo terminara, pero cuando lo hacía, no quedaba nada. Y las razones por las que se había quedado ya no estaban claras.

—Ojalá tuviera una respuesta para ti, Elizabeth, pero no la tengo, —dijo Caroline, con la voz apenas por encima de un susurro —. Quizá podría haber respondido a tu pregunta hace dos años, pero ahora no.

La mayor parte de la ira de Elizabeth se desvaneció.

—Hank también creía que lo sabía cuando se alistó. Intenté disuadirlo, le dije que no era nuestra guerra. Que no importaba qué político fuera presidente, todos se sentaban en sus tronos altaneros y poderosos y declaraban una guerra que no tenían que librar. Pero Hank no quiso escuchar.

—Quizá, pero eso no hace que la muerte de su marido carezca de sentido.

Elizabeth se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo puede decir eso? Sabe lo que la guerra les hizo a hombres como mi Hank.

Porque si sus muertes carecían de sentido, entonces lo que hice también carecía de sentido.

—No importa si estuvo bien o mal, tienes que respetar lo que hizo, —dijo Caroline en voz baja—. Quizá eso es todo lo que Hank quería.

Elizabeth sacó un pañuelo del bolsillo de su delantal y se sonó la nariz.

—Quería a mi marido, Caroline, pero no sé si puedo respetar lo que hizo,

De repente, sintiéndose agotada, Caroline se preguntó de nuevo si había hecho lo correcto al darle el mensaje a Elizabeth. Obviamente, había desenterrado sentimientos amargados que no habían sido enterrados con los restos de Hank. Cerró el diario y se levantó.

—Hice lo que tu difunto esposo me pidió y te traje su mensaje. Lamento haberte causado dolor.

Elizabeth parpadeó rápidamente.

—Yo también lo siento.

Caroline se retiró, dejando a la mujer con su renovado dolor. En lugar de ayudar, había vuelto a herir a alguien. ¿Tenía fuerzas para el mensaje final? ¿O por fin había aprendido la lección?

19

Reid se despertó al instante y permaneció inmóvil en la oscuridad, tratando de determinar qué le había sacado de un profundo letargo. Sonidos nocturnos familiares, un búho ululando, insectos trinando y hojas revoloteando, se filtraban a través de la quietud estratificada. Todo parecía normal. Giró la cabeza para ver cómo estaba Caroline, cuyo saco de dormir estaba a un tentador metro de distancia. La cama estaba vacía, sin rastro de la mujer. Sus zapatos yacían junto a su manta, al igual que su falda y blusa cuidadosamente dobladas donde el gato yacía acurrucado, por lo que no podía haber ido muy lejos.

Se incorporó y la buscó entre las sombras. ¿Se habría ido solo a hacer sus necesidades? Contó hasta cien lentamente, pero ella no reapareció.

—Caroline. —llamó, echando hacia atrás la manta—. ¿Dónde estás? —No hubo respuesta.

Se puso las botas y la camisa, sin molestarse en abrocharla, y se puso de pie.

—Caroline, —gritó.

Siguió sin respuesta.

Preocupado y enfadado a la vez, se puso el cinturón de pistola y fue en su busca. Gritó su nombre y escuchó con atención. Después de quince interminables minutos, oyó el susurro de la maleza y siguió el sonido.

Caroline estaba de pie en medio de un claro iluminado por la luna, vestida solo con la ropa interior con la que había dormido. Su cabello estaba suelto, cayendo por su espalda en gruesas ondas hasta la cintura. El aliento de Reid se quedó atrapado en sus pulmones ante el brillo plateado que formaba un nimbo alrededor de su figura.

—¿Qué estás haciendo, Caroline? —preguntó, incapaz de ocultar la lujuria que engrosaba su tono.

Ella se volvió y la sorpresa seguida de confusión se apoderó de su rostro.

—Reid, ¿qué estás haciendo aquí?

Él frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí?

—Trabajo aquí —respondió ella.

El malestar se apoderó de él.

—¿Qué quieres decir?

Ella dio una vuelta lenta, gesticulando hacia afuera.

—Todos estos hombres. Tantos heridos. —Su voz se quebró—- Los camilleros están trayendo más. Hay tantas bajas. ¿Puedes ayudarme a meter a los que podamos salvar en la tienda?

El corazón de Reid latía con fuerza en sus oídos mientras miraba a su alrededor, sin ver nada más que las siluetas de los árboles, la hierba y los arbustos.

—Aquí no hay nadie más que tú y yo.

Caroline frunció el ceño y puso cara de impaciencia.

—¿Cómo es posible que no los veas? Están a nuestro alrededor.

El miedo hizo que le sudaran las palmas de las manos. Había visto este tipo de cosas en otra ocasión, después de que un hombre

perdiera a su mujer y a sus hijos en un incendio. El hombre había hablado con su familia como si estuvieran a su lado. Al día siguiente se había quitado la vida.

—La guerra ha terminado. Ya no hay soldados heridos. —Se acercó a ella.

—¿No hueles la sangre? ¿No los oyes llorar? —Una lágrima rodó por su mejilla, dejando un rastro plateado brillante a su paso—. Tenemos que ayudarlos.

Reid extendió la mano hacia Caroline y sus manos se cerraron sobre la carne fría. Ella tiró, tratando de escapar, mientras su mirada saltaba alrededor de ellos.

—Mírame, Caroline. —Ella siguió forcejeando y mirando a todas partes menos a él.

Con una mano, él le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Mírame, Caroline. La guerra ha terminado. Estás entregando mensajes a las familias de los soldados muertos. ¿Lo recuerdas?

La mirada perdida en sus ojos lo asustó. La rodeó con ambos brazos y abrazó su cuerpo rígido contra su pecho, esperando que el contacto la sacara de su delirio.

—La guerra ha terminado. Ya no hay más muertes.

Ella luchó contra él, agitando manos y pies, y él la apretó con más fuerza. No quería hacerle daño, pero tampoco quería que una extremidad agitada le golpeara en un lugar sensible.

De repente, su cuerpo se hundió. Él la tomó en sus brazos y su cabeza se apoyó contra su pecho, donde su camisa estaba abierta. Su cálido aliento le arrugó el pezón y él ahogó un gemido.

—¿Has vuelto conmigo ahora? —preguntó suavemente.

Sintió que ella asentía y un alivio lo invadió. No podía ver su expresión, pero al menos no despotricaba sobre soldados heridos. Después de llevarla de vuelta a su campamento, la dejó en su saco de dormir. Ella permaneció sentada, pero con el cuello doblado y el rostro oculto por una cascada de espeso cabello.

—¿Quieres decirme de qué se trataba eso? —preguntó, cortante por el miedo.

Ella no dijo nada y Reid reprimió su creciente irritación. Obviamente, ni siquiera se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Para darle tiempo a recuperar la compostura, y la suya propia, encendió una hoguera. El gato había desaparecido, dejando una depresión en la ropa doblada de Caroline.

Reid se quitó el cinturón de pistolas y lo dejó a un lado, luego se arrodilló junto a ella. Notó que los dedos de sus pies se curvaban y envolvió su pie frío con las manos, con la intención de calentarlo. Ella se sacudió, pero no intentó apartarse, y él le masajeó la planta y la suavidad aterciopelada de la parte superior del pie. Cuando se calentó, pasó al otro pie, frotando calor en él.

Aunque Caroline no hablaba, él detectó la relajación gradual de sus músculos. Reid continuó acariciando sus pies, uno en cada mano ahora. Eran largos y delgados, un reflejo de su alta y esbelta figura. Se puso duro ante el contacto íntimo, pero ignoró la insistencia de su cuerpo. Caroline necesitaba un amigo, no un hombre que la manosease.

—Fue tan real, —susurró.

Reid no la empujó. Ella continuaría si confiaba en él.

Levantó la cabeza y apartó el pelo de la cara. —Pensé que estaba de vuelta en el hospital. Podía oír, oler y ver todo, como solía ser—. Un visible escalofrío la recorrió.

—¿Te ha pasado esto antes? —preguntó él con suavidad.

Ella asintió.

—Llevo semanas teniendo pesadillas y, algunas veces, me he despertado y no estaba en la cama. Pero esta vez ha sido lo peor. Nunca antes había divagado tanto. —Se le cortó la respiración y soltó un pequeño sollozo—. ¿Por qué no puedo olvidar?

La dolorosa vulnerabilidad en su voz le hizo un nudo en la garganta.

—Viste cosas horribles, Caroline, cosas que la mayoría de la gente ni siquiera puede imaginar. Tu mente no puede olvidar tan fácilmente.

Su expresión se volvió distante.

—Vi soldados que no podían olvidar. Algunos se sentaban y miraban fijamente durante días y días. Tuvimos que obligarlos a comer y beber. Otros perdían los estribos por cualquier cosa. Los médicos pensaban que era por lo que habían visto y hecho en el campo de batalla. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero yo no era soldado. No tuve que matar a otros ni ver morir a amigos.

Reid liberó sus pies y se acercó para sentarse a su lado.

—No, pero viste otras cosas terribles, incluyendo hombres muriendo dolorosamente. Personalmente, no sé cómo pudiste trabajar en esas condiciones.

Ella se las arregló para reírse levemente y con lágrimas en los ojos.

—Obviamente, no lo manejé bien o no me estaría volviendo loca.

—*No te* estás volviendo loca.

Ella lo estudió, sus ojos se suavizaron y apoyó su mano en su mejilla.

—Eres un buen hombre, Reid Tanner.

Recordó las vidas que había arrebatado, sin importarle si esos hombres tenían madres, padres, esposas o hijos esperándolos.

—No, no lo soy.

—No eres el mismo hombre que eras entonces.

Sus palabras no sirvieron para calmar su conciencia, pero la ternura de su expresión y las curvas femeninas que revelaban sus finas prendas interiores pusieron en primer plano otros pensamientos.

—Quizá no, pero lo que estoy pensando ahora mismo no es exactamente lo que un buen hombre debería estar pensando.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Y qué estás pensando?

—Que quiero besarte.

Sus ojos se abrieron como platos y las ojeras que los rodeaban reflejaron la luz del fuego. Luego se inclinó hacia delante y apretó sus labios flexibles contra los de él. Incapaz de detenerse, Reid rodeó con sus brazos el cuerpo de ella y profundizó el beso. Deslizó su lengua por su boca y ella se abrió, permitiéndole penetrar en sus cálidos recovecos.

Caroline colocó la palma de la mano en el centro de su pecho, recordándole a Reid que no se había abrochado la camisa. Sin embargo, no sintió arrepentimiento cuando el roce de ella hizo que las chispas recorrieran su cuerpo. El fuego se instaló en su entrepierna, en la erección que presionaba contra sus pantalones.

Aunque la conocía desde hacía solo un mes, la había deseado la mayor parte de ese tiempo. Pero el deseo era diferente al alivio que anhelaba de las pocas mujeres a las que había pagado desde que perdió a su esposa. No, quería cada parte de Caroline que ella estuviera dispuesta a compartir con él y, como bastardo codicioso que era, incluso aquello que ella no quería compartir.

Se reclinó para recuperar el aliento y ella lo siguió, como una flor que busca el sol. Queriendo prolongar el placer, tomó el control con suavidad. La hizo tumbarse en el saco de dormir y se acostó sobre ella, con las piernas a horcajadas sobre las suyas. Caroline le quitó la camisa de los hombros y él se la quitó de un tirón, dejándola caer al suelo.

—He soñado con esto —confesó Caroline mientras extendía los dedos sobre su pecho.

Saber que ella lo deseaba lo hizo palpitar en respuesta. Ella sonrió y empujó las caderas hacia arriba, detectando obviamente su interés. De repente inseguro, él levantó el cuerpo, equilibrando su peso sobre las manos y las rodillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Caroline.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Sé que te deseo. —La franqueza se reflejaba en su rostro y en el tono ronco de su voz.

—¿Estás segura? —Apartó la mirada—. ¿O es solo por la pesadilla?

Ella consideró su pregunta. Era cierto que si no hubiera tenido la pesadilla, no estarían acostados cara a cara, con su deseo y

lujuria negados esforzándose por liberarse. Sin embargo, había estado luchando contra la atracción desde el principio, y todas las razones por las que lo había hecho parecían vacías ahora.

—Estoy segura, Reid.

Con una última mirada inquisitiva, tomó su decisión. Se inclinó para besarle la frente, la mejilla y terminó acariciando su mandíbula. Ella se retorció, sorprendida por la sensibilidad bajo su oreja. Su cuerpo se sentía como un extraño, esforzándose por recibir los besos de Reid, rogando ser tocada... y tocar.

Deslizó las manos por su pecho, deleitándose con los pelos ásperos esparcidos con moderación por él, y luego se deslizó hasta su espalda. Sus músculos se ondulaban bajo la suave piel.

De repente, se dio cuenta de que su mano le sujetaba el pecho. Aunque el material transparente de la camisola era una pequeña barrera para los dedos que jugaban con su pezón, quería que la ropa interior desapareciera... quería la mano de Reid sobre la piel desnuda. Ella le pellizcó la barbilla con bigotes.

—Déjame levantarme —susurró.

Reid se puso de rodillas, jadeando levemente. Su expresión era de desconcierto hasta que vio que ella buscaba el dobladillo de su

camisola. Sonriendo, apartó sus manos y tiró de la prenda por encima de su cabeza.

Su mirada de admiración se posó en sus pechos y Caroline luchó contra la tentación de cubrirlos. Durante el tiempo que había estado casada con Robert, él nunca la había visto así. Siempre había buscado liberarse al amparo de la oscuridad, como si ver su desnudez fuera un pecado. Se preguntó si debería avergonzarse de su desenfreno, pero la expresión ardiente de Reid disipó la vergüenza.

Se inclinó y deslizó la lengua por su pezón. Ella contuvo el aliento mientras se arqueaba hacia arriba, buscando su boca. Deslizando sus manos por su torso, Reid acarició primero un pecho y luego el otro. Caroline se mordió el labio inferior para reprimir un grito apasionado.

Desatando la cinta de la cintura de sus bragas, deslizó las manos dentro de ellas y las bajó hasta los tobillos. Siguió la curva de la pierna, donde se unía con las caderas, y ella se estremeció al contacto. El deseo la invadió, recorriendo sus venas y acumulándose en la unión de sus muslos. Había olvidado lo bien que se sentía, había olvidado el deseo insaciable que exigía satisfacción.

Miró la cabeza de Reid mientras este le besaba el vientre y más abajo, en el centro de su pasión. Cuando introdujo la lengua en su interior, las caderas de Caroline se alzaron. Ni siquiera su marido había sido tan atrevido como para hacer algo así. La alucinante sensación le robó cualquier pensamiento del pasado y enterró los dedos en el espeso cabello oscuro de Reid, instándole a continuar con el exquisito tormento.

Él continuó lamiéndola de la manera más íntima y excitante que ella había experimentado nunca. Él le estaba dando un regalo, algo que ella nunca olvidaría. Su pasión aumentó rápidamente y la superó sin previo aviso. Ella gritó con voz ronca, olvidándose de todo menos de la intensidad del placer.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, sintió que le arrancaban los calcetines de los tobillos. A través de un caleidoscopio de colores, vio cómo Reid se quitaba el resto de la ropa. Su masculinidad se curvaba hacia arriba, dura y reluciente a la luz del fuego.

Reid se acomodó entre sus piernas y enmarcó su rostro con sus grandes palmas.

—No tienes que hacer esto.

Ella puso sus propias manos sobre las de él.

—Hazme sentir viva, Reid.

Él la besó y ella se abrió a él. Cuando sus lenguas se encontraron, Reid se movió y entró en ella, gimiendo en su garganta por el ajuste perfecto. No se sorprendió cuando ella se empujó hacia arriba para encontrarse con él. No era una mujer que hiciera las cosas a medias.

Le mordió suavemente el labio inferior y luego lo calmó con la lengua.

—No me romperé —susurró.

Como un sauce, doblándose sin romperse nunca. Él se retiró y se introdujo en ella hasta el fondo. Ella levantó las piernas, las ajustó alrededor de su cintura y lo atrajo aún más profundamente. La sensación lo hizo más duro, más ansioso por amarla como ella merecía ser amada.

—Por favor, Reid. Te necesito.

Sus palabras destrozaron cualquier resto de autocontrol que poseía y se movió con ella, cayendo en un ritmo estimulante que nunca había encontrado con nadie, ni siquiera con Anna. Lo ineludible lo atrapó antes de lo que había previsto y se hundió

profundamente mientras se vaciaba en su calor húmedo. Ella volvió a gritar y palpitar a su alrededor, señalando su segundo desahogo.

Él jadeó en busca de aire, complacido de ver a Caroline jadeando con él. Cuando su corazón se calmó, Reid se acostó a su lado. Rodeando su cintura con su brazo, acercó su cuerpo flexible al de ella. El sudor les daba un brillo a la piel y Reid no pudo resistirse a probar una gota sobre su pecho. Un temblor recorrió su cuerpo.

—Necesito más de un minuto para recuperar fuerzas —dijo Caroline.

Levantó la cabeza y vio una sonrisa burlona en sus labios hinchados. Él le devolvió la sonrisa.

—Normalmente yo también, pero contigo, parece que estoy más que preparado.

Ella levantó la cabeza y miró a lo largo de su cuerpo. Al encontrarse con su mirada, arqueó una ceja.

—¿No sabías que los hombres de tu edad no deberían ser tan calientes?

Reid casi se atragantó con su pregunta tan directa. Nunca había conocido a otra mujer tan descarada como Caroline, pero su

descaro le resultaba embriagador. Al igual que el resto de ella, imposible de resistir.

Él procedió a mostrarle de lo que un hombre de su edad era más que capaz... otra vez.



Caroline se despertó temprano a la mañana siguiente. Por un momento, reinó la confusión mientras trataba de recordar por qué estaba tan rígida y dolorida. Luego se dio cuenta de que su cabeza estaba apoyada en un pecho musculoso y sus piernas estaban entrelazadas con unas masculinas.

Su pulso se aceleró al recordar haber hecho el amor con Reid. Como mujer casada y enfermera, creía que sabía todo lo que había que saber sobre las relaciones sexuales. Sin embargo, Reid le había mostrado cosas que nunca hubiera imaginado que se podían hacer entre un hombre y una mujer.

Al recordar esas cosas, apretó los muslos. Pero eso solo reavivó el deseo y volvió a moverse.

Reid se movió y ella levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos entrecerrados. Su sonrisa torcida provocó una en sus labios.

—Buenos días.

—Buenos días, dormilona.

Miró al sol, que ya había despejado el horizonte.

—Supongo que dormí más de lo habitual.

—Tuvimos una noche ajetreada.

Se movió y su erección matutina rozó su muslo, haciéndola inhalar bruscamente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

La pregunta tenía varios significados con el mismo número de respuestas.

—Bien, —respondió ella simplemente.

—¿Recuerdas la pesadilla?

Su creciente pasión se evaporó y ella se sentó, cuidando de mantener sus pechos cubiertos por la manta.

—En parte.

Reid se levantó para sentarse a su lado.

—Te encontré a unos cien metros del campamento. Pensaste que estabas de vuelta en la guerra cuidando de soldados heridos.

La inquietud se apoderó de Caroline, pero no estaba segura de cómo liberarse de la manta... y de Reid.

—No era la primera vez que lo soñaba.

—Pero era la primera vez que te veía caminar dormida. —Se pasó una mano por el cabello despeinado por el sueño. —Me has asustado, Caroline.

Yo me asusto a mí misma.

—Lo siento. Intentaré que no vuelva a suceder.

Maldijo para sus adentros.

—No quiero una disculpa.

Ella se volvió hacia él.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero ayudarte.

Su respuesta lastimera empañó los ojos de Caroline, que apartó la mirada.

—¿Y cómo puedes detener *mis pesadillas*?

—No lo sé, pero tiene que haber algo...

Caroline suspiró, repentinamente cansada a pesar de haber dormido profundamente, sin pesadillas, después de hacer el amor.

—¿No crees que lo he intentado? Cada vez son más frecuentes y más reales.

Reid parecía perdido.

—¿No hay alguien, algún médico, que pueda ayudarte?

Ella sonrió sin entusiasmo.

—Eso también lo he intentado. ¿Sabes lo que me dijo? Dijo que no debería permitirse que las mujeres trabajaran tan de cerca con los soldados heridos, ya que nuestra naturaleza es demasiado sensible. Si mi «condición» empeoraba, dijo que podría extirparme el útero. ¿Sabes lo que es eso?

Reid negó con la cabeza.

—Es mi capacidad para tener hijos. ¿Qué tiene que ver el útero de una mujer con tener pesadillas? —preguntó, aunque no esperaba una respuesta.

Parecía atónito.

—¿Hay algo más que se pueda hacer?

A Caroline le gustó aún menos la segunda opción del médico, aunque sospechaba que era su eventualidad. Mantuvo su voz libre de miedo.

—Podrían internarme en un sanatorio por el resto de mi vida.

Se lo había dicho. Ahora él sabía por qué no podía casarse ni tener una familia.

Sintiéndose enferma, tomó su ropa interior y se la puso. Recogió su ropa doblada, se vistió y se calzó los zapatos, todo ello mientras se mantenía de espaldas hacia Reid.

Se preguntaba si él estaba asqueado, sabiendo que había hecho el amor con una mujer loca. Ojalá hubiera tenido más fuerza de voluntad. Ojalá hubiera sido lo suficientemente fuerte como para resistirse a él.

Si tan solo pudiera ser normal y soñar con un futuro con él.

—No dejaré que eso suceda.

La voz baja de Reid sorprendió a Caroline y la dejó inmóvil. Tragó saliva y se volvió para mirarlo.

—¿El qué?

Se puso de pie y la manta cayó al suelo. A pesar de sí misma, no pudo evitar admirar su cuerpo. Su corazón dio un vuelco y la pasión despertada volvió a correr por su sangre.

—No dejaré que te metan en uno de esos sitios. No estás loca —dijo Reid.

Se concentró en sus palabras en lugar de en la tentadora extensión de su pecho y en el pelo que le caía en espiral desde el centro del torso hasta la ingle.

—No tienes voz ni voto en lo que me pase.

Él se acercó a ella con las manos extendidas y ella retrocedió apresuradamente.

—Lo haría si fueras mi esposa, —dijo él en voz baja.

El miedo a entrar en pánico hizo a un lado su creciente deseo. Por muy noble que sonara su oferta, ella no iba a destruir su vida junto con la suya.

—No tengo intención de convertirme en tu esposa.

—Puedo protegerte, Caroline.

Aunque quería gritar, mantuvo la voz tranquila y firme.

—No, no puedes. Nadie puede. —Levantó las manos temblorosas—. Los dos queríamos lo que pasó anoche, pero eso no significa que me debas nada. De hecho, puedes irte esta mañana. Puedo encontrar el camino a Texas sola. —Temblaba ante la idea de que él la dejara, pero nunca esperó que se quedara con ella tanto tiempo.

El músculo de la mandíbula de Reid se tensó.

—Dije que te llevaría a salvo a Texas, y no me retractaré de mi palabra.

Incapaz de mostrar su gratitud, asintió secamente.

—Bien. Pero no espero nada más de ti.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el retrete, ignorando la tentación de echar un último vistazo a los encantos expuestos de Reid.

20

La fresca brisa matutina le recordó a Reid que debía vestirse antes de que uno de los Hudson apareciera entre los árboles y lo viera. Refunfuñando para sus adentros por la obstinación de Caroline, se puso la ropa. Cuando se abrochó el cinturón de pistola, su enfado con ella se había convertido en preocupación.

¿De verdad creía que se estaba volviendo loca? No había pasado mucho tiempo con gente loca, pero no le parecía el tipo de persona que perdiera la cabeza. Era demasiado fuerte, su voluntad demasiado formidable. Seguro que sus pesadillas eran solo recuerdos de lo que había visto durante la guerra. Revivirlas por la noche no la volvía loca, ¿verdad?

Pensar en ella en un manicomio rodeada de locos le helaba el estómago. Tan seguro como que se llamaba Tanner, estaba seguro

de que Caroline no pertenecía a ese lugar.

En realidad, ella no le había dicho que eso era lo que le iba a pasar, pero él vio la fe en sus ojos atormentados y sus rasgos demacrados. Desaparecería en uno de esos lugares y nadie se daría cuenta. A su familia no le importaba, y todas esas familias a las que visitaba recordarían las últimas palabras que les dijo, pero la olvidarían.

¿Y yo? ¿Estaría demasiado ocupado vendiendo su arma al mejor postor... hasta que el sicario del otro bando fuera más rápido?

El asco le hervía por dentro y apretó la mano en un puño, golpeando un árbol cercano. El dolor se irradió en su mano y subió por su brazo. Le ardían los nudillos y le brotaba sangre donde la corteza había raspado la piel. Sostuvo la mano palpitante

con la otra, agradecido de tener algo que le distrajera de Caroline.

Se envolvió la mano herida con un pañuelo de su alforja y se ocupó de sus tareas matutinas. Justo cuando terminaba de afeitarse, Todd entró en el campamento.

—Buenos días —dijo el chico.

—Buenos días. —Reid se limpió la cara para quitarse los restos de jabón—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—Un árbol y yo tuvimos un desacuerdo. —Sonrió con tristeza —. El árbol ganó.

Todd parecía desconcertado, pero no preguntó nada más.

—Mamá dice que el desayuno está casi listo.

—Gracias. ¿Cómo está tu abuelo esta mañana?

Todd sonrió.

—Mamá dice que está mejorando. Dice que el abuelo tiene la constitución de una mula.

—Esa es una buena noticia, hijo. Entonces, ¿la señorita Caroline está en casa?

—Sí, señor. Está ayudando a mamá con el desayuno y con el abuelo.

Eso sonaba como Caroline, siempre poniendo a los demás primero.

—Subiré en cuanto termine aquí.

—Se lo diré a mamá. —Todd desapareció entre los árboles.

Cinco minutos después, Reid entró en la cabaña y Caroline lo miró, su mirada se dirigió rápidamente a su mano envuelta. Pero

aparte de apretar los labios, no le hizo caso. Ya la conocía lo suficiente como para reconocer su maldito orgullo obstinado.

El desayuno resultó ser gachas, tortitas con mantequilla y melaza, y huevos fritos. Reid permaneció callado durante toda la comida mientras observaba a Caroline y notaba cómo mantenía su atención en Elizabeth, Jane y Todd. Ahora podía ignorarlo, pero una vez que volvieran a viajar, sería difícil. Reid tenía hasta Texas para hacerla cambiar de opinión sobre casarse con él.

Tomada su decisión, terminó de comer, dio las gracias a Elizabeth y fue a cargar el equipaje en los caballos. Con una punzada de satisfacción, notó la confusión de Caroline ante *su actitud* evasiva hacia *ella.*

Todd ayudó a recoger sus cosas del campamento y ensilló a Jeanie. Reid disfrutaba de su compañía, pero le molestaba no saber si era solo porque Todd le recordaba a su propio hijo. Ansioso por tener a Caroline para él solo y dejar atrás la confusión que Todd evocaba, fue a buscarla en cuanto los caballos estuvieron listos para viajar.

En la casa, estaba dando a Elizabeth instrucciones de última hora sobre cómo cuidar de Henry y a qué estar atenta. Sin embargo,

cuando vio a Reid, no perdió tiempo en despedirse de la familia.

Reid intentó no notar la decepción en los ojos de Todd cuando le estrechó la mano.

—Cuida de tu madre y de tu hermana.

—Y del abuelo hasta que esté completamente curado —dijo solemnemente.

Con la garganta tensa, Reid le dio una palmada en la espalda y se volvió hacia Elizabeth.

—Buena suerte, señora Hudson.

—Gracias por salvar la vida de Henry —dijo ella.

Aunque fue la experiencia de Caroline lo que lo había salvado, Reid solo asintió. Jane se quedó atrás, pero le dedicó una tímida sonrisa.

El gato esperó pacientemente junto a los caballos y, una vez que Caroline se montó en su yegua parda, Reid lo subió a la parte trasera de su silla. Luego se subió a su caballo para la última etapa de su viaje. Solo quedaba un mensaje más, un destino más, una oportunidad más de demostrarle a Caroline que no se estaba volviendo loca.



Caroline sabía que Reid continuaría con el desacuerdo iniciado esa mañana, pero se negó a verse envuelta en él. Tenía experiencia en ignorar lo que no quería reconocer y utilizó esa habilidad para hacer caso omiso de sus palabras. También sabía que él se sentía cada vez más frustrado, pero no se atrevía a dar voz a sus oscuros pensamientos. Ya había confesado demasiado.

Después de no decirle más de una docena de palabras en todo el día, Caroline se preparó para otra ronda de argumentos persuasivos esa noche. Sin embargo, el silencio se cernió entre ellos. Ella le lanzó miradas furtivas, pero su expresión era inexpresiva, su mirada fija en las llamas. Sabía que estaba siendo ridícula, pero se sintió decepcionada cuando él permaneció en silencio.

Sin nada que la distrajera, Caroline se encontró con que sus pensamientos se desviaban hacia la noche anterior. Que quería repetir su relación sexual era indiscutible, pero lo que su cuerpo exigía, su mente lo negaba. Su único consuelo era que, con la

confusión que causaba su cercanía, los fantasmas se mantenían a raya.

Sin intercambiar una palabra, Caroline y Reid se acomodaron en sus respectivas camas. El gato, que había engordado debido a las sobras de comida que recibía, se acurrucó a su lado. El largo día había pasado factura a Caroline y se quedó dormida inmediatamente, solo para despertar unas horas más tarde con un grito atrapado en su garganta. Los ojos del gato reflejaban la luz de la luna mientras miraba fijamente a Caroline, como si preguntara qué era tan importante como para perturbar su sueño. Ella acarició al gato distraídamente, se secó la frente húmeda con la mano y se puso de pie, con la intención de dar un paseo para despejar los restos de la pesadilla. Después de haber caminado sonámbula anoche, no se había quitado la ropa interior a pesar del calor de la noche.

—¿Caroline? —La voz de Reid era clara, no adormilada por el sueño.

Obviamente había estado esperando a que su sueño se viera perturbado por las pesadillas. Que él la conociera tan bien la irritaba,

aunque estaba más molesta consigo misma por apreciar su preocupación.

—Voy a dar un paseo. No iré lejos —dijo.

El fuego se había apagado, así que no podía distinguir su rostro, pero sospechaba que su mirada estaba puesta en su tenue figura. No esperó una respuesta y cruzó hasta donde estaban atados los caballos, sus ojos se adaptaron lo suficiente a la oscuridad como para no tropezar.

Anoche no tenía intención de hacer una confesión. Pero estaba cansada de luchar contra los demonios y su agotamiento la había hecho vulnerable. Sin embargo, a pesar de eso, su carga parecía más ligera hoy. Reid no la había abandonado como ella esperaba. Ni siquiera la había tratado de manera diferente. Le había dicho que no se estaba volviendo loca. Aunque ella no estaba de acuerdo, había puesto una semilla de duda en su mente.

Sintió más que vio a Reid unirse a ella, y le molestó que su corazón diera una pirueta. Después de haber sido independiente durante tanto tiempo, le había llevado poco tiempo empezar a depender de él.

—¿Otra pesadilla? —preguntó él en voz baja.

—No fue tan mala como la de anoche.

Pasó la mano por el cuello de su yegua.

—¿Quieres hablar de ello?

—No, pero quizá debería. —Se rió sin humor—. Ya que tú me has visto en una.

—Vi a una mujer tratando de lidiar con lo que experimentó durante la guerra.

Ella lo miró, tratando de discernir su expresión en las sombras de tinta.

—¿Cómo sabes tanto sobre eso?

—Tú no eres la única que tienes pesadillas.

—¿Sueñas con lo que le hiciste a esos hombres que lastimaron a tu madre?

—No. Sueño con lo que *ellos le* hicieron a *ella*, y con que dispararan a mi esposa. Y sueño con los hombres que maté después de empezar a alquilar mi arma.

El remordimiento en su voz hizo que se le humedecieran los ojos y parpadeara.

—Entonces, ¿por qué volviste a llevar tu arma?

—¿Qué más me queda?

—Tu granja. Los recuerdos de tu esposa y tu hijo. —Hizo una pausa—. Tu amor propio.

Él permaneció en silencio y ella sintió que había tocado una fibra sensible.

—Se suponía que esto no iba sobre mí —dijo finalmente—. Estábamos hablando de ti.

—No, estábamos hablando de pesadillas. —Por alguna razón, ahora no parecían tan horribles—. Las mías son siempre las mismas. Estoy rodeada de hombres heridos y hay sangre por todas partes. Puedo oírlos gemir y oír el zumbido de las moscas. El olor es terrible: sangre y cadáveres de animales en descomposición y carne podrida. Es como si estuviera allí de nuevo.

—Quizá estabas demasiado ocupada para pensar en ello entonces, pero ahora todo te está volviendo a la mente.

—También tengo pesadillas cuando estoy despierta, —admitió en voz baja—. Todo se desvanece y estoy en el hospital de nuevo.

—¿Eso te pasa durante el día?

—Sí. Aunque normalmente cuando estoy sola.

—Entonces tengo que asegurarme de que nunca esté sola. —Su voz era ronca, como la de la noche anterior.

La idea de pasar todos los días, y todas las noches, con Reid la tentaba mucho más que antes de hacer el amor. Pero le seguían asaltando las dudas sobre su cordura y se negaba a ser una carga para él.

—¿Por qué no intentamos dormir un poco? —sugirió Reid.

La persistente inquietud de su pesadilla se había desvanecido y ella asintió.

—Creo que ahora podría hacerlo.

Reid la guió de vuelta a su campamento con una mano en su cintura. Cuando llegaron allí, movió su saco de dormir junto al de ella.

—Podré despertarte si tienes una pesadilla —dijo.

No sabía si esa era su única razón, pero su espíritu estaba demasiado maltrecho para discutir. Simplemente volvió a su saco de dormir y Reid se acostó a su lado, con el cuerpo estirado a centímetros del suyo. Sin hablar, ella se acurrucó contra su costado y, con su familiar aroma rodeándola, se quedó dormida en cuestión de minutos.



Los días pasaron en una nebulosa de verdes mientras se movían hacia el suroeste a través del desierto. Reid complementaba su menguante suministro de alimentos con algún conejo ocasional. Una tarde se detuvieron temprano para acampar junto a un río. Esa noche se dieron un festín de pescado fresco. También aprovecharon el agua para bañarse y lavar su ropa.

Por la noche, ella y Reid colocaron sus sacos de dormir cerca, pero no repitieron sus relaciones sexuales. Caroline estaba agradecida por su reconfortante presencia, pero le resultaba cada vez más difícil dejar de lado la pasión que le evocaba su cercanía. A pesar de las garantías de Reid, sospechaba que sus arreglos para dormir eran igual de agotadores para él.

Seis días después de dejar a los Hudson, se toparon con su primer pueblo en Texas. Mientras recorrían la calle principal, Caroline leyó los letreros de los edificios.

—¿Has estado alguna vez en Colson? —le preguntó a Reid.

Él frenó junto a un poste de enganche frente a un pequeño hotel y desmontó.

—Una vez.

Caroline frunció el ceño ante la brusquedad de la respuesta de una sola palabra. Enredó las riendas de Jeanie en el poste y pisó el entarimado.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace toda una vida.

La razón de su reticencia se hizo evidente y ella miró a su alrededor, tratando de ver la ciudad a través de sus ojos.

—¿Disparaste a alguien aquí?

No respondió. Obviamente era un tema delicado. Sin embargo, Caroline no pudo evitar sentirse ofendida porque él no quisiera hablar con ella cuando le había contado cosas que no había planeado compartir con ningún otro ser vivo. Se mordió la lengua para no desahogar su frustración infantil.

—¿Una habitación o dos? —preguntó él cuando entraron en el hotel.

Molesta, casi dijo dos, pero se dio cuenta de que no quería dormir sola. Aunque seguía teniendo pesadillas, no eran tan graves cuando dormía con él, o tal vez Reid la despertaba antes de que volvieran a provocarle sonambulismo.

—Una. —Como estaba impaciente por su creciente dependencia de él, su tono de voz sonó hosco.

Él le dirigió una mirada inquisitiva que ella ignoró. Si él no podía entender por qué estaba molesta, ella no se lo iba a decir. Por supuesto, sabía que estaba siendo ilógica, pero sus emociones seguían oscilando como lo habían hecho durante los últimos meses, otro síntoma de lo que ella asumía que era una locura incipiente.

Ella se quedó atrás mientras él buscaba una habitación.

—Arriba, dos-diecisiete, —dijo Reid, sosteniendo una llave.

Después de llevar sus cosas a la habitación, Reid se ofreció a buscar un establo para los caballos. Caroline agradeció el tiempo a solas, que utilizó para ordenar sus cosas. En su alforja, sacó la bolsa de tela que contenía su diario y el último objeto personal que debía devolver a un familiar. Sacó el reloj de bolsillo y lo abrió por primera vez desde que se lo había quitado al soldado muerto. Dentro había una pequeña fotografía de un hombre y una mujer tomada el día de

su boda. El hombre era alto y delgado y la mujer esbelta y menuda. No pudo distinguir ningún detalle facial, podrían ser cualquiera.

Caroline oyó que se abría la puerta y volvió a meter el reloj en el bolso.

—Deberíamos recoger nuestras provisiones ahora, ya que nos iremos temprano por la mañana, —dijo Reid desde la puerta.

—Está bien. —Caroline encontró la retícula que contenía su dinero.

Caminaron hasta el mercantil, el silencio entre ellos era tenso. Una vez en la tienda, Caroline y Reid reunieron los artículos que necesitarían en el camino.

—¿A qué pueblo nos dirigimos? —preguntó Reid. Caroline buscó en su memoria.

—A Robles.

La fuerte inhalación de Reid hizo que su mirada se posara en su rostro, que se había vuelto pétreo.

—¿Has estado allí? —preguntó ella.

—Mi granja está cerca de allí —respondió él con voz ronca—. ¿Quién es?

—El soldado raso Lyman Eaton- —Había leído los nombres con la suficiente frecuencia como para memorizarlos.

Su rostro bronceado palideció.

—Maldita sea. —Aunque su voz era tranquila, la vehemencia se entrelazaba a través de ella.

No necesitaba preguntarle si conocía el nombre.

—¿Quién es?

Se dio la vuelta y salió tambaleándose de la tienda. Caroline empezó a seguirlo.

—¿Qué hago con todo esto? —preguntó el dependiente, señalando los suministros esparcidos por el mostrador.

Caroline vaciló entre irse y quedarse. Sabiendo que necesitaban las grapas, volvió al mostrador.

—¿Cuánto le debo?

Él le dio el total y, sin dudar por la exorbitante cantidad, ella le pagó.

—Ese hombre con el que está. Me resulta familiar, —comenzó.

—Tiene una granja aquí en Texas, —respondió Caroline.

El empleado se rió.

—Texas es un estado grande, señora. ¿Cómo se llama?

Ella consideró no decírselo, pero él podría conseguir fácilmente la información en el hotel.

—Reid Tanner.

—¿Tanner? ¿Está segura?

—Sí, estoy segura —dijo con más que un toque de impaciencia.

—Hace tiempo que no oigo ese nombre.

—¿Qué quiere decir?

—Hace bastantes años, Orville Standish tenía algunos problemas. Contrató a Tanner para que se ocupara de ellos.

Un escalofrío la recorrió.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Así es, y menos mal que Ben ya no está por aquí

—¿Quién?

—Ben Larson. Era con quien Standish tenía problemas. —A pesar de sí misma, Caroline quería los detalles—. ¿Qué hizo el señor Tanner?

—Matar al hijo mayor de Larson, —respondió con total naturalidad—. El viejo Ben juró que algún día acabaría con Tanner, pero su corazón le falló poco después de la muerte de su hijo.

Reid le había contado su sórdido pasado, pero oírlo de otra persona lo hacía más real, más... deplorable.

—No lo sabía, ¿eh? —El empleado parecía satisfecho de haber podido transmitir un chisme jugoso.

Caroline recompuso sus rasgos.

—El Sr. Tanner me contó lo que había hecho cuando era más joven. Ha cambiado.

El hombre mayor se encogió de hombros.

—Quizá sea así, pero eso no cambia el hecho de que mató a un chico de dieciocho años.

Le dio un vuelco al estómago, pero logró mantener la compostura.

—Quiero que me entreguen estas cosas en el hotel, habitación 217.

—Eso le costará un dólar, —respondió.

La paciencia de Caroline se agotó y dio rienda suelta a su temperamento.

—Si no me entrega gratis estos artículos, por los que he pagado tres veces el precio normal, quiero que me devuelva el dinero y que se meta estos suministros por el recto. —Se inclinó sobre el mostrador.

—¿Qué prefiere?

La nuez de Adán de él se movió de arriba abajo y el sudor le perlaba la frente.

—No hay problema, señora. Haré que un chico los lleve al hotel esta tarde.

Sintiendo solo una pequeña satisfacción, asintió con la cabeza, pero mantuvo su mirada fría puesta en él. Solo cuando él apartó la mirada se fue.

Salió corriendo hacia el paseo marítimo, pero Reid no estaba a la vista. Con los hombros caídos, regresó penosamente al hotel. Afortunadamente, él le había dado la llave, así que podría entrar en su habitación.

Al llegar arriba, miró al final del pasillo y vio a Reid apoyado contra la pared junto a su puerta. Aliviada de verlo, pero

desconcertada por lo que le había dicho el recepcionista, se acercó a él. Él la miró y ella se alegró de ver que su rostro había perdido la palidez. Entró en la habitación y Reid cerró la puerta tras ellos.

Caroline se guardó las preguntas y guardó su petaca en la alforja. Buscando cosas que la ocuparan, revisó las sábanas de la cama y se alegró de ver que estaban limpias. Caminó por la habitación y pasó un dedo por el alféizar de la ventana, la cómoda y la silla, notando la capa de polvo. Sin embargo, era demasiado consciente de la presencia de Reid y supo cuándo se quitó el cinturón de pistola y cuándo se sentó en el borde de la cama, aunque no lo estaba mirando.

Reid rompió el silencio.

—Era amigo de Steven, con el que huyó para alistarse en el ejército.

Caroline lo sospechaba después de ver su reacción al nombre. Recordó la fecha en que registró la muerte de Steven y supo que era el mismo día en que había muerto Lyman. Hacía meses que tenía razón: los chicos habían sido amigos y acabaron muriendo juntos. Se le hizo un nudo en el estómago al recordar la trágica pérdida de los dos jóvenes.

—Lo siento.

—Yo también. —Reid lanzó el sombrero al otro lado de la habitación en un ataque de rabia—. Los padres de Lyman eran los que estaban entusiasmados con que se alistara en el ejército. Steven y Lyman fueron mejores amigos la mayor parte de su vida, así que fue fácil para Lyman convencer a mi hijo de que se uniera a él. Joder, cuando tienes dieciséis años crees que lo sabes todo y que nunca vas a morir.

Caroline se sentó junto a Reid y le cogió la mano que tenía apretada contra su muslo.

—Podría haberse alistado en el ejército por su cuenta. No conocía a Steven, pero podría haber pensado que tenía algo que demostrar.

—¿Qué tenía que demostrar? Era mi hijo, por el amor de Dios.

—¿Por qué mataste a los hombres que hicieron daño a tu madre?

Él fijó su mirada ardiente en ella.

—¿Qué tiene eso que ver con Steven?

Caroline ignoró la pregunta.

—Cuando esos hombres hirieron a tu madre, pensaste que habías decepcionado a tu padre.

—Él estaba muerto.

—No importaba. Aún tenías que demostrarle que eras un hombre. Matándolos, pensaste que lo habías hecho. Tal vez Steven quería demostrarte que él también era un hombre.

—No quería que se alistara en el ejército.

—No, pero probablemente era la forma más fácil de demostrar su valía.

Reid se rió con dureza.

—Tan fácil que lo mató.

Caroline no sabía qué más decir, así que se quedó en silencio y le cogió la mano. Permaneció a su lado, tratando de no pensar en cómo se tocaban sus muslos o en lo grande que era su mano dentro de la suya, más pequeña, o en cómo esa misma mano la había tocado tan íntimamente.

Llamaron a la puerta y Caroline agradeció la interrupción. Se pasó una mano por las cálidas mejillas y se levantó para abrir. Un

chico estaba allí con varios paquetes. —El Sr. Dobbins me dijo que trajera estas cosas aquí.

—Déjalas ahí. —Caroline señaló un lugar en el suelo junto a sus bolsas.

El chico hizo lo que ella le pidió y esperó.

Reid sacó una moneda del bolsillo y se la lanzó.

—Gracias, chico.

El chico sonrió y salió corriendo, cerrando la puerta de un portazo.

—Siento haberte dejado con los suministros —dijo Reid con una sonrisa irónica.

Caroline cruzó los brazos.

—No pasa nada. —La curiosidad pudo más que su discreción—. El dependiente, el señor Dobbins, te reconoció. Dijo que tú te ocupaste de un problema de alguien llamado Orville Standish hace mucho tiempo.

La cara de Reid perdió todo el color. Otra vez.

21

El pasado se abalanzó sobre Reid con la fuerza de una locomotora. Cuando se dio cuenta de en qué ciudad estaban, se preguntó si alguien se acordaría de él. Justo su suerte Caroline se encontraría con la única persona que lo hacía.

—Te dije lo que solía ser.

Ella continuó estudiándolo, como si no lo conociera... como si no hubiera estado debajo de él, con el rostro enrojecido por la pasión, hace menos de una semana.

—Lo sé. Es solo que nunca esperé conocer a alguien... —finalmente apartó la mirada—. Alguien que te conociera entonces.

A pesar de su decepción por su reacción, se encogió de hombros con indiferencia.

—Tarde o temprano tenía que pasar una vez que llegáramos a Texas.

—¿Recuerdas al hombre que mataste?

—Fue hace mucho tiempo. He intentado olvidar esa época.

—Entonces, ¿por qué estás pensando en volver a ser ese hombre? —Su desafío fue pronunciado con un levantamiento de la barbilla.

Por primera vez, se dio cuenta de lo que había hecho cuando se abrochó el cinturón de pistola de nuevo. Había retrocedido al hombre que había sido una vez, un hombre al que ni siquiera le gustaba, y mucho menos respetaba. Si daba otro paso atrás y volvía a alquilar su arma, el hombre que había sido el marido de Anna y el padre de Steven dejaría de existir. No habría nadie que depositara flores junto a sus cruces.

Enfermo por la idea, Reid cogió su sombrero del suelo y salió de la habitación. Su visión se nubló y apenas podía distinguir las paredes y las escaleras. A mitad de las escaleras, se dio cuenta de que había dejado su cinturón de pistola en la habitación. También se dio cuenta de que no lo necesitaba. Caroline tenía razón. Tenía los

recuerdos de su familia y tenía su granja de algodón. Y lo más importante, tenía su autoestima.

Se frotó la cara con las palmas de las manos y continuó por el paseo marítimo. Sin ningún destino en mente, simplemente caminó y pensó en los harapos que quedaban de su vida. Ahora podía ver las cosas con más claridad, sin que se distorsionaran por el dolor y la ira. Ya no quería vender su arma ni dejar viuda a una mujer. Quería la paz y la tranquilidad de su granja.

Y quería a Caroline con él.

Ahora solo tenía que convencerla.



Caroline paseaba por su habitación, contando los pasos aunque sabía cuántos había después de los primeros cincuenta. Las sombras se extendían por el suelo rayado desde la única ventana. ¿Qué podía estar haciendo Reid que le llevara tanto tiempo en este pequeño pueblo?

La respuesta era obvia y se le encendió la cara, por lo que se dejó caer en la cama. Sin duda, había encontrado un bar y una mujer amable y dispuesta. Aunque los celos la invadían, no podía culparlo. Reid no había hecho nada para inspirar miedo, ni había ocultado lo que había sido. Entonces, ¿por qué se había comportado como una virgen ruborizada cuando se enfrentó a su pasado, el pasado del que él mismo le había hablado?

Un golpe seco sobresaltó a Caroline y se apresuró a ir hacia la puerta, esperando encontrar a Reid. En cambio, una mujer, tal vez diez años mayor que ella, estaba de pie en el pasillo. Aunque su vestido estaba limpio y ordenado, estaba desteñido por el uso excesivo. Su rostro, sin embargo, estaba terso, excepto por las líneas de expresión en las comisuras de los ojos, pero ahora no sonreía.

—Estoy buscando a Reid Tanner —dijo.

Caroline frunció el ceño, preguntándose cómo conocía a Reid. Y cómo sabía que había venido aquí a buscarlo.

—No está aquí.

—¿Quién es usted?

—Caroline Milton. ¿Y usted?

—Felicia Dunn.

El nombre no le decía nada.

—¿Por qué busca al Sr. Tanner?

—Eso es entre él y yo. —Aunque las palabras fueron concisas, su voz tembló—. ¿Cuándo volverá?

—No lo sé.

—¿Puedo esperarlo?

La curiosidad impulsó a Caroline a invitarla a entrar en la habitación.

—¿Por qué no se sienta?

La señora Dunn se sentó en el borde de la silla. Parecía que hubiera preferido estar en cualquier otro lugar que no fuera aquí, así que ¿por qué había venido?

Caroline se sentó en el borde del colchón mientras su mente se preguntaba por la mujer y conseguía juntar algunas piezas.

—¿A cuál de los dos conocía, a Orville Standish o a Ben Larson?

La señora Dunn parpadeó, claramente sorprendida.

—¿Se lo dijo él?

Así que Caroline tenía razón en su suposición.

—No. Me lo dijo el dependiente de la tienda. No conocía a Cre... Conocí al señor Tanner hace solo un mes.

—El Sr. Tanner mató a mi prometido.

El corazón de Caroline se encogió.

—¿Su prometido era el hijo de Ben Larson?

—Jeffrey. Se suponía que nos casaríamos el sábado después de que el Sr. Tanner le disparara.

—Lo siento. —Caroline se preguntó de nuevo por qué una mujer, después de casi veinte años, buscaría al... asesino de su prometido. Bajó la mirada y vio un anillo de boda en la mano izquierda de la mujer.

—¿Pero ahora está casada?

La mujer mayor asintió y parte de su tensión se reemplazó por orgullo y amor.

—Sí. Desde hace casi diecisiete años. Tenemos cuatro hijos.

—Entonces, ¿por qué desea ver al Sr. Tanner?

La mirada de la Sra. Dunn vaciló y bajó.

—Le hice una promesa a alguien.

Caroline entendía las promesas.

La puerta se abrió y Reid se recortó en la abertura.

—Caroline, ¿qué...? —Se interrumpió cuando vio a la mujer—. No me había dado cuenta de que tenías compañía.

La Sra. Dunn se puso de pie, con la mirada fija en Reid.

—Es usted más viejo de lo que recordaba.

Reid entró y cerró la puerta.

—¿La conozco?

—La verdad es que no. Recuerdo haberlo visto por la ciudad. —La mujer se sonrojó—. En aquel entonces, me pareció un hombre guapo y apasionante. Hasta que mató a Jeffrey Larson.

El reconocimiento inundó el rostro de Reid, que asintió con la cabeza sin expresión.

—Estaba prometida con él.

—Sí.

—Intentó dispararme por la espalda. Falló. Yo no fallé.

Así que Reid no había matado a sangre fría. ¿Por qué había dejado que Caroline lo creyera?

La señora Dunn inclinó la cabeza.

—Lo sé. Su padre murió un mes después. Me hizo prometer... —Metió la mano en el bolso y sacó una derringer, que apuntó a Reid.

La mano de Caroline se dirigió a su boca. Aunque era una pistola pequeña, a tan corta distancia la Sra. Dunn podría matarlo fácilmente. Sin embargo, la expresión de Reid no vaciló.

—¿Prometer qué? ¿Que me mataría? —preguntó.

—Usted fue de quien el Sr. Larson habló desde el momento en que disparó a Jeffrey hasta que su corazón se detuvo. Él lo odiaba.

—No puedo decir que lamente que el viejo esté muerto. Era muy malo y Jeffrey también lo era. Ya sabía cómo eran. —Su expresión se suavizó—. El moratón que tenía en la cara no fue por chocar contra un poste.

La señora Dunn cerró los ojos brevemente.

—Tiene razón. Solía pegarme. —Ella enderezó los hombros—. Sé que esto me convierte en una mala persona, pero me alegré de que le disparara.

—Entonces, ¿por qué matar a Reid? —exigió Caroline.

—No viste al Sr. Larson al final. Creo que habría luchado con el mismísimo diablo si no le hubiera prometido hacer esto.

—Eso ya pasó. No le debe nada a Ben Larson —dijo Reid.

Era obvio que la Sra. Dunn no quería matar a Reid, pero una promesa en el lecho de muerte era difícil de romper.

—¿Quiere que sus hijos crezcan sin su madre? —preguntó Caroline—. ¿O que su marido envejezca con otra persona?

Ella se estremeció.

—No.

—Entonces olvídese de la promesa que hizo. Una persona decente no obligaría a otra a cometer un asesinato. Los Larson no valían la pena entonces, y no valen la pena ahora, —añadió Reid, con un tono extrañamente amable.

La mujer inclinó la cabeza y dejó caer el brazo a su lado, la derringer resbalando de sus dedos flácidos. Reid se inclinó para recoger la pequeña arma y la abrió, solo para descubrir que la recámara estaba vacía.

—No iba a matarme, —dijo.

Ella levantó la mirada hacia él y sonrió débilmente.

—Ni siquiera puedo matar un ratón.

El alivio hizo que Caroline se sintiera mareada.

—Si hubiera pensado que volvería a verle, no habría accedido a la petición de Ben. —La sonrisa de la Sra. Dunn era temblorosa—. Cuando entré en la tienda, el Sr. Dobbins no podía esperar a hablarme de usted.

—Siempre fue un chismoso de mierda. —Reid suspiró—. Por si sirve de algo, ojalá pudiera cambiar lo que hice. Era joven y estúpido, y no entendía que la vida no era barata.

La Sra. Dunn puso su mano enguantada en su brazo.

—Todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos, Sr. Tanner. Me avergüenza no haber sido lo suficientemente fuerte como para negarme a hacerle tal promesa al Sr. Larson, y me avergüenza aún más haber venido aquí. Hace mucho tiempo, me di cuenta de que estaba mucho mejor que si me hubiera casado con Jeffrey. —Caroline se puso de pie y se sorprendió de que sus rodillas no temblaran. Se había enfrentado a situaciones más peligrosas que esta, pero nunca le había importado tanto el resultado. Si hubieran disparado y matado a Reid... Empujó el miedo a un lado.

—Es usted una mujer fuerte para poder admitirlo, —le dijo a la Sra. Dunn.

La anciana se enfrentó a ella.

—No. Es solo que ya no soy tan débil como entonces. Tengo que irme. Mi marido debe de estar desesperado esperándome.

Reid le tendió la mano con la derringer en la palma.

—Esto es suyo.

Ella hizo una mueca.

—No, era de Ben Larson. Nunca la quise.

—Yo me ocuparé de ella. —Él le abrió la puerta y Felicia Dunn se marchó.

Un vacío de silencio quedó a su paso.

—¿Estás bien? —preguntó Reid.

—Estoy bien. Además, no era a mí a quien quería matar.

—Ya la oíste. No quería matar a nadie. Todo fue por una promesa tonta que hizo.

Caroline asintió.

—¿Alguna vez has tenido a alguien que te persiga por tu pasado?

Sus ojos se volvieron opacos.

—Una vez.

—¿Qué pasó?

—Mataron a Anna en mi lugar.

Caroline se quedó sin aliento.

—Por eso Steven creía que yo era un cobarde —confesó Reid —. Decía que si hubiera llevado mi pistola, ella seguiría viva. Quizá tenía razón, pero si lo hubiera hecho, habría ido en contra de lo que Anna quería. —Las arrugas de su frente se hicieron más evidentes, haciéndole parecer más viejo.

Caroline quería abrazarlo y suavizar las arrugas de su rostro. Quería arreglar las cosas para él, pero en cuanto a ella, nada podría volver a ser como antes.

—He tomado una decisión —dijo él.

Ella, sobresaltada, levantó la vista.

—¿Qué?

—Me vuelvo a mi granja. Debería llegar a tiempo para la cosecha de algodón y, con suerte, ganar lo suficiente para llegar al año que viene.

La mirada de Caroline se desvió hacia su cinturón de pistola colgado del gancho.

—¿Y eso?

Él suspiró y el cansancio se sumó a su aspecto demacrado.

—Steven pensaba que era un cobarde por guardar mi pistola, pero Anna me había convencido de que el hombre más valiente era el que luchaba sus batallas sin armas. Quizá haya un punto intermedio ahí.

—Si lo hay, lo encontrarás.

El estómago de Caroline gruñó y Reid sonrió.

—¿Te apetece comer algo?

Después del estrés del día, Caroline se sorprendió al descubrir que estaba muerta de hambre.

Sonrió.

—Me encantaría.

Reid acompañó a Caroline fuera de su habitación, y ella notó que ni siquiera miró su cinturón de pistola colgado en el gancho.



La tercera mañana después de dejar Colson, los cielos se llenaron de hinchadas nubes de tormenta. A pesar del calor bochornoso, Caroline se puso su impermeable antes de salir del campamento. Al gato no pareció importarle que lo cubriera mientras cabalgaba acurrucado en el lomo de su silla.

—Solo nos quedan unas diez millas hasta mi casa, —dijo Reid a media mañana.

La emoción en su voz le provocó un nudo agridulce en la garganta. Ambos viajes terminarían: él volvería a casa y ella... ¿haría qué?

—¿A qué distancia está la casa de los Eaton? —preguntó, sin querer pensar más allá del mensaje final.

—Solo a seis u ocho kilómetros.

Cabalgaron en silencio durante casi una hora.

—Entonces, ¿qué harás después de entregar el mensaje de los Eaton? —preguntó Reid.

—No lo he pensado —mintió.

—Sí que lo has pensado. Todavía estás planeando meterte en uno de esos manicomios, ¿verdad?

Ella apartó la mirada.

—No lo sé.

—No tuviste una pesadilla anoche.

Desde que había hablado de las pesadillas, habían perdido parte de su terror. Tampoco había tenido un ataque en días.

—No te estás volviendo loca, Caroline.

No le sorprendió que él supiera lo que estaba pensando.

—El cerebro es algo complicado —comenzó en voz baja—. Había un soldado que tenía una bala minie alojada en la cabeza. Todos pensaban que o moriría o sería incapaz de hacer nada por sí mismo. Se curó sin ningún problema. —Enroscó las riendas de Jeanie entre sus dedos enguantados—. Pero hubo otros que no parecían heridos de gravedad y que murieron o se volvieron locos

furiosos. —Frunció el ceño—. Luego hubo quienes no tenían ni una sola herida, pero perdieron la cabeza por algo que vieron o experimentaron.

—Tú no estás perdiendo la cabeza.

Caroline sonrió.

—Casi me has convencido.

Parecía complacido, pero desconcertado.

—Entonces, ¿qué harás después de visitar a los Eaton?

—No lo sé —repitió ella—. Pero puedo decirle que no volveré a trabajar como enfermera.

—¿Por qué?

El horror de elegir quién vivía y quién moría le hizo estremecerse. Ese era el único secreto que no había compartido con nadie. ¿Cómo podría confesar que fue su decisión la que trajo la muerte a algunos soldados, incluidos algunos de aquellos a quienes había entregado mensajes?

—Me traería demasiados recuerdos, —dijo finalmente.

Reid se quedó en silencio. Los propios pensamientos de Caroline permanecieron confusos mientras cabalgaban.

Los relámpagos en la distancia se acercaron, y el estruendo del trueno la sacudió, aumentando en volumen y furia. Entonces cayeron las primeras gotas de lluvia y no tardó en convertirse en un diluvio.

—Mi casa está a solo un kilómetro y medio, —gritó Reid por encima de la tormenta.

Caroline se secó la cara mojada con la mano y asintió. Aunque conocía bien a Reid después de semanas de viajar juntos, estaba nerviosa por ver su casa, el lugar donde había sido marido y padre.

No pasó mucho tiempo antes de que una agrupación de edificios apareciera a la vista. Con el corazón latiéndole con fuerza, Caroline siguió a Reid hasta su casa. Se detuvo frente a un granero y abrió una puerta, luego llevó a su caballo castaño al interior. Caroline lo siguió, montando a Jeanie en el interior del edificio. Reid encendió una linterna y cerró la puerta.

El aire del interior estaba mohoso después de haber estado cerrado durante tanto tiempo, pero Caroline estaba agradecida por el refugio seco. La lluvia golpeaba el techo, pero el granero era sólido y no entraba humedad. Ella desmontó y rápidamente se puso a trabajar cuidando de su caballo. Reid le quitó la silla de montar a

Jeanie y le mostró el cuarto de aperos. Ella colgó las bridas de un gancho y se volvió para ver a Reid de pie e inmóvil, con la mirada puesta en una pequeña y gastada silla de montar.

—¿Era de tu hijo? —preguntó en voz baja.

Reid asintió.

—La primera. Esperaba que Anna y yo tuviéramos más hijos, pero...

La angustia en su tono hizo que a Caroline se le empañaran los ojos.

—Supongo que volver aquí es difícil —dijo torpemente.

Finalmente, él se volvió hacia ella.

—Sabía que lo sería. Cuando me fui de aquí, lo único que sabía era que Steven había resultado herido. Pensé que lo traería a casa. En cambio, no tengo nada, ni siquiera su cuerpo.

Caroline se alegró de no haber tenido hijos. Perder uno sería una agonía que nunca quiso experimentar. Sin embargo, otra parte de ella anhelaba tener un hijo propio. Si ella y Robert hubieran podido concebir, tal vez no habría pasado los últimos tres años

rodeada de muerte. En cambio, habría estado criando a una hija o un hijo y experimentando la vida en lugar de la muerte.

Volvieron a la parte principal del granero, cepillaron a sus caballos y recogieron sus bolsas. La tormenta no había amainado y corrieron por el patio, sorteando los charcos más profundos. Caroline se quitó el impermeable empapado, lo dejó en el porche y siguió a Reid al interior.

La primera impresión de Caroline de su casa fue de un calor confortable. Frente a la chimenea había dos mecedoras de madera cubiertas con mantas de colores. Sobre la repisa de la chimenea había un caballo encabritado tallado, obviamente hecho por manos jóvenes, y un cuadro enmarcado de dos personas. Sobre la repisa de la chimenea colgaba un bordado de una casa con un verso bordado en cursiva al lado, pero no pudo leerlo desde el otro lado de la habitación.

—Sé que no es mucho, no es a lo que estás acostumbrada, — dijo Reid con torpeza.

Ella se volvió y sonrió.

—He pasado los últimos años en una tienda de campaña o en una residencia de estudiantes con otras mujeres. Este es, con

diferencia, el lugar más agradable en el que he estado en mucho tiempo.

Le creyera o no, parecía apreciar el cumplido.

—Está bastante polvoriento, —señaló con una mueca.

—Nada que no se pueda solucionar con agua y jabón. —Ella colocó sus maletas contra la pared y se remangó las mangas. La limpieza era algo que ella podía controlar—. Nos queda medio día para poner las cosas en orden.

La tarde pasó rápidamente mientras trabajaban juntos para librar la casa del polvo y la suciedad acumulados durante meses. Esa noche, después de que todo estuviera hecho, incluida la comida, se sentaron cada uno en una mecedora. La lluvia seguía cayendo sobre el tejado, proporcionando un fondo relajante. Caroline estaba agotada por el trabajo físico, pero era un cansancio satisfactorio.

—Esta también podría ser tu casa —dijo Reid en voz baja.

No estaba preparada para discutir con él ahora.

—No. Es tuya, de Anna y de Steven.

—Anna y Steven se han ido y este lugar estará condenadamente solo para mí.

—Entonces, búscate otra esposa.

—Ya encontré a la que quiero.

Caroline sintió un repentino dolor de cabeza.

—Ya hemos hablado de esto, Reid.

Él se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—No te estás volviendo loca, ni tienes a nadie con quien ir a casa y, además, cumplirás tu promesa cuando entregues el último mensaje. ¿Qué más tiene que pasar?

—Sigo teniendo pesadillas. No sé si alguna vez desaparecerán. —Ella apretó las manos—. Duele preocuparse por la gente. Tuve que aprender a evitar encariñarme con mis pacientes. Perdí a mi marido y a mi familia. No quiero volver a sentir ese tipo de dolor nunca más.

—¿Y crees que no sé lo que es eso?

Irritada y mortificada, Caroline podía lidiar más fácilmente con la irritación.

—No he dicho que no lo supieras. Pero tú y yo somos diferentes. No puedo olvidar.

—Yo tampoco, pero eso no significa que no pueda seguir adelante. No quiero envejecer solo.

La irritación se convirtió en ira.

—Entonces cómprate un perro o búscate otra mujer. No puedo casarme contigo.

—¿No puedes o no quieres?

—No importa. —La ira de Caroline se desvaneció—. Estoy cansada. ¿Dónde debo dormir? Creo que es mejor que dejemos de dormir juntos cuando viajamos. —La vergüenza la hizo rígida y formal.

Él la miró fijamente y ella tuvo que apartar la vista de sus ojos demasiado perceptivos.

Ella lo oyó suspirar y él se levantó.

—Puedes quedarte en mi habitación. Yo dormiré en la de Steven.

—Gracias.

Mientras cada uno de ellos hacía su cama con sábanas limpias, el único sonido que se oía en la cabaña era el de la lluvia.



Reid se mecía suavemente en la silla que había hecho para Anna hacía más de diecisiete años, cuando estaba esperando a Steven. Recordó haberla visto amamantar a su hijo y el asombro que había sentido ante el pequeño que habían creado. Parecía que había vivido otra vida, cuando era un hombre diferente. Igual que había sido un hombre diferente antes de casarse con Anna. E igual que era un hombre diferente ahora.

No había podido dormir en la cama de Steven, rodeado de las cosas del niño: su tirachinas, una pata de conejo, animales tallados en varias etapas. Todo menos el propio Steven. Así que había salido a sentarse solo para que los recuerdos también lo emboscaran aquí. Caroline tenía razón: era difícil regresar.

Saber que ella estaba en su cama también lo hacía difícil de otras maneras. Se imaginaba su cabello extendido sobre su almohada y la luz de la luna brillando sobre su rostro. No había duda de que la amaba. Su amor era ni más ni menos que el que había tenido por Anna, pero era diferente.

Un gemido ahogado desde su dormitorio llamó su atención y se dirigió a la puerta antes incluso de tomar la decisión de hacerlo. Caroline no la había cerrado y él la empujó más para ver cómo estaba. Tal como había imaginado, su cabello estaba esparcido a su alrededor y la luz de la luna doraba su piel, pero su expresión de miseria era una que no quería volver a ver.

Se sentó en el borde de la cama y le puso la mano en el hombro.

—Despierta, Caroline. Solo es un sueño. —Ella se retorcía y él hablaba más alto para romper el hechizo de la pesadilla—. ¡Caroline! Estás soñando. Despierta.

Sus ojos se abrieron de par en par y tardó unos momentos en volver a comprender. Se secó la frente húmeda con una mano temblorosa.

—Otra pesadilla. —No era una pregunta, simplemente una constatación de hechos, pronunciada con impaciencia por parte de Reid—. Te he oído.

—¿Estabas siquiera durmiendo?

Frunció el ceño ante la brusca pregunta.

—No. Estaba sentado en la sala de estar.

—¿Esperando a que volviera a tener una pesadilla? —Su tono sarcástico caló hondo.

Reid negó con la cabeza, y su propio temperamento estalló.

—Odio decirte esto, pero no eres la única persona en la que pienso. —Contuvo su ira—. Estaba pensando en Steven y Anna.

La expresión de Caroline se arrugó.

—Lo siento. Solo deseo que estas pesadillas desaparezcan

Reid le rozó la mejilla con la punta de los dedos.

—Dijiste que no eran tan malos cuando te acostabas conmigo.

—No puedo acostarme contigo el resto de mi vida.

Sí que puedes. Reid se mordió la lengua.

—Mientras estés aquí, puedes hacerlo.

Su mirada se posó en su pecho y de repente recordó que estaba desnudo de cintura para arriba.

—Me pondré una camisa.

Se puso de pie, pero ella le agarró la muñeca.

—No lo hagas. —Se pasó la lengua por el labio inferior, dejándolo reluciente bajo la luz plateada.

Él gimió y se unió a ella en la cama.



Reid se despertó antes que Caroline. A la luz del amanecer, estudió sus labios hinchados y sus rasgos relajados, tan diferentes del terror de sus pesadillas. Habían hecho el amor hasta bien entrada la madrugada y se habían quedado dormidos cuando la lluvia se había convertido en un suave golpeteo. La luz a lo largo del horizonte oriental le indicaba que las nubes se habían ido, llevándose la lluvia con ellas.

A regañadientes, se levantó para atender la llamada de la naturaleza. Después de ponerse los pantalones y las botas, se apresuró a ir al retrete y regresó, con la esperanza de acostarse con Caroline una o dos horas más. Mientras se quitaba las botas, vio un reloj de bolsillo que se desprendía de su alforja en el tocador. Curioso, lo cogió y una extraña sensación de familiaridad lo invadió. Con una mano temblorosa, abrió el resorte para revelar la esfera del reloj y una pequeña fotografía. Estaba demasiado oscuro para

distinguir la imagen, así que la llevó a la ventana y la sostuvo a la tenue luz.

El corazón se le aceleró y luego empezó a latir con fuerza en su pecho. Se reconoció a sí mismo y a Anna. Ella le había regalado el reloj el día de su boda y más tarde había puesto su foto en él. Reid le había dado el reloj de bolsillo a Steven en su decimosexto cumpleaños y él se lo había llevado cuando se alistó en el ejército.

Su mirada se dirigió a Caroline. Debió habérselo quitado a Steven después de que su cadáver fuera trasladado al hospital. ¿Por qué se lo había ocultado?

Su diario. Quizá la respuesta estuviera ahí. Sin decir nada, abrió su alforja y encontró la bolsa de tela en la que la había visto llevar el diario. Se detuvo, con la conciencia dándole un puñetazo. No tenía derecho a hurgar en sus pensamientos privados. Sin embargo, ella no tenía derecho a ocultarle el reloj de Steven.

Su resentimiento venció a su conciencia y llevó el diario al porche. Vestido solo con sus pantalones, se sentó en el escalón superior y, con el reloj de bolsillo en una mano, abrió el diario de Caroline con la otra.

22

25 de marzo de 1865.

Soldado Lyman Eaton de Robles, Texas. Herido de muerte en Fort Stedman. Pelo castaño oscuro, ojos azules, dieciséis años. Causa de la muerte: metralla en la zona abdominal. «Mi padre tenía razón sobre acabar con... la guerra. Dígale que es el hombre más valiente que conozco». (Reloj de bolsillo con una foto en su interior).

Reid releyó una y otra vez las palabras de su hijo, no las de Lyman Eaton, hasta que la letra de Caroline se volvió borrosa. Levantó la cabeza, ajeno a las lágrimas que corrían por sus mejillas. Miró fijamente el horizonte, el naranja, el rosa y el dorado detrás de los árboles que anunciaban un nuevo día.

¿Qué fue lo último que vio Steven? ¿Fue a Caroline? ¿O tal vez un cielo azul con nubes blancas y esponjosas? Cuando Steven era pequeño, él y Reid solían tumbarse en el suelo y buscar formas en las nubes. La imaginación de Steven era vívida y su entusiasmo contagioso. Algunos de los recuerdos más preciados de Reid eran esos momentos robados durante un día ajetreado.

Steven lo entendía. Al fin y al cabo, por fin había visto lo que Anna le había enseñado a Reid, quien a su vez había intentado transmitirlo a su hijo. No había gloria en la guerra y en matar, por muy noble que fuera la causa.

Sin embargo, Reid le debía a Steven honrar su vida y su muerte. Si no lo hacía, su hijo habría muerto por nada y nunca podría hacerle eso a su memoria.

Una tórtola en duelo arrullaba, su lamento se hacía eco del dolor de Reid, el dolor que venía con los primeros esfuerzos de curación.

Unos pasos ligeros le alertaron de la presencia de Caroline, pero no pudo mirarla. Su error casi le había robado estas preciosas últimas palabras a su hijo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

Reid se aclaró la garganta.

—Estoy leyendo el mensaje de mi hijo en su lecho de muerte.

Ella se movió hacia su campo de visión.

—Tu hijo estaba muerto cuando lo trajeron.

—Lyman tenía el pelo claro, no oscuro. —Abrió la mano que sostenía el reloj de bolsillo, la mano más cercana a Caroline—. Y la foto de aquí es de Anna y de mí el día de nuestra boda.

Caroline se quedó sin aliento.

—Pero la cartilla de racionamiento...

Reid se secó las mejillas húmedas con una mano temblorosa y se volvió para mirarla. Reconoció la manta que la envolvía como una de la cama.

—¿Qué cartilla de racionamiento?

Su rostro tenía el color de un hueso blanqueado por el sol. —Usé las cartillas de racionamiento de los soldados para averiguar sus nombres. Siempre las llevaban en el bolsillo de la chaqueta o del pantalón.

—Las mezclaste —dijo con frialdad.

—No lo entiendo.

Se puso de pie y la miró fijamente.

—Si no hubiera visto el reloj, habrías llevado el mensaje de mi hijo a Eaton. Habrías leído las palabras al hombre equivocado.

Un tono frenético se apoderó de su voz.

—Pero yo lo recuerdo. La cartilla de racionamiento estaba en su chaqueta y el reloj en el bolsillo del pantalón.

—Entonces los chicos debían llevar el abrigo del otro —afirmó Reid con rotundidad. Aunque estaba molesto con Caroline, no podía imaginar que ella cambiara a propósito los nombres de los chicos.

—¿En cuántos más me he equivocado? —preguntó ella, con voz llena de autodesprecio y los ojos brillantes.

Él quería tranquilizarla, pero la herida en su corazón estaba demasiado abierta. Cerró el diario de Caroline y se lo tendió. Ella lo tomó con una mano que temblaba tanto como la suya y lo abrazó contra su pecho.

—Voy a hacer café, —dijo Reid y entró en la casa.

Caroline no podía mirarlo a la cara, no después de haber regalado casi lo único que él más quería, aunque su error hubiera sido sincero. Lo oyó usar la bomba manual en la cocina y se dejó

caer en el escalón que él había dejado libre. Con la mirada perdida en la distancia, Caroline invitó a los fantasmas a visitarla.

Recordó las muertes de los chicos con gran claridad, cómo el cielo estaba oscuro por el humo de los cañones y las armas como tantas otras mañanas. Los carros tirados por mulas empezaron a llegar temprano con soldados heridos. Steven y Lyman habían sido traídos con el segundo grupo de bajas. Steven, no, Lyman, había muerto, pero el hijo de Reid había vivido lo suficiente para darle su mensaje.

Vio la enorme herida en el vientre y olió el nauseabundo hedor del estómago y los intestinos perforados de Steven. ¿Podría haberse salvado si lo hubiera llevado al médico de inmediato? Su mente le decía que no, pero su corazón no estaba tan seguro. Incluso si su mente tenía razón, había otros a los que había condenado a muerte porque había tenido que elegir. Los médicos solo querían a aquellos a los que tenían más posibilidades de salvar. Si dedicaban demasiado tiempo a los soldados gravemente heridos que probablemente morirían también morirían hombres menos heridos. Caroline entendía las razones, pero eso no evitaba que le doliera menos.

¿Cómo podía siquiera considerar un futuro con Reid cuando Steven podría haberse salvado si lo hubiera elegido? Unos llamativos ojos azules la miraban acusadores...

Parpadeó y volvió a la mañana de Texas. Padre e hijo tenían los mismos ojos azules cristalinos. Reid le había parecido familiar cuando lo conoció, pero había ignorado esa sensación. Pero también había otras pistas, ya que Reid le había ido contando más y más sobre sí mismo y su hijo. ¿Por qué no los había relacionado?

Al abrir el diario en la entrada de Steven, leyó en voz alta las últimas palabras a su padre.

—Mi padre tenía razón sobre acabar con... la guerra. Dile que es el hombre más valiente que conozco.

Inclinó la cabeza y cerró los ojos. El deseo de Reid se había cumplido y estaba más que agradecida de que pudiera encontrar la paz. Pero ahora no le quedaba nada por hacer. Las veintiuna promesas se habían cumplido.

Sintiéndose pesada como el plomo, Caroline se incorporó y entró en el dormitorio. Mientras se vestía, se preguntó cómo podría siquiera enfrentarse a Reid. Había cometido un error horrible. Quizás

había confundido más nombres. ¿Cuántas familias habían recibido mensajes no de un ser querido, sino de un extraño?

¿Y si al final no había cumplido sus promesas?

Metódicamente, hizo la cama y luego metió sus cosas en las maletas, incluido el diario que Reid había leído. Aunque estaba molesta porque él lo hubiera hecho, no podía sentir verdadera ira. Él había corregido su error. Sin embargo, estaba agradecida de que él no hubiera leído el otro diario, en el que había registrado sus propios pensamientos y confesiones personales. Ese lo mantenía enterrado bajo su ropa de más, oculto de todos menos de ella misma.

Sin poder encontrar nada más que le retrasara enfrentarse a Reid, enderezó la espalda y se dirigió a la cocina. Él estaba sentado junto a la mesa, con una taza en una mano y el reloj de bolsillo en la otra. Encontró la taza que él le había dejado y la llenó de la cafetera.

Permaneciendo junto a la estufa, sorbió el humeante café. Miró de reojo y vio que la mirada de Reid estaba fija en ella, pero no había expresión en sus ojos, ojos del mismo tono de azul que los de su hijo. Luchando contra su culpa, apartó la mirada.

—Por fin lo entendió —dijo Reid en voz baja.

Caroline asintió.

—Tu hijo tuvo valor.

—¿Cómo...? —Se aclaró la garganta—. ¿Sufrió mucho?

Ella levantó la cabeza.

—No hay razón para que tú…

Reid golpeó la mesa con el puño y el café se derramó sobre el borde de la taza.

—Maldita sea, Caroline. Tengo derecho a saber cómo fueron sus últimos minutos.

Ella no quería aumentar su dolor, pero tampoco podía negar su petición.

—Las heridas abdominales son dolorosas y tu hijo estuvo consciente hasta el final. Le cogí la mano. Su agarre era tan fuerte, como si se aferrara con fuerza para que el dolor desapareciera. —Caroline hizo una pausa, sintiendo dedos fantasmas como tenazas alrededor de los suyos—. Me preguntó si iba a morir. Quería mentir, pero no pude. Fue entonces cuando me dio sus últimas palabras para que se las transmitiera a su padre, a ti.

Esperaba ver lágrimas en el rostro bronceado por el sol de Reid, pero solo había una tristeza conmovedora.

—¿Vas a visitar a los Eaton? —preguntó él.

La pregunta inesperada la desconcertó por un momento.

—¿Por qué iba a hacer eso? El mensaje era para ti.

Él se encogió de hombros.

—Pensé en ir allí hoy.

Lo último que quería hacer era tratar con más padres que habían perdido a un hijo en la guerra.

—Está bien. Son tus vecinos. Me iré en cuanto termine mi café.

Él entrecerró los ojos.

—¿Por qué tanta prisa?

—No tengo motivos para quedarme.

—Jeanie podría descansar un poco y estoy dispuesto a apostar a que al gato no le importaría deshacerse de los ratones del granero.

—Le dejaré el gato para que se coma todos los ratones que quiera.

Aunque no acabara en un manicomio, no tenía motivos para quedarse con el estúpido gato.

Reid dejó el reloj de bolsillo sobre la mesa y se puso de pie.

—Él te seguirá.

—Enciérralo en el granero para que no pueda hacerlo.

La estudió, haciéndola sentir incómoda con su escrutinio.

—Ven conmigo a casa de los Eaton. No tendrás que decir nada. Después de eso, puedes irte. No intentaré detenerte.

—¿Por qué es tan importante que vaya contigo?

Él echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

—La última vez que los vi fue justo después de que Steven se escapara con su hijo. Dije algunas cosas de las que me arrepiento. Ni siquiera estoy seguro de si me hablarán.

—Pero si estoy contigo, ¿podrían ser más agradables?

Él se rió entre dientes.

—Agradable no es una palabra que usaría para los Eaton, pero se acerca bastante. —Se puso serio—. Me lo debes, Caroline.

Usó el único argumento que su conciencia no podía contrarrestar.

—Iré, pero tú hablas —dijo con firmeza.

—¿Lo prometes?

Las promesas la habían llevado hasta ese punto y le habían dado una razón para vivir. ¿Lo sabía Reid o simplemente se aseguraba de que ella lo acompañara?

—Lo prometo. —Su voz temblaba con el juramento.

Él la estudió como si estuviera juzgando su sinceridad y finalmente asintió.

—Iremos después de comer.

Como no quedaban provisiones en la casa, Caroline utilizó la comida de sus bolsas para preparar el desayuno. Aunque habían pasado numerosas mañanas juntos en el camino, había una intimidad al estar solos en la cabaña. El hecho de que hubieran hecho el amor hacía menos de doce horas se sumaba a la conciencia a punto de estallar. Intentó ignorarlo, pero los toques deliberados y las miradas tiernas de Reid la mantenían en vilo. Hubiera preferido que él estuviera enfadado con ella; era más fácil lidiar con la ira que con la amabilidad.

Después de comer, Caroline se ofreció a lavar los platos mientras Reid ensillaba los caballos. Se puso un sombrero y salió con él. Sin el diario, Caroline se sentía a la deriva y vacía. Si esto era lo que le deparaba el futuro, no lo quería.

Reid la ayudó a subir a su yegua y ella asintió en señal de agradecimiento, incapaz de confiar en su voz. Temía que si abría la boca, gritaría hasta que solo quedara un cascarón vacío. Como todos esos soldados muertos que no dejaron más que sus conchas rotas.

Caroline se aferró a las riendas mientras Jeanie seguía al caballo de Reid. Su corazón latía como los cascos de una caballería al galope, y las ganas de darse la vuelta y alejarse a caballo eran casi insoportables. Pero se lo había prometido, y Caroline Taylor Milton se tomaba en serio sus promesas.

Tardaron casi una hora en llegar a la granja de los Eaton. Era similar a la de Reid, aunque era obvio que nadie había salido de allí en meses. Los edificios y el corral estaban en buen estado y parecía que la casa había sido encalada hacía poco.

Un hombre que llevaba un rifle salió al porche. Era más bajo y fornido que Reid, y su rostro estaba profundamente arrugado por el viento y el sol.

Reid detuvo su yegua y Caroline se detuvo a su lado.

—¿Qué quieres, Tanner? —gritó el hombre que Caroline supuso que era el padre de Lyman Eaton.

—Hablar.

—¿Sobre qué?

Reid miró hacia abajo y se encontró con la mirada airada de Eaton.

—Sobre nuestros hijos.

El dolor se reflejó en el rostro del hombre mayor.

—Me parece que ya hablamos suficiente sobre ellos la última vez que estuvo aquí.

—Quiero disculparme.

Las palabras de Reid fueron recibidas con un silencio sorprendido.

—Somos vecinos y nuestros hijos eran muy buenos amigos. Pensé... —Reid respiró hondo y tembloroso—. Creo que les debemos intentar llevarnos bien.

Eaton continuó escudriñándolo con los ojos entrecerrados y su mirada se dirigió a Caroline. Ella contuvo la respiración, preguntándose cuál sería su decisión

Finalmente, Eaton bajó el rifle y lo apoyó contra la cabaña. Sus hombros se hundieron y pareció envejecer ante sus ojos.

—Pasen. Betsy tiene café.

Reid miró a Caroline y señaló adelante. Ella lo siguió y desmontó junto al riel de enganche.

—¿Quién es ella? —preguntó Eaton, asintiendo con la cabeza hacia Caroline.

—Caroline Milton. La conocí cuando fui a buscar a Steven. Está muerto.

—Lyman también está muerto— dijo Eaton, con voz cansada.

—Murieron el mismo día —soltó Reid en voz baja.

Eaton no parecía sorprendido y los condujo a la cabaña, donde una mujer mayor se apresuraba a llenar tazas de café. Caroline no tenía la impresión de que la pareja fuera tan fanática de la Confederación como Reid los había descrito. O tal vez la pérdida de su hijo había apagado su fervor.

Reid y Caroline se sentaron con Eaton, y su esposa se unió a ellos después de poner un plato de galletas de melaza sobre la mesa.

—¿Así que fuiste al este? —preguntó Eaton.

Reid asintió.

—A Virginia. Allí me enteré de que Steven había muerto. La señora Milton era enfermera de la Confederación.

Betsy puso una mano sobre la de Caroline, asustándola.

—Que Dios la bendiga.

Avergonzada, Caroline negó con la cabeza.

—No hice tanto.

—Está siendo modesta, —dijo Reid a los Eaton, aunque su mirada penetrante se mantuvo fija en Caroline—. Acaba de pasar los últimos cuatro meses transmitiendo las últimas palabras de los soldados a sus familias. No conozco a ninguna otra persona, hombre o mujer, que hiciera algo tan desinteresado.

Caroline miró a Reid, deseando que dejara de hablar de ella. Él no sabía la verdad. Nadie sabía la verdad.

—¿Qué hay de su marido? —preguntó Betsy.

—Está muerto —respondió secamente.

Caroline se concentró en sorber su café mientras Reid describía las deprimentes condiciones de las zonas de posguerra. Cuando su taza estuvo vacía, apretó los puños y los apretó contra su regazo.

Miró fijamente el tablero de madera lleno de cicatrices e imaginó a su hijo Lyman sentado en la misma silla en la que ella estaba.

Una mano familiar se posó sobre la suya y el espectro de Lyman desapareció.

Reid siguió hablando con los Eaton sin interrupción, pero su reconfortante tacto permaneció. Incluso después de su horrible error, Reid la protegía. De hecho, su actitud parecía más solícita y comprensiva. No tenía sentido.

Betsy rellenó las tazas de café y se repartieron las galletas. Caroline se relajó un poco cuando la conversación giró en torno a la cosecha de algodón, y cuando Eaton se ofreció a ayudar a Reid con su cosecha, pareció que los dos hombres enterraron finalmente su antagonismo.

La puerta se abrió y entró un joven, con las mejillas enrojecidas por el cálido sol otoñal. Tenía una sonrisa amistosa en el rostro.

—No sabía que teníamos compañía. Me alegro de verlo, Sr. Tanner.

Reid se puso de pie y cuando el joven extendió su mano izquierda, Caroline notó que le faltaba el brazo derecho por encima

del codo. Se le hizo un nudo en el estómago.

—No sabía que habías vuelto a casa, Augustus —lo saludó Reid sin apenas una pausa de sorpresa.

Augustus sonrió irónicamente.

—Perdí el brazo hace un año. Tardó en curarse y luego el ejército me licenció. —Su sonrisa se volvió genuina—. Estoy agradecido de estar vivo, Sr. Tanner.

—Y él también ha sido de gran ayuda por aquí —dijo el viejo Eaton con orgullo—. No sé qué habría hecho sin él.

El rostro pálido de Augustus se sonrojó y Caroline pudo ver que le complacían las palabras de su padre.

El joven se acercó a Caroline y estudió su rostro.

—¿Señora Milton?

Sorprendida, Caroline asintió

—¿Te conozco?

—Lo siento, señora. Probablemente no me recuerde, ya que solo fui uno de los soldados a los que ayudó. Después de que me cortaran el brazo, habló conmigo, me cogió la mano. —Su rostro se sonrojó como un tomate maduro—. Solía verla caminar hablando

con los demás hombres. Nunca nos trató como a lisiados. Hablaba con todos como si fuéramos, bueno, normales.

Un nudo se le hizo en la garganta a Caroline, dificultándole la respiración.

—Quería darle las gracias, pero no estaba usted el día que vinieron y me llevaron al gran hospital. Nunca imaginé que volvería a verla y tendría la oportunidad de agradecerle que me salvara la vida. —Augustus cambió el peso de un pie a otro—. Gracias, señora Milton, y no soy solo yo quien le debe la vida. Conozco a muchos soldados que dirían lo mismo si estuvieran aquí.

Caroline parpadeó contra la humedad punzante. No recordaba a Augustus, pero eso no había hecho que su gratitud fuera menos sincera. Era extraño cómo podía recordar a algunos de los que vivían y recordar a todos los que habían muerto.

—Me alegra que esté bien —dijo con voz ronca—. Si me disculpa.

Salió apresuradamente de la sofocante cabaña y se subió a la silla de montar de Jeanie. Dando vueltas con su yegua, la llevó al galope. Sus lágrimas se derramaron y el viento se las llevó.

No tardó mucho en volver a la cabaña de Reid y recuperar sus maletas del interior. Las ató a la silla de montar, con la esperanza de escapar antes de que él regresara. Sin embargo, la suerte no estaba de su lado y Reid entró en el patio, con expresión furiosa.

Desmontó antes de que su caballo se detuviera por completo.

—¿Qué estás haciendo?

Ella mantuvo la atención en sus manos, en la cuerda de cuero de la silla de montar que anudaba.

—Me voy.

—¿Adónde vas?

Titubeó, pero se le ocurrió un nombre.

—A Houston.

Él la agarró del brazo y la hizo girar para mirarlo a la cara.

—¿Por qué te vas?

Ella luchó por encontrar una razón que él aceptara, pero su mente se quedó en blanco.

—Yo te diré por qué te vas —dijo Reid, con el rostro cerca del de ella—. Tienes miedo. Nunca pensé que vería el día en que Caroline Taylor Milton fuera una cobarde.

Ella le dio una bofetada y se sorprendió de su reacción.

Reid sonrió levemente.

—Demuéstrame que no eres una cobarde. Quédate aquí y cásate conmigo.

El pánico se apoderó de ella e intentó zafarse de su agarre, pero él era demasiado fuerte, demasiado decidido.

—No me quieres.

—Te quiero.

—No me conoces, —gritó ella.

—Entonces déjame conocerte. Déjame decidir si puedo quererte.

La frustración y el miedo brotaron dentro de ella. Tenía que demostrarle que nadie podía amarla. Se derrumbó.

—Déjame ir y te presentaré a la verdadera Caroline Taylor Milton. —Su tono rezumaba ácido.

Con el ceño fruncido, Reid la soltó y Caroline abrió una bolsa y rebuscó en su interior. Sus dedos rascaron el cuero liso y sacó su segundo diario. Un objeto tan sencillo, pero las verdades que

contenía eran horribles. Se lo entregó a Reid y notó que sus dedos dejaban manchas de humedad en la portada.

—Lee esto y lo entenderás.

Reid ni siquiera miró el libro, sino que la observó.

—¿Promete que no te irás hasta que lo haya leído y hayamos hablado?

Una última promesa.

Ella asintió y entró en la cabaña sin mirar atrás.

No soy Dios, pero eso es lo que se me pide: elegir quién vive y quién muere. Mi alma llora por todos aquellos a los que no puedo salvar. Pero por fuera debo cumplir con mi deber y no dejar que nadie sepa cuánto me preocupa esta responsabilidad. Solo puedo rezar para que quede algo de mi alma cuando esta horrible guerra termine.

Reid cerró los ojos, pero las palabras de Caroline resonaron en su mente. No le repugnaban sus acciones, sino lo que se había visto obligada a hacer. Que una mujer tan compasiva como Caroline

separara a los soldados gravemente heridos de los menos heridos era una tragedia más de la guerra. La razón de sus pesadillas y de su necesidad de cumplir las promesas hechas a esos soldados moribundos se debía sin duda a la culpa que sentía. Sin embargo, los médicos simplemente consideraban su reacción parte de la «naturaleza sensible» de una mujer. Reid le gustaría ver a un hombre pasar por lo que había pasado Caroline y salir ileso.

Se frotó los ojos. ¿Cómo podía creer que no podía amarla después de leer su diario, que estaba manchado de lágrimas y sangre? En todo caso, la amaba más por su fuerza y voluntad.

—¿Has terminado?

La suave pregunta de Caroline lo sobresaltó y se volvió para verla de pie detrás de él en el porche.

Él asintió.

—¿Entonces ahora entiendes por qué? —preguntó ella con la voz entrecortada.

—Más de lo que imaginas. —Se levantó de su asiento en el escalón y le entregó el diario—. Hiciste lo mejor que pudiste, Caroline, y hay hombres como Augustus vivos gracias a ti.

—Y chicos como tu hijo muertos por mi culpa.

—No, gracias a ti pueden descansar en paz. —Reid sintió un nudo en la garganta—. Gracias, Caroline, por entregar el mensaje de mi hijo y consolarlo cuando se reunió con su madre.

Caroline se quedó sin aliento y tartamudeó. ¿Había leído lo que había hecho y aun así le daba las gracias? No, no debía haberlo entendido. Ella reprimió la esperanza que creía extinguida.

—Yo los maté, Reid.

Él la agarró por los hombros, pero su agarre no era punitivo.

—Hiciste todo lo que pudiste para salvarlos. Los médicos confiaron en ti para tomar la mejor decisión y eso hiciste. Piensa en cuántas vidas salvaste. —Hizo una pausa y su intensa mirada azul la atravesó—. Solo Dios podría haberlos salvado a todos.

Caroline sintió un fuerte dolor de cabeza y se soltó de su agarre. Levantó las manos para alejarlo.

—Tengo que pensar.

Cruzó el patio corriendo y entró en el granero. Con los ojos empañados por las lágrimas, entró en un establo vacío y se dejó caer sobre la paja. Se apretó las sienes con las manos para intentar borrar de su cabeza las palabras de Reid, pero no lo consiguió.

Piensa en cuántas vidas has salvado. *Solo Dios podría haber salvado a todos*.

Reid tenía razón. ¿Cuántas veces había oído a médicos agotados y con exceso de trabajo pronunciar esas mismas palabras? Esos mismos médicos confiaban en ella para elegir a los soldados que tenían más posibilidades de sobrevivir. Había hecho lo que había podido en las condiciones más horribles. Quizá la culpa no era suya. Quizá la culpa residía en la propia naturaleza de la guerra.

El gato maulló y se unió a ella en la paja. Se frotó contra ella y ronroneó tan fuerte que hizo vibrar el brazo de Caroline. Ella acunó al gato en sus brazos y enterró su rostro en su suave pelaje.

Por primera vez permitió que la esperanza entrara en su corazón. Lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas mientras finalmente lloraba por los que habían muerto. Y daba gracias por los que vivían.

Al igual que ella había traído paz a las familias a las que había entregado los mensajes, Reid también le había regalado paz con sus palabras.

Levantó la cabeza y miró al obstinado gato que nunca se había rendido con ella. Él le recordaba que ignorar el amor no lo hacía

desaparecer. Su amor por Reid brotaba en su interior. No había querido amarlo a él, ni a este estúpido gato callejero, pero lo había hecho.

—Caroline —llamó Reid.

Levantó la vista para verlo entrar en el granero. Un nudo se le hizo en la garganta y se levantó, con el gato acurrucado en un brazo.

—Reid.

Su expresión preocupada se tranquilizó cuando la vio y se acercó a ella.

—Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien. —Sonrió sin miedo a los fantasmas y le tendió el gato—. Me gustaría que conocieras a Esperanza. Y la respuesta a tu pregunta es sí.

Epilogo

Caroline oyó venir a un jinete y miró por la ventana para ver a Reid regresar del pueblo. Sonrió y se secó las manos pastosas en una toalla, y luego salió a recibirlo.

Él desmontó y ató las riendas a un poste. Con un solo paso, Reid la alcanzó en el porche, la abrazó y la besó apasionadamente.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él, con sus ojos azules tan traviesos como los de un niño.

Ella se rió.

—Solo te has ido por dos horas.

Él dio un paso atrás para examinarla.

—No has hecho demasiado, ¿verdad?

Instintivamente, ella apoyó la mano en su creciente barriga.

—No. Sé lo que puedo y no puedo hacer.

Él se encogió de hombros y su rostro se sonrojó.

—Lo siento. Yo solo...

Caroline se encontró tranquilizándolo como había hecho en numerosas ocasiones desde que descubrió que estaba esperando un hijo. No le importaba. Él había perdido a su primera esposa y a su hijo, así que estaba más nervioso. Pero entonces, a menudo por la noche, era su turno de tranquilizarla.

En los seis meses transcurridos desde que se habían casado, el número de pesadillas había disminuido, pero ella todavía no había pasado una semana entera sin una. También había momentos en los que se irritaba y se enfadaba sin motivo. Reid había aprendido a reconocer esos momentos y a darle tiempo a solas para afrontarlos.

Sin embargo, cada día Caroline amaba más a Reid y nunca se arrepintió de haberse convertido en su esposa. Y con su amor y apoyo, tenía fe en que algún día recordaría a más soldados que vivieron en lugar de morir.

—Tengo una carta para ti —dijo Reid.

Solo había una persona de su pasado que sabía dónde vivía y era el médico que le había dicho a Reid cómo encontrar a Caroline

hacía tantos meses.

—Acabo de recibir una de él hace tres semanas.

—No es del Dr. West. Es de Massachusetts.

Un mareo asaltó a Caroline y solo la fuerza de Reid la mantuvo en pie.

—¿Cómo me encontraron? —preguntó débilmente.

Reid se encontró con su mirada.

—Les envié una carta.

La ira reemplazó a la sorpresa y ella se alejó de él.

—¿A mis espaldas?

—Son tu familia, Caroline. Tienen derecho a saber que estás bien.

Quería discutir, pero había aprendido que la esperanza nunca se puede perder por completo.

—¿Qué han dicho?

Aliviado, Reid metió la mano en el bolsillo trasero y sacó un sobre.

—Léelo tú misma—. Aunque su tono era neutro, la expectación brillaba en sus ojos.

Con una mano temblorosa, ella se lo quitó y estudió la letra familiar. Su propio padre había escrito la carta. La miró fijamente, hipnotizada por lo que pensaba que nunca vería.

—Adelante, Caroline, léela, —la incitó Reid con delicadeza.

Sorprendida por su ensueño, sacó la carta del sobre abierto y la desplegó con cuidado, como si fuera a desaparecer. Le llevó un momento concentrarse en las palabras en lugar de en la letra cursiva de su padre.

Querida Caroline:

No puedo describir mis sentimientos cuando recibí la carta del Sr. Reid Tanner informándome de tu bienestar. Basta decir que tengo muchas cosas que contarte, pero no puedo hacerlo de una manera tan impersonal como una carta. Iremos a visitarte a ti y a tu marido en cuanto consiga pasaje. Lamento el dolor que te causé y esperamos verte, hija mía. Mamá me ha dicho que te diga que todos te queremos y que te extrañamos.

Con mis mejores saludos,

tu padre

Una lágrima resbaló por la mejilla de Caroline y ella se la secó. Entre su estado y la carta, una gama de emociones se agolpaban en su interior, la principal era la gratitud.

—Gracias, —susurró.

—La familia es importante. —aseguró él en voz baja.

Y si alguien sabía lo importante que era la familia, ese era Reid Tanner, el hombre que le había dado una razón para vivir... y para amar.

Siguiente libro de la serie


SERIE
LAS PROMESAS
DE LOS TANNER
2
UNA SOLA CHISPA
EMILY YOUNG



¿Cómo podía enamorarse de ella?, si él era el asesino de su marido.

Sumido por la culpa, Carter Shepard siente que está en deuda con la mujer a la que dejó viuda. Es por ese motivo que viaja hasta Land Creek, donde encuentra a una mujer sumida en la pobreza, a cargo de una niña, y sin nadie que la ayude a llevar la carga de su granja.

Es entonces cuando decide ayudarla, ocultando el verdadero motivo de su viaje.

Helen Morrison es una mujer llena de pesar y miedos, que lucha cada día por sacar adelante a su hija pequeña. Marcada como indeseable por el resto del pueblo, vive en soledad, hasta que un día se presenta ante su puerta un vagabundo que se ofrece a trabajar por alojamiento y comida. Hasta que poco a poco los sentimientos de Helen hacia el apuesto extraño se convierten en algo más profundo, sexual y peligroso.

Carter tiene sus propios secretos y, cuando su trágico pasado los alcanza, tendrán que luchar por un amor que podría ofrecerles lo que sus corazones tanto anhelan.